Tu mundo, el mío y las ganas de amarte



SONIA PUENTE

Tu mundo, el mío y las ganas de amarte

SONIA PUENTE

Título original: Tu mundo, el mío y las ganas de amarte
© de la obra Sonia Puente.
Marzo 2025

Depósito legal: AND.30-2025
Safe Creative: 2501170664330

Diseño de portada: Gabriela Rey (@madameardent)
Corrección: Sandra de @correccionessandrag.
Maquetación: Sonia Puente.
Imagen de la autora: Dona Secret.
Imágenes del interior de Freepik, Pixabay y Canva.

Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

Capítulo 1

Rocío

Capítulo 2

Leonardo

Capítulo 3

Rocío

Capítulo 4

Leonardo

Capítulo 5

Rocío

Capítulo 6

Leonardo

Capítulo 7

Rocío

Capítulo 8

Leonardo

Capítulo 9

Rocío

Capítulo 10

Leonardo

Capítulo 11

Rocío

Capítulo 12

Leonardo

Capítulo 13

Rocío

Capítulo 14

Leonardo

Capítulo 15

Rocío

Capítulo 16

Leonardo
Capítulo 17
Rocío
Capítulo 18
Leonardo
Capítulo 19
Rocío
Capítulo 20
Leonardo
Capítulo 21
Rocío
Capítulo 22
Leonardo
Capítulo 23
Rocío
Capítulo 24
Leonardo
Capítulo 25
Rocío
Capítulo 26
Leonardo
Capítulo 27
Rocío
Capítulo 28
Leonardo
Capítulo 29
Rocío
Capítulo 30
Leonardo
Capítulo 31
Rocío
Capítulo 32
Leonardo
Capítulo 33
Rocío

Capítulo 34
Leonardo
Capítulo 35
Rocío
Capítulo 36
Leonardo
Capítulo 37
Rocío
Capítulo 38
Leonardo
Capítulo 39
Rocío
Capítulo 40
Leonardo
Capítulo 41
Rocío
Capítulo 42
Leonardo
Capítulo 43
Rocío
Capítulo 44
Leonardo
Capítulo 45
Rocío
Capítulo 46
Leonardo
Epílogo
Rocío
Agradecimientos
Sobre la autora

Para aquellas personas
que creen que el amor
puede cambiar el mundo.
Con cariño.

PARA MIS LECTORES

EN FORMATO

DIGITAL

ESPERO QUE DISFRUTÉIS

MUCHO CON LEO

Y ROCÍO.

CON CARIÑO.



Capítulo 1

Rocío

Desde que era bien pequeña, supe que quería ser arquitecta. Una tan buena como mi padre. Me fascinaba sentarme en su regazo mientras él me explicaba en qué consistían esas rayas horizontales y verticales que adornaban el papel. A una niña curiosa como yo, le volvía loca poder visitar las obras y comprobar que esos planos, cobraban vida por arte de magia. Con la edad, me di cuenta de que no era tan sencillo como lo imaginaba mi mente. Aun así, lo tuve claro y aquí estoy, celebrando un nuevo premio.

Casi todos mis compañeros del estudio se encuentran en la zona vip, rodeados de botellas del mejor champán francés. Charlan entre risas, bailes y algún que otro roce indebido. Sonrío cuando mi mirada se encuentra con Lidia, que lo está dando todo en la pista de baile. Ella no trabaja conmigo, aunque, forma parte de mi vida desde que tengo uso de razón. Es la que me tiraba de las coletas en la guardería y la que me escondía las muñecas con el propósito de que no tuviera con qué jugar y la llamara a ella. Nos separamos para ir a la universidad, pero incluso así, hemos estado en contacto constante y nos dedicamos un día a la semana para salir a cenar juntas. Una cita inamovible.

Suspiro de alivio cuando por fin consigo entrar en el baño después de varios minutos de espera. Vacío la vejiga y una sonrisa bobalicona se asoma en mi rostro, producto de la cantidad de copas que ya llevo en el cuerpo. No suelo beber en exceso, no obstante, hoy es un día especial. He perdido la cuenta de cuántos diplomas y galardones me han dado ya, pero este premio era importante para mí. A mis veintiséis años, me he convertido en la arquitecta más joven en conseguirlo. Desbancando así a mi padre, que lo obtuvo con uno más que yo. Hemos cambiado a un Scott por otra. Estoy muy orgullosa de lo que he logrado. Cada objetivo alcanzado va dedicado a la única persona que no está a mi lado, a mi madre. La perdimos hace dieciséis años, pero no hay día que no me acuerde de ella. Parpadeo con rapidez para que las emociones no me hagan perder la compostura. Es un día de fiesta.

Salgo del cubículo y me asomo al espejo a echarle un vistazo a mi aspecto. Son más de las cuatro de la madrugada. Menos mal que mañana no se trabaja. Paseo los dedos por mi melena oscura a fin de darle algo de volumen y cojo un trozo de papel al ver que el rímel se me ha corrido un poco. Acerco la mirada al espejo y repaso el párpado inferior. Mis ojos azules brillan debido al alcohol, a la felicidad y a la nostalgia que siento en estos momentos. Cuando mi apariencia es más o menos aceptable, regreso a la pista de baile.

Allí me espera Lidia, que eleva las manos y me guiña uno de sus verdes ojos al verme de nuevo. Mi amiga no suele pasar inadvertida. Sus padres son unos irlandeses que, por motivos profesionales, acabaron afincados en España y aquí nació ella. Su pelo rojizo llama bastante la atención, igual que su piel clara y esas pecas que adornan su rostro. Es preciosa y no solo lo digo yo, también lo demuestra la cantidad de hombres que la rodean e intentan llamar su atención. Su fuerte carácter los mantiene a raya. Ojalá yo tuviera la mitad de habilidad para manejar a los

hombres que posee ella.

—Ven, baila conmigo —me pide entrelazando nuestras manos cuando llego a su altura.

Me dejo llevar por su energía. La canción que suena tiene un ritmo provocador. Muevo las caderas imitando a Lidia y cierro los ojos, alejando así, las responsabilidades que siempre ocupan mi cabeza y limitan la diversión. Doy un respingo al notar unas manos que se colocan en mi cintura. Mi mirada se cruza con la de Lidia y su mueca delata a la persona que se encuentra detrás de mí. David trabaja conmigo en ASF Arquitectura. Es el hijo de un amigo de mi padre y hace cerca de un año que tenemos una especie de relación. No es nada serio, porque yo estoy volcada en mi trabajo y ahora mismo no deseo demasiadas distracciones.

David es un hombre guapo y elegante. No puede esconder que procede de una estirpe con un poder adquisitivo elevado. Lo demuestra su ropa y ese reloj tan caro que apenas se saca de la muñeca. Es poseedor de la última tecnología y no le importa recordárselo a la gente en cualquier charla. Ese detalle en su forma de ser es el motivo de que mi amiga sienta rechazo hacia su persona. No se soportan y es un problema cuando quedamos en grupo.

—¿No estás cansada de tanto bullicio? Podríamos ir a mi casa y celebrar este triunfo en la intimidad —me susurra meloso en el oído mientras sus dedos se pasean por mi estómago desnudo. Me giro para quedar enfrente.

—Es un día especial y prefiero seguir con la fiesta —le confieso. En estos momentos no soy capaz de pensar en el sexo y si me siento en el coche, me quedaré dormida.

—Vamos, muñeca. Ya has estado mucho tiempo con esta gente. Ahora nos toca a nosotros. —Sus labios se pasean por mi cuello, erizándome la piel. Pega tanto sus caderas a mi cuerpo, que noto su erección en el vientre sin problema.

—¿Y si lo dejamos para mañana? Prometo dedicarte todo el día. He bebido demasiado y no tengo claro si podré, ya sabes…

El gesto de su cara me demuestra lo poco que le ha gustado la respuesta, no obstante, es lo que hay. No le debo amor eterno ni nada que se asemeje. Se lo dejé claro desde un principio. Siempre supe que David aceptaba mis condiciones con la esperanza de que, algún día, mis sentimientos hacia él fueran distintos, pero no creo que eso vaya a suceder. Nadie puede poner en dicha lo atractivo que es, ni siquiera Lidia, sin embargo, no lo veo como el amor de mi vida ni el padre de mis hijos.

—No vas a cambiar de opinión por mucho que insista, ¿verdad? —claudica.

El roce de sus labios en el lóbulo de mi oreja casi me hace ceder. Niego con la cabeza por miedo a responder algo que no quiero. El alcohol empieza a nublarme la cordura. Me muerdo el labio inferior y sonrío.

—Eres una bruja, nena. No puedes rechazarme y ponerte así de sexi. Si sigues provocándome, te colocaré sobre mi hombro y te sacaré de aquí sin miramientos.

—¿Igual que un troglodita? —lo pico. Si algo tengo claro, es que David nunca se expondría de esa manera. El qué dirán y las arrugas de su ropa, son dos elementos demasiado importantes para él.

—Por ti haría cualquier cosa, Ro. —Sus labios cubren los míos y me dejo llevar por el apasionado beso.

No tengo claro que esa afirmación sea cierta, aun así, le agradezco el empeño. Es un hombre demasiado egocéntrico para sacrificarse por otra persona. Yo lo sé y él también, sin embargo, valoro sus palabras.

El sonido de un vaso al estrellarse en el suelo y de unos gritos de mujer muy cerca de nosotros, nos saca del momento tan íntimo en el que estábamos sumergidos. Al girarme veo que Lidia empuja a un hombre mientras le recrimina alguna cosa que ha sucedido. Me deshago del agarre de David para acercarme al lugar del altercado. Él intenta impedírmelo, pero no voy a dejar a mi amiga sola. Ella no es conflictiva. Ha tenido que pasar algo grave.

—Eres un asqueroso —le reprocha Lidia a un chico alto y moreno con pinta de chulo.

—Venga, hombre. Ahora no te hagas la mosquita muerta. Llevas provocando toda la puta noche. Solo venía a darte lo que pedías a gritos.

La gente se ha alejado del altercado formando un círculo alrededor de los implicados. Incluso parece que la música ha bajado de intensidad. Todos estamos pendientes de sus reacciones. En un movimiento rápido y casi imperceptible, mi amiga le arrebata un vaso a la chica que se encuentra más cerca de ella y le lanza el líquido a su oponente. Me llevo una mano a la boca, alucinada con la reacción de Lidia. El chico la mira y entrecierra los ojos. Si fuera un dibujo animado, ahora mismo le saldría humo por la nariz, igual que un toro bravo.

—Aprende a tratar a las mujeres, gilipollas.

—Lo dices tú que ni siquiera llegas a persona. Pareces un animal salvaje. Regresa al zoo, niñata.

Retengo a Lidia por los brazos antes de que se lance a por ese impresentable y le arranque la cabellera. Le saca más de una cabeza, pero mi amiga no se amedrenta ante nada. Menuda es. El de seguridad se presenta delante de nosotras para poner orden.

—Lo siento, señoritas, pero debéis abandonar el local.

—¿Cómo? Ni hablar. Ha empezado ese cavernícola —se queja Lidia, señalándolo.

—Solo sigo instrucciones. Te han visto lanzarle la bebida. No me lo pongas más difícil, anda.

—Venga, Lidia, vámonos —le pido para intentar que se calme.

—Si yo me voy, él también —remarca sin perder de vista al provocador.

—Está bien, pero salid vosotras primero. No quiero líos fuera o llamaremos a la policía.

—Es increíble. Se frota contra mi cuerpo, me toca el culo sin permiso y encima soy yo la que es expulsada. Menuda mierda de discoteca. —Se gira, malhumorada, y se dirige hacia la salida. Corro tras ella.

—Lidia, espera —le ruego una vez en la calle. Ha echado a andar sin rumbo. Se frena al oírme.

—Lo siento —susurra limpiándose con rabia las lágrimas que recorren su rostro—. Te he estropeado la noche de celebración.

—No digas tonterías. Has hecho bien. Ese capullo se merece una buena descarga eléctrica en los huevos. —Se ríe y yo la acompaño. Rodeo su cuerpo con mis brazos y se deja mimar.

—¡Aquí estáis! —gruñe David acercándose a nosotras—. ¿En qué estabas pensando? Os han echado del local de moda. Mañana seréis la comidilla de nuestras amistades. Todo el mundo sabrá que estás como una puta cabra.

—David, frena. No sabes qué ha sucedido, así que mejor no digas nada. Si tanto te molestan las habladurías, lárgate, aléjate de nosotras —le reprendo muy enfadada. El altercado ha conseguido que el alcohol haya bajado a mis pies de golpe. Menos mal que no he cedido a su petición.

—Regresa a tu cueva de pijo de mierda, David, y déjanos en paz.

—Deberías pensar en tu padre y en vuestro prestigio —dice dirigiéndose a mí—. No le haces ningún favor al apellido Scott mezclándote con chaladas.

—Ese es mi problema.

—Está bien. Cuando entres en razón, llámame. Intentaré interceder por ti para que salgas lo menos perjudicada posible.

Lidia reinicia el paso, alejándose de David, con el objetivo de no caer en sus provocaciones. Sin embargo, antes de distanciarse demasiado, se gira y le regala una peineta con ambas manos. Me muerdo el labio para no reírme delante de mi ¿ligue, rollo? En este caso, tiene las de perder. No pienso dejar a mi amiga sola después de lo sucedido.

—Me voy con Lidia. Mañana hablamos, ¿vale?

—¿En serio? Esa tía se ha vuelto loca, Ro. Deberías alejarte de ella.

—Mi amiga estaba antes que tú, David. Tienes que entenderlo y lo siento si no es así.

Me giro y sigo a Lidia que ya me ha cogido una distancia considerable. No miro atrás, sé que ya se ha ido. ¿Qué narices hago con este tío? Si me quisiera, aunque fuera un poco, no nos dejaría solas, a las cinco de la madrugada. Está claro que debo replantearme mi vida amorosa. En realidad, es mi vida sexual.

Capítulo 2

Leonardo

Me limpio las manos en el trapo lleno de grasa mientras analizo qué narices le pasa a esta moto para que no arranque. Le he cambiado varias piezas y no hay forma. Necesito un descanso, ahora mismo estoy colapsado.

Pancho, mi jefe, tiene una pequeña sala con una nevera y una cafetera que va de fábula para hacer alguna parada de vez en cuando. La estancia es tan diminuta como una de esas cabinas de teléfono que hoy en día apenas se ven y está llena de trastos. Aunque parezca mentira, debajo de todo ese desastre de papeles, hay una mesa y una silla. No sé la cantidad de veces que le he dicho que debe contratar a alguien que le ayude con las tareas administrativas. Es uno de los mejores mecánicos de motos que conozco, sin embargo, no tiene la misma habilidad con el orden ni los documentos.

Hace casi once años que trabajo para él. Ha sido mi mentor, el que me ha enseñado todo lo que sé de estos vehículos de dos o tres ruedas. Nunca fui un chico muy aplicado en los estudios y desde bien pequeño desarrollé una obsesión por las motocicletas. En los buenos tiempos, mi padre tenía una, y recuerdo que me llevaba hasta el fondo de la calle mientras mi madre nos esperaba en la acera, sujetando el carrito de mi hermano Nico, con el susto en el cuerpo. Mamá confiaba que esa obsesión desapareciera con el tiempo, pero no fue así, sino al revés. A medida que crecí tuve más claro, todavía, que me quería dedicar a la mecánica.

Recuerdo que había muchas tardes que mi progenitora tenía que venir al taller de este hombre a buscarme. Al regresar del colegio, siempre hacía una parada para saludar y acababa enredado entre esas maravillosas máquinas. Las miraba con la boca abierta y estaba pendiente de todo lo que me contaba y enseñaba Pancho. A mis veintiocho años, esa devoción se mantiene intacta. Hay veces que ni siquiera aparezco por casa a comer. No soy un mal hijo, pero la mayoría de los días, el ambiente familiar no es el más favorable y prefiero alejarme todo lo posible.

Me encantaría poder emanciparme, como a la mayoría de los jóvenes de mi edad, aunque, hoy en día, es casi imposible. El precio de las viviendas es inalcanzable para alguien como yo. Somos una familia de clase baja y llegamos a fin de mes haciendo peripecias o, en el caso de mi madre, trabajando mil horas y en varios empleos. Desde el accidente laboral de papá, que lo dejó con una invalidez permanente en un brazo, la vida se complicó mucho más. De eso hace diez años. Nico solo tenía doce y Paula, nuestra hermana pequeña, apenas cinco. Así que no me quedó más remedio que arrimar el hombro.

—¿Qué te preocupa, muchacho? —pregunta Pancho cuando me asomo al taller con un café —. Las arrugas de tu entrecejo te delatan.

—La *custom* se me resiste —gruño. La carcajada de mi jefe rebota en las paredes—. No me hace ni puta gracia. He revisado la batería, la bujía y el filtro de aire y sigue sin arrancar.

—Échale un vistazo al carburador. Este modelo dio muchos problemas en el pasado.

Un molesto sonido, seguido de un petardeo, interrumpe nuestra charla. Nos acercamos a la puerta para comprobar qué sucede, aunque los dos tenemos claro de dónde proviene todo ese barullo. No vamos errados. En la calle de enfrente, en el bajo número cuarenta y dos, tiene su taller Alan Domínguez, alias el Pantera. Se dedica a la preparación de coches para carreras ilegales. Todos en el barrio sabemos de dónde provienen la mayoría de las piezas que utiliza, incluso la policía, pero tiene su negocio bien protegido y organizado y ha sido imposible involucrarlo en algún robo.

Aparca delante de la entrada y el vehículo queda rodeado, de manera inmediata, por todo su séquito, que alucina con el coche deportivo y ruidoso. Son una banda peligrosa de la que llevo tiempo huyendo. En cuestión de cinco años, se han apoderado de la calle y varias familias han tenido que irse por su culpa. Alan es un cabrón sin escrúpulos. Ya apuntaba maneras cuando íbamos al colegio. No tuvo una buena infancia. Su madre falleció por culpa de una sobredosis y quedó al cuidado de un padre alcohólico y con mucha facilidad para levantar la mano. Sobrevivió como pudo y ahora se ha convertido en el rey a base de amenazas y coacciones.

Sale del vehículo y nuestras miradas se cruzan. Me guiña un ojo y sonríe con arrogancia, lo ignoro. No nos llevamos ni bien ni mal. Nos respetamos de manera mutua. A mí me importa una mierda lo que haga, mientras no se inmiscuya con mi familia, y él está conforme con mi posición, a pesar de las negativas que ha recibido por mi parte cada vez que me ha ofrecido un empleo. No tengo dudas de que mi economía mejoraría de forma considerable trabajando con Alan, pero también soy consciente del riesgo que corro. Aprecio mi vida, aunque no sea de cuento de hadas.

Me gustaría formar una familia en algún momento. Encontrar una mujer que entienda mi pasión por las motos o por el dibujo, mi afición oculta. A la que no le importe mi forma de ser. Según mi hermano, soy un viejo cascarrabias encerrado en el cuerpo de un joven que todavía no ha cumplido los treinta. Puede ser así, sin embargo, solo me preocupo por mi familia. Sobre todo, por Nico. Él no ha tenido la suerte de encontrar un trabajo que le guste. Aunque tampoco tengo muy claro que algo le apasione de verdad. Somos totalmente opuestos y su inestabilidad me enerva. Me preocupa que esté demasiado cerca del Pantera y acabe cediendo al dinero fácil. Es muy jugoso para alguien como mi hermano.

—Con toda la pasta que debe ganar, no sé por qué no se larga y nos deja tranquilos. Este mes he perdido tres clientes por culpa de la inseguridad y la mala fama del barrio. Da igual que seas bueno en el trabajo, la gente prefiere gastar más, pero sentirse segura —dice Pancho con pesar.

Llevamos dos años muy duros, porque las personas no se atreven a dejar aquí sus motos por miedo a que se la roben. Este nunca ha sido un barrio maravilloso, sin embargo, no se vivía mal. Todos los vecinos nos conocíamos y, a pesar de la falta de recursos, nos llevábamos bien e intentábamos ayudarnos en lo que podíamos. Hasta que uno de los propietarios de un bloque de pisos falleció y Pantera se apropió del inmueble. Alquila las viviendas a un precio asequible, pero a quien a él le da la gana. Así que está lleno de sus amigotes. Se puede encontrar desde maleantes y prostitutas, hasta traficantes y ladrones de poca monta. Por culpa de esta gente, el barrio se ha convertido en un lugar peligroso a cualquier hora del día.

Ese motivo me lleva a ahorrar todo lo que puedo para sacar de aquí a mi familia. Sufro por mi hermana y mi madre. Las increpan y molestan de manera constante. No es la primera vez que violan a alguna mujer. Van puestos hasta las cejas de cualquier sustancia y no controlan lo que

hacen. Temo por ellas y por mí, porque si les tocan un solo pelo, estoy convencido de que acabaré en la cárcel por asesinato.

—Alan nunca se irá, Pancho. Controla el barrio y aquí pasa desapercibido. Si quieres seguir conservando el taller, el que deberá marcharse y empezar en otro lugar serás tú.

—Me niego a largarme. Yo estaba aquí antes de que ese niñato viniera al mundo y aquí quiero morir. Y sabes que no soy el único. Además, aunque quisiera, no tengo un lugar a donde ir. Los alquileres de naves están imposibles y de comprar ya ni hablamos.

—Pues si tuviera opción, yo sí que me iba de aquí. No te imaginas las ganas que tengo de perder de vista a este puto barrio.

—Mientras no nos toque un pellizquito en la lotería, hay que seguir trabajando, muchacho —dice Pancho palmeándome el hombro—. Así que ve a echarle un vistazo al carburador, a ver si esa hermosura enciende antes de irnos a casa.

Obedezco y me alejo del circo que se ha formado en el exterior. Paso las dos horas restantes con la *custom* y, como bien dijo mi jefe, el problema estaba en esa maldita pieza. Me lavo las manos y los antebrazos con fuerza para retirar la negrura y al terminar llamo a mi madre por si necesita alguna cosa.

—Cariño, estaba a punto de telefonearte. Pilar se ha puesto enferma y tengo que cubrir parte de su turno.

—¿A qué hora te vas?

—En diez minutos. No sé cuándo volveré. Dejo un caldo para hacer sopa y unos filetes de cerdo para freír. También hay ensalada y algo de sobras de ayer.

—Está bien. No te preocupes, ahora mismo voy para casa. ¿Hace falta algo?

—Trae unas cervezas, que quedan pocas y después, si se acaban, tu padre se enfada.

Me pinzo el puente de la nariz para controlar mi mal humor y no berrearle a mi madre por teléfono. Porque ella no tiene la culpa de que su esposo sea un puñetero amargado.

—También podría ir él a comprarlas. Está manco de un brazo, pero el resto del cuerpo le funciona la mar de bien.

—Lo sé, cariño. Hoy no tiene un buen día. —Sé lo que eso significa y todavía me cabreo más.

—¿Cuánto se ha gastado esta vez?

—No tengo ni idea.

La voz rota de mi madre me llega al alma. Se mata a trabajar para que no nos falte de nada. Hace horas extras, cubre vacantes y vende días de vacaciones a fin de llegar a todos los gastos de la casa y poder ahorrar un poco para que mi hermana Paula siga con sus estudios. Es la más lista de la familia y quiere ser maestra. Espero que lo consiga y tanto mamá como yo haremos todo lo posible para que así sea. Por desgracia, siempre nos tropezamos con el mismo obstáculo. Mi padre, Andrés Medina.

A sus cincuenta y seis años todavía es un hombre joven. Fue un buen progenitor, hasta que un desgraciado accidente, en una obra en la que trabajaba de paleta, le inutilizó un brazo. En vez de luchar, se hundió y cogió una depresión. Siempre fue muy cumplidor y después de ese suceso, se le metió en la cabeza que era un inútil y empezó a convertirse en un hombre amargado y gruñón. Más que yo y eso es complicado. Si a su desdicha le añadimos una adicción al juego, el paquete se convierte en un explosivo. Ya hemos tenido que devolver varios préstamos que pidió a diferentes prestamistas. Es una adicción complicada de manejar y que nos arrastra a todos.

Hicimos lo posible para que fuera a terapia, pero no hubo forma. Hay días que se hunde, llora igual que un niño pequeño y jura que nunca más volverá a apostar ni a jugar a las cartas. Ese raciocinio le dura unas semanas, después acaba cayendo de nuevo y nosotros seguimos pagando las consecuencias.

—Bueno, eso ahora no importa —comento para no angustiarla todavía más—. En unos minutos estoy por ahí.

—Gracias, cariño. Paula tiene deberes de matemáticas, quizás podrías echarle una mano.

—Lo intentaré. Sabes que no se me dan demasiado bien.

—Mejor que a mí o a Nico, sí. Te dejo, voy a terminar de vestirme o llegaré tarde.

—Vale, mamá.

—Te quiero, Leo. Un día alcanzarás tu felicidad y yo no pienso perdérmelo.

Acabo la frase con ella sin que me oiga. Me lo recuerda una vez al día y se ha convertido en un mantra entre nosotros. Yo también quiero que vuelva a sonreír como antes, que tenga tiempo y dinero para ir a la peluquería a teñirse las canas o que se pueda comprar ese perfume de marca que tanto le gusta y que vale tres veces más que el que suele llevar. Deseo que su vida no solo sea sacrificio, no se lo merece. Es la mujer más maravillosa del mundo y yo daría cualquier cosa por verla feliz.

Capítulo 3

Rocío

Aparco el coche en la zona empedrada que da acceso a la casa de mi padre y de Sara. Hace cuatro años que se mudaron a esta edificación que parece un palacio. Según papá, era una buena opción de compra, a pesar de tener más habitaciones, baños y metros cuadrados de los necesarios para ellos. Solo son tres, aparte del personal de servicio, y ninguno vive en la mansión.

A la primera persona que me encuentro mientras subo las escaleras de piedra blanca es a Felipe. Este hombre, de cuarenta y dos años, es la mano derecha de mi padre y uno más de la familia. Lleva a su lado desde que yo era pequeña y su ocupación todavía es un misterio. Hace un poco de todo y mi progenitor no se mueve sin él.

—Bienvenida y enhorabuena —me saluda con su habitual sonrisa y cordialidad—. Traes cara de resaca.

—Y eso que me he maquillado. Así que imagínate qué noche. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—No se consigue un premio tan prestigioso todos los días.

—Tienes razón, Felipe, pero no hubiera pasado nada si lo celebrara con menos alcohol.

Al final, y después del plantón de David, Lidia y yo acabamos en mi piso, poniendo a parir a los hombres mientras vaciábamos varias botellas ya empezadas. Una era de vodka, las siguientes, no lo recuerdo. Mi amiga se ha quedado durmiendo. Me ha sido imposible despertarla. Yo he tenido que hacer un gran esfuerzo para ponerme en marcha. Tengo comida familiar y no podía ni quería perdérmela.

—Tu padre se pasó el día presumiendo de hija. Está muy orgulloso de ti. Todos lo estamos.

—Gracias. Mi éxito se lo debo a él. He aprendido del mejor. Por cierto, ¿dónde está?

—Se encuentran en el jardín de atrás. Einar lo ha retado a una partida de ajedrez —me explica mientras entramos en la casa.

—Tendría que asumir, de una vez por todas, que sus hijos son mejores que él —respondo guiñándole un ojo.

—No debe de ser algo sencillo de digerir.

—Supongo que no.

—Ya conoces el camino. Voy a hacer unos recados.

—Nos vemos después.

Felipe se despide con una sonrisa. Es un hombre muy apuesto y elegante. Por su trabajo, siempre va vestido con trajes oscuros. Me consta que sigue soltero, aunque no tengo muy claro de por qué. No creo que, a un hombre como él, le falten admiradoras. Supongo que invierte muchas horas en el trabajo. Siempre está con mi padre, menos los domingos, que suele librar, a no ser que surja algún evento o invitación especial en la que se requieran sus servicios de,

guardaespaldas, chófer, secretario… Felipe es un *pack*. Se merece el sueldo elevado que gana. Estoy convencida de que papá no lo dejará marchar nunca.

Recorro el pasillo ancho con paredes blancas y hago una mueca ante el cuadro tan horrendo que está colgado. Sara es una mujer increíble, pero pésima en lo que al arte se refiere. Paso por delante de la cocina y asomo la cabeza para saludar al personal del servicio y lanzarle un beso a Carmela, la cocinera. Esta mujer tiene unas manos maravillosas. Igual te hace un buen guiso como un postre delicioso. También es de las veteranas en la familia, es la que más tiempo lleva al servicio de mi padre. Fue un pilar importante cuando mamá falleció.

—Después pásate por aquí para que te dé un abrazo, mi niña. Y así te llevas unas cuantas galletas con chocolate. Que estás muy flaca.

Pongo los ojos en blanco ante su comentario. Nunca he sido una niña gordita y mis progenitores tampoco. Mi físico se asemeja más al de mi madre. Tengo una constitución delgada, caderas estrechas y poco pecho. Es verdad que llevo una temporada con bastante estrés y he perdido algo más de peso del necesario, pero como mucho y no me privo de nada. Al parecer, los nervios se lo quedan todo.

—Carmela, no le diga eso a la señorita. Esta juventud se toma las cosas muy a pecho. A ver si va a acabar con un problema de salud —le reprocha una de las empleadas.

—Qué tonterías dices, válgame Dios.

—No os preocupéis por mí, estoy bien de peso y de salud. Me llevaré unas galletas y algún táper. Seguro que tienes algo rico guardado por ahí, ¿verdad, Carmela?

—Pues claro que sí, mi niña. Para ti siempre hay alguna cosa, ya lo sabes.

—Eres la mejor. Te veo después.

Me alejo del ajetreo de la cocina. Queda poco para la hora de la comida y están todos liados con sus tareas. Cruzo el salón y sonrío cuando veo a papá y a Einar sentados, uno enfrente del otro, con la mirada centrada y máxima concentración en el tablero de ajedrez. Odio ese juego, pero a mi hermanastro se le da genial. A pesar de su juventud, solo tiene nueve años, es un niño con una gran inteligencia, muy por encima de los críos de su edad. Hay ocasiones en las que sus razonamientos me dan un poco de miedo. Aun así, Einar es maravilloso. Nos separan muchos años de diferencia y tampoco compartimos madre, pero eso no es un obstáculo para quererlo con locura y sé que el cariño es recíproco.

La mujer de mi padre está tumbada cerca de ellos con una revista en la mano. No les hace mucho caso, me consta que a ella tampoco le llama la atención eso de mover piezas por un tablero. La belleza de Sara eclipsó a mi padre. Cuando la conoció, ya llevaba varios años viudo y luchando con una jovencita, o sea yo, que no le ponía las cosas demasiado fáciles. Fue en un viaje que mi progenitor hizo a Londres. Ella iba con unas amigas y él a cerrar un proyecto. Tropezaron, de manera literal, y el café que Sara llevaba en la mano, cayó encima del traje de papá. Varias casualidades hicieron el resto. Se hospedaban en el mismo hotel, los dos residían en España y en la misma ciudad. También los separaban algunos inconvenientes, como, por ejemplo, que él era viudo y tenía una hija adolescente, además de la diferencia de edad, se llevan once años. Ese aspecto resultaba más complicado para mi padre que para Sara, a pesar de que él no aparenta tener cincuenta y siete años. Los dos tuvimos mucha suerte de tropezarnos con esta mujer. Vino a poner orden en nuestras vidas. Le devolvió la felicidad a un hombre que apenas disfrutaba y a una chica que estaba algo perdida. Se convirtió en una gran amiga, pues Sara tenía bien claro que no quería sustituir a nadie. Encajó con nosotros a la perfección y le estoy muy agradecida por todo ese esfuerzo, pues no siempre fue sencillo y siguió luchando sin tirar la

toalla.

El primero en percatarse de mi llegada es Scooby, el gran danés gris y enorme que se acerca a mí con su calma habitual. Le acaricio detrás de las orejas. Su movimiento capta la atención de Sara, que deja la revista con rapidez y se levanta con esa agilidad que le proporciona sus clases de yoga y que yo envidio.

—Chicos, ha llegado Ro. —Se acerca y cubre mi cuerpo con un abrazo cariñoso—. Enhorabuena, cielo. Estamos muy felices y orgullosos de que hayas conseguido ese premio.

Recibí varios mensajes de felicitación, pero me faltaba el contacto. Cierro los ojos para llenarme de su afecto. Me separo y sus suaves manos envuelven mi rostro. Una sonrisa de felicidad acude a su cara, contagiándome.

—¡Ro! —chilla mi hermano a la vez que sus brazos rodean mi cadera y apoya la cabeza en mi pecho—. Papá dice que ahora ya eres mejor que él.

Elevo la mirada y tropiezo con la de mi padre, que me guiña un ojo.

—No le hagas caso, es un exagerado.

—Eso le he dicho yo. Es imposible que tú seas mejor, porque él es más viejo y tiene más recorrido profesional.

—¿Se puede saber a quién estás llamando viejo? —se queja nuestro padre haciéndose el ofendido.

—Papá, no puedes enfadarte. Los años pasan y tú ya no eres ningún chaval —replica Einar de manera muy acertada.

—Será posible —refunfuña el aludido. Tanto Sara como yo intentamos contener una sonrisa que pugna por salir ante la respuesta de este pequeño sabiondo—. Venga, listillo, siéntate y acabemos con la partida, que te voy a dar una paliza.

—Te recuerdo que vas perdiendo.

Mi padre pone los ojos en blanco mientras recorta la poca distancia que nos separa para saludarme. Me cobija entre su atlético cuerpo y su olor invade mis fosas nasales, dándome esa paz y seguridad que tanta falta me hace a veces.

Alfred Scott es un americano de nacimiento, pero español de corazón. Llegó muy joven y con miles de ideas para innovar en la arquitectura. Su nombre se hizo famoso con rapidez y, hoy en día, es un referente en la profesión. Conoció a mi madre en un bufete de abogados. Ella era la secretaria y papá se enamoró a primera vista de su belleza. Tras varios encuentros en la oficina, él se llenó de valor y la invitó a salir a cenar. Mamá lo rechazó. Era una mujer de carácter y con las ideas muy claras. En sus planes no entraba el amor y menos con un extranjero. Sin embargo, Alfred Scott no se rendía con facilidad y un buen día, su insistencia obtuvo premio. Unos años después, pasaban por el altar. Fueron muy felices, hasta que la enfermedad se la llevó y con ella se marchó la alegría, las risas y la ilusión.

A pesar de todo el trabajo que tenía, mi padre siempre estuvo ahí. Nunca faltó a ninguno de mis festivales, ni tampoco se saltaba las reuniones escolares o los eventos deportivos en los que participaba. Con él no podía hablar de todo, pero sabía que estaba ahí, dándome la mano por si necesitaba salir de algún hoyo que se hubiera cruzado en mi camino. No sé qué haría sin él.

Después de este sentido y caluroso abrazo, papá regresa a la mesa para acabar la partida de ajedrez. Sara entrelaza su brazo con el mío y me arrastra hasta la tumbona. Se sienta y da dos palmaditas a su lado para que yo haga lo mismo. Me muerdo una sonrisa, porque sé lo que me espera. A mi madrastra le encantan los chismes.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal la celebración de ayer? —pregunta entusiasmada.

—Bien, aunque me pasé un poco con el alcohol. ¿No se me nota en la cara?

—Sí, un poquito. ¿Había mucha gente?

—Pues estaban casi todos los empleados más jóvenes del estudio, un grupo de amigos de la universidad y Lidia. Los suficientes para pasar un buen rato. Aunque la noche se torció.

—¡No me digas!

—Un tío intentó propasarse con Lidia, ella se rebeló y le lanzó una bebida encima. Acabaron echándonos del local. Así que terminamos la fiesta en mi casa, entre botellas y risas. La verdad es que no recuerdo mucho.

—Menudo sinvergüenza. ¿Lidia está bien?

—Sí, a excepción de la maravillosa resaca que tendrá cuando se despierte. La he dejado en mi piso.

—Pensé que acabarías pasando una noche romántica con David.

—Calla, no me nombres a ese imbécil. Ya sabes que no se lleva con Lidia y, según él, su actitud había provocado que nuestros amigos hablaran mal de nosotras y era vergonzoso que acabáramos en la calle. Ni se dignó a acompañarnos para asegurarse que estuviéramos bien. Solo le importa el qué dirán.

—La verdad es que el muchacho es un pelín egocéntrico, pero es guapo.

—Esa balanza no está muy compensada. Por muy atractivo que sea mi padre, no estarías con él si solo se mirara su ombligo.

—Por supuesto que no.

—Ni siquiera sé si quiero seguir con una relación que no me va a llevar a ningún sitio. Hablaré con él y pondré punto final a lo que sea que tuviéramos. Ahora lo primordial es mi profesión.

—Me parece bien que tomes esa decisión si David no te aporta nada. No obstante, no puedes olvidarte de que la vida está para disfrutarla y que hay que hacer más cosas que trabajar, por muy bien que lo pases haciéndolo. El amor es muy importante, Ro y, cuando lo encuentres, lo sabrás.

—Estás hecha una romántica.

—Y a mucha honra. Soy una mujer feliz y enamorada. Nadie creía en el amor entre tu padre y yo y, míranos, ya llevamos once años juntos. Quiero a ese hombre con locura a pesar de todo lo que trabaja o de las canas que pintan sus sienes. Es guapo, está cañón y es rico. ¿Qué más puedo pedir?

—La parte del dinero es la más interesante.

—Ni lo dudes.

Las dos estallamos en carcajadas, porque tenemos claro que la economía es algo importante, pero no es, ni de lejos, lo que mueve a Sara en este matrimonio. Ella proviene de una familia con una alta posición social, así que no precisa del dinero de mi padre para vivir.

—¡No puede ser! —se queja mi progenitor.

—Te he vuelto a ganar. Soy el mejor —se jacta Einar a la vez que danza alrededor de la mesa con los brazos elevados. Sara se acerca a ellos con una sonrisa.

—Nos hacemos mayores, cariño. —Intenta consolarlo mientras se sienta en su regazo y le rodea el cuello con los brazos.

—Sí, pero aún me queda mucha guerra que dar —responde él.

Acerca sus labios a los de Sara, la besa con dulzura y se susurran palabras cargadas de amor y cariño. Me quedo prendada del momento de intimidad y de esa complicidad que hay entre ellos. Yo deseo algo así. Que no sea solo amor y pasión. Busco un hombre que quiera ser mi compañero de camino y os aseguro que es tan complicado como intentar atrapar el viento con las manos. David queda descartado, así que en mi rasca todavía no hay premio y pone: «Sigue jugando».

Capítulo 4

Leonardo

No me gusta salir de fiesta. La música cada vez es más rara y carezco de ritmo por completo. Mi hermano dice que soy un aburrido y que así jamás conseguiré pareja. La verdad es que me importa una mierda lo que él opine. Debería centrarse en madurar en vez de estar metiéndose en mi vida. Además, bastantes problemas me rodean como para tener una relación.

El amor no está hecho para mí. No es tan idílico como la gente lo pinta. Corazoncitos, suspiros, cosquillas en el estómago…, nada de eso es real. Bueno, quizás al principio, pero ¿qué sucede cuando acechan las dificultades? Que aquello a lo que llamaban amor, desaparece y la gente huye para no tener que afrontar las preocupaciones de otros. Sí, lo digo por experiencia. Creí que Raquel era diferente a las demás, que me quería de verdad, tal y como soy. Los cinco primeros meses fueron fantásticos. Diversión, sexo, paseos, caricias, más sexo… Ni siquiera llegué a decirle que la quería, ahora tampoco tengo claro de que fuera así. Solo hizo falta una llamada para que todo lo bonito que teníamos se desvaneciera por arte de magia.

Unos días atrás, mi padre había jugado varias partidas a las cartas y, como ya solía ser habitual, perdió todo el dinero que llevaba encima. Cerca de cuatro mil euros que había pedido prestados a un capullo del barrio que se hace llamar prestamista. No es la primera vez que la debilidad de mi progenitor por el juego lo lleva a realizar locuras como esta. Después llega a casa llorando y arrepentido, pero el problema no desaparece y tanto mi madre como yo, tenemos que asumir sus deudas y con intereses. Aquella noche, al prestamista se le terminó la paciencia y se encargó de recordarle a mi padre, a base de golpes, que debía dinero. Acabó en el hospital y yo sin novia y con una deuda importante. Tuve que compaginar mi trabajo de mecánico con el de camarero por las noches para reunir el dinero. Las salidas, los paseos y el sexo con Raquel se redujeron a cero. Estaba tan cansado que me quedaba dormido por las esquinas. Me dejó. Sus palabras fueron: «No quiero un novio al que apenas veo». Prefirió tirarse a los brazos del Pantera, que aprovechó la ocasión para robarme a la chica con promesas de una vida idílica que yo jamás podría darle. Y hasta aquí la felicidad.

Así que he llegado a la conclusión de que es absurdo buscarme una pareja, porque la ludopatía de mi padre no va a desaparecer, mi economía tampoco va a mejorar y jamás dejaría a mi familia en la estacada. Eso no significa que no pueda gozar del placer sin compromiso. Tengo mis necesidades, y la suerte de poder cubrirlas sin ningún inconveniente. Y ese es el objetivo de esta noche.

Hace dos días que se me averió la moto, estoy esperando que me llegue la pieza para cambiarla, así que me acerco al *pub* dando un paseo. Abro la puerta y el ruido de la música se introduce en mi cabeza. Frunzo el ceño. No esperaba que hubiera tanta gente. No soy muy sociable, así que estos sitios tan pequeños donde se concentran muchos seres humanos me agobian un poco. Camino entre las personas que bailan o sería mejor decir que se restriegan, hasta que llego a la barra. Diana, la guapa latina que hay detrás del mostrador, me recibe con una

sonrisa.

—Cuántos días sin verte —chilla por encima de la música a modo de saludo.

—He estado un poco liado. ¿Me has echado de menos?

—Sí, un *poquitico*.

Elevo la comisura de los labios en lo que podría ser una sonrisa. No me creo sus palabras. Diana es una mujer espectacular a la que le sobran pretendientes, pero es alérgica al compromiso. Lo único que busca es pasarlo bien, igual que yo.

Pido una cerveza y le entrego un billete de diez euros. No me lo acepta. Lo arrastra por la barra para devolvérmelo mientras se muerde el labio inferior, provocativa. Llevo varios días sin sexo y conozco bien a Diana en la cama, así que ese simple gesto, provoca que mi cuerpo se tense y el miembro se ilusione al saber lo que le aguarda. No hace falta que le aclare que la esperaré hasta que finalice su jornada.

Podría liberar mi necesidad con alguna de las chicas que se acercan a mí durante la noche, sin embargo, prefiero un puerto seguro. Diana es especial, porque ha soportado mis mierdas en más de una ocasión.

Cuando las luces parpadean informando que el local va a cerrar, abandono el lugar y me quedo fuera, esperando su salida. Reviso el teléfono y navego por las redes para saber qué novedades hay. Abro los ojos, sorprendido, al ver el nuevo modelo de moto que saldrá al mercado en breve. Si tuviera dinero, cambiaría mi vieja motocicleta y lo invertiría en una máquina como esta.

—Eso que miras no será una tía en pelotas, ¿verdad? Han desaparecido las arrugas de tu entrecejo y, ¡mírate!, te brillan los ojos.

—Es una moto —le respondo a Diana enseñándole la pantalla.

—Te cambia la cara con esos trastos infernales.

—No te permito que hables mal de esta preciosidad. Algún día, una así será mía.

—Vámonos, anda, que al final voy a ponerme celosa —se queja a la vez que entrelaza nuestros dedos y me arrastra para iniciar el paso.

Recorremos las dos calles que nos separan de su piso hablando de cosas banales. Diana es una mujer pizpireta y divertida. Todo lo opuesto a mí. Por eso me gusta su compañía, con ella puedo ser yo, porque no me juzga y siempre consigue arrancarme alguna sonrisa con sus locuras.

Cuando llegamos a su piso pequeño, pero acogedor, lo primero que hace es apoyarse en mi brazo para quitarse los tacones. No entiendo cómo puede estar toda la noche con eso en los pies. Suelta un suspiro de alivio y placer. No me extraña, esos zapatos deben ser una auténtica tortura. Se saca la chaqueta tejana y la cuelga en uno de los ganchos que hay en la pared. Lleva una camisa transparente que deja a la vista un precioso y sexi sujetador. Mi mente sucia sabe lo que se esconde debajo de esa ropa y se lo transmite a mi cuerpo, provocando una excitación inmediata.

Sigo a Diana hasta la cocina sin apartar la mirada de ese fabuloso trasero que envuelve su ceñido tejano. Ni siquiera la he tocado y ya no puedo controlar la inquietud de mi miembro. No me oculto, los dos sabemos a lo que he venido.

—Necesito comer algo —dice cuando abre la nevera. Carraspeo y Diana pone su oscura mirada en mí. Le señalo el paquete y suelta una carcajada—. Eso me lo comeré luego, Leo. No me gustaría desmayarme sin llegar al orgasmo. ¿Quieres una cerveza?

—Vale.

Con mi bebida, saca un yogur y un plato con uvas. Deja la comida en la encimera, cerca de donde estoy apoyado y me ofrece una lata. La abro y le doy un largo trago. Diana coge una cucharilla mientras se lleva una uva a la boca. Realizo el mismo gesto con la fruta para llenar un poco el estómago. Es la cuarta cerveza y no quiero que me caiga mal. La preciosa morena da un pequeño brinco y se sienta en la encimera. Abre el yogur, llena la cuchara y se la lleva a la boca. La lame de una manera tan sensual, que mi miembro deja el estado de semi relax en la que se había acomodado y se endurece de nuevo.

—Eres mala —le reprocho situándome entre sus piernas.

—¿Quieres? —Me ofrece como si no supiera de qué manera me afecta su gesto.

Acerco la boca a la cuchara y me apodero del contenido del yogur para que se acabe lo antes posible. Todavía queda algo en el fondo del plástico, pero se lo quito de las manos y lo desecho en el fregadero. Me lanzo a sus labios y Diana enreda sus brazos en mi cuello. Hay urgencia en nuestros movimientos. Los dos tenemos ganas de una buena sesión de sexo. La levanto y ella se enrosca a mis caderas. Aprieto su culo contra mí para que sienta la excitación de mi entrepierna. No le pido permiso, ya sé dónde está su habitación.

Nos desnudamos con rapidez. Mis manos recorren su cuerpo con ansias. Gimo cuando sus dedos envuelven mi polla emocionada. Se arrodilla y siseo al notar la humedad de su lengua pasearse por el glande. Me apodero de su melena y la empujo para que su intrusión sea más profunda. Me fascina verla ahí, de rodillas y tan expuesta ante mí. Sin embargo, no soy un tío egoísta, así que la levanto, con el propósito de que no siga o acabaré derramándome en su boca. Se pasa la lengua por sus labios jugosos y sonrío.

—Ahora me toca a mí.

Sabe a qué me refiero. Así que se tumba en la cama y abre sus piernas. Pierdo mi cabeza en su sexo. Juego, lamo, muerdo y saboreo todo lo que me ofrece, hasta que le arranco un orgasmo húmedo. Abro el cajón donde sé que guarda los preservativos y rasgo uno con los dientes mientras observo como recupera la respiración después del placer. Una vez colocada la protección me dejo llevar por las ganas. Diana es una mujer flexible con la que se pueden explorar varias posiciones, aunque siempre acabo con la misma, con la que más me gusta, ella a cuatro patas y yo gozando de la visión de su maravilloso trasero a la vez que la penetro con fuerza. Caen dos orgasmos más hasta que nos desplomamos, derrotados y nos quedamos dormidos.

El sonido de un claxon me despierta, alarmado. Estoy algo desubicado hasta que recuerdo dónde me encuentro. Giro la cabeza y sonrío al descubrir el rostro relajado de Diana. Es preciosa. Me incorporo y busco mi móvil para saber qué hora es. El aparato marca las once de la mañana. Mierda, se me ha hecho tarde. Mi madre estará preguntándose dónde narices estoy. Se le antojó que iba a aprovechar su día de fiesta para hacer una limpieza profunda. Eso significa mover muebles, lavar cortinas, un repaso a los baños… Me ofrecí a ayudarla. No quiero que coja peso ni que se suba a escaleras o sillas sin una estabilidad adecuada.

Me visto con rapidez y muevo con delicadeza a Diana para hacerle saber que me marcho. Gruñe en varias ocasiones hasta que abre uno de sus oscuros ojos. Sonríe.

—Me voy. Tengo cosas que hacer.

—Está bien, pero no tardes tanto en volver a aparecer. ¿Vale?

—Lo intentaré.

No responde y con una mueca bobalicona, se gira y enrosca la almohada entre sus brazos para volver a dormirse. Beso su hombro desnudo y abandono el piso. Cuando llego a la acera,

desbloqueo el teléfono y llamo a mi madre.

—Leo, hijo, ¿va todo bien?

—Sí, mamá. Me encontré con una amiga y se me ha hecho tarde. Llegaré en unos veinte minutos. No muevas nada hasta que esté ahí.

—Tranquilo, Paula me está ayudando a limpiar.

—¿Y Nico?

—Todavía duerme. Se fue con unos amigos y ha llegado tarde. —No puedo decir nada, porque yo también he salido y ya debería estar en casa—. ¿Podrías coger el pan en la tienda de la esquina?

—Claro. Nos vemos en un rato.

Recorro la distancia que separa el piso de Diana del nuestro sumergido en mis pensamientos y analizando todo lo que me espera de trabajo la semana que viene. La relajación del buen sexo me dura poco. Giro la esquina para dirigirme a comprar el pan y, cuando estoy a punto de llegar a la tienda, mi mirada se desvía hacia uno de los callejones que hay enfrente. Se oyen gemidos de dolor, maldiciones, risas y burlas. Un grupo de cuatro tíos le están dando una paliza a alguien. Este barrio se ha convertido en un suburbio. Siempre hemos vivido familias de una economía baja, pero trabajadores. Ahora, mucha gente se ha ido y los que ocupan su lugar, son delincuentes y personas a las que solo les interesa el dinero fácil sin ningún miramiento de cómo conseguirlo.

Me acerco a la carrera a fin de intentar frenar los golpes sin valorar el riesgo que corro. Soy joven y fuerte, pero no lo suficiente para poder con tantos contrincantes. La gente me sigue con la mirada cuando paso por su lado corriendo. Me tropiezo con Pancho, que me observa alarmado y le pido que llame a la policía. Empujo a dos de los agresores y le doy un puñetazo a un tercero, que se revuelve, para situarme entre ellos y la persona que se encuentra en el suelo.

—¿Qué cojones se supone que hacéis? —reclamo. Al verles la cara, los reconozco. Son de la tropa del Pantera.

—No te metas si no quieres acabar igual que él.

Miro de reojo y veo que es un hombre mayor. No sé cómo se llama, pero lo conozco del barrio. Se remueve y gruñe del dolor provocado por los golpes. Tiene la cara ensangrentada debido a varios cortes y a la nariz, que quizás se la hayan roto.

—Menuda panda de valientes. Cuatro para agredir a un anciano. Ni siquiera vuestro cabecilla tiene los cojones de realizar el trabajo.

No veo venir el puñetazo que recibo desde mi lado derecho. Trastabillo sin llegar a caerme y me enfrento a los otros dos que se acercan a mí. No me pienso rendir tan fácilmente. Yo me llevaré lo mío, pero ellos no se van a ir de rositas. Sufro varios impactos más y sigo defendiéndome hasta que oigo la voz de Pancho.

—La policía está a punto de llegar —chilla para tratar de ahuyentar a estos capullos. No se inmutan hasta que se oyen las sirenas a lo lejos.

Corren a resguardarse como ratas que son. Cuando me veo liberado, me dejo caer de rodillas intentando recuperar el aliento. Gateo hasta el pobre anciano que me mira con los ojos húmedos.

—Llama a una ambulancia —le pido a Pancho, aunque ahora nos encontramos rodeados de gente curiosa.

—Gracias, muchacho —dice el hombre antes de caer desmayado.

Me tumbo boca arriba a la espera del socorro. Tengo un dolor intenso en la mandíbula y el pómulo, pero seguro que no es nada comparado al daño que ha recibido este anciano. Me dejo llevar por mis pensamientos y una sonrisa quiere asomar entre mis labios al pensar que hoy, vamos a tener que comer sin pan. Es lo que hay.

Capítulo 5

Rocío

Cada domingo que vengo de visita, Einar tiene algo que enseñarme. En esta ocasión, me ha arrastrado hasta su habitación con el objetivo de que vea un proyecto que debe hacer para el colegio. Se trata de una maqueta del sistema solar con todos sus planetas en la que ya se puede identificar Saturno y Venus.

—Tengo que pintar la caja de azul y mamá me ha comprado todas estas pegatinas de estrellas. Las pondré aquí dentro y después colgaré el resto de los planetas. Papá me ha dicho que me ayudará a colocarle unas luces.

—Vaya, va a quedar espectacular —le comento mientras dejo la bola que representa a Saturno.

—Eso espero, porque quiero sacar más nota que Marta. Dice que yo soy el mejor en mates, pero que a ella se le dan más bien las manualidades. Yo creo que no es así y se lo pienso demostrar —responde resuelto y con un ligero tono de enfado.

—¿Sabes qué? —Me siento a su lado en la cama y sigo con mi charla de hermana mayor—. Creo que da igual quién sea mejor en una cosa o en la otra, Einar. Lo más importante es disfrutar del proceso y que tú estés satisfecho con el esfuerzo realizado y el resultado obtenido.

—Ya, es lo que siempre me dice papá, pero es que esa niña es muy competitiva y se burla de los demás cada vez que saca mejor nota. No me gusta cuando hace eso, así que disfruto bajándole los humos.

Contengo una sonrisa ante su explicación, porque mi hermano no solo es listo, también tiene un buen corazón y no le gustan nada las injusticias. Le revuelvo el pelo y lo acerco a mí para darle un abrazo.

La voz de Sara, llamándome, interrumpe el momento de hermanos. Hay algo de urgencia en su tono, así que salgo de la habitación de Einar y bajo al piso de abajo para ir a su encuentro.

—¿Qué sucede? —la interrogo.

—Tu teléfono no deja de sonar. Por la insistencia, parece algo importante.

Me acerco al salón, donde está el móvil y compruebo quién me llama con tanta obstinación. Seguro que será Lidia, que se habrá despertado, desorientada por todo lo que bebimos ayer. Arrugo el ceño al ver que hay cinco llamadas perdidas de un número que no tengo registrado, pero que tiene un identificador en el que pone Hospital Central. Cuando estoy a punto de llamar para saber qué sucede, el teléfono vuelve a vibrar en mi mano. Descuelgo.

—¿Dígame?

—Buenos días. Le llamo del Hospital Central. Busco a la señorita Rocío Scott. ¿Es usted?

—Sí. ¿Qué sucede?

La mano empieza a temblarme y a ella se une la mayor parte de mi cuerpo. Me siento en el

sofá por miedo a que las piernas no me respondan y me caiga al suelo. Este tipo de llamadas solo se puede deber a una cosa. Algo le ha pasado a mi abuelo.

—No es nada grave, pero hace unos minutos han ingresado al señor Ramón García y este era el número que teníamos de contacto para las emergencias.

—Es mi abuelo. ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Ha ingresado con varias contusiones. Se encuentra fuera de peligro. Le estamos haciendo pruebas y lo mantendremos en observación. No sabemos mucho, al parecer, le han propinado una paliza.

—¿Cómo? Mi abuelo es un hombre tranquilo, quizás un poco gruñón, pero no es mala persona. Además, tiene setenta y ocho años. ¿Qué loco le puede pegar a un anciano?

—Lo siento, señorita. Esos temas los tiene que tratar con la policía, nosotros no disponemos de más información.

—Está bien. ¿Los golpes son muy graves? —le pregunto a la chica que se encuentra al otro lado de la línea bajo la atenta mirada de mi padre y de Sara.

—Será mejor que se acerque al hospital y el médico le comunicará el parte de lesiones cuando se hayan realizado todas las pruebas necesarias.

—Claro, ahora mismo voy para allí. Gracias por avisarme.

—De nada. Cuando llegue, diríjase a Urgencias y pregunte por Tania, que soy yo y saldré a atenderla.

Nos despedimos y una vez cuelgo, suelto todo el aire que retenían mis pulmones y dejo salir las lágrimas que se agolpan en mis ojos.

—Hija, ¿qué le ha pasado a tu abuelo? —indaga mi padre.

—Parece que le han dado una paliza.

—¡Ay, madre mía!

—Me voy al hospital. Necesito saber cómo está.

—Te acompaño —impone mi progenitor.

No pienso negarme. Me da miedo lo que me pueda encontrar. Si le sucede algo a mi abuelo, yo… Sé que es mayor y que el día menos pensado tendré que aprender a vivir sin él, pero es lo único que me queda de mi madre y le prometí cuidarlo y vigilarlo. Con este suceso, tengo la sensación de que he faltado a mi palabra.

Noto la cálida mano de mi padre reconfortándome y al elevar la cabeza me doy cuenta de que ya estamos en el coche y que Felipe va al volante. Ni siquiera soy consciente de haberme sentado en el interior del lujoso vehículo.

—Todo va a ir bien. Ya lo verás.

—Ha sido culpa mía. Hace mucho tiempo que debería haber abandonado ese barrio. Con tanta delincuencia, no es un sitio seguro, pero es un cabezota y no hay forma de que entre en razón.

—Vamos a ver qué ha sucedido antes de sacar conclusiones. Si ha sido en el barrio, a lo mejor, con este contratiempo, recapacita.

—Eso espero o se llevará otra paliza de mi parte.

—Deberías calmarte. Esa agresividad no es buena.

—Son los nervios, papá. Me hacen decir tonterías.

—Me quedo más tranquilo, me estabas asustando.

Le suelto un manotazo suave en la pierna al escuchar su risa ronca. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos para intentar serenarme.

Ramón García es un hombre que ha sufrido mucho en la vida. Se quedó huérfano de madre muy joven y su padre no era demasiado dado al cariño. Creció con una disciplina estricta y días de pocas sonrisas. Tuvo la suerte de tropezarse con mi abuela Dolores, una joven vital y divertida que cambió su vida por completo. Le enseñó a querer y a manejar sus sentimientos. A su lado descubrió que existían más colores que los blancos y los negros, que las tonalidades de grises también tenían cabida y que podían ser maravillosas. Dolores supo ver que Ramón no solo era un joven malhumorado, recto y, en ocasiones, bastante inflexible. La llegada de su hija, Pilar, acabó de ablandar a mi abuelo, un hombre que nada tenía que ver con el Ramón del principio. No tuve la suerte de conocer a la abuela en persona, pues falleció varios años antes de que yo naciera, pero mi madre me hablaba mucho de ella. Ese fue el primer retroceso del abuelo. Perder a su otra mitad apagó un poco la chispa que había mantenido encendida durante tantos años. Mi llegada le devolvió el ánimo y la sonrisa. Todo iba bien hasta qué mamá falleció y el abuelo volvió a caer en el pozo del que no ha vuelto a salir más. No es sencillo lidiar con él. Es un hombre cascarrabias y cabezota, pero sé que me quiere tanto como yo a él.

Cuando llegamos al hospital, papá le pide a Felipe que espere hasta que sepamos alguna cosa. Entramos con paso acelerado a la zona de Urgencias y pregunto por Tania. Solo esperamos unos minutos hasta que una mujer bajita, con cara de buena persona y más o menos de la edad de papá, nos recibe con una sonrisa amable.

—Soy Rocío Scott y él es mi padre —le informo—. ¿Cómo está el abuelo? ¿Puedo verlo?

—No tiene nada grave, ahora os explicará el doctor. Es un hombre fuerte como un roble, aunque también un poco gruñón —dice sin perder el gesto divertido. Menos mal que estos profesionales están acostumbrados a toda clase de personas.

—Lo sé, es de trato complicado —me excuso. Mi mirada se cruza con la de papá y veo que intenta controlar que sus labios se estiren. Los dos sabemos cómo es el señor Ramón García.

—Acompañadme, os llevaré a verlo.

Seguimos a la enfermera que pasa por delante de varias puertas mientras se dirige al box número cinco. Los resoplidos y las voces del abuelo se oyen unos pasos antes y con la puerta cerrada. Un claro gesto de que se encuentra bien. La tranquilidad regresa a mi cuerpo y la presión que me oprimía el pecho va desapareciendo.

—No sé si es buena idea que yo entre ahí —susurra mi padre para que únicamente lo oiga yo.

—Claro que sí. No puedes dejarme sola ante el peligro. Aunque no tardará en echarte, los sabes, ¿verdad?

—Si hace eso, me iré. No pienso entrar en una discusión con él. No hay un hombre más protestón sobre la faz de la tierra. Si lo viera tu madre…

—Estoy segura de que, si ella estuviera aquí, él no sería tan cascarrabias.

Tania abre la puerta y entra en el box sin hacer caso a su humor. Hay alguien más en la habitación al que todavía no vemos.

—No pienso mear ahí. —Oímos que dice el abuelo con un tono bastante elevado.

—¿Y cómo se supone que va a orinar? Le recuerdo que no puede levantarse de la cama.

—¡Al carajo!

—¿Se puede saber a dónde va? Vuelva a taparse, Ramón. Se comporta como un crío

pequeño. Mire, le traigo visita. A ver si así deja de quejarse, hombre.

—Lo que quiero es irme a mi casa.

Las palabras se pierden cuando nuestras miradas se tropiezan. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver en qué estado se encuentra mi abuelo. Tiene toda la cara magullada, un ojo inyectado en sangre y un apósito en la frente. El pómulo derecho se ha hinchado tanto que le provoca una deformación.

—Abuelo —gimoteo acercándome a él y dándole un abrazo.

—Mi Rocío —susurra, aunque yo, por mi cercanía, lo he oído—. ¿Qué haces aquí? Estoy bien, solo son unos golpes. No tendrían que haberte molestado. Seguro que han sido estas brujas.

—¡Abuelo, no seas grosero! Están aquí para ayudarte.

—Quieren que mee en esa cosa —refunfuña señalando una cuña que sostiene la chica joven que estaba en el interior del box.

—Tiene una fisura en el peroné de la pierna izquierda. El traumatólogo ha sido claro con las instrucciones. Nada de levantarse —nos informa Tania.

—Paparruchas.

—Ramón, debe hacerles caso a los médicos, si no será peor.

—¿Qué hace aquí el americano? —protesta.

—Me ha acompañado. Estábamos muy preocupados por ti, abuelo.

—Seguro que ha venido a comprobar si estiraba la pata de una vez por todas. Pues te jodes, Alfredo. Aún me quedan muchos años para dar por saco. —Papá y yo intercambiamos una mirada y le pido prudencia.

—Como veo que a pesar del susto se encuentra usted bien, me iré a casa.

—Anda, parece que los años te han dado algo de inteligencia.

—Avísame si necesita alguna cosa. Si quieres volver a casa, Felipe vendrá a buscarte.

—Tranquilo, papá. Me quedaré aquí un rato hasta asegurarme de que todo está bien.

—Vale. Que se mejore, Ramón.

—Adiós, Alfredo.

—¿Es necesario que te portes así con papá?

—Solo me he despedido.

—¿Y por qué le tienes que llamar Alfredo? Sabes que no le gusta.

—Qué culpa tengo yo si su nombre es feo.

—¿Tanto te cuesta ser amable? —Niega con la cabeza y se hace el despistado como si le estuviera contando una tontería.

—Ramón, pórtese bien con su nieta o le pondremos una inyección en el culete —le reprende Tania.

—¿No tenéis a otros pacientes a los que molestar? —responde enfurruñado igual que un niño pequeño.

—Ya no lo incomodamos más. Rocío, te dejamos la cuña. Sobre todo, que no se levante. Cualquier cosa, solo tienes que presionar el botón y vendremos enseguida. En un rato pasará el médico.

—Muchas gracias.

Las dos enfermeras abandonan el box y el abuelo se relaja al instante. Realiza una mueca al

intentar moverse, lo que me hace suponer que también tiene golpes en el pecho o la barriga.

—Abuelo, ¿qué ha pasado?

—Se creen que, porque soy viejo, pueden amedrentarme. Necesitan más que unos cuantos puñetazos y unas patadas para quitarme lo que es mío. Tu abuela y yo compramos ese piso con el sudor de nuestra frente, trabajamos duro a fin de pagar el préstamo. Ahí se crio tu madre y fuimos muy felices. No pienso permitir que me lo arrebaten.

—El barrio ya no es lo que era. Se ha vuelto peligroso, abuelo. Solo es un piso, tu vida es más importante.

—Estoy cansado y deseo dormir un rato. Guarda silencio si quieres quedarte aquí conmigo.

Una forma muy sutil de cortar la charla y demostrarme que no le interesa lo que le digo. Una vez cierra los ojos, me siento en una silla de plástico que hay al lado de la cama. Observo como su pecho sube y baja con calma. En esta ocasión se ha salvado y solo tiene contusiones, pero ¿qué pasará la próxima vez que se enfrente a esa gente? Necesito un plan para convencerlo de que venda el piso. O quizás mejor un milagro.

Capítulo 6

Leonardo

Apoyo la bolsa del hielo en mi pómulo magullado y siseo al notar una punzada de dolor. El corte en el labio es bastante más molesto y el regusto a la sangre no quiere desaparecer. El espejo del baño me devuelve la imagen de un hombre resignado y cansado.

La puerta se entreabre y por ella asoma la cabeza mi hermana. Nuestras miradas se cruzan y Paula hace una mueca de disgusto.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Sí, solo han sido unos cuantos golpes.

—Mamá está preocupada. Dice que deberías ir al hospital.

—Notaría si hay algo roto, así que allí no me harán nada que no pueda hacer en casa.

—Deja, que te ayudo —me pide a la vez que entra en el baño. Coge un algodón, lo impregna en agua oxigenada y lo acerca con cuidado a mi labio—. ¿Crees que algún día podremos irnos de este barrio?

—Espero que sí. O por lo menos que las cosas cambien a mejor.

—Ojalá la policía pudiera hacer algo. Estoy cansada de no poder salir sola a la calle.

El tono lastimero de su voz me parte el alma. Es una joven de quince años que lo único que quiere es quedar con sus amigas y pasarlo bien, pero le hemos prohibido poner un pie en la calle, si no es en compañía de un adulto. No nos fiamos del Pantera y su banda. Increpan a las mujeres, sobre todo si son jóvenes y guapas. La rabia se apodera de mi cuerpo solo de pensar que le pueden hacer algo a mi hermana. Si eso sucediera, ardería Troya.

—No se librarán de sus delitos para siempre, Paula. Tarde o temprano, caerán.

—Leo, hijo. Pancho dice que va a ir hasta el hospital a ver cómo sigue don Ramón. Voy a ir con él —me informa mi madre—. ¿Quieres acompañarnos? Así aprovechas y que les echen un vistazo a tus heridas.

—Voy para saber el estado del anciano —le aclaro.

—Está bien. No sé a quién has salido tan cabezón —refunfuña—. Paula, tenéis la comida en la olla. Despierta a Nico y almorzáis con papá. Llevo el teléfono por si necesitas algo.

—Gracias por ayudarme. Ahora me encuentro mucho mejor —le digo a mi hermana a la vez que le doy un toque con el dedo en su nariz. Me sonríe.

Paula es una adolescente buena, dulce y algo inocente. Ojalá no creciera tan rápido. Se está convirtiendo en una jovencita preciosa y me temo que, en ese aspecto, nos va a dar muchos quebraderos de cabeza. Es mi hermana pequeña, la mimada de casa y no tengo muy claro que haya un chico a su altura. Solo de pensar en ese momento, se me eriza el vello de todo el cuerpo. Espero que eso no suceda hasta que tenga veinte o veinticinco años. Soy un hipócrita, lo sé, porque yo, a su edad, ya iba detrás de las chicas.

Sacudo la cabeza de manera disimulada para deshacerme de todos esos pensamientos relacionados con mi hermana. Salgo al salón donde ya me encuentro a mi madre y a Pancho, preparados para irse. Viajamos en el coche de mi jefe. Mamá en el asiento del copiloto y yo detrás. Los oigo conversar del tema de moda; lo mal que se ha puesto el barrio. Apoyo la cabeza en la ventanilla y desconecto de la charla. Estoy harto de que siempre se hable de lo mismo y no podamos encontrar una solución. Es muy injusto que una pandilla siembre el miedo y la incertidumbre en una calle donde, hasta hace unos años, vivíamos tranquilos. Pobres, pero honrados.

La zona de urgencias está bastante colapsada y nos lleva más rato del esperado tener noticias del señor Ramón. Al parecer, no es la primera vez que increpan al anciano. Tiene un piso en propiedad en el edificio donde vive el Pantera, que es el mismo en el que ha instalado su taller. De ese bloque, solo hay tres viviendas que no le pertenecen y está haciendo todo lo posible para apoderarse de ellas, aunque no sea de manera legal. Mi madre me ha contado que hace muchos años que Ramón reside ahí y que se niega a marcharse. Aunque me duela reconocerlo, yo también intentaría resistir. Supongo que el orgullo, en ocasiones, no nos permite actuar de la manera más coherente. La rabia regresa de nuevo a mi cuerpo al pensar en lo cobardes que han sido al darle una paliza a un hombre de casi ochenta años.

Pancho consigue enterarse de que a Ramón lo han pasado a planta e incluso en qué habitación se encuentra, así que cogemos el ascensor y subimos al segundo piso. El primero en entrar en la estancia es mi jefe, seguido por mi madre y yo cierro la comitiva. El anciano nos recibe medio sentado, con semblante serio y el rostro bastante magullado. No hay nadie con él, aunque no parece incómodo ni preocupado.

—Ramón, ¿cómo se encuentra? —le pregunta mi madre—. No sé si se acuerda de mí. Me llamo Elena. Vivo en el edificio frente al suyo.

El hombre entorna un poco los ojos, parece algo desorientado.

—¿Te has echado una nueva novia, Pancho? Esta es más joven y guapa que la anterior.

—Ya me gustaría a mí que una mujer como Elena me hiciera caso. Pero no es así. Es nuestra vecina y la madre de Leo —le explica mi jefe señalándome.

El anciano centra la mirada en mí y asiente despacio con la cabeza. Me ha reconocido.

—Me alegro de que esté bien, Ramón.

—Y yo de que llegaras a tiempo, muchacho. Esos sinvergüenzas… Estoy acostumbrado a sus amenazas, pero esta vez han ido demasiado lejos.

—Cada vez es más complicado resistir en ese barrio. Al final, vamos a tener que irnos todos.

—Ni hablar. Antes, prefiero que me maten a palos —refunfuña el anciano.

—Abuelo, pero ¿qué tonterías dices?

Una voz femenina llama nuestra atención consiguiendo que los tres nos giremos y Ramón chasquee la lengua. Es una chica joven, debe de rondar mi edad. Es poseedora de un pelo negro como la noche, largo y liso. Su cuerpo es esbelto y va vestida de manera informal, pero con ropa de marca, esa que yo no me puedo permitir. Su forma de moverse derrocha fuerza y seguridad mientras se acerca al anciano. Sin embargo, lo que más llama la atención de ella, son esos ojos almendrados de un azul tan intenso que deslumbra.

—Ya te he dicho que nadie me sacará de mi hogar. Lo compré con tu abuela y tu madre se crio ahí, en esas paredes. Mi decisión es firme y ni nada ni nadie me hará cambiar de opinión. —

La nieta de Ramón se pinza el puente de la nariz con los dedos, desesperada. Está claro que no es la primera vez que hablan del tema.

—Hace bien, don Ramón. Nadie tiene derecho a quitarnos lo que es nuestro —apoyo, aunque no tengo claro por qué lo hago. Debería haberme callado.

—Mira, no sé quién eres y tampoco me importa demasiado, pero casi matan a mi abuelo de una paliza en ese barrio y todo por culpa de una vivienda. ¿Qué clase de persona eres si valoras más un piso que una vida?

—Yo, no…

—Niña, no le hables así al muchacho. ¿Qué educación te han dado en esos colegios tan caros a los que has ido? —le increpa Ramón.

La chica se tensa y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo. Está claro que el comentario no le ha gustado demasiado. No he tratado mucho con el señor Ramón, pero no hay duda de que es un hombre sin pelos en la lengua, independientemente de quien sea el receptor de sus palabras.

—Será mejor que se vayan. Mi abuelo debe descansar para reponerse de las heridas —nos indica la nieta. El anciano la mira, disgustado, aunque no hace ningún otro comentario.

—Claro. Solo queríamos saber cómo se encontraba —se excusa mi madre—. No todos somos gente mala en el barrio. Esperamos que se mejore pronto, don Ramón.

—Gracias, moza. Disculpad a mi nieta Rocío, se preocupa por mí, aunque en ocasiones, demasiado. Seguro que nos vemos muy pronto. ¿Cómo era tu nombre? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Me llamo, Leo. Trabajo en el taller, con Pancho.

—Siento que te hayas llevado esos golpes por mi culpa.

—No se disculpe, esa gentuza es la única responsable de lo sucedido. Algún día pagarán por todo lo que hacen.

—Eres un buen muchacho. Si quieres el consejo de un viejo lisiado, aléjate de esa pandilla. No dejes que ensucien un corazón noble como el tuyo.

—Eso no sucederá, se lo aseguro.

—Ramón, ya sabes dónde encontrarme si necesitas cualquier cosa —le indica Pancho.

Le echo un último vistazo a Rocío. Su cuerpo ha dejado la tensión a un lado y ahora casi parece arrepentida. Cuando mi mirada se tropieza con la suya, eleva el mentón en una pose retadora y de niña pija. No niego que se preocupe por su abuelo, pero tengo la sensación, de que poco ha batallado en la vida. Seguro que se lo han dado todo hecho, que nunca ha pasado hambre ni ha tenido que trabajar turnos de un montón de horas para pagar una deuda de un padre ludópata.

Ni siquiera nos despedimos de ella al salir. Los tres vamos callados hasta que llegamos al ascensor. No me considero un hombre cotilla, soy de los que viven su vida sin meterse en la de los demás, pero en esta ocasión, me muero de ganas de preguntarle a mi madre cosas de esa familia. Si llevan tanto tiempo en el barrio, los debe de conocer. Sin embargo, no hace falta que abra la boca, porque mi jefe se adelanta a mis deseos.

—Vaya con la pequeña Rocío. No la recordaba tan altiva.

—Es su abuelo, es normal que esté preocupada —responde mi progenitora, defendiéndola —. Ramón es el único ser querido que le queda por parte de su familia materna. Su madre falleció cuando era muy jovencita y, aunque vivió con su padre, nunca se olvidó del abuelo.

Ahora hacía mucho tiempo que no la veía.

Entramos en el ascensor y volvemos al silencio mientras baja. Me pierdo en mis pensamientos y en las palabras que ha dicho mi madre. Quizás he juzgado a la tal Rocío de manera precipitada. Parece que su vida no ha sido tan idílica como me imaginaba.

—Yo nunca he visto a esta chica por el barrio —digo mientras nos acercamos al coche.

Necesito saber más cosas. ¿Por qué? Pues no tengo ni puñetera idea. «Es muy de tu tipo, Leonardo», me susurra la voz de mi conciencia, que se suele dejar influir más a menudo de lo que me gustaría por mi miembro. Es absurdo negar que es preciosa y que su físico se ajusta a la perfección con el prototipo de mujer que me atrae, pero también sería ridículo pasar por alto lo borde y altiva que es. Ella solo se debe arrimar a hombres que lleven pantalones de marca o trajes hechos a medida y ese no soy yo.

—Hace unos meses le pregunté a Ramón por ella y me dijo que se veían todas las semanas en el centro, que no quería que su nieta se paseara por el barrio tal y como estaban las cosas. Sin duda, es una elección muy acertada, porque la muchacha es muy guapa. —Noto la mirada de los dos e incluso percibo una sonrisa burlona en mi madre. Frunzo el ceño.

—Es bonita con la boca cerrada. Cuando la abre pierde toda su belleza —comento.

—Al parecer es una arquitecta bastante prestigiosa, igual que su padre. Es una familia con un poder adquisitivo importante —aporta mi progenitora.

—Mira, Leo, la gallina de los huevos de oro.

—Pancho, ahora entiendo por qué no estás casado —le reprocho a la vez que mamá pone los ojos en blanco.

—Espero que convenza a Ramón para que se vaya con ella una temporada. Ese hombre no se puede quedar solo en el barrio y menos ahora, tan magullado.

—Pues no creo que sea sencillo. Ya lo has oído, nadie lo echa de su piso. No piensa marcharse.

—Pronto sabremos quién ha ganado.

Mi madre y Pancho siguen hablando de temas del barrio y yo desconecto perdiendo la mirada en el paisaje de nuevo. Ahora, en frío, opino igual que mi madre. Ese hombre debería alejarse del Pantera y sus secuaces durante una temporada. Quizás la próxima vez yo no esté tan cerca o cuando alguien reaccione, ya sea demasiado tarde. ¿Puede la vida ser más injusta?

Capítulo 7

Rocío

He trasladado mi oficina a la habitación del hospital para no dejar al abuelo tantas horas solo. Desde que ayer se fueron los vecinos, apenas me ha dirigido la palabra, únicamente me gruñe, aunque debería saber que su mal humor no me afecta en absoluto. Son muchos años aguantando a don Ramón.

De vez en cuando, al levantar la vista del ordenador, lo pillo mirándome, aunque se hace el disimulado. Es igual que un niño pequeño y lo quiero con locura. Lo que más me sorprende de las visitas de ayer es que hablaba con ellos, nada de refunfuñar o quejarse como sí hace con las enfermeras o conmigo. Parecía otra persona. No es que me moleste que actúe así con esa gente, pero sí me sorprende. Quizás debería indagar.

—Abuelo —lo nombro con el objetivo de llamar su atención.

—Ahora qué mosca te ha picado —responde. Me muerdo el interior de la mejilla para no echarme a reír por su actitud. Se hace el fuerte, pero es como un osito de peluche.

—No me has contado quién es esa gente que ha venido a visitarte.

—Para qué quieres saber nada si los has echado de malas maneras.

—Tampoco ha sido así —intento excusarme.

—Ah, ¿no?

—Bueno, quizás sí, pero lo he hecho por tu bien. Necesitas descansar. Además, sabes que quiero que te vengas a vivir conmigo y ese hombre…

—Leo, se llama Leo y es un mozo valiente y que me entiende. Si dejo libre el piso durante unos días, cuando quiera regresar, ya no quedará nada de mis recuerdos y alguno de esos maleantes se habrá apropiado de él. Una vez salga de aquí, volveré a mi hogar. —Resoplo por culpa de su cabezonería.

—No sé si te has dado cuenta de que no puedes apoyar la pierna. ¿Qué vas a hacer cuando quieras orinar?

—Ese es mi problema, no el tuyo.

—Está bien. Si no te apetece venir conmigo, lo haremos al revés. Me mudaré a tu piso hasta que te recuperes.

—¡Y un carajo! Ese barrio no es para chicas como tú.

—Pues parece que tampoco es un lugar para un viejo como tú.

—Eres una descarada, niña.

Cojo aire e intento calmarme, porque si no lo hago, no sé qué narices podría pasar. La cabezonería de este hombre me desquicia. ¿Cómo es posible que no sea capaz de darse cuenta de que no puede estar solo y menos en un barrio así? Lo que daría ahora mismo por un chupito de tequila.

Mi desahogo no llega en forma de alcohol, sino de una manera mejor. Lidia se asoma en la habitación en el momento oportuno. Casi me echo a llorar de la emoción. Necesito un respiro y quién mejor que ella.

—Madre mía, don Ramón, parece un muerto viviente —le dice mi amiga con todo su desparpajo.

—Mira, alguien sincero en esta vida. Tú estás tan bonita como siempre. —Lidia le lanza un beso y mi abuelo intenta, a duras penas, mantener el tipo de hombre gruñón.

—Espero que los otros hayan quedado peor que usted —bromea mi amiga a la vez que se acerca a mí y me besa en la mejilla.

—No tengas duda de eso, aunque no haya sido gracias a mí.

—Ya me han contado que tuvo ayuda. ¿Cuándo voy a conocer a ese superhéroe?

—Pues me parece que eso no será posible. Mi querida nieta lo echó ayer de la habitación y ya no creo que vuelva.

—Pero bueno, Rocío, ¿qué falta de sensibilidad es esa?

Entorno los ojos y la fulmino con la mirada. Menuda traidora. No tenía que haberle contado nada de Leo. Sabía que iba a sacar las cosas de contexto, pero soy débil y ella tiene esa gran habilidad de sonsacarme información. Aprovechó mi cansancio y el nerviosismo del momento para hacerme un interrogatorio en toda regla. Estaba preocupada por el abuelo. Lidia y él se llevan muy bien. Los dos tienen ese humor complicado con el que cuesta batallar y una sinceridad aplastante, pero son personas maravillosas con las que siempre puedo contar. La charla fue bien hasta que le nombré a Leo, el chico joven que ayudó a mi abuelo. Entonces, me acribilló a preguntas: ¿Moreno o rubio? ¿Alto o bajo? ¿Está cachas? ¿Es guapo? Las manos, ¿cómo tiene las manos? Dime que tiene un polvazo…

Me aturullé con tantas cuestiones y acabé confesándole que era un tío alto, fuerte, sin ser exagerado, y moreno. Bastante guapo y fantástico para un polvo, aunque no me hubiera podido fijar en sus manos con detalle. Parece una tontería, pero tanto Lidia como yo, tenemos una pequeña obsesión con esa parte del cuerpo de los hombres.

—¿Se puede saber a qué has venido? —le pregunto algo molesta.

—Será posible —se queja mi abuelo ante mi actitud.

—No se inquiete, don Ramón. Estos son los efectos secundarios de recibir un premio importante. En unos días será la de siempre. Esa chica dulce y cariñosa que se enamora de cualquier patán y va vestida de punta en blanco.

—¿Aún sigue liada con el palurdo ese? ¿El del jersey colgado en los hombros?

—El mismo. Me parece que a su nieta le hace falta un meneo.

—¿Te refieres a un hombre de verdad? —Abro mucho los ojos, asombrada con la conversación.

—Bueno, yo decía una sacudida, para que reaccionara de una vez, pero lo del hombre de verdad, pues tampoco le vendría nada mal.

—Os recuerdo que estoy aquí. ¿Qué clase de charla es esta? Ni se me ha subido el premio a la cabeza ni necesito otro hombre. El motivo de que me comporte de manera tan grosera es culpa del abuelo —le aclaro.

—¡Hay qué joderse! —gruñe.

—Pillín, qué callado te lo tenías.

—Esta conversación es surrealista —me quejo. Cierro el ordenador y lo dejo encima de la mesita. Cuando vuelvo a centrar la mirada en ellos, los pillo riendo y es la gota que colma el vaso—. Se supone que venías a ayudarme a convencerlo.

Mi voz temblorosa les borra la sonrisa de la cara. No puedo evitar que las lágrimas recorran mis mejillas. Estoy agobiada. Casi pierdo a mi abuelo por culpa de la paliza de unos pandilleros y no me importa estar aquí, cuidándolo, pero se me acumulan los pendientes y empiezo a saturarme. Si a eso le sumamos que el muy cabezón mantiene su idea de volver a ese puñetero barrio, solo, y con una maldita fisura en la pierna, pues ya es el colmo. Por si no fuera suficiente, mi amiga, que se suponía que debía ayudarme a hacerlo cambiar de opinión, le ríe las gracias. Creo que mi desmoronamiento tiene razón de ser.

—Ro, cariño, claro que he venido como refuerzo. Solo allanaba el camino. —Sus brazos me envuelven y dejo que me consuele. No me gusta romperme de esta manera delante de nadie, pero ya no puedo más.

—Traidora —gruñe el abuelo.

—Venga, Ramón. Bájese del burro. Hágalo por su nieta, mire cómo la hace sufrir. Debe ser consciente de que quizás la próxima no lo cuente.

—Correré ese riesgo. Ya no me quedan muchos años de vida y quiero pasarlos en mi piso, con mis recuerdos y rodeado de las cosas que me han hecho feliz. ¿Es tan difícil de entender? —La voz fuerte y rasposa de mi abuelo se transforma en un murmullo tembloroso—. Es mi último deseo, niñas. Y por mucho que insistáis, no voy a cambiar de opinión.

—Está bien. Entonces, debemos buscar una solución que se ajuste a todos —interviene Lidia, resuelta—. Solo no se puede quedar. Dudo que la recuperación de esa pierna sea inmediata. ¿Está de acuerdo?

El abuelo asiente con la cabeza y se mira las manos, pensativo.

—Le he dicho que me iba a vivir con él hasta que se recupere —comento a modo de solución—, pero no quiere.

—No podría perdonarme que te pasara nada.

—¿Y si vamos las dos? —propone Lidia. El abuelo niega con la cabeza—. Solo será una temporada, hasta que usted se recupere. Saldremos siempre juntas. Además, podemos buscar a una persona que le haga compañía cuando nosotras no estemos. Sabe que el dinero no es problema.

—A mí me parece una buena idea —apoyo a mi amiga. No sé cómo le podré agradecer este gesto.

—Ni el piso ni el barrio son de la categoría a la que estáis acostumbradas, pero si os quedáis más tranquilas, aunque no me hace mucha gracia meter a una persona desconocida en mi casa, cedo para contratar a alguien que me ayude.

—Estupendo, don Ramón, pero mi proposición es un paquete. Nosotras y la ayuda exterior. Ya verá qué fiestas nos vamos a pegar. —El abuelo hace una mueca con los labios para ocultar una sonrisa. Lidia tiene ese poder. De algo complicado, consigue que lo veas sencillo con solo una frase.

—Está bien. Voy a ceder con una condición.

—No nos puede quitar el alcohol ni tampoco los chicos —bromea Lidia.

—Niña, deja de decir tonterías, que esto es un tema serio. —Mi amiga se cuadra y saluda como si estuviera delante de un general. Es más payasa.

—¿Cuál es esa condición? —pregunto.

—Me vais a contar si esa pandilla que gobierna el barrio os increpa o intenta algo sucio con vosotras. Al mínimo riesgo, os largaréis de mi casa. ¿Entendido? —Tanto Lidia como yo asentimos con la cabeza.

—Gracias, abuelo. —Me acerco a él y lo abrazo con sentimiento. Me devuelve el gesto y recibo todo el cariño que siente por mí.

—De esta me he librado, pero cuando Alfredo se entere de que voy a poner en peligro a su hija, será él quien venga a acabar conmigo.

—Papá se llama Alfred.

—Vive en España, ¿verdad? Pues aquí es Alfredo de toda la vida. —Pongo los ojos en blanco. No quiero volver a discutir con él—. Ahora que el malentendido se ha aclarado, haced el favor de largaros por ahí, que necesito descansar. Sois agotadoras.

—Qué bien nos lo vamos a pasar, don Ramón.

Le hace un gesto a Lidia con la mano en una invitación a irnos y cierra los ojos. Señal de que no va a decir nada más. Le dejo el botón para llamar a las enfermeras cerca de la cama, cojo el bolso y obedecemos su petición. Necesito aire fresco, hablar de algo que no tenga que ver con pandillas o palizas.

—¿Crees que ese lugar es tan peligroso? —pregunta Lidia mientras nos acercamos a un bar cercano.

—Hace tiempo que no paso por allí. El abuelo cambió el lugar de nuestros encuentros, así que no sé a qué nos enfrentamos. Aunque diría que es un poco tarde para arrepentirnos, ¿no te parece?

—¿Te acuerdas de Martín? ¿Mi amigo el policía?

—Lidia, ese hombre es difícil de olvidar.

—Lo sé. Y eso que tú no has visto ni la mitad. Mira, solo de recordarlo se me sube la bilirrubina.

—Será la oxitocina.

—Pues eso. A lo que iba. Estaba pensando en llamarlo para comentarle lo que pasa en el barrio de tu abuelo. Quizás él nos pueda ayudar.

—No es mala idea. Cuéntale lo sucedido a ver qué te dice.

—Le voy a enviar un mensaje para invitarlo a cenar y así se lo explico.

—Solo a cenar, ¿verdad?

—Pues claro, por quién me tomas. Aunque bien pensado, quizás será mejor que lo lleve a mi piso y así tratar con calma ese tema tan delicado. No quiero que nos oiga alguien y estropee el operativo.

—Muchas series de policías ves tú —le reprocho negando con la cabeza—. Te aconsejo que hables con él después del sexo. Estará más receptivo.

—Eso es lo que tendrías que hacer tú también. Olvidarte de David y echar un buen polvo. Búscate un hombre que te haga estremecer, que sea rudo y que consiga arrancarte varios orgasmos.

—Como si fuera tan sencillo.

Mi respuesta queda interrumpida por la camarera que se acerca a nosotras para coger el pedido de las bebidas. Mientras le pido una copa de vino, a mi mente acude la imagen de un

hombre moreno, de mandíbula cuadrada, ojos oscuros y cuerpo marcado. Él sería perfecto para la propuesta de Lidia. Frunzo el ceño y sacudo la cabeza al darme cuenta de lo necesitada que estoy cuando soy capaz de imaginarme a Leo quitándose la camisa y mirándome con una sonrisa que promete. Señor, qué calores.

Capítulo 8

Leonardo

Coloco la cadena de la moto y aprieto los tornillos para que quede bien ajustada. Una vez realizado el trabajo, cojo el trapo que cuelga de mi bolsillo trasero y me limpio las manos. Observo a esta bonita máquina desde la distancia. Soy un hombre afortunado de poder trabajar en algo que me apasiona tanto.

—¿Te queda mucho para terminarla? —pregunta Pancho situándose a mi lado—. Deberíamos poder entregarla esta tarde.

—Estará lista, no te preocupes.

—Muy bien, pues es hora de irse a comer.

Elevo la mirada y la fijo en el gran reloj que cuelga de una de las paredes del taller. Faltan cinco minutos para la una. Entre aceite, embragues, motores y ruedas se me pasan las horas volando.

—Mierda, voy a llegar tarde a recoger a Paula —maldigo a la vez que corro hasta la salita, accedo a mi taquilla y me deshago del mono que utilizo para trabajar.

—¿Dónde tienes la cabeza, muchacho?

—La moto me ha dado más faena de lo que pensaba y he perdido la noción del tiempo. Vengo en un rato —indico mientras salgo del taller.

—Ni siquiera te has lavado las manos… —oigo que me dice Pancho.

No le respondo. Le prometí a mi hermana que la recogería en el instituto y la acercaría al centro comercial a comprar el material que precisa para realizar un proyecto. Me coloco el casco y encajo el otro en mi brazo. Arranco mi moto ya reparada y me pierdo por el barrio hasta la carretera principal. Hace unos días que llegó la pieza averiada y ahora va mucho mejor. Zigzagueo entre los coches y justo al aparcar delante del instituto, veo salir a Paula. Va acompañada de varias amigas y algún chico. Sonríen mientras uno de ellos hace un comentario. Observo como mi hermana me busca con la mirada. Me saco el casco y elevo la mano para que me vea. Su rostro se ilumina. Le comenta algo al grupo y todos centran la vista en mí. Puedo ver como las chicas cuchichean y se ríen. Ellos intentan pasar más desapercibidos.

No suelo recoger a Paula en el colegio, lo hace mi madre e incluso, en alguna ocasión, también nuestro padre. Podría ir más a menudo y liberar a mamá de tanto trabajo. Porque él siempre tiene una excusa de mierda; su invalidez. El problema es que puede andar a la perfección, su incapacidad es en un brazo, pero para jugar a las cartas bien que se las apaña.

Suelto un suspiro con el propósito de alejar esos pensamientos que me ponen de tan mala leche y así no comportarme como un auténtico gilipollas con mi hermana. Paula cruza dando saltitos. Es pura inocencia. Me da un beso en la mejilla y le ofrezco el casco. Se coloca ambas asas de la mochila antes de cubrir su cabeza y yo la mía. Apoya un pie en el estribo para situarse detrás de mí y colocar sus brazos alrededor de mi abdomen.

—¿Cómo ha ido la mañana? —le pregunto antes de arrancar.

—Bien. Me han dado la nota del examen de matemáticas y lo he aprobado.

—Está claro que eres la más lista de la familia.

Apoya la cabeza en mi espalda y sonrío feliz. Quiero a mi hermana con locura y estoy convencido de que llegará muy lejos en la vida. Yo siempre estaré ahí para que así sea. Pongo en marcha la moto y nos adentramos en la circulación. Atravesamos la ciudad rumbo a nuestro destino. Ya que Paula tenía que comprar material, le dije a mi madre que nos quedábamos a comer por aquí y que después ya la acercaba a casa. Esta tarde no tiene colegio, aunque no tengo ni idea del motivo.

Mi primera parada es uno de los aseos. Antes de pasear por el centro comercial, tendría que lavarme las manos. Suelo trabajar con guantes, pero en esta ocasión, debía ajustar unas piezas pequeñas y me obstaculizaban la tarea, en vez de ayudarme. Mi hermana me espera en el exterior y se engancha a mi brazo.

—Deberías venir a buscarme más a menudo —pide mientras nos dirigimos a una de las tiendas—. Mis amigas se han quedado muertas al verte. Dicen que eres más guapo en persona.

—Paulita, ¿no me digas que le vas enseñando fotos mías a tus amigas? —me quejo haciéndome el ofendido.

—Tuyas y de Nico. No me creían cuando les decía que tenía a los hermanos más guapos del mundo. —Pongo los ojos en blanco ante su exageración—. Tuve que aportar pruebas visuales, pero hoy que lo han podido comprobar, han flipado.

—Lo que tenéis que hacer es estudiar para aprobar todo y dejaros de hablar de chicos.

—También les he dicho que lo que tienes de guapo lo tienes de gruñón —se queja sacándome la lengua. Envuelvo sus hombros con mi brazo y la apretujo contra mi cuerpo. Reclama que soy un gorila, pero sé que le encanta.

Después de que Paula compre todo lo necesario, acabamos sentados delante de una hamburguesa en un local de comida rápida. El tiempo es el que es y la economía también. Mi hermana no deja de parlotear sobre sucesos que pasan en el instituto con sus amigas y acabamos riéndonos de alguna que otra anécdota hasta que es el momento de regresar a la realidad.

Falta un cuarto de hora para las tres cuando aparco la moto delante del taller de Pancho. Paula me devuelve el casco y nos dirigimos al edificio en el que vivimos. Quiero asegurarme de que la dejo en casa sana y salva. Vamos tan entretenidos en nuestra charla, que no nos percatamos de que, de frente, por la acera, viene andando Alan, el Pantera.

—Mira a quién tenemos aquí. A los hermanos Medina.

Tan pronto reconozco su voz, tiro de la manga de la chaqueta de Paula y la sitúo detrás de mí. No quiero ni que la mire. Intento avanzar para no tener que enfrentarme a él, pero me bloquea el paso. No va solo, nunca lo hace, es un puto cobarde. A su lado, cogidos de la mano, va Raquel. Sí, esa de la que creí que estaba enamorado. Alan tiene un grave problema de autoestima, por eso actúa igual que un vulgar matón. Esa falta de aprecio por sí mismo lo lleva a ser un envidioso, y desde que nos vio a Raquel y a mí juntos, hizo todo lo posible para que ella cayera rendida a sus pies. En este caso, no le costó demasiado convencerla. Espero que sean felices y que les aproveche a los dos.

Mi mirada se cruza con la de mi ex, que rápido baja la cabeza ante un leve gesto en las manos entrelazadas. Creo que he visto una pequeña mueca de dolor en su rostro, aunque ha sido tan fugaz, que quizás me lo haya inventado. En el fondo, Raquel me da un poco de pena, porque

nadie que esté con el Pantera puede ser feliz.

—Déjanos pasar, Alan —le pido. Nunca lo he llamado por su apodo, me niego a hacerlo. Nos conocemos desde que éramos unos chiquillos. Así también le demuestro que no le tengo miedo.

—¿Qué le ha pasado a tu bonita cara? —pregunta ignorando mi petición.

—No te hagas el idiota, sabes perfectamente lo que ha sucedido. ¿Qué tal están tus esbirros?

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

—Ya, seguro. Debería darte vergüenza apalizar a un anciano como hiciste.

—Si me estás acusando de algo, tendrás que demostrarlo. De lo contrario, las palabras se las lleva el viento.

—Algún día caerás y yo estaré aquí, en primera fila, para verlo. Y ahora, apártate de mi camino —le pido dándole un empujón en el pecho.

Los otros tres que van detrás de la feliz pareja se interponen en el trayecto de nuevo, amenazantes. Por el rabillo del ojo, veo que Alan les hace una seña y ellos se apartan, obedientes.

—Cómo has crecido, Paulita. Ya eres una preciosa mujer.

Sus palabras retumban en mi cabeza y los músculos se me tensan debido a la rabia. Me importa una mierda que se meta conmigo, pero que nombre a mi hermana es otra cosa muy distinta. Me giro, colérico, no obstante, las manos de Paula, apoyadas en mi pecho, ejercen la presión suficiente para que centre la mirada en ella.

—Leo, no le hagas caso, te está provocando. No vale la pena —me suplica con los ojos brillantes. Lo último que quiero es preocupar a mi hermana.

—Olvídate de que Paula existe, Alan, o conocerás una versión de mí que jamás has visto.

Vuelvo a girarme y seguimos nuestro camino. Reúno toda la fuerza que puedo para no ir a romperle la cara a ese gilipollas cuando lo oigo reír igual qué una puta hiena. El cabrón tiene una gran habilidad para sacarme de mis casillas y amargarme lo que queda de día.

Subimos por las escaleras —el ascensor lleva más de un año estropeado— hasta el quinto piso sin dirigirnos la palabra, ella inquieta, yo enfurecido. Abro la puerta con tanta fuerza, que tropieza en una silla que hay detrás. Dejo los cascos en el suelo mientras Paula se encarga de cerrar. El piso está en silencio. Nico debe de estar trabajando y papá, bueno, él es como si nunca estuviera. Es complicado convivir con un padre que está, pero ausente y, cuando se hace presente, solo es para reprochar. Vive amargado y con una tristeza permanente, como si ya nada tuviera sentido. Mi hermana está acostumbrada a su dejadez. Era muy pequeña cuando nuestro progenitor sufrió el accidente. Sin embargo, yo sí recuerdo los buenos momentos de Andrés Medina. Era un gran padre. Solía llevarnos al parque los domingos o a la piscina en verano. Supongo que haber conocido esa versión buena es lo que me impide asimilar que ahora sea otra persona. Me duele que se rindiera con tanta facilidad. Me imagino que no es sencillo perder la movilidad de un brazo, pero la vida sigue, sobre todo cuando tienes una familia, o como mínimo, debería intentar no complicarnos la existencia.

—Me voy a trabajar. No le abras a nadie, ¿vale?

—Sí, tranquilo.

—Supongo que papá estará durmiendo su siesta y mamá no tardará en llegar. Cualquier cosa me llamas al móvil.

—Lo haré, pero, Leo, por favor, no te enfrentes a ese hombre. Si te hace algo, yo… —Me acerco a ella y la abrazo con fuerza. Le tiembla el cuerpo debido a la tensión del momento. No es justo que tenga que pasar por todo esto a su temprana edad. Me separo de ella y le limpio las mejillas.

—No te preocupes que no me sucederá nada. Venga, a estudiar. —Doy un toque cariñoso con mi dedo a su nariz y le sonrío para que se calme.

Espero hasta que desaparece por el pasillo. Cuando ya no me puede ver, apoyo la frente en la puerta, cierro los ojos y lleno mis pulmones de aire. Yo también necesito serenarme antes de ir a trabajar. Ahora mismo, lo único que me apetece, es buscar al cabrón de Alan y dejarle claro que no debe acercarse a mi familia. El problema; que las repercusiones harían mucho daño a mi gente y no me perdonaría que mi madre tuviera que sufrir todavía más. No se lo merece.

Por suerte, escogí la opción más razonable y acabé en el taller, reparando la moto que teníamos terminar para esta tarde. Sobre las seis, apareció el propietario y Pancho se la entregó informándole de los cambios que habíamos realizado.

—Leo —me llama mi jefe—, ¿las pastillas de freno estaban muy gastadas? —Dejo la llave que estoy utilizando y me acerco a ellos, que se encuentran en el exterior.

—Sí, bastante. No hubieran aguantado muchos kilómetros más.

—Hasta parece que hace otro ruido —indica el cliente con una sonrisa.

—Es una buena máquina. Solo necesitaba una puesta a punto —remarco.

—Maravilloso. Pues dime lo que te debo, Pancho. No dudes de que recomendaré tu taller a mis conocidos.

Un calorcito de orgullo se apodera de mi cuerpo al oír las palabras de satisfacción del hombre. Estoy a punto de entrar detrás de ellos, pero, un coche demasiado elegante para estas calles frena mi avance. El resto de las personas que caminan por el barrio también centran la mirada en el vehículo. Estoy seguro de que nada tiene que ver con Alan. Sus trastos son deportivos y suelen hacer demasiado ruido. Este automóvil es bastante nuevo, de un negro brillante, muy elegante y de alta gama.

Frena cerca del taller de Alan y de él, sale un hombre vestido con traje y corbata. Echa un vistazo a la calle, valorando el lugar. Está claro que no le hace gracia lo que ve. Las puertas traseras se abren y, del lado de la carretera, emerge una chica joven, con una melena roja, bastante llamativa. ¿Qué se les habrá perdido a estos por aquí? Mis dudas se disipan al reconocer a la chica que asoma desde el otro lado. Es difícil olvidar esa piel clara y los bonitos ojos azules que observan su entorno con curiosidad.

—Joder —murmullo en voz baja.

Soy consciente del momento exacto en el que nuestras miradas se encuentran. Está claro de que se acuerda de mí, pero no la conozco para saber si eso le ha gustado o no. Retira la vista y le dice algo al conductor que se apresura a sacar una silla de ruedas del maletero y a ayudar a don Ramón a sentarse en ella. Quizás nuestro vecino debería advertirles de dónde se están metiendo. No hay más que verlos para saber que se avecinan problemas.

Capítulo 9

Rocío

Mi mirada se pasea por el barrio. No recordaba que estuviera en tan malas condiciones. No hay pared que se salve de las pintadas ni acera de la suciedad. Tengo mis dudas de que el ayuntamiento destine presupuesto a la limpieza de esta parte de la ciudad. Creía que el abuelo exageraba, pero no es así.

Intento mantener la compostura ante la mirada de varias personas que nos observan igual que si fuéramos extraterrestres. Me siento intimidada y eso no suele suceder a menudo. Somos la atracción y no me extraña. Es como si pusieras una gacela en medio de una manada de leones. Todo el mundo se imagina el final del pobre animal.

—Os dije que este coche llamaría demasiado la atención —replica el abuelo desde la silla de ruedas.

—Esto está mucho peor de lo que imaginaba —comenta Lidia mientras se oyen silbidos y varias burradas dirigidas a nosotras, de dos tipejos que se encuentran en la entrada de lo que parece un taller.

—¿Estáis seguras de que queréis quedaros aquí? —nos interroga Felipe, al que he pedido que nos acompañara a traer al abuelo—. Como se entere tu padre, nos mata.

—Pero no se va a enterar, porque nadie se lo dirá —le advierto mientras empujo la silla para acercarla hasta el portal.

—No te preocupes, Felipe. Nadie podrá con dos tías como nosotras —dice mi amiga, aunque tengo la sensación de que ni ella misma se cree sus palabras—. Pero siempre puedes quedarte, por si acaso. Si es preciso, te hago un hueco en mi cama.

—Muchacha, ahora no es momento de ligar. Deberíamos subir ya. Bastante estamos llamando la atención.

Lidia pasa por delante de nuestro chófer, le guiña un ojo y pasea uno de sus dedos por la solapa de su americana. Menuda descarada. Felipe retiene el recorrido de la mano de mi amiga y se enfrentan con la mirada. Pongo los ojos en blanco ante semejante espectáculo en medio de una calle que es de todo, menos segura.

Un movimiento en el otro lado de la acera consigue que vuelva a centrar la vista en el hombre que sigue apoyado en la pared, debajo de un rótulo que indica «Taller Pancho» y en el que hay dibujada una moto. Lleva puesto un mono azul, colocado solo hasta la cintura. En el torso, una camiseta blanca, desgastada y con varias manchas oscuras. Su ceño está fruncido y todo él rezuma peligro. En este momento, nada tiene que ver con el Leo que estuvo en el hospital. Soy consciente del instante exacto en el que desvía la mirada y la centra unos metros más allá. Se separa de la pared y su cuerpo se tensa.

—Vaya, vaya, don Ramón. Qué placer verlo de nuevo por el barrio. —Giro la cabeza y me encuentro con el propietario de esa voz masculina.

Viste todo de negro y su camiseta de tirantes deja al descubierto parte de un torso tatuado, así como los hombros y brazos. Tiene el pelo oscuro y despeinado. Sus orejas están decoradas con pendientes que brillan ante sus movimientos. Parecen de buena calidad. Una sonrisa falsa adorna su rostro y mis mejillas se enrojecen al sentir como sus ojos me repasan de arriba abajo.

—Vete al carajo, sin vergüenza —responde mi abuelo.

—Pero bueno, ¿qué maneras son estas de tratar a los vecinos que nos preocupamos por su salud?

—No te hagas el tonto. Sé que fuiste tú quien envió a esos maleantes para darme la paliza. —Las palabras del abuelo me hacen estremecer. Tanto Felipe como Lidia se sitúan a nuestro lado.

—¿Yo? ¿Por qué haría algo así, don Ramón? —dice haciéndose el inocente.

—Lo sabes muy bien. La próxima vez pondré una denuncia a la policía. Y ahora, apártate del medio.

Las palabras del abuelo salen con rabia, mientras que la sonrisa de ese tipo se hace más extensa. Está claro que no le tiene ningún miedo a la amenaza y que se cree un ser superior.

—¿No has oído a don Ramón? —advierte una voz firme.

—Ya tardabas en aparecer.

—Si te comportaras como una persona normal y respetuosa, no tendría que hacerlo —le aclara Leo que viene acompañado del hombre que también estaba en el hospital.

La tensión en todo su cuerpo es tan fuerte, que parece que sus huesos vayan a estallar de un momento a otro. Está muy enfadado y queda claro que estos dos no son amigos.

—Te encanta llamar la atención, Leonardo, pero siento informarte, que siempre serás el eterno secundario. Yo que tú no seguiría intentándolo.

El aludido da un paso adelante para encarar al provocador. La mano del señor que lo acompaña frena otro posible avance. Se enfrentan con la mirada y los dos desprenden demasiada rabia. El ambiente se convierte en una bomba de relojería y si se activa, todos saldremos salpicados.

—Pantera —reclaman desde la puerta corredera que hay cerca del portal al que tenemos que acceder—, está sonando el móvil. Es la llamada que esperabas.

—Voy —chilla el maleante sin apartar la vista de Leo—. Me retiro. Tengo negocios que atender. Ha sido un placer verlo, Ramón. Señoritas. A ver si podemos charlar un día con más calma.

Nadie responde a su despedida y al que han llamado Pantera se retira con pasos firmes y la sonrisa burlona en el rostro.

—Joder, casi me cago en los pantalones —murmura mi amiga, aunque todos la hemos oído. Me reiría si no tuviera el cuerpo tan entumecido.

—Sigo pensando que no es buena idea que os quedéis aquí, Rocío —insiste Felipe.

—Estaremos bien. No voy a dejar a mi abuelo solo —respondo dándole un apretón cariñoso en el brazo a este hombre al que tanto quiero.

—Ramón, bienvenido al barrio. Tienes buen aspecto.

—Gracias, Pancho. Ya me encuentro bastante mejor.

—Me alegro. Veo que te has traído a la nieta para hacerte compañía.

—Sí, pero ahora creo que no ha sido una buena decisión.

—Seguro que no somos las únicas mujeres del barrio. Nos apañaremos. ¿Verdad, amiga? —apoya Lidia con una sonrisa. Asiento con la cabeza.

—La gente que vive aquí lo lleva haciendo toda la vida y me da que vosotras no venís de un lugar similar —interviene Leo señalando al vehículo primero y después a nosotras.

Elevo una ceja, retadora, pero él ni siquiera me presta atención. Resulta que ahora voy a tener yo la culpa de haber nacido en una familia adinerada. Es verdad que nuestra indumentaria desentona un poco con el lugar, pero es lo que hay. No he venido a hacer amigos, sino a cuidar al abuelo.

—Lo importante es que tengáis cautela y que nunca salgáis solas, sobre todo, no hacerlo por la noche. Cualquier cosa que necesitéis, nos podéis encontrar en mi taller. Tanto a mí como a Leo. Aquí está mi teléfono —dice tendiéndome una tarjeta de empresa que cojo con una sonrisa amable—. Vivo en aquel edificio verde.

—Gracias, Pancho. Eres un buen amigo —responde el abuelo con los ojos llorosos.

—Tenemos que apoyarnos. Es la única manera de que esos delincuentes no acaben con nuestra esperanza.

—Así es. Y ahora, con vuestro permiso, me retiro, estoy muy cansado. Vamos, Ro. Tengo ganas de llegar a mi casa.

—Por supuesto, abuelo.

Felipe realiza el gesto de venir con nosotras para ayudarnos, pero las palabras de Leo lo hacen retroceder.

—Será mejor que no dejes el coche aquí, sin vigilancia, porque es posible que cuando vuelvas, solo le quede la carcasa. —Felipe mira de manera alternativa a Leo y a Pancho, que apoya con la cabeza la advertencia del más joven.

—Rocío, yo…

—Vete, no te preocupes, ya nos apañamos nosotras.

—Leo las acompaña y así puede ayudarlas a acomodar a Ramón, ¿verdad, muchacho?

—No hay problema.

El tono de su voz deja claro que no le hace ninguna gracia la orden, pero parece tenerle mucho respeto a Pancho para negarse. Se acerca al portal y sostiene la puerta a fin de que podamos acceder. Levanta una de las ruedas, que se queda encallada con un pequeño escalón y se adelanta con el objetivo de apretar el botón del ascensor. Menos mal que no hay ningún obstáculo más que superar.

—¿A qué planta? —pregunta a nadie en concreto.

—La cuarta —informa el abuelo.

Lo vemos desaparecer por las escaleras y noto como mi cuerpo se relaja. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tan tensa. Toda esta situación me pone nerviosa. Espero tener la entereza de poder afrontar este cambio tan importante, aunque solo sea por unas semanas. Si algo he sacado en claro durante los minutos que llevamos aquí, es que no pienso dejar al abuelo solo de nuevo.

—Caramba con el mecánico. Tu descripción se quedó bastante corta —susurra Lidia cerca de mi oído mientras señala hacia arriba.

—Todo lo que tiene de guapo lo tiene de borde.

—Vale que no es el más simpático del barrio, pero para según qué cosas, no es necesario

que hable.

—Lidia —le reprocho en un susurro.

—Dejad de tramar maldades y abrid la puerta, que hace media hora que ha llegado el ascensor.

A mi amiga se le escapa una carcajada y yo le doy un manotazo para que se apresure a ayudarme. Cuando alcanzamos la cuarta planta, Leo ya nos espera apoyado en la pared en una pose similar a la de hace un momento en la calle. El abuelo me ofrece las llaves, abro y Lidia empuja la silla hasta el salón. Leo es el último en entrar, así que nos quedamos solos en el pequeño recibidor.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y se enganchan durante unos segundos. Es como si los dos tuviéramos cosas que decir, pero no nos atreviéramos. Ni siquiera nos conocemos y nuestros encuentros no han sido demasiado cómodos.

—No he tenido la ocasión de agradecerte lo que hiciste por mi abuelo.

—Ojalá hubiera llegado antes.

—También podría haber sido tarde. Sea como sea, no todo el mundo se enfrentaría a esa gente. Así que gracias.

Asiente con la cabeza sin añadir nada más. Nuestro contacto visual queda roto por la voz del abuelo y la risa de Lidia. Estos dos hacen un tándem peligroso.

—Será mejor que vayamos a acostarlo antes de que tramen alguna de sus locuras.

—Claro.

Paso por su lado y, por mucho que me pego a la pared, no puedo evitar que mi brazo roce con el suyo. Lo retiro con rapidez y Leo hace una mueca de disgusto. Su olor, una mezcla de aceite de motor, sudor y jabón o perfume no resulta nada desagradable y consigue ponerme nerviosa. Tanto, que casi tiro una figura que hay encima del mueble del recibidor. Los reflejos de Leo salvan a la pareja de gatos de cerámica de un final desastroso y a mí de una buena bronca. La abuela Dolores era de las que adornaban todo con tapetes de ganchillo y pequeñas figuritas. El piso sigue así desde que ella falleció y cualquiera le insinúa algún cambio al abuelo. Ni mamá fue capaz de convencerlo.

—Venga, Ramón, no sea cabezota —le pide Lidia cuando nos adentramos en la habitación. El abuelo sigue sentado en la silla y mi amiga se ha situado delante de él con unas prendas en la mano.

—Que no, caramba. Soy viejo, pero todavía me queda dignidad. No pienso desnudarme delante de ti.

—Digo yo que tendrá lo mismo que todos los hombres, ¿verdad? Así que no debe inquietarse, porque he visto a muchos desnudos y le aseguro, que algunos daban bastante risa.

—Esa información era innecesaria —se queja mi abuelo. Por el rabillo del ojo veo a Leo reprimir una carcajada ante la burrada de Lidia. Me apostaría mil euros a que tiene una sonrisa maravillosa.

—Deja de decir tonterías, anda —le pido arrebatándole el pijama—. Primero hay que acomodarlo en la cama.

Encaro la silla hacia el colchón, Leo ocupa un lado y yo el otro. Lidia se encarga del vehículo. Colocamos al abuelo, que suelta un suspiro de alivio cuando su cabeza encuentra la almohada.

—Con su permiso, yo me voy, que debo trabajar. Don Ramón, lo dejo en buenas manos.

—No tengo eso muy claro, muchacho. Pero muchas gracias.

Acompaño a Leo hasta la puerta. Cuando está a punto de traspasar el umbral, se frena y se da la vuelta con tanta rapidez, que casi me choco con su torso.

—Intentad no salir solas, ¿vale? —Asiento con la cabeza—. No es una tontería, Rocío. Este barrio es muy peligroso. Ya has conocido al Pantera, nada lo detiene. Así que tened cuidado.

—Lo tendremos.

Sus ojos oscuros penetran en los míos y consiguen erizarme la piel. Se guarda las manos en los bolsillos, frunce el ceño y se gira para salir, esta vez sí, por la puerta.

—Nos vemos —murmura de espaldas y bajando los primeros escalones.

Me gustaría decirle adiós, pero no encuentro las palabras. No tengo ni idea de qué narices me pasa con este hombre. Es peligroso y bastante borde, todo lo opuesto a mí. Así que debo mantenerme alejada de él. Cierro la puerta y resoplo al darme cuenta de que, en esta ocasión, tampoco me he acordado de mirarle las manos. «Céntrate, Rocío, que no tienes ni idea de lo que se avecina», me advierte mi conciencia.

Capítulo 10

Leonardo

El ejercicio es una buena manera de despejar la mente cuando tienes un día complicado y una de las formas que he encontrado para pasar más tiempo con mi hermano Nico.

Salimos a correr tres días a la semana y, como a los dos nos gusta el baloncesto, aprovechamos los jueves para reunirnos en una de las canchas del barrio vecino y echar un partido. Hacemos buena pareja, nos entendemos bien a pesar de lo distintos que somos en otros temas.

—Me ha dicho mamá que don Ramón ha vuelto a casa.

—Sí —respondo conciso. No me apetece hablar del vecino, porque eso significa que mi mente volverá a acordarse de Rocío.

—Y que ha venido acompañado de su nieta y otra chica. ¿Las has visto?

—Sí —repito a la vez que acelero el paso para llegar lo antes posible a la cancha.

—Es increíble lo hablador que estás hoy.

—No tengo nada que contarte, Nico. Mamá ya te ha pasado el parte, ¿no tienes suficiente?

—Los rumores dicen que las chicas son preciosas y que el Pantera ya las ha estado increpando. También, que tú estabas allí cuando llegaron.

—La gente en este barrio está muy aburrida —me quejo.

—¿Y bien? —insiste Nico. Resoplo, pero sé que no me dejará tranquilo hasta que responda.

—Alan es un gilipollas, ya lo sabes y ellos no llegaron de manera muy discreta que digamos. Incluso traían chófer. Veremos lo que duran antes de salir por patas. Por la forma de vestir y moverse, está claro que no son carne de barrio pobre y obrero. Parecen dos niñas ilusionadas con ir a un parque de aventuras donde hay unicornios y todo es rosa. El problema es que, lo que se van a encontrar, es un lugar abandonado con tonos negros y grises.

El silencio de mi hermano me hace girar la cabeza para encontrármelo con las cejas elevadas y la mirada fija en mí. Hasta ha dejado de botar la pelota, que ahora descansa apoyada en su costado y retenida por su brazo tatuado.

—¿Por eso estás de mal humor?

—Yo no estoy de mal humor. —La voz me sale más brusca de lo que pretendía—. Vale, sí, estoy cabreado. Alguien debería hacer entrar en razón a Rocío y a su amiga. Este no es su lugar.

—Así que Rocío. —La sonrisa burlona que se dibuja en su rostro me irrita todavía más. Le doy un empujón mientras él suelta una carcajada. Intento ignorarlo y acelero el paso de nuevo para alejarme de mi hermano todo lo posible. Hoy no pienso jugar con él, que se joda—. Venga, Leo, no te enfades.

—Vete a la mierda, Nicolás.

—Está bien, me iré, pero antes cuéntame cosas de Rocío y su amiga —me pide situándose a

mi lado con rapidez.

—No tengo nada que contarte y si así fuera, no lo haría.

—Yo te lo cuento todo.

—Seguro que sí.

—Bueno, menos lo que tiene que ver con el sexo y porque fue una petición expresa tuya.

—Y que siga siendo así. Me importa una mierda dónde metes tu pajarito. —Mi hermano suelta una carcajada y yo tengo que realizar un esfuerzo titánico para no unirme a él.

Hace mucho tiempo que no me permito reír con ganas ni que tampoco me divierto. Las responsabilidades me absorben. Asumí el papel de cabeza de familia cuando papá tuvo el accidente que lo sumió en una depresión. La vida se nos puso patas arriba y, en vez de mejorar, nuestra situación empeoró debido a su ludopatía. Siempre hay prioridades que me impiden gozar de esa libertad que sí tiene Nico. Lo que daría yo por tener un día en el que no tuviera que preocuparme por absolutamente nada y priorizarme. No pierdo la esperanza, aunque hay momentos más positivos que otros.

—Hermanito, un día tienes que salir conmigo de fiesta. Te presentaré a unas mujeres increíbles y pasarás una noche maravillosa. Te lo aseguro.

—No necesito tu ayuda para ligar.

—Pero sí para divertirte —dice a la vez que me guiña un ojo y se acerca a saludar a uno de los chicos que es asiduo de las canchas.

Es muy probable que Nico tenga razón. Me parece que ya no sabría cómo pasarlo bien sin estar borracho.

A pesar del cabreo inicial con mi hermano, al final, acabamos jugando en pareja, como ya suele ser habitual. Ganamos los dos primeros y perdemos el tercer enfrentamiento. Ahora nos toca competir con la pareja más complicada, y en eso estamos cuando la atención del público empieza a dispersarse de la cancha y se centra en el exterior. Estoy tan metido en el partido y en mi deseo de ganarles por primera vez, que no me doy cuenta de que juego solo hasta que le hago un pase a mi hermano y él ni siquiera hace el amago de coger la pelota.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —le reprocho, cabreado. Me tomo muy en serio lo que hago. Ya sea reparar una moto o jugar al baloncesto.

—¿Has visto a esos dos caramelitos?

Sigo su mirada y mi cuerpo se tensa al observar que todos los hombres están centrados en la acera que rodea la cancha. Es imposible no reconocer el pelo rojo fuego de la amiga de Rocío. Van enganchadas del brazo y en la mano libre llevan una bolsa cada una. Me imagino que vendrán de comprar. Por lo menos han salido las dos juntas. Intentan no darle importancia a las sandeces que se oyen, porque no se le pueden llamar piropos. La pelirroja parece más serena que Rocío. Incluso los provoca, haciéndoles una peineta, cuando uno de ellos le berrea que su boca de piñón quedaría perfecta con su polla dentro. Todos le ríen la gracia al muchacho, pues no tendrá más de veinte años.

—¿Jugamos o qué? —me quejo.

—Sí, claro.

—¿De dónde habrán salido semejantes bellezas?

No pienso contestar a esa pregunta por mucho que sepa la respuesta. Esas mujeres no tendrían que estar aquí. Les echo un último vistazo antes de regresar la atención al partido, y mi mirada se tropieza con la intensidad azul que derrochan los ojos de Rocío. Su sonrisa tímida

demuestra que me ha reconocido. Eleva la mano, a modo de saludo. Un gesto que no debería haber hecho. La ignoro, no quiero que nadie sepa que la conozco. El motivo de mi reacción, no lo tengo claro, pero algo me dice que, cuanto menos contacto tenga con ellas, mucho mejor.

—Te ha saludado —murmura Nico a mi lado.

—Lo sé.

—¿Por qué pasas de ella? Es una tía preciosa.

—Me da igual.

—Espera. No será la tal Rocío. —Lo ignoro, no quiero responder a esa pregunta y menos aquí, en medio de todos estos buitres—. Sí, es ella. ¿Qué te pasa con esa chica?

—Nada, Nico. No empieces a imaginarte cosas que no son. Solo he hablado con ella dos veces. Y ahora, vamos a acabar el puto partido.

Mi hermano da por zanjado el tema, aunque sé que insistirá en algún que otro momento. No es de los que se rinden con facilidad.

Reiniciamos el encuentro, pero la concentración y mi puntería se han ido al carajo. Al final, acabamos perdiendo de nuevo, a pesar de la ventaja de siete puntos que teníamos antes de que las chicas hicieran su aparición.

—Menuda mierda de partido. Casi lo ganamos —me quejo mientras iniciamos la marcha de vuelta a casa.

—Leonardo Medina, has fallado cuatro tiros libres y uno de los lanzamientos de tres ni siquiera ha tocado el aro. ¿Algo que decir? —pregunta acercándome la mano como si llevara un micrófono y fuera un periodista deportivo.

—Que tengo un hermano muy idiota —gruño a la vez que le doy un manotazo para que deje de hacer el payaso.

—Mis queridos radioyentes, parece que la estrella del baloncesto está atravesando una crisis existencial. ¿Será culpa de la edad? ¿O más bien la falta de sexo? No se pierdan el próximo programa, seguiremos informando.

Chasqueo la lengua, porque a veces es complicado no sucumbir a las estupideces de Nico. Por suerte, su teléfono suena y decide coger la llamada. Su forma de hablar y reírse me hace pensar que debe de ser alguno de sus ligues. Al final, me importa muy poco de quién se trate, la parte positiva, es que la interrupción me evita tener que darle más explicaciones del desastroso partido.

Hacemos el resto del trayecto uno al lado del otro. Él hablando con su interlocutor y yo centrado en mis pensamientos, de los que intento evitar cualquier cosa relacionada con una mujer preciosa de ojos intensos. Sin embargo, la suerte me sigue esquivando y, cuando estamos a punto de llegar al portal del edificio en el que vivimos, justo en la entrada, se encuentran Rocío, la pelirroja y mi madre.

Da la impresión de que mantienen una charla de lo más entretenida. Sonríen y hacen aspavientos con las manos, sobre todo la amiga, lo que demuestra su expresividad. Aprovecho que todavía no nos han visto para inspeccionar a la morena con atención. Lleva un pantalón tejano que se ciñe a la perfección a sus largas piernas. Mi mente se las imagina rodeándome las caderas y el cuerpo empieza a emocionarse, cosa que debo evitar a toda costa. Niego con la cabeza de manera sutil con el objetivo de que mi cerebro se olvide de esa imagen para siempre. Mis ojos repasan su torso envuelto en un jersey fino de manga larga que deja al descubierto uno de sus hombros. Trago saliva. Centro la mirada, en esta ocasión, en su rostro dulce. Tiene una

nariz pequeña y bonita que le da una simetría casi perfecta al conjunto de su cara. Lo que más resalta es el color de los ojos, pero ahora que me puedo fijar mejor, esa boca carnosa es el complemento perfecto para volverme loco. A mí y a cualquier hombre.

Mi hermano sigue enfrascado en su conversación, así que todavía no las ha visto. El que sí lo ha hecho y no pierde detalle es Alan. El puto Pantera está apoyado en uno de sus ruidosos coches, fumándose un cigarro y con la mirada fija en el portal. Me encantaría acercarme a él y liarme a puñetazos hasta dejarlo deformado. Nuestra relación no siempre fue así. Cuando éramos pequeños, incluso llegamos a ser buenos amigos. No tuvo una infancia sencilla, pero eso no es excusa para putear al resto de la humanidad. Aprieto la mandíbula cuando nuestras miradas se cruzan y él me sonríe, provocador. Lo conozco hace tanto tiempo que no deberían afectarme sus desafíos, aunque es evidente que no siempre es sencillo. Raquel, mi exnovia, se acerca a él y le come la boca mientras Alan manosea su trasero. No sé qué pretenden con dicha interpretación, pues a mí ya no me afecta ser espectador de ese amor falso. Quizás ella sí que esté enamorada, pero estoy seguro de que no es recíproco.

—Anda, ¿has visto quién está con mamá? —La voz de Nico, que al parecer ya ha acabado de hablar, consigue que mi mirada se sitúe de nuevo en la entrada del portal.

Ni siquiera me tomo la molestia de contestarle. No vale la pena. Me jode que mi hermano se haya dado cuenta de lo vulnerable que me hace sentir una mujer a la que apenas conozco.

—Mirad, aquí están mis chicos —anuncia mi madre llena de orgullo—. ¿Qué tal han ido los partidos?

—Podría haber ido mejor si tu hijo mayor estuviera centrado y no hubiera fallado tanto —responde mi querido hermano acercándose a nuestra madre y dándole un beso en la mejilla—. Os he visto antes, pero todavía no nos han presentado. Me llamo Nico. Bienvenidas al barrio.

—Yo soy Lidia y ella Rocío. Muchas gracias. Me alegra saber que todavía queda gente amable por aquí —contesta la pelirroja mirándome descarada.

Paso de su comentario. Es algo que se me da fenomenal. Yo también beso la mejilla de mamá y le cojo la bolsa que lleva en la mano para que no cargue con ella. Cuando estoy a punto de girarme y desaparecer dentro del edificio, la voz de mi progenitora frena mi avance.

—Leo, hijo. Después deberías ir a casa de don Ramón a echarle un vistazo a un grifo que pierde.

—Mamá, soy mecánico no fontanero —refunfuño. Si las miradas matasen, yo estaría fulminado por dos pares de ojos. Unos azules como el mar y los otros verdes semejantes a un prado.

—No te preocupes, Elena. Ya buscaremos a un profesional —indica Rocío.

—De eso nada, niña. Sería la última opción y si no queda más remedio. Esa gente rápido te ventilan trescientos euros, así por la cara.

—Me parece que ese no es un impedimento para las señoritas. —Mi madre me mira con el ceño fruncido. No sé en qué momento me he vuelto tan maleducado. Soy un tío seco, pero siempre que puedo, ayudo a la gente que lo precisa. Incluso mi hermano me observa como si me hubiera vuelto loco.

—Si queréis puedo ir yo.

—Nico, cariño. Tú tienes muchas habilidades, aunque ser manitas no es una de ellas.

Los cuatro se vuelven a centrar en mí, a la espera de que diga alguna cosa, pero no me sale nada. No quiero estar cerca de esa mujer que me perturba y no sé por qué.

—Leo Medina, haz el favor de acompañar a nuestras vecinas y le echas un vistazo a ese grifo que seguro que puedes arreglar.

A punto estoy de resoplar igual que un niño pequeño, pero me frena la mirada severa de mi madre. Si algo no me perdonaría es la idea de defraudar a esta mujer que tanto ha luchado por nosotros.

—Vale —cedo.

Rocío ni siquiera me mira y Lidia no se priva de enseñarme una sonrisa satisfecha por verme derrotado. Mi hermano se apresura a quitarme la bolsa de la mano y me da un suave empujoncito para ayudarme a que ponga rumbo al edificio vecino.

—Suerte, campeón —me susurra al oído.

¿Qué habré hecho mal para merecerme esto?

Capítulo 11

Rocío

¿Se puede ser más borde y maleducado que Leo? No, estoy convencida de ello. Este hombre es todo un misterio. Salvó a mi abuelo de morir apaleado a manos de unos desalmados y, sin embargo, no quería venir a casa a echarle un vistazo a un simple grifo. Está claro que no se encuentra a gusto en nuestra compañía. Ni siquiera ha subido con nosotras en el ascensor. Parece que tengamos una enfermedad contagiosa.

—Está bueno, pero es un tío muy raro y bastante antipático. En cambio, al hermano, no le haría un feo, aunque es un poco joven para mí —comenta Lidia mientras se mira en el espejo y se recoloca el pelo.

—Puede ser de esos hombres que no les gusta socializar —lo excuso, aunque no tengo ni idea de por qué.

—Si es así, menuda vida más triste. El que también está cañón es el del taller.

—¿Quién, Pancho? —me burlo, porque sé a la perfección a quién se refiere.

—Muy graciosa. Me gustan los hombres más mayores, pero no de la edad de mi padre. Hablo del tatuado, al que llaman Pantera. Tiene una pinta de matón que me pone tan cachonda…

—Te recuerdo que ese tío fue el que dio la orden de apalizar a mi abuelo y que es peligroso. Además, tiene novia.

—Lo sé —responde mirándose las uñas.

—Prométeme que no harás ninguna tontería, Lidia. No quiero problemas, ¿me oyes?

—Que sí, mujer.

No estoy muy convencida de su respuesta, pero me es imposible insistir porque el ascensor llega a la cuarta planta y, al salir, Leo ya se encuentra delante de la puerta, esperándonos. Ni siquiera compartimos palabras. Una vez abro, Lidia se avanza y entra antes que nosotros dos. Leo realiza un gesto con el brazo para cederme el paso.

Dejo las llaves en el mueblecito lleno de figuritas mientras él cierra. Al girarse, nos quedamos muy cerca el uno del otro. Carraspeo y Leo se mete las manos en los bolsillos del pantalón corto de deporte que lleva. Se nota que ha sudado, tiene la camiseta mojada, pero su olor no es nada desagradable. Carraspeo al verme superada por el momento.

—¿Cuál es el grifo que pierde? —pregunta con voz ronca.

—El de la cocina. La segunda puerta a la izquierda.

—Me gustaría saludar a tu abuelo primero.

—Claro. Es la habitación del fondo.

Me pego a la pared con el propósito de que pueda pasar por mi lado sin que nuestros cuerpos se rocen. Estoy tan tensa debido al momento, que doy un salto cuando mi teléfono suena, avisándome de una llamada entrante. Lo saco del bolsillo del pantalón y la pantalla me

enseña la foto del rostro sonriente de mi padre. No sabe que vivo con el abuelo. Le daría un síncope si se entera o decide acercarse aquí y ve el panorama. Le conté que había contratado a una señora que lo cuidara mientras estuviera impedido y que yo, después de todo el esfuerzo de estos meses, para presentar el proyecto al premio, necesitaba unos días libres. Tenía que justificar de alguna manera mi falta de asistencia en el estudio. Esa misma excusa es la que recibió David después de llamarme en varias ocasiones. Me habló como si en la fiesta de celebración no hubiera pasado nada y su actitud de mierda fuera de lo más normal.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? —respondo mientras me dirijo hacia el salón.

—Bien, hija. Siento mucho tener que molestarte en tus días libres. No lo haría si no fuera importante.

—No te preocupes. Ahora mismo no hacía nada de provecho —miento. Ojalá nunca se entere de la tensión en la que vivo—. ¿Sucede algo?

—Me ha llamado Pérez. Dice que todavía no ha recibido el proyecto que se le prometió hace tres días. Está asignado a tu equipo y nadie sabe decirme qué ha sucedido.

—¡Mierda! Se me ha olvidado por completo. —Me llevo los dedos al puente de la nariz mientras intento poner en orden mi cerebro.

—Rocío, José Pérez es uno de los clientes más importantes que tenemos.

—Lo sé, papá, y lo siento. Es culpa mía. Con todo el lío del abuelo se me pasó la fecha en la agenda. Está acabado, solo queda una última revisión y se lo envío. Dile que mañana lo recibirá sin falta —informo. El proyecto me tendrá toda la noche despierta, pero no queda otra.

Oigo los pasos de Leo, elevo la cabeza y lo veo aparecer por el pasillo. Nos miramos y él, al ver que estoy hablando por teléfono, hace un gesto con la mano para indicarme que se dirige a la cocina. Asiento con la cabeza.

—Está bien. Si no pudieras, avísame y se lo delegaré a otra persona. No quiero volver a quedar mal con José.

Su reprimenda me molesta, justo porque me la merezco. Tiene razón. Soy una persona muy organizada y estos despistes no suelen sucederme. Ahora mismo estoy un poco superada por la situación en general, aunque no es una excusa y debo centrarme.

—Me pongo enseguida con ello.

—Dice Ramón que estas son las únicas herramientas que tiene —chilla Lidia por el pasillo.

Intento tapar el altavoz para que mi padre no lo oiga, aunque no tengo muy claro que haya funcionado. Cuando mi amiga aparece en el salón, le chisto para que no grite tanto. Hace una mueca de disculpa al darse cuenta de su metedura de pata.

—Vaya, parece que no estás sola.

—Es Lidia, que ha venido un rato para charlar de nuestras cosas. Ahora la mando a su casa y me pongo a trabajar.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Claro.

Nos despedimos con la promesa de que, si no puedo avanzar con el proyecto de José Pérez, lo avise. Cuelgo la llamada y suelto un largo suspiro. No me gusta mentirle a mi padre, pero es mejor así. Mamá siempre decía que: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Ya tengo suficiente con preocuparme por el abuelo y de no ser atacada en plena calle por algún sicario enviado por el Pantera.

Me acerco a la cocina para ver si Leo precisa ayuda. Ha retirado el cubo que el abuelo había

colocado con el fin de que el goteo no estropeara el mueble ni inundara el suelo y se ha tumbado, boca arriba, con medio cuerpo fuera. Lidia se ha apoyado en la nevera y se está comiendo una de mis manzanas mientras no pierde detalle de los movimientos de Leo. No es que a mi amiga le interese la fontanería, ella es de leyes, pero es difícil resistirse a mirar ese trozo de piel que nos muestra la camiseta elevada de nuestro manitas. Tiene un vientre plano y marcado. El pantalón se aferra a sus caderas, aunque la posición adquirida provoca que se haya desplazado un poco, dejando a la vista el elástico de su ropa interior. Cuesta alejar la mirada de ese camino que marca el vello oscuro que acaba desapareciendo y deja el resto a la imaginación.

Lidia alarga la mano y me ofrece una manzana, que cojo sin saber muy bien por qué. La visión me tiene impresionada y muy cachonda. David no está mal, pero este hombre es otro nivel. Quizás solo sea la situación, el estrés o la falta de un buen orgasmo.

—Es una junta desgastada —dice asomando la cabeza y pillándonos de pleno en el pecado. Yo intento disimular, pero mi amiga ni se inmuta. Es una auténtica descarada—. Mañana la compro y vengo a colocarla.

—Genial, maravilloso —respondo acelerada. Noto las mejillas ardiendo debido a la vergüenza mientras Leo se incorpora. La camiseta se baja y el espectáculo acaba.

—Bueno, ya que tenemos el diagnóstico, yo me retiro —anuncia Lidia. Se gira quedando de espaldas a él y me da lo que falta de la manzana mientras gesticula con la boca—: De infarto.

Me deja sola ante el peligro, con la fruta del pecado, una en cada mano y el corazón acelerado debido al momento vivido. Maldita bruja. Vuelvo la mirada a Leo que me observa a la vez que se limpia las manos. Carraspeo, con el objetivo de suavizar la voz y que no me salga un tono desagradable.

—¿Quieres que te dé dinero para comprar eso que se ha gastado?

—La junta. No hace falta. Su coste es bajo, cuando lo tenga ya te traigo la factura.

—Perfecto. Y de paso me indicas cuánto son tus honorarios.

—Eso corre por mi cuenta. Es un regalo de bienvenida. —Observo, esta vez sí, como unas manos grandes, de dedos largos y con pinta de ser hábiles, guardan las herramientas en la caja. Son perfectas—. Mañana, sobre esta hora, vendré para acabar el trabajo.

Da dos pasos hacia mí y yo los retrocedo hasta que tropiezo con la nevera y no puedo seguir. Se sitúa delante, muy cerca, lo que provoca que tenga que elevar la cabeza para llegar hasta sus ojos. Debe de andar sobre el metro noventa, así que mi frente alcanza su nuez. Trago saliva ante su penetrante mirada. Este hombre provoca una sensación extraña en mí. Sus dedos conectan con los míos y se apodera de la manzana entera.

—Esta me la llevo para el camino —susurra. Se la acerca a la boca y la muerde. La situación, su mirada, la fruta y el chasquido consigue que mi cuerpo se estremezca y la piel se me erice—. No hace falta que me acompañes. Ya sé dónde está la puerta.

Una vez que abandona la cocina, suelto todo el aire que retenían mis pulmones y me apoyo en la encimera para recuperar la estabilidad mental. ¿Qué se supone que acaba de pasar?

Busco un vaso que me lleno de agua y la bebo de golpe. A punto estoy de lanzármela por encima para refrescar un poco mi exterior. La voz de mi abuelo me hace volver a la realidad y mantener la imagen de Leo alejada.

—Rocío, niña, es la hora de mis medicamentos —grita desde su habitación. Ojalá pueda llegar a su edad con esa maravillosa memoria que conserva. Se acuerda más de las cosas que yo y eso que me las apunto en el calendario, pero a veces ni así, como ya ha quedado patente hace

un rato.

—Las preparo y voy. —Reviso el papel que hemos enganchado en la nevera con dos imanes de los viajes que ha hecho el abuelo. Organizo las diferentes pastillas y me acerco hasta la habitación—. Aquí las tienes. ¿Qué vas a querer cenar?

—Pues me apetece un cachito de tortilla de patatas. Sabes hacer una, ¿verdad?

Pongo cara de ofendida y me cruzo de brazos. No tengo ni idea de preparar una tortilla, pero no creo que sea tan complicado. Hace muchos años que tenemos cocinera y cuando me independicé, carecía de tiempo, así que me he alimentado a base de comida preparada, salidas a restaurantes o los táperes de mi querida Carmela. Quizás, Lidia… No qué va. Ella menos todavía.

—Hace días que no preparo ninguna, pero para ti, cualquier cosa.

—Bueno, pues inténtalo. Que esté jugosita, no me gusta muy pasada. Y Leo, ¿ya se ha ido?

—Sí. Ha revisado el grifo y dice que es algo que está desgastado. Mañana vendrá a cambiarlo.

—Es un gran muchacho. Deberías invitarlo un día a comer o cenar para compensar su ayuda.

—Ya veremos, abuelo. Te recuerdo que no estoy de vacaciones y tengo mucho trabajo atrasado.

—Nadie te ha mandado ocuparte de mí.

—Y qué harías tú solo, ¿eh? Por cierto, nos hemos encontrado a una vecina que se llama Elena y da la casualidad de que es la madre de Leo.

—¿La que vino con Pancho al hospital?

—La misma. Aprovechamos y le preguntamos si conocía a alguien de confianza para que acuda a echar unas horas a casa. Su trabajo sería limpiar y acompañarte cuando Lidia o yo tengamos que ausentarnos.

—No quiero que entre ningún extraño en casa. Seguro que me roban y ni siquiera me voy a enterar. A lo mejor es alguien enviado por ese maldito muchacho y me dará más pastillas de las que me toca para quitarme del medio y quedarse con todo.

—Abuelo, no seas dramático. Te voy a prohibir ver esa telenovela que tanto te gusta.

—Qué dices, niña. Yo no veo esas cosas —refunfuña como si hubiera dicho alguna estupidez. Lo he pillado más de una vez pendiente del culebrón de la tarde.

—Está bien, seguro que estoy confundida.

—Por supuesto que lo estás. En vez de decir tonterías, dime qué te ha contado esa mujer. —No puedo evitar que su reacción provoque que una sonrisa asome a mis labios.

—Pues me ha dicho que se ha quedado sin trabajo por las mañanas y que estaría encantada de venir a ayudarte. Todavía no hemos hablado del dinero ni las horas. Antes lo quería consultar contigo. Me parece que es una gran opción. Vive aquí al lado y os necesitáis mutuamente. Además, odia al Pantera tanto como tú. Qué me dices, ¿la llamo?

—Está bien, podemos probar. Es amiga de Pancho y eso también es un punto positivo.

—Nos ha explicado que conoció a mamá cuando eran jóvenes. Dice que me parezco mucho a ella —le cuento. Parpadeo con rapidez para evitar que las lágrimas desciendan por mis mejillas al acordarme de mi madre. Siempre la tengo presente, a pesar de los años que han pasado.

—Pues no hay más que hablar. Seguro que nos llevaremos bien.

Sonrío con dolor y le doy un beso en la mejilla, satisfecha con su decisión. Lo dejo mirando el telediario mientras me dirijo a la cocina y busco en el teléfono como narices hacer una tortilla de patata.

Quince minutos después, Lidia reaparece y se ríe de mí cuando me ve enfundada en un delantal, rodeada de piel de patata, cáscaras de huevo y llorando por culpa de la cebolla. Se une a mi odisea y acordamos que, la próxima vez, compraremos una de esas preparadas, que seguro que el abuelo no se da ni cuenta. No faltan las risas ni tampoco los comentarios lujuriosos acerca de Leo. Qué hombre, por Dios.

Capítulo 12

Leonardo

Le doy un manotazo al despertador que anuncia que es hora de levantarse. Soy de los que duermen lejos del móvil y prefieren los cachivaches de siempre. Oigo a Nico gruñir. Dormimos en la misma habitación, un problema en toda regla, porque es el tío más desorganizado y despreocupado que hay en el planeta.

Odio que sus calcetines sucios se mezclen con mi ropa o que no se moleste en hacer su cama por las mañanas. Cuando le reclamamos la tarea, dice que no le da tiempo. Y eso es cierto, pero tiene solución, ponerse la alarma quince minutos antes. Siempre acaba corriendo para no llegar tarde. Trabaja de mozo de almacén y suerte que no empieza hasta las diez de la mañana. Le lanzo uno de los cojines que se encuentran en el suelo y refunfuña mientras se da la vuelta. No entiendo cómo se puede ser tan presumido y desordenado a la vez.

La mitad del baño lo ocupan sus cosas. Cremas, perfumes, gomas para atar su media melena, cepillo para el pelo, gomina y un sinfín de productos más que superan a los que tienen mamá y Paula juntas. Creo que todos hemos aprendido a vivir con su caos, aunque en ocasiones acabemos desesperados y estallemos con una bronca monumental que a Nico le entra por un oído y le sale por el otro.

Me doy una ducha rápida. En nuestro piso no podemos permitirnos demorar demasiado debajo de los chorros del agua. El termo tiene una capacidad limitada y, aunque ya falta poco para entrar en la primavera y la temperatura es agradable, jode bastante tener que asearse con agua fría.

Seco mi cuerpo con la toalla y una sonrisa se asoma a mi rostro al recordar la escena de ayer en la cocina del señor Ramón. No tengo ninguna duda de que les encantó lo poco que vieron. Si de algo puedo presumir, es de tener un cuerpo trabajado, de esos que tanto gustan a las mujeres. Me paso los dedos por los abdominales que se reflejan en el espejo y la mano queda cerca de mi miembro, que se encuentra emocionado con el recuerdo de la cercanía de Rocío. Sé que le atraigo y el sentimiento es mutuo, es una tontería negarlo. Sin embargo, esa mujer juega en otra liga, una que queda muy lejos de la mía y en la que no debo ni siquiera pensar.

Me pongo la ropa interior y el pantalón, haciéndole saber a mi polla que no es el momento de ilusionarse. Quizás esta noche me acerque al *pub* a ver a Diana. Tapo mi torso con una camiseta oscura y me paso las manos por el pelo para que los mechones se coloquen en su lugar. Yo no necesito moñitos ni coletas como mi hermano.

La cocina huele a café recién hecho y a pan tostado. Mamá es la más madrugadora de la familia. Siempre está ocupada, aunque desde hace una semana se haya quedado sin su trabajo de las mañanas. Limpiaba unas oficinas que se han trasladado al otro lado de la ciudad. Debía recorrer demasiada distancia para el sueldo que le pagaban y no le compensaba.

—Buenos días. No sé por qué madrugas tanto. Todos tenemos dos manos y nos podemos

preparar el desayuno.

—Lo sé, hijo. Qué quieres que haga si mi cuerpo ya está acostumbrado y no puedo quedarme en la cama sin hacer nada. ¿Te apetece un café?

—Sí, pero ya me lo echo yo. —Relleno uno de los vasos hasta la mitad y, mientras espero a que se enfríe, cojo una tostada y la unto con mantequilla—. ¿Qué planes tienes hoy?

—Pues pensaba ir a comprar. Necesito chorizo para las lentejas y agua, que quedan pocas botellas. A lo mejor, también aprovecho y cojo los ingredientes que preciso para hacer ese pastel tan rico que os gusta tanto.

—Vaya, ¿y qué se supone que celebramos?

—Nada en concreto, pero como ya tengo la liquidación de mi trabajo en la oficina, pues me apetece venirme un poco arriba. Además, las deportivas de Paula ya están a punto de romperse y le empiezan a quedar pequeñas. Así que aprovecharé este extra.

—Eso, tú derrocha y consiente a la niña. Después te quejas de que no hay dinero para comer —interrumpe mi padre arrastrando los pies y con su habitual mal humor.

El cuerpo se me tensa, porque el comentario es totalmente desafortunado. Su pensión de invalidez es de risa. No es su culpa, sino de los políticos y su gestión de mierda, pero eso provoca que el resto, sobre todo mamá, tengamos que apoyar en la economía familiar. Cada uno a su manera. Él no solo colabora poco, sino que, además, cuando le entra el bajón, acaba gastándose lo que tenemos en juegos de azar. Ya sean apuestas, tragaperras o cartas.

—No creo que seas la persona más indicada para reprocharle nada a mamá. —Me es imposible retener el comentario. Acerco el vaso del café a mi boca y le doy un trago.

—Te piensas que eres perfecto, ¿verdad? Leonardo Medina es un ángel caído del cielo, el mejor de los hijos. Siempre salvando a todo el mundo y metiéndose donde no lo llaman. Bájate de la nube, porque un día te darán unas hostias.

—Andrés, por favor.

—Eso, tú defiéndelo, como haces siempre —le dice encarándose a ella. Me incorporo con rapidez. Si le pone una mano encima, yo…

—No me considero el mejor hijo, como dices, pero por lo menos, intento que la familia sea feliz y no nos falte de nada. ¿Qué haces tú?

—¿Qué cojones quieres que haga sin un brazo? —chilla. Mamá me retiene por el hombro, para que no me encare. A mí, sus rabietas, no me impresionan una mierda.

—Sigues vivo, puedes caminar, mantienes la cordura y todavía tienes un brazo y una mano que funcionan a la perfección y te sirven para coger las cartas que te hayan tocado o darle al botón en las maquinitas. Puedes engañar a mamá, porque todavía te quiere, aunque no entiendo el motivo, pero a mí no me das ninguna pena. Así que deja de compadecerte y criticar. Si no ayudas, tampoco estorbes.

Deposito el vaso en la encimera, le doy un beso a mi madre en la sien y abandono la cocina sin mirar atrás. El silencio envuelve la estancia. Solo espero que se largue a la habitación y deje a mi progenitora tranquila.

Por el pasillo me encuentro a Paula. Luce una sonrisa triste, señal de que ha escuchado nuestro intercambio de reproches. Le devuelvo el gesto con el objetivo de que se quede tranquila. Ya está acostumbrada a estos enfrentamientos, pero eso no significa que sean agradables para una niña tan joven. Se lanza a mi cuerpo y me abraza por la cintura. Su gesto me pilla desprevenido y tardo un poco en reaccionar. Respondo a su muestra de cariño y le beso la

coronilla.

—Te quiero mucho, Leo. Si te pasa algo, yo…

—Estaré bien, pequeña. Nada me va a suceder. Solo son expresiones que decimos cuando se nos calienta la boca.

—Hacerse mayor es un rollo.

—Lo es, aunque también tiene sus cosas positivas.

—Pues ya me dirás tú cuáles.

—Ya las descubrirás, Paulita. No quiero hacerte un espóiler.

—Muy gracioso —se queja. Beso su mejilla antes de dirigirme a la puerta.

—Me voy o llegaré tarde y, Paula, yo también te quiero mucho.

Ahora su sonrisa brilla de ilusión y es la más bonita del mundo. Salgo del piso algo más relajado, después de la corta charla con mi hermana. Ella es amor y dulzura en estado puro. Ojalá nunca desapareciera esa inocencia que todavía conserva a pesar de estar en plena adolescencia.



Pancho me recibe con la radio conectada y tarareando una canción. Está contento. Es un hombre positivo y divertido que tiene la suerte de manejar la vida a su antojo. Su única atadura es Linda, una pequeña y poco agraciada perrita que adoptó hace cuatro años. La encontramos abandonada detrás de un contenedor y se encariñaron mutuamente. Ahora son inseparables.

—Parece que alguien se ha levantado feliz —lo saludo.

—Siempre lo hago, el problema es que la gente acaba por estropearme el día.

—No lo dirás por mí.

—En ocasiones también es por tu culpa. Y esa arruga que atraviesa tu frente me anuncia que hoy será uno de esos días.

—No eres el único al que se le fastidia la jornada por culpa de otros.

—Te has vuelto a pelear con tu padre —afirma.

—¿Tanto se me nota?

—Bueno, recuerda que te conozco desde que eras un mocoso, que pasaba más horas aquí dentro, haciéndome preguntas sobre las motos, que en su casa.

Le regalo una sonrisa ladeada al recordar aquellos momentos de mi vida. Ahí no había preocupaciones, solo curiosidad y disfrute. Pancho, aparte de ser mi profesor, también ha sido mi guía y el paño de lágrimas cada vez que me enfrento a los problemas de mi progenitor. Así que me conoce mucho mejor que mi familia. Con él no tengo que medir las palabras y puedo desmoronarme cada vez que lo necesito. Es alguien muy importante en mi vida.

—Qué tiempos aquellos —indico a la vez que me agacho para acariciar a Linda que se ha acercado a mí con tiento.

—Unos maravillosos años. Mi pelo aún no era tan blanco y tenía la suerte de ligar mucho más que ahora. Ves, muchacho, ya se me empieza a nublar el día por tu culpa. Dejemos el pasado atrás y vamos a trabajar, que tenemos mucho lío.

Sonrío ante su comentario y me dirijo hacia la moto que se encuentra desmontada a mi izquierda. Centro la cabeza en el trabajo y me dejo llevar. Para mí, ser mecánico de motocicletas

es terapia. Puedo pasarme horas y horas entre bujías, frenos, amortiguadores o culatas. Muchas veces es Pancho el que me tiene que avisar que hay que comer o irnos a casa, porque pierdo la noción del tiempo. Y este es uno de esos momentos, en el que mi jefe se acerca a mí con cara de impaciencia.

—Leo, te he llamado tres veces —me reprocha.

—Disculpa, estaba distraído con el motor. ¿Qué necesitas?

—Iba a preguntarte qué se trae tu madre con las nuevas vecinas —dice desviando la vista hacia el exterior.

Sigo su mirada para encontrarme a mi madre, cargada con la compra, en la acera de enfrente y charlando con Rocío y Lidia. Mis ojos se centran en la morena, que hoy lleva un vestido que le llega por encima de la rodilla. Es de un azul eléctrico, muy parecido al color de sus ojos. Calza unas zapatillas, nada de tacones, y tapa sus brazos con una chaqueta de cuero. Se ha recogido el pelo, pero hay varios mechones rebeldes que se han escapado de su agarre. Me recorren unas ganas tremendas de acercarme a ella y colocárselos detrás de la oreja para que no estorben en su bonito rostro. ¿Qué cojones me pasa?

—¿Y bien? —insiste Pancho ante mi silencio.

—No tengo ni puñetera idea.

Justo en ese momento, las tres giran la cabeza y miran hacia el taller. Nos pillan a los dos en pleno marujeo. Bueno, eso Pancho, yo lo hacía por su culpa. Mi madre comenta algo, se ríen. Lidia también interviene y nos señala. Frunzo el ceño. ¿De qué hablarán?

—¿Crees que se quedarán en el barrio mucho tiempo?

—Espero que no. Aquí solo corren peligro —respondo con un tono de enfado. Mi jefe me mira y eleva una ceja ante mi respuesta.

Ojalá pudiera decirle que necesito que se vayan lo antes posible porque cierta morena está empezando a hechizarme. Estoy convencido de que la manzana que le robé ayer tenía algún tipo de embrujo. Jamás me he sentido así con una mujer y eso me cabrea, mucho, muchísimo.

—Me imagino que, por lo menos, se quedarán hasta que don Ramón sea independiente. No sé cómo se encontrará. Debería pasar a verlo.

—Dijo que se encuentra cansado de estar tumbado en la cama igual que si fuera un inútil. Yo lo vi muy repuesto y tenía buen semblante.

—¿Y cuándo fue eso?

Mierda. Ahora tendré que explicarle la visita de ayer.

—Las chicas hablaron con mi madre porque uno de los grifos perdía, así que me acerqué a su casa para ver qué solución había. Hoy tengo que regresar a cambiar una junta.

—Ah, vale.

—¿Qué significa ese tono? —le recrimino.

—Nada, nada —contesta con una sonrisa.

—Yo no quería ir, pero me obligó mi madre —mi respuesta ha sonado a excusa de niño pequeño. Por el gesto de Pancho, me parece que, en vez de arreglarlo, lo estoy empeorando.

—Menudo disgusto estar cerca de esas dos muchachas, ¿verdad?

—No digas tonterías. Son dos pijas que están de paso. Solo hay que mirarlas. No encajan en este barrio y el día menos pensado, se llevarán un susto y saldrán por patas.

Vuelvo a dirigir la mirada hacia el exterior y mi vista se tropieza con la de Rocío. Sé que mi

jefe me habla, pero no consigo escucharlo. Hay una fuerza superior cuando nuestros ojos conectan y todo lo que nos rodea desaparece. Es una sensación muy extraña y agradable a la vez. Cometo el craso error de centrarme en sus labios justo en el momento en el que el inferior desaparece pellizcado por sus dientes. Mi miembro brinca, demasiado emocionado. Y eso que estamos a unos metros de distancia.

No tengo ni idea del tiempo que paso obnubilado con la belleza de Rocío, pero una colleja de mi jefe me hace regresar de nuevo a la realidad. Gruño por el leñazo y también por quedar expuesto ante esa preciosa morena, que se tapa la boca para ocultar su risa.

—Centra la mente en el trabajo, muchacho.

Las carcajadas resuenan en las paredes del taller mientras yo respiro con calma para regresar a mis quehaceres. Necesito saber qué le han echado a la manzana encantada.

Capítulo 13

Rocío

He dormido poco y mal. Por suerte, pude revisar el proyecto del señor Pérez y enviarlo como le prometí a mi padre. No fue sencillo, no por el trabajo en sí, sino por la poca capacidad de concentrarme después de la visita de Leo. Ese hombre no hacía más que aparecer en mis pensamientos de manera constante. No soy una mojigata, ni siquiera en la universidad me privé de mis momentos de intimidad, pero jamás permití una distracción. No entiendo qué me está pasando.

A mis molestos pensamientos podemos añadirle que, nuestra intención de hacer una tortilla de patatas en condiciones fue un desastre. Casi dejamos al abuelo sin cenar. Tuvimos que escuchar dos horas enteras de reproches y burlas. Se enfadó y con razón. Esta mañana apenas me habló. La situación está siendo mucho más complicada de lo que me podía imaginar. Suerte que Lidia se lo tomó a risa y decidió no largarse y dejarme sola ante el peligro.

La parte positiva del día de hoy es que he conseguido llegar a un acuerdo con Elena para que atienda al abuelo y nos ayude con las tareas del hogar. Empezará el lunes y vendrá por las mañanas, así nosotras podremos retomar nuestros trabajos. Es una mujer encantadora y muy dulce. Estoy convencida de que se llevará a las mil maravillas con el abuelo. Espero que él no sea demasiado grosero.

—¿Qué haces? —me pregunta mi amiga apareciendo en el salón.

—Contestándole un mail a David —respondo sin levantar la cabeza del portátil. No la veo, pero sé que estará haciendo una mueca al escuchar ese nombre.

—Mándale recuerdos de mi parte.

—Muy graciosa.

Ahora sí la miro para encontrarme con una pícara sonrisa. Ya se ha cambiado de ropa y lleva su pelo rojizo recogido en un moño alto y despeinado. Se ha puesto las gafas y trae un libro en la mano. Sus pasos la llevan al sofá, se sienta y encoge las piernas en una posición que a mí me parece de lo más incómoda.

—¿Qué lees?

—Un maravilloso y entretenido libro de leyes y reformas judiciales. —Hace una mueca de desagrado.

—Espero que no tengas problemas con tu padre por tomarte estos días para ayudarme.

—Qué va. Ya sabes que él pasa bastante de mí y tú eres como mi hermana. Estoy donde tengo que estar. Me importa una mierda si le sienta bien o mal.

A pesar de la buena posición económica en la que también ha vivido Lidia, su vida no ha sido demasiado idílica. Todo fue perfecto hasta que murió su hermano mayor. Ella tenía doce años cuando sucedió la desgracia. Mi amiga siempre fue una niña movida, atrevida y con bastante carácter. Era y sigue siendo imparable y, aunque para muchas personas, incluidos sus

padres, es un problema, yo pienso que esa parte de su ser la hace especial.

Recuerdo ese día igual que si fuera ayer. Estábamos de campamento, como sucedía todos los veranos. Nuestros padres nos apuntaban dos semanas y nos encantaba. Dormíamos en cabañas de madera y estábamos rodeados de árboles, algo impensable durante el resto del año. Había una cascada y un río que, aunque estuviéramos a treinta grados, su agua estaba helada. Aquel martes tocaba excursión. Nos iban a enseñar, como la mayoría de los años, qué clase de árboles y plantas rodeaban el campamento. Nuestro grupo se lo sabía de memoria y apenas prestábamos atención. Después de la lección, nos dejaron un rato libre para comernos el bocadillo. Nos acercamos a una piedra que se encontraba próxima al río. Ese día bajaba con fuerza, pues el tiempo nos había dado una tregua, sin embargo, llevaba lloviendo varios días. Los profesores nos advirtieron de que no nos acercáramos demasiado, pero cuando uno tiene entre doce y quince años, el peligro no existe y siempre piensas que a ti nada te puede pasar. Con las bromas de unos y de otros, el jersey de Lidia acabó en el agua. Recorrió algunos metros y se quedó enganchado en unas ramas. Su cabreo fue monumental y, a pesar de mis advertencias y de las de su hermano, mi amiga no dudó en intentar recuperar la prenda. Resbaló y acabó dentro del río. Se cogió como pudo a la misma rama en la que se encontraba su jersey. El pánico se apoderó del grupo y, mientras unos iban a buscar a los monitores, Edgar decidió lanzarse a salvar a su hermana. Lo consiguió y cuando Lidia puso un pie en tierra y casi lo estábamos celebrando, Edgar pisó en la piedra que no tocaba, cayó de espalda y se dio un golpe en la cabeza. Lo dejó inconsciente o quizás ya muerto y el río hizo el resto. Ese día cambió nuestras vidas, sobre todo la de mi amiga, a la que, aparte de perder a su hermano, sus propios padres la culparon de lo sucedido. Éramos unos críos y fue mala suerte, pero ese suceso marcó a Lidia para siempre. Dejó de ser la niña despreocupada, se rebeló contra el mundo y se convirtió en una guerrera que, más a menudo de lo deseado, se metía en problemas y líos.

—No te imaginas lo importante que es para mí que estés aquí conmigo.

—Está siendo divertido. Jamás creí que acabaríamos haciendo una tortilla de patatas —responde con una sonrisa.

—A eso no se le podía llamar tortilla, Lidia.

—La voluntad es lo que cuenta. Tu abuelo que es bastante quisquilloso, porque no estaba tan mala.

—Se nos quemó y la mitad cayó en la encimera al darle la vuelta. Nunca pensé que sería tan complicado.

—Eso es porque escogiste el vídeo equivocado, mujer.

El sonido del timbre corta nuestra animada charla sobre tortillas. Me tenso y mi amiga lo nota, porque eleva las cejas de manera pícara. Por la hora que es, las dos suponemos que será Leo, pues no esperamos a nadie más. He intentado mantenerme ocupada para no estar pendiente del reloj durante toda la tarde, pero ahora que ha llegado el momento, los nervios hacen estragos en mi ser.

—Deberías abrir y pedirle que, en esta ocasión, es mejor que repare la fuga sin camiseta.

—No pienso decirle tal cosa —refunfuño dirigiéndome hacia la puerta con el sonido de su risa de fondo.

Cojo aire y lo suelto con calma para tratar de que los latidos de mi corazón se serenen. Abro con ímpetu y con una sonrisa que muere al ver que, la persona que se encuentra al otro lado no es la deseada.

—Vaya, menuda cara de decepción. ¿A quién esperabas? —pregunta Felipe. Se acerca a mí

y no dudo en abrazarlo.

—Al fontanero —respondo una vez nos separamos—. Hay un grifo que pierde y lo tienen que cambiar…

—Una junta. Y no soy fontanero, soy un vecino amable. Además de mecánico —interviene Leo apareciendo por las escaleras con una caja llena de herramientas en la mano. Felipe me mira y eleva las cejas a modo de pregunta. Lo ignoro—. Me he traído a una ayudante, espero que no te moleste.

Detrás de Leo aparece una jovencita preciosa, con una bonita y tímida sonrisa. Eleva la mano a modo de saludo y yo le respondo de la misma manera.

—Soy Paula, la hermana de Leo —se presenta.

—Yo me llamo Rocío y él es Felipe, un amigo.

—Mi madre os manda algo para cenar —comenta la jovencita enseñándonos la fuente que lleva en las manos.

—No tendría que enviar nada. Dale las gracias de nuestra parte.

—Si no os importa —pide Leo haciendo un gesto con la mano para poder entrar en el piso —. Cuanto antes empiece, antes acabo y todos contentos. Paula ya te deja la bandeja en la cocina.

—Claro, perdona.

Tanto mi visita como yo nos apartamos para que pasen el vecino amable y su hermana, que hace una mueca graciosa a modo de disculpa por la actitud de Leo.

—Espero que sea bueno, porque lo que se dice amable, no lo es mucho —declara Felipe con las manos metidas en los bolsillos.

—Su madre va a trabajar aquí durante las mañanas. Es una mujer muy dulce y cariñosa —le indico como si eso compensara el mal humor del hijo mayor.

—Pues deberías decirle que su retoño es bastante borde.

—Habrá tenido un mal día. ¿Quieres entrar? —ofrezco para acabar con esta charla demasiado enfocada en Leo.

—Gracias. ¿Cómo sigue tu abuelo?

—Algo mejor de salud, que no de carácter. Lleva regular el tener que estar tanto tiempo en la cama. El lunes vamos al médico, a ver qué nos dice. Sobre eso, ¿crees que podrías venir a buscarnos?

—¿A qué hora es la visita?

—A las once y media.

—Después reviso la agenda de tu padre y te digo algo.

—Genial.

Cuando entramos en el salón, Lidia levanta la mirada del libro y sonríe al ver a Felipe. Se llevan bien, a pesar de las bromas provocadoras que le lanza mi amiga. Según ella, es el madurito más guapo que ha visto en su vida. Es verdad que Felipe es un hombre apuesto y que se mantiene muy bien. El hecho de que siempre luzca traje, le da un plus de elegancia. Sin embargo, jamás podría fijarme en él como hombre. Para mí es más un hermano mayor al que contarle mis problemas y apoyarme si es necesario.

—Mira a quién tenemos por aquí —exclama Lidia sin apartar la vista de Felipe.

—¿Desde cuándo llevas gafas? —le pregunta.

—Hace unos cuantos años, pero solo me las pongo si quiero parecer importante —responde guiñándole un ojo—. Oye, ya que estás aquí. ¿Puedo abusar de tu confianza?

—Depende de para qué.

—Necesito ir a buscar unas cosas a mi piso. ¿Me llevarías?

—Por supuesto.

—Volverás, ¿verdad? No me puedes dejar sola ante el peligro.

—¿No está el vecino buenorro en la cocina?

—Sí, pero él se irá y no soy capaz de mover sola al abuelo.

—Ay, Rocío, lo único que tienes que hacer es entretenerlo un poquito. Eres una mujer preciosa, seguro que tú puedes.

—Ese tío es un imbécil y ha llegado con su hermana pequeña —susurra Felipe para que no lo oigan en la cocina.

—Vaya, vaya. Así que ha traído refuerzos. Me parece que lo has impresionado tanto, que no quiere quedarse a solas contigo —se burla Lidia.

—Paula traía una bandeja que le ha mandado su madre con la cena. Tienes una imaginación desbordante, chica. Anda, espabila y vuelve pronto, por favor.

—Tranquila, me encargaré de que no se demore y así la traigo de nuevo.

—Gracias.

—¿Necesitas alguna cosa?

—No, tengo todo lo que preciso. —Lidia desaparece por el pasillo hasta su habitación para cambiarse de nuevo—. ¿Qué tal están en casa? Dime que papá no sospecha nada.

—Se encuentran todos bien. No creo que desconfíe, me lo haría saber. Han programado una salida de fin de semana hacia la casa de la playa. Aprovecharán que Einar no tiene ningún compromiso con sus extraescolares y descansarán un poco. Supongo que te avisarán.

—Es una buena idea para desconectar. —Las risas que salen de la cocina nos hace desviar la mirada hacia la puerta entornada.

—Anda, parece que el vecino gruñón sabe reírse.

—Nos están ayudando mucho. No creo que Leo sea mala persona —le comento con la mirada fija en la puerta.

—Te gusta.

—¿Qué? No, claro que no. Solo le estoy agradecida. Este barrio es complicado y, encontrar a personas que te apoyen de manera desinteresada es un auténtico lujo.

—Tienes razón y, si encima es un tío guapo y gruñoncete, pues mejor, ¿no? Hay que ver cómo os ponen los malotes.

—A ver, es guapo, salta a la vista, pero eso no es lo importante. Además, tengo tantos líos, que ahora mismo, los hombres no tienen prioridad en mi vida.

—¿Ni siquiera, David?

—Ese menos que ninguno. Ha insistido con el propósito de vernos e incluso se ha personado en mi piso. Me llamó para preguntarme dónde estaba. Como si tuviera que darle explicaciones.

—Pero se las diste.

—No me interesa que hurgue en mi vida. Le dije que me encontraba con Lidia. Ya sabes

que no se llevan bien, así que ni siquiera insistió en que nos viéramos.

—La pelirroja es peligrosa.

—Lo es, pero no suele equivocarse con la gente. Y con David ya me dejó claro, desde el principio, que me confundía.

—¿Y qué opina del vecino gruñón? —Le doy un empujón en el pecho, de manera juguetona, por su insistencia.

—Ya estoy preparada. ¿Nos vamos? —nos interrumpe Lidia. Se ha puesto un sencillo vestido que le queda espectacular y vaciado medio bote de perfume.

—¿Es necesario acicalarse tanto para ir a tu casa?

—Tengo que estar preparada. Nunca sabes dónde se puede encontrar el amor de tu vida. En la calle, en el portal, en la cocina arreglando un grifo… —Levanto el dedo corazón y le hago una peineta. Tanto ella como Felipe se ríen, pero a mí no me hace gracia—. No tardo, ¿vale?

Asiento con la cabeza y mi amiga empuja a Felipe mientras este eleva una mano para despedirse. Cuando oigo la puerta, me acerco hasta la habitación del abuelo, por si necesita alguna cosa. Lo encuentro dormido. Me hubiera ido bien que estuviera despierto para no tener que enfrentarme al hombre que me espera en la cocina. Encaro el pasillo de vuelta y dirijo los pasos hacia donde se encuentra Leo. Antes de entrar, lleno mis pulmones de aire para darme fuerza. Menos mal que no me tengo que quedar a solas con él.

Capítulo 14

Leonardo

Alargo la mano para recibir la herramienta que le he pedido a mi hermana, pero se demora más de lo necesario. ¿Qué estará haciendo esta niña?

—Paula, ¿me has oído? Necesito la llave ajustable.

—Sí, sí, perdona —se excusa dándome la herramienta correcta. Se las conoce casi todas, es lo que tiene estar la mayor parte de su tiempo conmigo y ser tan inteligente.

—Deja el teléfono de una vez y préstame atención. Me gustaría acabar cuanto antes. Estoy muerto de hambre y quiero darme una ducha.

—Está claro que la necesitas. —Asomo la cabeza y me encuentro con su sonrisa burlona.

—Muy graciosa.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Rocío apareciendo en la cocina.

—Ya casi acabo —le informo desde debajo del fregadero.

—Tranquilo, no hay prisa. Lidia se ha ido con Felipe y mi abuelo se ha quedado dormido. ¿Te hace falta algo?

—De momento, no. Paula me ayuda, a su manera. En el móvil hay cosas más importantes que atender a su hermano —me quejo.

—Imagino que esto les sucede a todos los de su generación. ¿Qué edad tienes?

—Quince años. En unos meses cumpliré los dieciséis —responde mi hermana.

—Eres la benjamina de la familia.

—Y también la consentida —añado sin poder evitarlo.

—Me lo creo.

Su tono ha sido cantarín y sé que sonríe. Me encantaría asomarme para apreciar sus rasgos y el brillo de esos ojos azules que me hacen temblar.

—¿Tienes hermanos? —curiosea Paula. Presto atención. No quería que viniera conmigo y, al final, será positivo que esté aquí.

—Sí. Se llama Einar y tiene nueve años.

Mis cejas se juntan mientras calculo la cantidad de vueltas al sol que los separan. Por suerte, a Paula le sorprende tanto como a mí y sigue indagando.

—Vaya, os lleváis mucha diferencia.

—Nada más y nada menos que diecisiete años.

—Caramba. Tus padres se lo pensaron un montón —comenta mi hermana con poco tacto.

—Paula, no seas indiscreta —le recrimino mientras intento concentrarme en cambiar la junta. Tendría que estar acabado, pero está claro que mi atención no se encuentra donde debería.

—No pasa nada. En realidad, es medio hermano. Perdí a mi madre cuando era pequeña.

Con el tiempo, mi padre se volvió a enamorar y de esa relación nació Einar.

—Lo siento. Soy una bocazas.

—Sucedió hace muchos años. Me acuerdo de ella, pero ya no duele como antes.

La confesión de Rocío ha conseguido encogerme el corazón. Sabía, por mi madre, que la suya había fallecido, pero escuchárselo a ella, me hace ser más consciente de lo que debe de haber sufrido. Creí que su vida era idílica y está claro que me he precipitado juzgándola. Un silencio incómodo se apodera de la cocina y vuelvo a enfocar todo el interés en la tarea que debo realizar. Empieza a ser urgente salir de aquí.

—¿Ya sabes que vas a querer estudiar? —Oigo que le pregunta a mi hermana después de pedirle que me pase la llave *allen*.

—No tengo ni idea. Me gustan tantas cosas que no sé cuál escoger. ¿Tú a qué te dedicas?

—Soy arquitecta, igual que mi padre. Siempre lo tuve claro. Me encantaba cuando lo veía rodeado de planos y después, esos papeles cobraban vida —le explica. Sonrío ante la efusividad e ilusión en su tono de voz. Está claro que le gusta su profesión y, a decir verdad, le pega.

—Pero eso debe ser muy complicado.

—Bueno, si es una cosa que te apasiona, pones toda la atención en aprender, aunque es verdad que es bastante sacrificado. Ser mecánico, como tu hermano, tampoco es sencillo.

—Paso de ser mecánica. No me hace ninguna ilusión estar todo el día llena de grasa.

Pongo los ojos en blanco al escucharla. Con el tono de desagrado que le ha dado a sus palabras, parece que siempre voy lleno de mierda. Es verdad que me mancho, pero no creo que sea tan exagerado como ella ha expresado.

—Está claro que arreglar motos no es tu vocación.

—Pues no. —Ríe Paula—. El problema es que en casa tampoco hay mucho ejemplo que seguir. Papá trabajaba de paleta, pero hace años que está incapacitado. Nico se dedica a pasar el rato dentro de un almacén y mamá, bueno, ella trabaja mucho, pero siempre limpiando para los demás. Ninguno ha ido a la universidad, así que no tengo referentes.

Aprieto la última rosca con las manos temblorosas. Escuchar a mi hermana desvelar esa información de nuestra familia, a una auténtica desconocida, me ha puesto nervioso. Sé que no lo hace adrede y que nos quiere, pero en mis oídos ha sonado como si se avergonzara de nosotros. Ojalá pudiera darle todo lo que se merece, sin embargo, ya no sé qué más hacer. La impotencia es una de las peores sensaciones que puede tener un ser humano. El querer y no poder. Hay días que semejante carga me supera.

—Esto ya está listo —indico para cortar el resto de la conversación. No quiero que Rocío sepa más cosas de nuestra familia. Me agacho, acciono la llave de paso para que el agua vuelva a correr por las tuberías y abro el grifo—. Perfecto.

No sé en qué momento Rocío se ha situado tan cerca de mí. Nuestras cabezas casi chocan mientras los dos comprobamos que ya no hay fuga. Me es imposible no olfatear, aunque de manera disimulada, el aroma que desprende. Huele a flores y cítricos. Tengo que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos e impedir que mi nariz se incruste en su dulce cuello.

—Qué bien. Muchas gracias, Leo. Te debo una. —Esa sonrisa, tan cerca. Se incorpora con las mejillas sonrojadas.

—No ha sido nada. Recojo y en unos minutos nos pierdes de vista. Paula, ¿me ayudas?

—Claro.

—Madre mía, soy una pésima anfitriona ¿Queréis algo para beber? —pide acercándose a la

nevera.

—Yo no, pero gracias. —Rocío mira a mi hermana que niega con la cabeza.

—Bueno, ya buscaré una manera de compensaros.

—De verdad que no es necesario —insisto. Ahora lo importante es salir de aquí o acabaré volviéndome loco—. Dale saludos a tu abuelo de nuestra parte.

—Se los daré. Y vosotros las gracias a vuestra madre por la cena. Me acaba de sacar de un apuro enorme. Puedo crear una gran infraestructura, pero la cocina no se me da demasiado bien.

Se muerde el labio inferior, como si nos estuviera desvelando un pecado capital. ¡Por el amor de Dios! Podría lanzarme a esa boca jugosa que tiene y comérsela sin ningún miramiento. ¿Qué cojones me pasa?

—Cualquier cosa ya sabes dónde encontrarnos —le indico de manera acelerada y empujando de forma suave a mi hermana para que se apresure a salir de aquí.

—Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Cuando llego a la entrada, abro la puerta y salgo sin mirar atrás. Estoy asustado, yo, Leonardo Medina. El tío que siempre se mueve por impulsos y que es capaz de plantarle cara a cualquiera que se preste a una injusticia. No sé qué me sucede con esta mujer, pero es evidente que, en este caso, solo hay dos soluciones. Una es poner distancia, mucha distancia entre ella y yo. Lo más probable es que no se quede aquí durante demasiado tiempo, no debería ser complicado. La otra medida es follármela. Así de simple. Es una tontería negar que siento una enorme atracción física por ella. Quizás un buen polvo consiga relajarme. Puede sonar prepotente, pero no me han pasado desapercibidas todas las veces que la he pillado mirándome o la manera en la que se erizaba su piel cuando le quité la manzana y nuestros dedos se rozaron. Tampoco le soy indiferente, así que esta última opción no sería tan descabellada.

—Pero, bueno. A quién tenemos aquí. Medina, ¿te has equivocado de edificio? —La voz de Alan me devuelve al presente y provoca que frene de golpe y mi hermana tropiece con mi espalda—. Y no vienes solo. Hola, preciosa.

Noto los dedos de Paula enredándose en mi camiseta, como si ese gesto la salvase de cualquier amenaza.

—Es tarde y estoy cansado para aguantar tus gilipolleces, Alan. Quítate del medio y déjanos seguir.

—Estás en mi propiedad —gruñe provocando que mi hermana se arrime más a mí.

—Que yo sepa, la escalera es del edificio y todavía quedan vecinos que habitan sus pisos.

—Te aseguro que no será por mucho tiempo. Parece que vienes de hacer servicios a la comunidad —indica señalando hacia la caja de herramientas—. ¿Te han pagado en carnes?

Las carcajadas de Alan y su séquito de tres idiotas rebotan en las paredes. Mi mala leche aumenta por momentos. Sobre todo, cuando uno de los payasos le toca el pelo a mi hermana. Suelto la caja de herramientas y le doy un manotazo acompañado de un empujón al miserable.

—Paula, sube al piso de Rocío y espérame allí hasta que vaya a buscarte —le pido. Si el intercambio de palabras acaba en pelea tendré que estar centrado y eso no sucederá si ella se queda en medio del alboroto.

—No voy a dejarte solo —lloriquea. Su voluntad es totalmente opuesta al miedo que tiene.

—Hazme caso, por favor. Todo irá bien. Solo quiero charlar con Alan y sus amigos. Sube, Paula. Ya.

Esta última palabra me sale con más apremio de lo que me gustaría. El tío que le tocó el pelo intenta colarse entre los dos para que mi hermana no se vaya. Lo empujo de nuevo. Se tropieza y cae encima de otro de los súbditos. Por el rabillo del ojo observo cómo Paula asciende los escalones con rapidez. Solo son dos pisos. No pierdo de vista a ninguno por si tuviera que defenderme. Los conozco a la perfección, sé cómo actúan. Son falsos y a la mínima te sacan una navaja. Oigo los toques de Paula en la puerta, el chirrido al abrirse y el sonido de sus voces. Respiro tranquilo cuando estoy seguro de que han cerrado y están a salvo.

—¿Cuál es tu puto problema? —pregunto dirigiéndome a Alan.

—Tú —responde señalándome—. Te crees muy listo y siempre te metes donde no debes. Si no te hubieras hecho el héroe, ahora ese piso sería mío.

—¿A costa de matar a un hombre? ¿En qué cojones te has convertido? Creí que lo que te tocó vivir te haría abrir los ojos, pero ya veo que no hay solución contigo. Lo odiabas, sin embargo, te has convertido en una persona mucho peor que él. —No hace falta que le diga que me refiero a su padre. Su semblante cambia al instante. Sé que lo he cabreado más y que va a ser complicado salir de aquí sin defenderme.

No tengo miedo. Él no se va a exponer, para eso cuenta con sus perritos. Jóvenes que apenas tienen para comer, adictos o maltratados por la vida a los que promete una existencia mejor, siempre y cuando le sean leales. Suelen ser hombres consumidos por las drogas, que nunca actúan solos y es habitual que lleven armas blancas. Hace unos años que estuve inscrito en un gimnasio de artes marciales y, gracias a eso y a mi constitución atlética, sé que puedo enfrentarme a ellos. Ya lo hice una vez.

—No tienes ni puta idea. Eres un mierda que lo único que hace es limpiarle el culo a su padre. Jamás serás nada. Solo un muerto de hambre —replica intentando ofenderme. Cosa que no sucede.

—Por lo menos no iré a la cárcel por asesinato como te ocurrirá a ti.

—Y quién me va a denunciar. ¿Tú?

—Lo haré si es necesario, Alan. Prometí hacer la vista gorda con tus trapicheos en los coches, sin embargo, no voy a volver a tolerar que le hagas daño a ningún inocente más.

—Ay, Leonardo, Leonardo. Qué ingenuo eres. Eso no sucederá nunca, porque nadie te va a creer. Tengo las espaldas cubiertas, iluso —me advierte con una enorme sonrisa. Se mira el reloj y hace un chasquido con la lengua—: ¡Uy! Se me ha hecho tarde. Te dejo con mis amigos y bailáis un poco. Raquel me espera en casa, desnuda, preparada para mí. Jugosita y muy mojada. Seguro que recuerdas lo ardiente que era en la cama. Lástima que me haya elegido a mí.

Debería sacarlo de su error y decirle que me importa un carajo con quien se acueste Raquel. Que hace tiempo que no siento nada por esa mujer de la que pensaba que estaba enamorado. Me lanza un beso burlón y desaparece por la puerta del primero A. No hace falta que les dé instrucciones a sus perritos. Los tres parecen emocionados. Quizás puedan conmigo, pero ellos también se llevarán algún regalo de mi parte.

El de la derecha es el primero en atacar. Me lanza un puñetazo al rostro que consigo esquivar y le devuelvo el movimiento. Yo no fallo y lo oigo maldecir. Los otros dos deciden agredirme a dúo. En este caso me cuesta más defenderme y recibo varios golpes a los que respondo con furia. Lo llevo bien hasta que se dan cuenta de que les va a costar más de lo que pensaban deshacerse de mí. El más bajo, saca de uno de sus bolsillos, una navaja del tipo mariposa con la que muestra su destreza. Me encara mientras el resto intenta reponerse de las lesiones. Ahora se complica la cosa y una sensación de temor empieza a surgir en mi interior. No

me apetece nada tener que coger una baja por culpa de esta gentuza. Si algo tengo claro es que no pienso caer sin luchar.

Capítulo 15

Rocío

Cuando abro la puerta y me encuentro con Paula, mi primer pensamiento es que se ha olvidado algo, pero su nerviosismo y las lágrimas que recorren sus mejillas me demuestran que no es así. Balbucea y apenas entiendo lo que me dice. No veo a Leo y unas voces en la escalera me hacen reaccionar con rapidez. La meto en el piso y cierro la puerta.

—Paula, necesito que te calmes y me expliques qué ha pasado. —Coge aire dos o tres veces antes de hablar.

—Nos hemos encontrado con el Pantera y sus hombres. Se han enfrentado a mi hermano. Tengo miedo. Eran cuatro contra uno. No quiero que le hagan daño. —Llora desconsolada—. Me ha pedido que viniera aquí. Tenemos que hacer algo.

La piel se me eriza al escucharla narrar lo sucedido y lo preocupada que está por Leo. Maldita manía de no utilizar el ascensor. La cabeza me bulle mientras pienso que puedo hacer. La opción de salir y encararlos queda descartada. No me gustan las peleas y no sabría cómo defenderme. La otra alternativa es pedir ayuda. Cojo a Paula de la mano y la llevo hasta el salón, donde se encuentra mi teléfono.

—Voy a llamar a Felipe. A lo mejor está cerca y lo puede ayudar. Estuvo en el ejército. Él sabe defenderse, es el hombre que protege a mi padre.

La muchacha no responde a mi perorata. Su preocupación sigue saliendo a modo de lágrimas a la vez que se retuerce las manos, nerviosa por el desenlace.

El móvil emite varios tonos, pero la llamada acaba cortándose al no obtener respuesta. Pruebo con Lidia, por si estuvieran juntos. Ella tampoco contesta. Y ahora, ¿qué narices hago? La tensión del momento se empieza a apoderar de mí. Mi cabeza le da vueltas a la situación y varias imágenes de Leo tirado en la escalera o molido a golpes, como le sucedió al abuelo, se abren paso. ¿Y si tienen palos, navajas o pistolas? Trago saliva e intento obstaculizar a los pensamientos negativos para que no me dominen.

Rebusco en mi mente una manera de ayudar a Leo. Él lo hizo con mi abuelo. De pronto, como si fuera un milagro, las palabras de Lidia en el hospital, el día que intentábamos convencer al abuelo de que no podía quedarse solo, me vienen a la mente. Dijo que iba a hablar con Martín. Él es policía y, aunque hace tiempo que no nos vemos, estoy segura de que se acordará de mí. Busco su contacto. Espero que no haya cambiado de número. Presiono en el nombre y le doy a llamar. Le pido a los dioses que él sí conteste, porque ya no tengo más opciones. Lo siguiente es alertar a la policía, pero algo me dice que sería peor el remedio que la enfermedad.

—¿Rocío Scott? —preguntan al otro lado con asombro.

—Sí, soy yo —respondo expulsando el aire que contenían mis pulmones, aliviada—. Sé qué hace mucho tiempo que no hablamos, pero necesito tu ayuda.

—Claro. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Te prometo que después te daré todos los detalles. Deberías venir lo antes posible a la ubicación que te voy a enviar. Es un barrio conflictivo y temo por la vida de un amigo. No te lo pediría si no fuera importante.

—Está bien. Estoy subiendo al coche. Pásame la ubicación.

Me separo el teléfono de la oreja, busco su contacto en WhatsApp y hago lo que me ha pedido.

—Llego en unos tres minutos, no estoy lejos. ¿Me puedes explicar un poco lo que me voy a encontrar?

—La verdad es que no lo sé —le indico elevando la mirada para tropezarme con la inquietud de Paula—. Tengo aquí a su hermana. Se han topado en la escalera del edificio con los miembros de una pandilla. Los han acorralado y ella ha subido al piso para refugiarse conmigo.

—¿Qué cojones hace alguien como tú en ese barrio? —interroga. El sonido de la velocidad a la que va su vehículo me pone los pelos de punta—. Tienes mucho que contarme, señorita. Un minuto y llego. Sé quién gobierna ese lugar, somos grandes conocidos. —Reconozco el tono irónico de su voz.

—Ten cuidado, por favor. Leo es el nombre de mi amigo y nosotras estamos en el cuarto B.

—Está bien. No se os ocurra salir ni abrirle a nadie que no sea yo o ese tal Leo. Te dejo, estoy entrando en el portal.

Ni siquiera me da tiempo a despedirme ni a agradecerle lo que está haciendo por mí. Menos mal que el abuelo sigue dormido o sería capaz de intentar levantarse y querer salir a poner orden. No sé si podría lidiar con él en estos momentos.

—Mi amigo ya está en el edificio. Todo irá bien, ya lo verás —le digo a Paula. Su dulce cara sigue bañada en lágrimas y tiembla de miedo, así que no dudo en acercarme a ella y abrazarla.

Yo no estoy mucho mejor, pero soy la persona adulta y lo último que quiero es inquietarla todavía más. Una vez me separo le limpio el rostro y Paula me lo agradece con una sonrisa triste. El teléfono de la pequeña de los Medina suena y ella abre mucho los ojos al ver quién llama.

—Es mi madre. Supongo que se extraña de que tardemos tanto. No quiero preocuparla.

—Si no se lo coges, se inquietará más. Descuelga y dile que estáis a punto de acabar, que el arreglo se ha complicado un poco.

—¿Y si quiere hablar con Leo? Seguro que lo ha llamado a él primero.

—Está ocupado y no puede atenderla. Venga, descuelga y conversa con calma.

Paula carraspea y presiona al botón verde para comunicarse con su madre.

—Hola, mamá. —Oigo la voz de Elena, pero no entiendo lo que dice—. No pasa nada. Es que Leo iba de listillo y el arreglo se ha complicado un poco más de lo previsto.

Asiento con la cabeza y le sonrío para animarla a seguir por esa vía. Sería un desastre que esta mujer se acercara al edificio. Podría resultar herida. Este lugar es peor de lo que me imaginaba. Tengo que convencer al abuelo para que venda el piso y se vaya de aquí. Es imposible tener una vida normal rodeados de esta clase de gente que siempre te mantiene en alerta. Es una puñetera desesperación.

Mientras Paula charla con su madre, decido acercarme hasta la puerta de la entrada. Apoyo la oreja, para ver si puedo oír algo. El corazón me late a una velocidad inusual. ¿Y si Martín ha llegado tarde? Se escuchan voces, pero no parecen agitadas ni hay chillidos o quejas. Cierro los ojos e intento contener la emoción y la rabia que siento en estos momentos. Los pasos de Paula,

acercándose, provocan que vuelva a serenarme. Trae el móvil en la mano y un semblante serio.

—¿Se oye algo?

—Solo voces —respondo. Los dedos me hormiguean por culpa de las ganas que tengo de abrir la puñetera puerta.

—Que no suenen las sirenas es buena señal, ¿no?

—Supongo que sí. —Qué más puedo decirle.

—Necesito saber si mi hermano está bien —pide de manera desesperada.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Siempre cuida de nosotros. Parece un gruñón, sin embargo, no hay nadie que tenga un corazón tan grande como Leo. El teléfono me lo regaló él, porque mamá y papá no podían y cada mes tiene un detalle conmigo, aunque no se lo pida y él tampoco va sobrado de dinero. Me hace sonreír y me da seguridad y confianza. Cuando tengo ganas de tirar la toalla porque algo me sale mal, Leo está a mi lado, para que siga luchando y no me rinda con facilidad. No solo es mi hermano, también es la persona más importante de mi vida. No sé qué haría si le pasa algo.

Las lágrimas han acudido de nuevo a su cara mientras me explica lo valioso que es Leo para ella. Nadie diría que ese hombre hosco y bastante borde también sea una persona entregada a sus seres queridos. Aunque bien pensado, por mucho que él quiera camuflar su forma de ser, sus actos hablan por sí solos y eso es imposible de ocultar.

Unos toques en la puerta provocan que demos un brinco, asustadas. Paula se aproxima a mí y me coge el brazo con demasiada presión. Me llevo el dedo a los labios, pidiéndole silencio a la vez que me acerco a la mirilla.

—Rocío, soy Martín, abre. —La imagen de mi amigo abarca toda la visión de ese pequeño agujero de la puerta.

No dudo ni un segundo en pasar la llave. Me encuentro con un rostro serio y preocupado. Intenta sonreír al verme, pero le sale una mueca. Sigue siendo ese hombre alto y atlético. Tiene el pelo algo más largo de lo que yo recordaba, pero eso no le resta belleza. Es de esas personas corrientes que no sabes por qué llaman la atención. En su caso, puede ser por el color miel de sus ojos, por la bondad que desprende su rostro o la serenidad de su cuerpo aun estando enfadado.

Entra sin pedir permiso y detrás de él aparece un Leo magullado. Tiene varios golpes en el rostro que le han hecho herida. Uno en la ceja y el otro en el pómulo, que sangran profusamente. Mi mirada se cruza con la suya y no puedo evitar llevarme la mano a la boca.

—Dios mío —murmuro.

—¡Leo! —Paula no duda en lanzarse al cuerpo de su hermano y abrazarlo con sentimiento. Él sisea y su cara se contrae de dolor. Cierro la puerta con rapidez, por lo que pueda pasar.

—Estoy bien, tranquila. Solo son unos golpes.

—Estás sangrando —evidencia Paula, preocupada.

—Parece más de lo que es. No te asustes.

—¿Tienes un botiquín? Debería limpiarse las heridas —me pide Martín.

—Claro. Está en el baño. Espero que el abuelo tenga todo lo imprescindible. ¿No sería mejor que fuera al hospital?

—No es necesario. Lo último que quiero es alarmar a mi familia. Bastante preocupada está Paula.

—Mamá ha llamado porque tardábamos mucho.

—No le habrás dicho…

—Hemos tenido que bajar un rango tu faceta de manitas. Cree que el arreglo se ha complicado más de lo necesario. Paula ha sido una gran actriz —le informo más relajada. Está golpeado, pero por suerte no parece grave.

—Muchas gracias.

—¿Qué tal si esta jovencita y yo nos vamos al salón y Rocío te ayuda a limpiarte esos cortes? —Paula se arrima a su hermano. No conoce a Martín y, después de lo sucedido, es normal que esté indecisa.

—Es una buena idea. Puedes estar tranquila —digo dirigiéndome a la benjamina—. Parece serio, porque es policía, pero eso un tío divertido. Aunque no se le da demasiado bien contar chistes.

—La estás condicionando y eso será mejor que lo valore ella, ¿no crees? No le hagas ni caso. El problema es Rocío, que no tiene sentido del humor. Te lo voy a demostrar. ¿Qué le dice una barra de pan a otra? —Paula me mira y yo me encojo de hombros. Una pequeña sonrisa asoma en sus labios y ese gesto es un verdadero alivio—. Te presento a una miga.

—Joder —gruñe Leo ante el ridículo chiste a la vez que yo pongo los ojos en blanco y Paula se ríe a carcajadas.

Veo que mi amigo sigue con su peculiar sentido del humor. No tengo ni idea de lo que ha sucedido en esas escaleras, pero le debo una gorda a Martín. Espero no volver a perder el contacto con él durante tanto tiempo. La vida a veces nos mueve por caminos diferentes y es complicado coincidir. Martín me guiña un ojo y Leo y yo observamos como se lleva a Paula por el pasillo.

—Será mejor que desinfectemos las heridas —le indico al mayor de los Medina mientras sigue con la mirada a su hermana.

—Sí. Ahora necesito sentarme o es posible que las piernas no me sostengan. ¿Te importa si me apoyo en ti?

—Claro que no.

Me acerco y rodea mis hombros con uno de sus brazos. El primer paso es bastante inestable y tengo que hacer fuerza para que no se desmorone. Despacio llegamos al baño y le pido que se siente en el inodoro después de bajar la tapa. Cierra los ojos y suelta un suspiro de alivio. Me cuesta no repasar sus facciones con la mirada. A pesar de todas las lesiones, nadie puede negar que es muy guapo, demasiado para mi cordura. Abro el pequeño armario situado a mi derecha y saco una caja de metal que lleva una pegatina de una cruz en color rojo. La abro y compruebo que, por suerte, hay lo necesario para curarlo. Por el rabillo del ojo, observo quitarse la camiseta y me doy cuenta de que, una tarea tan sencilla como esta, va a ser un auténtico calvario. Dame fuerzas, Señor.

Capítulo 16

Leonardo

Me duele gran parte del cuerpo y, ahora que la tensión ha desaparecido, soy más consciente de todos los golpes que he recibido. Malditos cabrones.

He tenido la inmensa suerte de que Martín se haya personado justo a tiempo, porque las fuerzas empezaban a flaquear y me estaba costando evitar, que la dichosa navaja acabara incrustada en uno de mis lados. Tengo algún rasguño del arma, pero, por suerte, nada grave.

—Gracias por acoger a Paula y llamar a Martín. —Rocío me mira y sus labios se estiran en una tímida sonrisa.

—Te la debía. Tú ayudaste al abuelo. Yo no he sido tan heroica. La idea de enfrentarme a esa gentuza me da pavor, así que he intentado buscar la solución más práctica.

—Sea como sea, me has ayudado y te estoy muy agradecido por ello.

—La verdad es que tuve mis dudas —dice mientras empapa un algodón con un líquido—. Hasta ahora no es que hayas sido muy agradable conmigo.

—No es nada personal. La gente no me entusiasma demasiado. Suelen decepcionarme muy a menudo, así que prefiero poner distancia —respondo. Me llevo la mano al costado y hago una mueca de dolor.

—Si te duele mucho, quizás deberías ir al hospital. A lo mejor tienes alguna costilla rota.

—Solo son magulladuras. Se pasará en unos días.

—Hablas como si tuvieras mucha experiencia en peleas.

—En estos barrios es la ley del más fuerte. No es precisamente lo que me hubiera gustado ni lo que quiero para mi familia, pero es lo que hay.

Da dos pasos y se coloca delante de mí. Una mueca en su rostro demuestra la preocupación que siente y el horrible aspecto que debo de tener.

—Déjame ver esas heridas —me pide con un tono suave, situándose entre mis piernas, me eleva el rostro con delicadeza, utilizando uno de sus dedos. Su voz me transmite calma en un momento como este.

Debajo de toda esa sangre que adorna mi rostro, estoy convencido de que hay un rubor que, por suerte, no es detectable. Tengo la sensación de que la pequeña estancia huele a esa mezcla de flores y cítricos. Cuando elevo la cabeza, nuestras miradas impactan y nos quedamos enganchados durante un tiempo que no sé definir. Es una mujer preciosa y esos labios…

—Esto puede picar un poco —me advierte. Asiento con la cabeza para que sepa que estoy preparado.

Presiona el algodón en el corte de mi ceja con movimientos cuidadosos, como si estuviera acostumbrada a hacerlo a menudo. Aunque el escozor existe, la calidez del momento mitiga gran parte del malestar que siento.

Ejecuta los mismos cuidados en el resto de las heridas. Un silencio agradable se ha instalado entre nosotros. No dejamos de mirarnos y me sorprende lo cómodo que me siento a pesar del dolor y los golpes.

—Se te da bien esto de curar cortes. Casi parece que lo haces todos los días. —Me sonríe con un gesto sincero.

—Aunque no te lo creas, esta es la primera vez que se lo hago a una persona realmente herida. —La miro sorprendido y ella suelta una carcajada. Qué música tan bonita—. Ha sonado raro. Hace dos meses hicimos una formación de primeros auxilios. En las empresas nos obligan a realizar ese tipo de cursos y mi padre es muy estricto con las normas.

—¿Trabajas con tu padre?

—Así es. Pero no pienses que tengo privilegios por ser la hija del dueño. He trabajado muy duro para llegar a donde estoy ahora. Papá siempre ha sido recto conmigo y me ha exigido lo mismo que al resto. De lo único que me he podido beneficiar es de tener al mejor profesor en casa. Sus consejos me han ayudado mucho.

—Parece que os lleváis bien. —Remarco lo evidente por su amplia sonrisa y la forma que tiene de hablar de su progenitor.

—Sí. Por desgracia tuvo que ejercer de padre y de madre a la vez. A pesar de su tristeza por perder a su esposa y de que batalló con una adolescente enfadada con el mundo, siempre estuvo ahí, para mí. Su fama no interfirió en la faceta de padre y no se perdía ningún evento escolar. Se volcó en mi educación olvidándose de él mismo. Así que no puedo estarle más agradecida. Ahora es feliz con Sara y se siente muy orgulloso de Einar. Estoy encantada de formar parte de esa nueva vida. Se lo merece.

Su cuerpo se separa del mío y la piel se me eriza debido a la distancia. Observo sus movimientos. Se deshace del algodón manchado de sangre y coge otro que empapa de nuevo en antiséptico.

—La cara ya está. Me temo que no puedo hacer nada por esos morados que, estoy segura, asomarán durante unos días. Ahora le toca el pecho. ¿Estás preparado? —pregunta señalándome el rasguño provocado por la navaja que tengo encima del pectoral derecho.

—Adelante. Me parece que lo peor está por llegar. Mañana será un día duro.

Vuelve a colocarse entre mis muslos y nuestras piernas se tocan. Me encantaría cerrarlas más, para que no pudiera alejarse durante un buen rato. Las manos me hormiguean debido a las ganas que tienen de colocarse en ese bonito trasero. La apretaría contra mí y hundiría la cabeza en su pecho. Doy un brinco cuando siento el escozor que me provoca el roce del algodón, devolviendo mis pensamientos, de forma abrupta, al lugar del que no debieron haberse apartado.

—Lo siento —se disculpa. Le sonrío para restarle importancia—. ¿Y qué me cuentas de ti? Aparte de que te gusta meterte en líos, no sé mucho más.

—Mi vida no es tan interesante como la tuya.

—Deja que eso lo decida yo.

—Está bien. No suelo contarle estas cosas a una extraña, pero creo que tu tarea de enfermera se merece una recompensa.

—Vaya, muchas gracias —responde a la vez que cambia el algodón por una gasa y acerca el esparadrapo—. Soy toda oídos.

—No te emociones, que el resumen durará medio minuto. —Cojo aire sin valorar que significa que vaya a dar un paso tan importante para mí. Soy un tío discreto que nunca ha

buscado la compasión de nadie—. Vengo de una familia bastante modesta, sobre todo desde hace unos años, cuando mi padre tuvo un accidente y perdió la movilidad de un brazo. Somos cinco bocas que alimentar, así que cuesta acabar los meses con algo de dinero. Intento colaborar todo lo que puedo, pero mi salario tampoco es que sea para tirar cohetes.

—¿Alguna vez te has planteado cambiar de taller?

—Pancho es como un padre para mí. Él me enseñó todo lo que sé. Me apasionan las motos desde bien pequeño y ese hombre siempre tenía un hueco en su taller para un joven curioso. Casi pasaba más horas allí que en mi casa.

—Entiendo.

—Más de una vez le he comentado que debería llevarse el taller de este barrio, pero no es sencillo. Se necesitan unas características concretas para trabajar y el metro cuadrado cada vez es más caro. Todos los que vivimos aquí somos familias modestas y algunas lo pasan realmente mal para poder acabar el mes. Nosotros tenemos suerte de que tanto Nico como yo, ayudamos con los gastos. Ahora imagínate los que tienen hijos pequeños. Es complicado.

—Hace años no era así. Yo no recuerdo a mi abuelo con apuros económicos. Es verdad que mamá ejercía de secretaria antes de conocer a mi padre, sin embargo, jamás tuve esa percepción. Incluso recuerdo el barrio con cariño.

—Desde que Alan se hizo con gran parte del lugar, todo ha cambiado y no, precisamente, para mejor.

—¿Alan es el Pantera? —indaga mientras cubre el siguiente rasguño, situado en la zona de las costillas.

—Sí. Nos conocemos desde que éramos pequeños. Para mí siempre será Alan. ¿Te falta mucho? —Mi cambio de tema le hace elevar la cabeza. Sus ojos azules se clavan en los míos, escrutándome y estoy convencido de que nota mi incomodidad por desvelarle tantas cosas personales.

—Déjame echar un vistazo a tu espalda. Si no hay nada importante, habremos acabado.

Rocío da un par de pasos atrás para que me levante. Eso hago, no sin dificultad. Me giro con el objetivo de que analice posibles lesiones. Noto sus manos pasear por mi espalda, como si estuviera dibujando con sus dedos, de manera delicada. Ese gesto logra erizarme la piel y ponerme los pelos de punta. Es un movimiento de lo más inocente, pero como siempre me sucede con ella, consigue hacerme aflorar sentimientos que nunca he tenido y ni siquiera entiendo.

—Por aquí está todo bien.

—Genial, gracias.

Me sitúo delante de ella y nuestros cuerpos se quedan muy cerca. Tiene las pupilas dilatadas y la respiración acelerada. No hay duda de que los dos sentimos una atracción mutua demasiado fuerte. Si me agacho un poco podría besarla. Las ganas de que eso suceda son difíciles de controlar. Aproximo de manera lenta mi cabeza a la suya y cuando nuestros labios están a punto de tocarse, el sonido de mi teléfono rompe la burbuja que se había creado.

—Mierda —me quejo sacándome el móvil del bolsillo. La pantalla se ha resquebrajado un poco por culpa de una caída que tuvo durante la pelea, pero el nombre de mi hermano es bien visible—. Debo cogerlo. No quiero que se preocupe.

—Claro —responde con la respiración tan agitada como la mía. Evita mi mirada. Se siente avergonzada por lo que ha estado a punto de suceder.

—¿Va todo bien? —quiere saber Nico—. Llevamos un buen rato esperándoos para cenar.

—He tenido un pequeño percance con Alan, pero estoy bien. Solo algo magullado. Intenta no alertar a mamá.

—Joder, Leo. Si hubiera ido yo a reparar ese grifo ya estaría arreglado —improvisa para dejarme claro que nuestra madre se encuentra cerca.

—Necesito que vengas a por Paula. La mandé de vuelta al piso del señor Ramón, pero está asustada. Así que invéntate alguna excusa creíble.

—Vale. Ahora voy a por Paula y cuando acabes con el arreglo ya vendrás. Por supuesto que no puedes dejar a ese hombre y a su nieta sin agua. Ya se lo cuento a mamá.

—Gracias, Nico. Y ten cuidado, por favor. Con un lesionado ya es suficiente.

—Me debes una y bien gorda —susurra antes de colgar.

—Mi hermano vendrá a recoger a Paula. Te importa si me quedo un rato más aquí. No puedo aparecer de esta guisa en mi casa.

—Claro, no hay ningún problema —responde mientras recoge el material que ha utilizado y lo guarda en el botiquín.

Aprovecho para ponerme la camiseta de nuevo. Menos mal que es oscura y apenas se ven las manchas de sangre, aunque está rota por varios sitios. Con las heridas curadas, me doy cuenta de que este suceso, por muy desagradable y peligroso que haya sido, ha creado un momento inesperado de conexión entre nosotros. Ese simple gesto de cercanía ha provocado un principio de complicidad que no me esperaba.

Nuestros ojos se encuentran a través del espejo y Rocío me sostiene la mirada, haciéndome ver que no soy el único que piensa que algo especial ha ocurrido en este pequeño baño.

—Será mejor que regresemos al salón, para que tu hermana se quede más tranquila.

—Tienes razón.

Abre la puerta y, cuando está a punto de salir, la retengo por el brazo. Se gira y centra la mirada justo en el lugar en el que mis dedos rodean su muñeca. Se muerde el labio inferior y yo cojo aire para no dejarme llevar por las ganas.

—Muchas gracias por todo, Rocío.

—No ha sido nada —contesta sin mirarme.

Mueve el brazo para que la suelte y eso hago. Sale del baño, con paso firme, huyendo de mí. Apoyo las manos en la encimera y me echo un vistazo en el espejo.

—Siempre la cagas, machote —me reprocho a mí mismo.

Tendría que haber mantenido las distancias, pero es casi imposible cuando la tengo tan cerca. Debería hablar con ella de lo que, por poco, sucede en este baño. No me importaría ser su amigo ahora que la conozco algo mejor. «Solo amigos, ¿eh? Puedes engañarte todo lo que quieras, colega», me reprocha mi conciencia. Estos sentimientos son nuevos para mí y no tengo ni puta idea de cómo afrontarlos. Le hago una mueca a mi reflejo sin acordarme de las heridas y gruño ante el dolor que me he ocasionado. Hay que ser tonto.

Capítulo 17

Rocío

Me flaquean las piernas mientras recorro el pasillo que me lleva al salón. Se oyen las voces de Martín y Paula. Parece que han congeniado a la perfección. Tengo el corazón acelerado y siento un rubor que me cubre las mejillas, aun así, intento poner mi mejor sonrisa para que no puedan ver lo turbada que me ha dejado este rato a solas con Leo. Qué difícil ha sido controlar mis ganas de tocarlo y besarlo.

El primero en darse cuenta de mi presencia es Martín. Su escaneo y esa sonrisa cómplice me indican que mi estrategia para disimular no me ha servido de nada, por lo menos con él.

—¿Todo bien? —Su pregunta provoca que Paula se gire. Me observa a la espera de mi respuesta, pero rápido desvía la mirada y se pone en pie.

—Ya os he dicho que solo son unos rasguños —afirma Leo, detrás de mí, con esa voz ronca que me provoca cosquillas en el estómago—. Ahora viene Nico a buscarte.

—¿Y tú? —indaga Paula preocupada.

—Me quedaré aquí un rato. Volveré más tarde para que mamá no me vea así. Por lo menos hasta mañana.

—Dile que lo hemos invitado a cenar, como agradecimiento por el trabajo.

—Vale. —No puedo evitar enternecerme al ver a Paula abrazada a su hermano mientras él besa su cabeza.

El sonido del timbre nos anuncia la llegada del mediano de los Medina. Aunque me imagino que es él, no dudo en comprobarlo a través de la mirilla, por si las moscas. Cuando me aseguro, abro la puerta y me encuentro con el rostro preocupado de Nico. Es la primera vez que lo veo así, tan serio e inquieto. Con esas arrugas en la frente y sin su habitual sonrisa, se parece mucho más a su hermano.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta una vez dentro y seguro de que ha cerrado la puerta.

—Estaban en la escalera y se enfrentaron a Leo. —Es lo único que puedo decirle antes de que sus grandes pasos recorran el pasillo.

—Joder, estás hecho una mierda. —Oigo que le dice y aunque tiene razón, esa expresión tan sincera me hace sonreír.

—Pues tendrías que haberlo visto antes de que Rocío lo curara. —Las palabras de Paula provocan que su hermano nos mire de manera alternativa. Eleva las cejas y yo me encojo de hombros.

—Será mejor que os vayáis a casa —les pide Leo a sus hermanos—. Id por el ascensor y no os entretengáis. Envíame un mensaje cuando hayas llegado.

—Yo puedo acompañarlos, si quieres —propone Martín y todos centramos la mirada en él —. Aquí ya no hago nada. Tú y yo hemos hablado de lo sucedido y Rocío me debe un buen

desayuno, así que la veré muy pronto, ¿verdad?

—Claro que sí —aseguro. Le debo más que eso. No tengo palabras para agradecerle lo que ha hecho hoy por nosotros.

—Está bien. Nico, este es Martín —le dice a su hermano—. Es policía y amigo de Rocío. Su presencia ha sido clave.

No se molesta en explicarle nada más y todos sabemos que el motivo es la figura de Paula. Bastante mal lo ha pasado, no es necesario abrumarla con detalles peliagudos.

—Un placer —responde Nico mientras extiende la mano hacia Martín y se saludan.

—Pues vámonos —indica mi amigo con una palmada al aire—. Leo, espero verte en otra ocasión más tranquila, quizás para tomarnos unas cervezas.

—Así será.

—Mi querida Ro. —Se acerca a mí y me envuelve con sus brazos. Respondo al gesto—. Lo siento, pero a partir de ahora no te librarás de mí con tanta facilidad.

—Te aseguro que no fue mi intención ni lo será en un futuro próximo. Gracias por venir.

—Eres mi amiga, aunque leváramos, ¿cuántos? ¿Tres o cuatro años sin vernos?

—Más o menos. Te llamo un día de estos para ese desayuno, aunque tendrá que ser lejos de este barrio.

—Por supuesto.

Mientras Martín se despide de mí con dos besos, Paula abraza a Leo con más fuerza y los dos hermanos Medina se susurran algo que no logro entender. Acompaño a los tres hasta la puerta y el corazón se me encoge al sentir los brazos de Paula enroscarse en mi cintura, igual que ha hecho con su hermano. Esta noche no tengo muy claro que vaya a dormir en calma. Ojalá que no arrastre este episodio durante mucho tiempo. Nico me guiña un ojo y se acerca a Martín que espera la llegada del ascensor.

—Nos vemos mañana, ¿vale?

—Pero que sea en nuestro piso, aquí prefiero no volver —propone Paula separándose de mí. Le coloco un mechón detrás de su oreja y le sonrío.

—Será dónde tú quieras.

Me adentro en casa una vez desaparecen en el ascensor. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Necesito un instante para tranquilizarme. Demasiadas emociones en tan poco tiempo y, encima, ahora, debo enfrentarme a Leo. Tendríamos que hablar de lo que casi sucede en el baño. Está claro que los dos sentimos una gran atracción el uno por el otro. Quizás solo debamos quitarnos de encima ese deseo sexual que nos rodea cuando estamos cerca.

Mis pasos me llevan al salón. Leo se ha sentado en el sofá y su cabeza está apoyada en el respaldo. Tiene los ojos cerrados y parece agotado. A pesar de las heridas, es imposible negar lo guapo que es. En esa posición, la nuez de su cuello está más marcada y siento un terrible deseo de sentarme a horcajadas sobre él y morder esa zona tan erógena. La respiración se me vuelve a alterar de manera involuntaria. Tengo un serio problema con este hombre.

El sonido de su teléfono anuncia la llegada de un mensaje. Leo abre los ojos y le echa un vistazo. Suelta un suspiro de alivio ante las letras que ha recibido. No hace falta que le pregunte: Nico y Paula ya están en casa.

—¿Quieres algo de comer o beber?

—Te agradecería si tuvieras alguna pastilla para el dolor.

—Sí, claro. Ahora te la traigo.

Me dirijo hacia la cocina y busco un analgésico que pueda aliviarle. Mañana estará hecho una piltrafa. Cojo un vaso, lo lleno de agua y al girarme, para volver al salón, doy un brinco al encontrármelo ahí, de pie. ¿Cómo se puede ser tan sigiloso? Por suerte, el vaso no se ha caído, aunque si lo ha hecho parte de su contenido, mojándome la mano y el brazo.

—Lo siento. No quería asustarte —dice acercándose a mí.

—Me has pillado desprevenida, no te esperaba —le comento a la vez que dejo el vaso en la encimera y cojo papel para secar el suelo. Leo hace lo mismo con unas servilletas, pero al agacharse emite un sonido de dolor—. Déjalo, ya lo hago yo.

Mi mano acaba encima de la suya para frenar el avance, de manera inocente. El roce y el calor que desprende me hacen elevar la mirada y me encuentro con la suya. Tiene unos preciosos y seductores ojos marrones que siempre parecen melancólicos. Un espejo de lo que debe ser su vida. Es un hombre con una inmensa carga familiar, algo que tiene que ser complicado de manejar.

No me pasa desapercibido cómo alterna la vista entre mis ojos y mis labios. Un repentino calor me recorre el cuerpo hasta situarse en mis mejillas, delatándome. Soy la primera en romper esa conexión. Acabo de limpiar el suelo mientras Leo se levanta con dificultad. Cuando ya no hay riesgo de resbalarse, le ofrezco el analgésico y el vaso de agua. Evito que nuestros dedos se toquen y huyo de su mirada. Me giro y limpio la encimera sin un objetivo en concreto.

—¿Será así a partir de ahora? —Su pregunta hace frenar mis movimientos. No tengo ni idea de qué contestarle. Como no lo hago, Leo prosigue—: No sé qué me pasa contigo, Rocío. Tienes algo que me atrae de forma irremediable. Desde que te vi por primera vez, no hago más que pensar en ti y en lo que me gustaría besarte. Está claro que entre nosotros hay una atracción muy fuerte. Quizás deberíamos ponerle remedio. ¿No crees?

Su voz suave y calmada me eriza la piel. Se ha ido aproximando a medida que hablaba y ahora está muy cerca de mí, tanto, que me es imposible girarme sin rozar su cuerpo. Cierro los ojos y la respiración se me acelera cuando sus manos se colocan en mis hombros y descienden por mis brazos.

—Lo notas, ¿verdad? No solo es sensación mía, Rocío. Hay algo intenso, tanto como mi polla.

Gimo cuando roza la dureza de su miembro contra mi trasero y hunde la nariz en el cuello. Sus manos se sitúan a ambos lados de mi cuerpo, encerrándome. Es posible que pierda la cordura en un abrir y cerrar de ojos. Jamás me había sentido así con otro hombre y no sé cómo gestionar todas estas emociones y sensaciones. Todo mi cuerpo desea que lo toque, que sus labios saboreen los míos, que me desnude y me folle…

—Rocío, niña. ¿Estás ahí? —La voz del abuelo me devuelve de golpe a la realidad.

Leo retrocede un paso y lo oigo resoplar mientras se apoya en la otra encimera. Yo intento recomponerme con rapidez, obligando a mi corazón a que recupere su latido habitual. Ese tranquilo y sosegado.

—Aquí estoy, abuelo —le indico con la voz más ronca de lo que me gustaría—. Voy a ver que necesita.

—Claro.

Ni siquiera nos miramos y salgo de la cocina con una rapidez inusual en mí. Es preciso que mantenga las distancias con este hombre si no quiero volverme loca de remate.

—¿Se puede saber por qué me dejas dormir tanto rato? —se queja mi abuelo cuando entro en la habitación.

—Estabas tan a gusto, que me daba pena despertarte —le respondo con una sonrisa.

—Esa medicación me deja trastocado —gruñe. Huyo de su escrutadora mirada y ese ceño fruncido—. ¿Estás bien? Pareces alterada y tienes las mejillas rojas como un pimiento.

—Es culpa mía, don Ramón —Las palabras de Leo tensan todo mi cuerpo. ¿Qué narices hace? ¿Está loco?—. He tenido un pequeño encontronazo con Alan y su pandilla. Su nieta ha sido muy amable al darme cobijo y permitir que me curara las heridas. Sin embargo, el suceso nos ha trastocado un poco.

Su explicación me relaja de nuevo, aunque no me pasa desapercibida su mirada pícara y esa sonrisa maliciosa que me regala sin ningún pudor. Sabe que me ha puesto en un compromiso, estoy segura de que lo ha hecho a propósito.

—Caramba, muchacho. Casi te han dejado peor que a mí —interviene el abuelo con el rostro preocupado—. Hay que hacer algo con esa lacra. No podemos vivir así.

—Lo que vas a hacer, es quedarte tranquilo e intentar recuperarte lo antes posible. Después ya valoraremos cómo proceder —le indico mientras acerco la silla de ruedas y tiro hacia atrás las sábanas para levantarlo.

—No voy a abandonar mi piso. —Su insistencia me baja los ánimos, pero intento disimular —. Si fuera más joven, se iban a enterar esos sinvergüenzas.

—Seguro que tarde o temprano encontraremos una solución.

—Eso espero, muchacho. Te quedas a cenar, ¿verdad?

—Se lo agradecería. No puedo volver a casa así. Mi aspecto preocuparía a mi madre y eso es lo último que deseo.

—Pues no se hable más. Aunque hay un pequeño problema. La cocina es un territorio desconocido para mi nieta —anuncia haciéndome enrojecer.

—Qué poca fe tienes en mí, abuelo —le respondo indignada.

—Posees muchas cualidades, pero reconoce que la cocina no es una de ellas. Entiendo que, gracias al dinero de tu padre, nunca has tenido la necesidad y, que conste que agradezco mucho el empeño, sin embargo, la tortilla del otro día era un despropósito. Si tu abuela levantara la cabeza…

Mientras él me deja por los suelos y con el ego hundido, Leo y yo lo colocamos en la silla de ruedas. Sé que no lo ha hecho con maldad y que todo lo que dice es cierto, pero me duele que me haya dejado tan expuesta ante el vecino perfecto.

—En esta ocasión no tienes de qué preocuparte, porque Elena nos ha enviado un táper con la cena.

—Esa mujer es un ángel —dice con la voz entrecortada de la emoción a la vez que recorremos el pasillo hasta el salón.

—Hay que pensar con que lo acompañamos —comento de manera despreocupada.

—De eso me encargo yo. No te preocupes.

Observo a Leo y elevo una ceja, sorprendida con su respuesta. Él me devuelve la mirada y me guiña un ojo, provocador. Maldito vecino.

—¿Ves, niña? Seguro que el muchacho sabe cocinar. Qué buen trabajo han hecho sus padres, no como Alfredito.

—¡Abuelo! —le reprendo. No pienso tolerar que ponga en entredicho el esfuerzo de mi padre—. Cada uno tiene sus necesidades y, por suerte, nosotros no tuvimos esa en concreto. Te recuerdo que a papá nadie le ha regalado nada. Todo lo que tiene se lo ha ganado con su esfuerzo. Eres injusto con él y no me gusta.

Me giro con el propósito de refugiarme en la cocina, sin darle la opción a replicar. Lo quiero con locura, pero hay veces, como esta, en las que me hace enfadar. Sé que es mayor, no obstante, eso no le da derecho a soltar todo lo que se le pasa por la cabeza. Cruzo los dedos para que Leo no se asome por aquí en un rato, necesito espacio, las emociones me superan.

El teléfono vibra en mi bolsillo con la llegada de un mensaje. Lo recupero para encontrarme con las palabras de Lidia:

Ro, me he encontrado con un conocido.

No iré a cenar.

Nos vemos más tarde.

El texto de Lidia hace que mis ojos se empañen y la pantalla se distorsione por culpa de las lágrimas que pujan por salir. No las reprimo. Esta es la gota que colma el vaso del día de hoy. Mañana volverá a estar vacío y tocará lidiar con una nueva batalla. Es increíble cómo ha cambiado mi vida en unos días. ¿Y si me emborracho? Aunque también puedo tirarme al vecino perfecto y liberar tensiones. Esta segunda opción me parece la mejor. ¿Qué más puede salir mal?

Capítulo 18

Leonardo

La marcha de Rocío ha dejado el salón en un silencio inquieto. Me gustaría correr detrás de ella, pero algo me dice que necesita su espacio. Parece que las palabras de su abuelo no le han sentado demasiado bien. No debe de ser sencillo tener que lidiar con dos personas a las que quieres y que parece que se llevan mal.

No sé cómo era su vida antes de llegar a este barrio, aunque estoy convencido de que ha perdido bastantes de sus comodidades. Para empezar, su libertad. No está encerrada, pero tampoco puede entrar y salir a voluntad. Creo que ahora empieza a tener una idea de lo que supone tropezarte con alguien como Alan. Un tío que no tiene piedad y hace lo que sea necesario para salirse con la suya. Solo de pensar en lo que podría sucederle a Rocío se me ponen los pelos de punta.

—A veces me pasa esto —dice Ramón, apesadumbrado. Me siento en el sofá para quedar frente a él—. Se me va la boca y digo cosas que no tocan. Mi nieta es un cielo de niña y ha dejado su vida a un lado para cuidarme, a pesar de mi cabezonería. No tendría que haberle dicho nada de su padre.

—¿Tan mal lo ha tratado ese hombre? —pregunto con precaución.

—¡Qué va! Ha sido un gran marido. Le dio una buena vida a mi Pilar. Nunca le faltó de nada hasta que la enfermedad se la llevó. Cuando eso sucedió, él fue capaz de seguir adelante y criar a Rocío, a pesar de la pena. Es un gran arquitecto con una buena fortuna, pero nunca descuidó a mi nieta.

—Entonces, ¿a qué viene ese resquemor?

—Envidia de viejo gruñón —asegura sin ningún tipo de vergüenza—. Siempre tuve miedo de que mi hija se olvidara de sus raíces y se dejara obnubilar por tanto dinero. Pili fue una niña dulce y buena. Eso no cambió en absoluto a medida que se hizo adulta. Cuando apareció Alfredo, temí que se dejara llevar por su palabrería y él le rompiera el corazón. Paparruchas. A decir verdad, me acojoné de que se enamoraran y llegase la hora de que mi hija tuviera que hacer su vida.

—Y así sucedió.

—Sí. Y me quedé solo. —La pena de su voz me conmueve. No tengo la confianza para darle un abrazo, pero en este momento no me importaría. Desecho la idea, porque es muy posible que reciba una colleja de su parte.

—¿No le ofrecieron irse con ellos?

—Pues claro que sí. Estaban recién casados y necesitaban su privacidad a fin de poder formar una familia. No quería ser un estorbo. Además, uno tiene su dignidad y nunca he dependido de nadie para hacer mi vida.

—Hasta ahora.

—Pero será momentáneo. Solo mientras pueda volver a caminar.

—Dígame una cosa. ¿Cree que su nieta, después de ver cómo está el barrio, lo va a dejar aquí, aunque pueda valerse por sí solo? La conozco poco, pero diría que no será tan sencillo.

—Eres un aguafiestas, muchacho. Esta charla se acaba aquí y ahora. Mejor que te vayas a la cocina y me prepares unos huevos fritos —me ordena recuperando su habitual forma de ser—. A ver si eres tan buen cocinero como dices. Que estén en su punto, para mojar pan.

—A sus órdenes —respondo mientras me llevo la mano a la frente y realizo un saludo militar. Reprimo una carcajada ante su mueca de satisfacción. Don Ramón es la caña.

Me levanto con algo de dificultad. El dolor se ha calmado un poco, pero para nada ha desaparecido. Pongo rumbo a la cocina y carraspeo antes de entrar, con el propósito de que Rocío sea consciente de mi presencia. A pesar del aviso, no me pasa inadvertido el rápido gesto que realizan sus dedos por la cara para limpiar los restos de su tristeza.

—Será mejor que preparemos la cena si no queremos ser devorados por tu abuelo.

Una tímida sonrisa aparece en sus labios. Cuando nuestros ojos se encuentran, puedo apreciar su melancolía. Ahora mismo es la viva imagen de una mujer derrotada o superada por los acontecimientos.

—Siento el numerito —se disculpa—. Le quiero mucho, pero en ocasiones me saca de mis casillas. Tiene un carácter complicado.

—Esta situación no es sencilla para ninguno de los dos. Hay que ser positivos y pensar que no será así siempre. ¿Puedo? —le pido señalando la nevera.

—Claro, como si fuera tu casa.

Cojo varios huevos y se los enseño, a la vez que le guiño un ojo. Busco con la mirada las sartenes. No las encuentro, deben de estar guardadas en algún armario.

—¿Qué te ha pedido?

—Huevos fritos. Que estén en su punto. Para mojar pan —repito la petición del anciano. Rocío pone los ojos en blanco y yo sonrío.

Me gusta comprobar que, poco a poco, recupera el buen humor. Su mirada brilla de manera distinta. Sus ojos todavía siguen rojos debido a las lágrimas derramadas y dicho efecto provoca que ese color azul tan peculiar se haga más vistoso. Es increíble.

—Segunda puerta a tu izquierda. —Obedezco sus instrucciones y allí me encuentro varias sartenes de diferentes tamaños. Cojo la que me parece más adecuada.

—¿Vas a querer uno? —le pregunto sin mirarla mientras añado un chorro de aceite y enciendo la vitrocerámica.

—¿De verdad sabes hacer huevos fritos? —Me giro y frunzo el ceño ante su desconfianza.

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Ya sabes que no. Ese dedo en la llaga, sobra —se queja.

—Tuve que aprender a la fuerza. Ahora que parte de dos sueldos más entran en casa, mi madre se ha relajado un poco. Sin embargo, hubo una temporada que apenas la veíamos. Tenía varios empleos y los enlazaba unos con otros. Se iba por la mañana y había días que no volvía hasta la noche. La única manera en la que podía ayudar era cuidando de mis hermanos. Y son las personas más famélicas que conozco.

—¿Más que el abuelo?

—Ya lo creo que sí. —La melodía de su sonrisa envuelve el lugar.

La tensión se ha relajado entre nosotros y ahora reina un ambiente distendido en la cocina. Cuando el aceite está lo suficientemente caliente, casco el huevo y lo dejo caer en la sartén. Lo voy bañando con el aceite mientras noto la mirada curiosa de Rocío, que se ha situado a mi lado.

—¿Quieres probar?

—¡Uy, no! Corremos el riesgo de acabar ardiendo.

Esa frase me lleva a unos pensamientos que debería alejar de inmediato. Ella se ha dado cuenta y que se muerda el labio inferior, de esa manera tan sexi, no mola nada. Bueno, sí mola, pero no debería hacerlo.

—Ven, que te enseño —le pido, cambiando de tema para relajar la situación.

Mis dedos rodean su muñeca y estiro de ella con suavidad. Obtengo una ligera resistencia por su parte, pero esta desaparece con rapidez. La sitúo delante de mí y pego su espalda a mi pecho. Cojo la cuchara y se la coloco en la mano. La envuelvo con la mía y entre los dos cubrimos el huevo con el aceite. Está un poco tensa.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —pregunta curiosa.

—Lo vamos a sacar y que no se pase, así tu abuelo podrá mojar el pan. No queremos darle motivos para que critique nuestra destreza. Dejamos la cuchara y cogemos la espumadera. La colocamos debajo del huevo e intentamos retirarlo sin que se nos rompa.

—No parece tan complicado.

—Genial, porque el siguiente lo vas a hacer tú sola.

—Vale, pero no te vayas muy lejos —me pide, emocionada.

—Aquí me quedo.

Observo cómo coge otro de los huevos e intenta cascarlo. Va con tanto tiento, que la fuerza es mínima. Cruzo mis brazos y me tapo la sonrisa con los dedos. Lo último que quiero es ofenderla, pero es tan graciosa en su faceta de aprendiz de cocinera, que no puedo evitarlo. Lo golpea varias veces más sin éxito, hasta que al final, pasa lo que me temía. La impotencia la lleva a efectuar más fuerza de la necesaria y el huevo acaba dispersado por la encimera, la vitrocerámica y un poquito, lo mínimo, en la sartén.

Se queda mirando el estropicio, con las manos pringadas y parte de la cáscara entre sus dedos. Su cara de asombro provoca que ya no pueda controlar más la carcajada que tenía retenida en la garganta, a pesar del dolor que siento en el costado. Ojalá fuera capaz de hacerlo, no obstante, es del todo imposible. No sé qué reacción esperaba por su parte, aún no la conozco tanto, pero no que se uniera a mi risa. Quizás no sea algo extremadamente gracioso, sin embargo, no podemos dejar de reír. Son de esos momentos cómicos y absurdos que te producen dolor de barriga y que, aunque intentes parar, no eres capaz e incluso a veces es peor.

Alargo la mano y consigo retirar la sartén del fuego antes de que arda la vivienda mientras Rocío dobla su cuerpo a la vez que se troncha. Ese efecto consigue embadurnar mucho más la cocina y, en un momento dado, a punto está de resbalarse y caerse por culpa de la clara del huevo. Consigo sostenerla por uno de sus brazos y evitar así que su bonito trasero acabe en el suelo. Hacía mucho tiempo que no me reía con estas ganas, tanto, que ni siquiera sé cuándo fue la última vez. La verdad es que es muy liberador. Quizás debería hacerlo más a menudo.

—¿Se puede saber qué narices pasa en mi cocina? —refunfuña don Ramón desde el salón. Debe pensar que estamos locos.

—Está todo controlado, abuelo —responde Rocío entre carcajadas—. En un ratito tendrás tus huevos fritos.

Le oímos murmurar algo de la juventud y de que el mundo está a punto de extinguirse, pero no le hacemos demasiado caso. Bastante tenemos nosotros con recoger todo el estropicio ocasionado.

—Será mejor que te laves las manos. Yo limpiaré el suelo antes de que alguno de los dos se abra la cabeza.

Hemos conseguido controlar la risotada, aunque no ha sido sencillo y en nuestro rostro todavía permanece esa sonrisa boba. Cruzamos la mirada en varias ocasiones y, en cada una de ellas, descubro algo nuevo de Rocío. Tiene unas diminutas pecas, que se hacen visibles, si su rostro se sonroja y una pequeña cicatriz en el lado derecho de la barbilla. También me he dado cuenta de que asoma la punta de la lengua cuando se concentra o que frunce la nariz de manera cómica si está enfadada. Suena enfermizo, lo sé, pero es qué no entiendo qué me sucede con Rocío. Todo esto es nuevo para mí y no tengo ni idea de cómo gestionarlo. Apenas hace unos días que nos conocemos y ya he tenido más primeras veces con ella que con cualquier otra persona.

—¿Quieres volver a probar? —le digo ofreciéndole un nuevo huevo.

—Quizás otro día, sin la presión del abuelo.

—Pues queda pendiente una clase de cocina. «Cómo freír un huevo» —indico mientras coloco la sartén en el fuego.

—Por casualidad, no sabrás hacer tortilla de patata, ¿verdad? —pregunta a la vez que coge unos platos.

—No es lo que mejor me sale, pero sí.

Mientras acabamos de hacer los huevos y calentamos el táper con la comida de mi madre, me explica lo sucedido unos días antes en esta misma cocina. La charla es distendida y muy cómoda. Si Nico o Paula me vieran por un agujerito, se quedarían alucinados con mi actitud. Si lo hiciera mi madre, diría que este es el Leo que a ella le gusta, el jovencito divertido, feliz y despreocupado. Sí, fui así en un pasado, pero la vida te enseña que no siempre se puede estar ahí arriba, que a veces solo hace falta un obstáculo para que el suelo se derrumbe y todo se desvanezca.

Don Ramón acapara el resto de la noche entre sus batallas de juventud y sus quejas de los jóvenes de hoy en día. Nos reímos con sus anécdotas, aunque también hay momentos en los que se pone sentimental. En compañía de estas dos personas se me pasa el tiempo volando y cuando el anciano nos pide que lo acompañemos a la cama, sé que es la hora de irme. No tengo claro que mi madre ya se haya dormido, pero no me puedo quedar aquí más tiempo y menos a solas con Rocío. Acabaríamos haciendo algo de lo que más tarde nos arrepentiríamos. Me gusta su compañía. Es una chica muy inteligente, dulce y con un toque de humor nada forzado. Por muchas ganas que tenga de verla desnuda, de recorrer esa piel que parece tan suave con mis dedos o de averiguar el sonido placentero que emite al penetrarla, prefiero seguir manteniendo este buen rollo entre nosotros.

—Gracias por todo, Rocío.

—A ti por esos maravillosos huevos fritos. Si con salvarlo no era suficiente, ahora sí que te has metido al abuelo en el bolsillo.

—¿Y a la nieta? —Elevo una ceja, provocador.

—A ella la has sorprendido. Jamás imaginé que ese hombre, serio y borde, podría esconder tantos secretos.

—Ojalá todo fuera tan sencillo como ahí dentro —le indico a la vez que señalo el interior de la vivienda.

—A veces lo es y somos nosotros los que lo complicamos.

No creo para nada que eso sea así, pero en vez de rebatírselo, me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla, prolongando el contacto algo más de lo necesario. Debería buscar la manera de enfrascar este olor tan provocador que desprende.

—Nos vemos.

—Hasta mañana.

Esta vez cojo el ascensor y abandono el edificio de mis vecinos con una amplia sonrisa en el rostro que me acompaña todo el camino. Hasta que entro en casa y me encuentro a mi madre en el salón, casi a oscuras, con una de esas novelas desgastadas que suele leer. Se quita las gafas y cuando eleva la mirada, su semblante tranquilo, pasa a uno de alarma y preocupación.

—Estoy bien.

—Ya sabía yo que algo había sucedido. Llevo toda la tarde con un pellizco en la entrada del estómago —dice mientras se coloca la mano en el centro del pecho—. Apenas he podido cenar. Ya verás tus hermanos mañana. Les he preguntado más de diez veces si todo estaba en orden y ninguno de los dos ha abierto la boca.

—Ellos no tienen la culpa. Yo les pedí que no te dijeran nada.

—¿Alan? —pregunta a la vez que pasea sus dedos con tiento por mis heridas.

—No directamente. Han sido sus chicos.

Sus brazos rodean mi cintura y no dudo en abrazarme a ella. Ojalá pudiera darle una mejor vida a esta mujer tan maravillosa. No tendría que sufrir así, no se lo merece. Debo hallar la manera de que esto cambie, ya sea el barrio o nosotros de lugar. Tenemos que encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde. La felicidad que sentía hace un instante se ha evaporado para dar paso a la rabia con una facilidad pasmosa. Qué efímera es la dicha, cojones.

Capítulo 19

Rocío

La cantidad de emociones vividas ayer me dejaron tan cansada, que ni siquiera sé si la traidora de Lidia vino a dormir. ¿Qué sería tan importante para dejarme aquí sola con el abuelo? Sé que no debería reprocharle nada, pero yo no la obligué a venir y una vez tomada la decisión, es mayorcita para asumir las responsabilidades adquiridas por su propia voluntad.

Me echo un último vistazo en el espejo del baño mientras acabo de peinar mi melena oscura. Pensé que tendría peor cara. Solo han hecho falta unos pequeños retoques con el maquillaje para lucir igual de perfecta que siempre. Es fin de semana y no tengo planes, así que no hay motivos para arreglarme tanto. Supongo que es la costumbre. La imagen es muy importante en mi profesión. Estoy más que acostumbrada a ver a mi padre perfecto, aunque sea con un pantalón informal y no con su traje habitual. Pensar en él me recuerda que debería llamarlo o pasarme por su casa para que no sospeche lo que sucede ni que vivo con el abuelo en este barrio tan peligroso.

Cuando estoy a punto de salir del baño, oigo unos ruidos en la zona de la cocina que me ponen en alerta. Aún no son las ocho de la mañana, así que dudo que Lidia se haya levantado tan temprano. Eso si ha venido a dormir. ¿Habrá sido el abuelo capaz de moverse solo? ¿Y si alguien ha forzado la puerta y ha entrado en el piso? «Claro, Rocío. Y ahora mismo está preparándote el desayuno. Un bonito detalle de un ladrón o un asesino en serie», me reprocha de manera sabia esa vocecita impertinente de mi cabeza. Aun así, abandono el aseo con sigilo. Apoyo la espalda en la pared y recorro la distancia que me separa de la cocina casi de puntillas. Cuando llego cerca del marco de la puerta, me quedo parada y contengo la respiración mientras presto atención a ver si escucho algo, que me permita reconocer a la persona que está en el interior. Solo se oyen vasos, cacerolas y…

Yo tengo derecho de portarme mal
pa pasarla bien.
Estoy suelta y ahora puedo
hacer lo que quiera.
Se pasa rico soltera.

Suelto todo el aire que retenían mis pulmones al reconocer la voz de mi amiga. Me asomo y la encuentro con su pijama corto, descalza y los auriculares puestos. Apoyo el hombro en el quicio de la puerta y la observo con atención. Está tan entretenida, que todavía no se ha dado cuenta de mi presencia. Sonrío al ver que eleva los brazos e intenta imitar los peculiares movimientos de cadera de la cantante. No le salen perfectos, pero oye, no está mal. Sin ninguna duda, Lidia tiene mucho más ritmo que yo.

Da una vuelta, dos, media más y se queda mirando hacia la puerta. Al verme, da un

sobresalto divertido y no puedo evitar sonreír, aunque siga un poco enfadada con ella.

—Joder, Ro. ¿Qué coño haces ahí quieta con el cepillo en la mano? —me reclama mientras se retira los auriculares y se lleva una de sus manos al pecho para aliviar el susto.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que el cepillo con el que me peinaba está bien aferrado entre mis dedos. Pensará que estoy loca, pero me da igual, así que no dudo en decirle la verdad.

—Creí que había un ladrón en la cocina.

—¿Y pensabas defenderte con eso? —interroga señalando el arma.

—Es lo que tenía más a mano. —Me encojo de hombros restándole importancia a la estupidez del día.

—No es por nada, pero ¿quién se supone que iba a entrar en el piso a robar? Creo que nadie es tan tonto como para intentar cometer un delito en este barrio.

—Quien dice robar, dice violarme o matarme.

—Estás un poquito paranoica, ¿no?

—Si ayer hubieras estado aquí conmigo —le reclamo con poco tiento—, sabrías que le dieron una paliza a Leo y tuve que llamar a Martín para que nos ayudara.

—¿Lo dices en serio?

—Por qué iba a engañarte —gruño mientras cojo una taza y me acerco a la cafetera—. ¿Se puede saber que era tan importante para que me dejaras colgada toda la tarde?

—Necesitaba arreglar unos temas en la oficina y al salir me encontré con un viejo amigo. —Entrecierro los ojos mientras analizo su actitud. Hace mucho tiempo que nos conocemos y no tengo ninguna duda de que miente.

—¿Hasta tan tarde? Me fui a dormir cerca de las doce de la noche y no habías llegado.

—Rocío, te recuerdo que no eres mi madre. Hace tiempo que me fui de casa para no escuchar reclamos de nadie.

—Está bien. Lo siento. Sé que no estás obligada a quedarte aquí conmigo, pero me dolió que no estuvieras. Ayer te necesitaba, Lidia. Me asusté mucho.

—En el bufete se complicaron las cosas, discutí con mi padre, para no variar y se me hizo tarde. No quería volver sola, así que llamé a Felipe por si me podía traer. Cuando vio mi cara, quiso llevarme a cenar. Estuvimos charlando y se nos pasó la noche. Es cómodo hablar con él —confiesa.

Una bonita sonrisa asoma en su rostro al recordar lo sucedido y las pecas que adornan su nariz se hacen más visibles. Me consta que Felipe y ella se llevan muy bien. Es complicado no caer en las redes de mi amiga, a excepción de David, por supuesto. Solo espero que los dos sepan dónde queda la línea entre la amistad y algo más. Se llevan dieciséis años y, aunque esa diferencia no tiene por qué ser un obstáculo, que sus vidas vayan por caminos muy distintos, sí puede serlo. Nunca he visto a Felipe con una pareja fija, se debe a su trabajo y no tengo dudas de que, si sucediera alguna cosa entre ellos, Lidia sería la más afectada. Aunque quiera disimularlo haciéndose la fuerte y la despreocupada, es una mujer enamoradiza con un corazón grande y demasiado dañado.

—Lidia, deberías tener cuidado. Felipe no es un hombre de relaciones —le explico con tiento.

—Solo somos amigos. Ni siquiera nos hemos acostado, aunque no será por ganas. Menudo macho. —Pongo los ojos en blanco ante su comentario. Es complicado hablar en serio con esta mujer.

—Eres imposible.

—Pero me quieres. —Sonríe mientras pestañea con rapidez, haciéndose la inocente. La empujo por el hombro para que deje de tontear—. Va, ahora en serio. ¿Qué pasó ayer con Leo?

Le explico todo lo sucedido, aunque me guardo la cantidad de sentimientos y emociones que bullen en mi cabeza y mi cuerpo cada vez que lo tengo cerca. Es una estupidez darle importancia a un simple calentón. Además, si se lo cuento, Lidia se pondrá intensa y suficiente tengo ya con batallar conmigo misma.

—Ese tal Pantera es un puñetero pirado y un jodido cobarde. Estoy convencida de que, si se las viera a solas con Leonardo, este le daría una tremenda paliza —replica enfadada mi amiga.

—Tendrías que ver cómo lo dejaron, Lidia. Incluso tenía algún rasguño en el pecho debido a una navaja.

—Joder.

—Tuve que ayudarlo a limpiar los cortes y, cuando se sentó en el váter y me fijé bien en sus heridas, no sabía ni por dónde empezar. No sé cómo pueden vivir así, con esta tensión. Es normal que aparente ser un hombre borde y hosco.

—¿No es así? —Niego con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi café.

—Se preocupa mucho por su familia, ¿sabes? Su vida no es sencilla, pero siguen adelante igual que una piña. Tendrías que ver cómo quiere a su hermana y lo tierno que es con ella.

—¿Leonardo, el vecino?

—Sí. Además, se defiende bastante bien en la cocina y hasta sabe sonreír. —Mis labios se estiran al recordar el momento vivido con Leo en esta misma estancia. Tiene una risa preciosa y con mucha melodía. Algo que nadie diría al verlo por la calle.

—Vaya, vaya. Así que esconde algunos secretos —dice a la vez que mueve las cejas de manera provocativa.

—Lidia, no te burles, que esto es serio. —Eleva las manos a modo de disculpa y se cruza de brazos, adquiriendo su pose de abogada responsable y formal—. Tengo que buscar la manera de sacar de aquí al abuelo. Después de lo sucedido, no pienso dejarlo solo en este barrio.

—La verdad es que, esta madrugada, cuando Felipe me trajo, el lugar se parecía más a un videojuego de zombis, que a una calle donde habitan familias con niños pequeños.

—No sé cómo lo voy a hacer, pero debo convencerlo de que esto es un simple piso —le comento a Lidia señalando las paredes de la cocina.

—Algo pensaremos. No te preocupes. —Se acerca a mí y acabamos abrazadas, dándonos apoyo mutuo. A veces me cuesta un poco entenderla, sin embargo, sé que está ahí siempre que la necesito.

—¿Qué tal el vecino sin camiseta? —pregunta como si nuestra charla anterior no hubiera existido.

—Eres idiota, Lidia —le reprocho mientras me la quito de encima a manotazos. Se ríe y yo me muerdo la mejilla para no acompañarla. Mi amiga tiene el maravilloso don de hacerme reír a pesar de la situación.

—Venga, Ro. No puedes dejarme con las ganas. Esa parte baja del abdomen que vimos el otro día, apuntaba maneras. Cuéntame, mujer. —Su cara de cachorro de gatito me supera y ella lo sabe.

—Vale, vale. Solo voy a decir que está bien.

—¿Solo bien? —cuestiona elevando una ceja.

—Bueno, bastante pasable. No hay dificultad para contarle los músculos —respondo a la vez que me miro las uñas de manera desinteresada.

—O sea que está cañón, y te mola. No me lo niegues, nena. Se nota en el brillo de tus ojos de gata.

—Es guapo, no puedo negarlo. No obstante, es el vecino de mi abuelo y estoy aquí de paso. Así que, solo mirar.

—En ningún momento he dicho que debas casarte con él, Ro. Un desahogo no le hace daño a nadie, y menos si es con un hombre como Leo.

—Si quiero sexo, ya tengo a David.

—¡Venga ya! El vecino le da mil vueltas en todos los aspectos al imbécil ese.

—Puede ser, pero David forma parte de mi vida y Leo queda muy lejos de ella —respondo. Sé que suena feo, sin embargo, cada uno debe tener claro cuál es su lugar.

—No pienso insistir, porque no soy objetiva cuando hablamos de este tema. Pero quiero que sepas, que estás muy equivocada y que la gente que tenemos cerca o forma parte de nuestro mundo, no siempre es la adecuada ni la que nos hace felices.

Tiene razón y el silencio que envuelve la estancia, se la da por completo. No soy tonta y mi sexto sentido sabe que David no es la persona que quiero a mi lado. Es un hombre que no suele estar a la altura y no hablo de dinero. Existen varios sucesos en los que me ha dejado plantada o se ha desentendido cuando necesitaba su apoyo. No lo quiero a mi lado para toda la vida, pero de momento, es un lugar conocido y poco complicado. Lo único que ahora necesito.

—Hace un día maravilloso y había pensado desayunar en el balcón. ¿Te animas a acompañarme? —pregunta Lidia interrumpiendo las dudas de mi cerebro.

—Claro.

Nos dirigimos al salón. Mi amiga lleva una bandeja con varios platos y una taza de lo que imagino es, café con leche. Abro el ventanal y nos recibe una mesa y dos sillas que parecen hechas a medida para el pequeño hueco que hay, entre el interior de la vivienda, y el hierro forjado que da forma rectangular al balcón.

Lidia deja la bandeja y me doy cuenta de que ha colocado doble ración de comida. Se asoma con cuidado, le impresionan bastante las alturas, y mira hacia un lado y al otro. Frunce los morros antes de sentarse.

—No son las mejores vistas del mundo, pero tendrán que valer —dice una vez se sienta y apoya los pies en la barandilla.

Tanto su piso como el mío, se hallan ubicados en una de las mejores calles de la ciudad y orientados hacia un precioso parque que se llena de flores cuando los almendros empiezan a florecer. Echo de menos la tranquilidad de mi hogar y también la ducha de hidromasaje, para qué nos vamos a engañar.

Me siento, bueno, quizás sea mejor decir que me acoplo como puedo en el pequeño espacio libre, y elevo la cara hacia el astro rey, que empieza a avisar que hoy viene fuerte. Cierro los parpados un momento para intentar relajarme. Oigo que Lidia suspira, pero la ignoro. El siguiente sonido se parece más a un gruñido. Sonrío sin mirarla. No obstante, con el jadeo que emite a continuación, no me queda más remedio que abrir uno de mis ojos para saber qué narices le sucede.

Tiene la mirada fija en el frente y la tostada se sostiene entre sus dedos, pendida en el aire.

Se ha quedado catatónica. Me incorporo, preocupada por su reacción. Sigo la dirección de la mirada de mi amiga y entonces me tropiezo con el causante de su estupor. En el edificio que hay enfrente, en concreto en el quinto piso, desde una de las ventanas, se divisa la silueta de un espécimen difícil de ignorar. No debe hacer mucho que se ha levantado, pues todavía va sin camiseta y con un pantalón corto. Tiene dos apósitos, los que le puse yo ayer, en la zona del torso y su pelo se encuentra despeinado. Da la sensación de que se ha pasado los dedos por él demasiadas veces. Tiene el teléfono en la oreja y habla con alguien, porque mueve los labios. Está increíblemente guapo y sexi. Un Dios poderoso.

—Te has quedado muy corta en tu definición, nena —me reprocha Lidia sin apartar la mirada del vecino cañón.

—Eso creo. A la luz del día parece otra cosa.

Nos reímos mientras no dejamos de prestar atención al piso de enfrente. Caramba con Leonardo Medina. Quizás Lidia tiene razón y no me iría mal un desahogo.

Capítulo 20

Leonardo

No se puede decir que haya tenido un gran fin de semana. Me duele hasta el alma, sobre todo la zona de las costillas. Ni siquiera he podido salir con Nico a correr. Aparte de soportar el dolor de las heridas, he tenido que aguantar los reproches de mi padre que, como ya es habitual, me culpa de lo sucedido sin saber qué ha pasado. Intento ignorarlo, pero a veces no soy capaz de evitar que sus palabras me hagan el daño suficiente para sentirme culpable. Es absurdo, lo sé, sin embargo, no siempre es sencillo ignorar a esa parte maléfica que habita en nuestro interior y que intenta boicotearnos de manera constante.

El punto positivo de lo sucedido es que me he pasado todo el domingo tumbado en la cama, con Paula a mi lado y hemos conseguido ver varias películas y alguna serie. He contado con la mejor enfermera del mundo. El viernes se asustó y verla así de preocupada por mí, me duele mucho. Es demasiado joven para tener que sufrir las consecuencias de vivir en este maldito barrio. Estoy dispuesto a tomar medidas para alejar a mi gente de la mala vida que llevamos en este lugar. No va a ser sencillo, sin embargo, no pienso rendirme con facilidad.

Uno de los primeros pasos para mejorar nuestras vidas, tiene que ver con el hombre que ahora mismo tengo enfrente y me observa igual que si hubiera visto un fantasma. Menos mal que lo avisé y le conté el suceso del viernes. Supongo que no se imaginaba que estuviera tan marcado.

—Joder, muchacho. Parece que te ha pasado un camión por encima.

—Hoy estoy bastante mejor, pero justo así me sentía el sábado.

—Deberías haber ido a la comisaría y denunciarlos. No podemos seguir tolerando esta clase de atropellos —se queja Pancho mientras Linda se acerca y coloca sus pequeñas patas en mi pierna para recibir las caricias de cada mañana. Me agacho con dificultad, pero no puedo dejarla con las ganas.

—Sabes que no serviría de nada. Esa pandilla tiene a la mitad de la policía comprada.

—A ver si me toca la lotería de una vez y puedo largarme de este maldito barrio. Ni siquiera me lo pensaría. No entiendo por qué Ramón, que tiene la opción de irse a un lugar más tranquilo, se aferra a ese piso.

—Esas paredes guardan muchos recuerdos felices para ese hombre.

—Lo entiendo, pero debería priorizar su bienestar y la tranquilidad de su nieta. Al fin y al cabo, todo lo vivido lo llevamos aquí —dice señalándose la cabeza—, y aquí. —En este caso se toca el corazón.

—Esperemos que entre en razón antes de que sea demasiado tarde.

—Pues sí. Y tú, ¿qué? ¿Crees que podrás trabajar?

—Por supuesto. Quizás tenga que aflojar el ritmo, pero no habrá problema.

—Está bien, aunque te marcharás a casa si el dolor es muy intenso. ¿Queda claro?

Asiento con la cabeza y sonrío ante su mueca, porque sabe que, con todo el trabajo que hay, no pienso dejarlo solo a no ser que acabe desmayado. Estoy a punto de contarle la idea que se me ha ocurrido durante el fin de semana, pero antes prefiero saber cómo organizarme y si es viable. No quiero darle esperanzas en vano.

Lo dejo ir hacia su oficina mientras yo me acerco a la moto que quedó pendiente de terminar el viernes y que debe estar lista para hoy sin falta. Casi estoy acabando la reparación de esta preciosidad. Calculo que en unas dos horas habré finalizado. Siempre y cuando el dolor no limite demasiado mis movimientos.

Me centro en la tarea sin hacerle mucho caso a los pinchazos que atraviesan mi zona abdominal. Aprieto los dientes cada vez que debo agacharme, sin embargo, consigo terminar a tiempo la reparación. Tengo sudores y estoy algo mareado debido al esfuerzo realizado. Sé que no soy inhumano, pero mi obligación moral no me permite abandonar el puesto de trabajo y dejar a Pancho colgado.

Paso el trapo por el sillín y el manillar para que podamos devolverla en las mejores condiciones posibles. Me apoyo en varias ocasiones e intento descansar sin que mi jefe se dé cuenta. No tengo ninguna duda de que si ve mi semblante me enviará de una patada para casa. Noto el sudor que me recorre la frente y debo de estar blanco como una hoja de papel. Estoy a punto de ir hasta el baño para echarme un poco de agua en la cara, a ver si espabilo y puedo continuar, cuando una voz dulce, que reconozco a la perfección, llega hasta mis oídos.

—Hola, Pancho. ¿Qué tal está?

—Por aquí todo bien. ¿Cómo sigue tu abuelo?

—Mucho mejor, aunque igual de gruñón —responde Rocío. Desde mi situación no la veo, pero sé que sonríe.

—No le haga caso, su carácter ha empeorado muchísimo. Hay veces que temo por mi integridad física. Cualquier día me pegará tal bocado que me arrancará un brazo.

—¡Lidia! —le reprende Rocío mientras oigo reír a Pancho.

La pelirroja es una chica bastante curiosa y se toma todo a cachondeo. Son muy distintas, me imagino que por ese motivo se llevan tan bien. Mantengo mi posición oculta, en mi hueco de trabajo y cruzo los dedos para que solo estén de paso y se vayan lo antes posible. Me encantaría charlar con ellas, pero no quiero que me vean en esta situación o le irán con el cuento a Pancho y tendré que irme.

—¿Qué puedo hacer por vosotras, muchachas?

—Veníamos a saludar a Leo. —Mierda—. No lo molestaremos mucho, solo para saber cómo está. Supongo que le ha explicado lo sucedido el viernes.

—Sí, algo me ha contado. Lo encontrarás allí detrás —le indica mi jefe.

—Madre mía, Pancho. Esta moto es una belleza. —Oigo que dice Lidia.

—Lo es.

—¿Puedo subirme?

—Claro, pero con cuidado. No creo que llegues al suelo. —Escucho que le responde Pancho.

—¿Te estás escondiendo? —La voz de Rocío suena tan cerca que consigue sobresaltarme. Me mantengo de espaldas y reinicio la limpieza del sillín, aunque ya está impecable.

—No tengo motivos. Estoy trabajando. Debo dejar lista la moto, que no tardarán en venir a buscar.

—¿Cómo te encuentras? Me hubiera gustado llamarte, pero no tengo tu número y estaba preocupada.

—Estoy mejor. Ahora ya solo quedan los morados.

El silencio nos envuelve y aprieto la mandíbula para evitar darme la vuelta, aunque me muera de ganas de perderme en esos ojos azules que tanto me gustan. Oigo sus pasos y cuando pienso que se aleja, hace todo lo contrario y se sitúa delante de mí. Al otro lado de la motocicleta. ¿Por qué narices no se va?

Coloca su mano sobre la mía para frenar el movimiento. Su tacto es suave y está caliente. O es posible que yo esté destemplado. Su gesto me hace elevar la cabeza provocando que nuestras miradas se encuentren. Sé el momento exacto en el que se da cuenta de mi estado y, por su gesto de sorpresa, debo estar peor de lo que pensaba.

—Leo, estás blanco, pareces un fantasma y tienes la frente perlada en sudor. Debes sentarte. Voy a llamar a Pancho…

—No, espera —le pido reteniéndola por la mano antes de que se vaya—. Solo necesito descansar un momento. Si le dices algo a Pancho me enviará a casa.

—Es que es dónde deberías estar —susurra para que no nos oigan—. Tienes que hacer reposo o mejor, ir al hospital y que te hagan un chequeo. Estás a punto de desmayarte.

—No puedo permitirme el lujo de faltar. Necesito el dinero y Pancho que salga la faena. Si lo avisas, los dos perderemos y no es justo.

—No puedes trabajar así —insiste, con el semblante lleno de preocupación.

—Acércame esa silla —digo señalándole el rincón donde se encuentra el asiento. Rocío obedece y una vez la sitúa cerca de mí, me ayuda a sentarme.

Busca algo con la mirada y, cuando lo localiza, se aleja y vuelve con varios trozos de papel. Se coloca entre mis piernas, igual que hizo el viernes para curar las heridas, y limpia el sudor que me recorre el rostro. Intento sonreír, pero me sale una mueca. Elevo la mirada y me encuentro con sus ojos. Está entre enfadada y preocupada. Su olor me envuelve y los latidos acelerados de mi corazón se van calmando cuando consigo acompasar mi respiración a la suya.

—Leo, mírame —me demanda a la vez que coloca ambas manos en mis rodillas. Obedezco —. No me gusta verte así. ¿Qué hubiera pasado si no llego a venir? A Pancho le daría algo si te encuentra en el suelo, desmayado. Hay que saber frenar. El cuerpo te advierte. Está saturado y vas a colapsar.

—Ya estoy mejor. Solo necesitaba descansar un momento. —Me pongo en pie para apoyar mis palabras, pero me mareo y acabo con mi trasero de nuevo en la silla. La oigo resoplar.

—No vas a recapacitar, ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Pues no pienso moverme de aquí hasta asegurarme de que estás bien.

Me reiría por su reacción infantil, pero no sería acertado. Si la cabreo más, es capaz de llamar a mi jefe y eso no me interesa.

—¿Has dejado solo a tu abuelo? —Rocío me mira y eleva una ceja mientras se cruza de brazos. Es lista e intuye que trato de buscar una excusa para que se vaya.

—Sabes que está con tu madre, Leo.

—Es verdad, que hoy empezaba a trabajar en su piso. No sé si te he dado las gracias por eso.

—No hace falta. Es un favor recíproco. Ni te imaginas la tranquilidad que nos da que ella lo vigile. Pronto tendré que incorporarme al estudio y no puedo dejarlo solo tantas horas.

—Deberías llevártelo de aquí e irte tú también.

—Ese es mi objetivo cada día que me levanto.

—Lo lograrás. Si alguien puede hacerlo, esa eres tú. Te voy a echar de menos.

—¿A mí o a mis atenciones sanitarias? —pregunta con una pícara sonrisa en su bonito rostro.

—A las dos. Al final no pareces tan pija como me imaginé en un principio, aunque no sepas hacer un huevo frito.

—Ni una tortilla de patatas. —Nos reímos, cómplices. Está claro que el descanso y charlar con Rocío ha conseguido restablecer mi cuerpo.

—Tú tampoco eres lo que imaginaba.

—Soy una caja de sorpresas, nena. —Arruga los morros ante mi apelativo. Nos miramos de manera intensa mientras el silencio nos rodea.

—Parece que ya te encuentras mejor. El color ha regresado a tu rostro.

—Te dije que solo necesitaba descansar un momento. Ya puedes irte tranquila.

—Está bien, pero prométeme que no harás sobreesfuerzos —me pide señalándome con el dedo.

Encierro su índice entre mi puño y estiro hasta que consigo recortar la distancia que nos separa. Queda de nuevo capturada por mis piernas y sus manos se apoyan en mi torso para frenar el impacto. La he pillado desprevenida, sin embargo, su rostro de sorpresa se suaviza de manera rápida. El azul intenso de su mirada colisiona con la mía, provocándome un pellizco en el centro del pecho. Es tan bonita, es tanta la atracción, que cada vez que la tengo a mi lado, me cuesta mucho más controlar mis impulsos.

—¿Nunca te han dicho que eres muy mandona? —susurro a medida que me voy acercando a sus labios.

—Solo me sucede, cuando algo me interesa —confiesa arrancándome una sonrisa ladeada. Me agrada lo que oigo, aunque no tenga muy claro que esté bien que sea así.

—Me gustan las mujeres persistentes y que no se dan por vencidas con rapidez.

Nuestros alientos se tropiezan y las respiraciones empiezan a alterarse. Me muero de ganas de besarla y, si no se aparta en menos de dos segundos, no tendré piedad en saborear esos labios que tienen pinta de ser muy jugosos.

Ni siquiera me paro a pensar que Lidia, Pancho o los dos nos puedan ver. Parece que se han entendido a la perfección, porque se les oye hablar y reír. Nuestras miradas siguen conectadas y no tengo ninguna duda de que Rocío quiere lo mismo que yo. Así que me dejo llevar, sin resistirme ni un minuto más.

Recorto la poca distancia que separa su boca de la mía y la beso. El contacto es mucho mejor de lo que me imaginaba. Rocío responde al gesto con unas ganas muy similares a las que tengo yo. Sus manos van a parar a mi cuello y hunde los dedos entre mi pelo. Las mías bajan a su trasero sin ningún tipo de remordimiento. Sentir su roce es una sensación maravillosa que consigue erizarme la piel como nunca me había sucedido antes. Me envalentono al notar esa entrega y no dudo en buscar su lengua, qué rápido sale al encuentro de la mía. Nos dejamos llevar y perdemos la noción del tiempo y el lugar. Nada importa cuando sientes que algo en tu interior se recompone y acaba encajando. Es una sensación rara, pero no desagradable, sino todo lo contrario. No debería haberla probado, porque ahora ni siquiera tengo claro que pueda poseer el control suficiente para que esto no vuelva a suceder.

—No parece que necesites un boca a boca —interrumpe la inoportuna de Lidia. Quiere hacerse la ofendida, pero no le sale demasiado bien.

Apoyo la cabeza en el pecho de Rocío, frustrado por tener que detener el beso, mientras que sus dedos siguen anclados en mi cuello.

—Será mejor que me vaya. He quedado con Felipe para llevar al abuelo a una revisión —comenta la preciosa morena que sigue entre mis piernas—. ¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes por mí. —Me saco el teléfono del bolsillo, lo desbloqueo y se lo entrego—. Guarda tu número y más tarde hablamos.

Mi petición le arranca una tímida sonrisa. Estoy convencido de que pensaba que iba a hacer como si esto no hubiera sucedido. Lo que no sabe, es que acaba de apoderarse de un trocito de mi corazón, y eso no suele pasar nunca.

La veo teclear y, una vez termina, me lo devuelve. Ahora no tengo ni idea de cómo despedirme, pero ella sí lo tiene claro. Me da un beso corto en los labios que me sabe a poco y a punto estoy de retenerla de nuevo. No lo hago, porque Lidia me mira con el ceño fruncido. Qué tía más rara.

Rocío llega a su altura y entrelaza sus brazos para arrastrarla por el taller y alejarse de mí, que sigo sentado en la silla. Me encuentro aturdido, pero ahora no es por el dolor, sino por los sentimientos. Y no sé lo que es peor.

—Hasta luego, vecino —dice Lidia elevando la mano para despedirse.

Niego con la cabeza, aunque no puedo evitar que una sonrisa asome a mi rostro. Será mejor que me levante y siga trabajando antes de que aparezca Pancho y me llame la atención. Paso el resto del día con la adrenalina a tope por culpa de la felicidad. ¿Cuánto tiempo hace que no me sentía así? Ni lo recuerdo.

Capítulo 21

Rocío

La vida me absorbe y apenas tengo tiempo para digerir lo que sucedió en el taller de motos hace exactamente dos días. Los mismos que llevo ignorando las pullas de Lidia y su acoso para que le explique mi experiencia con el vecino.

¿Qué puedo contarle? Si ni siquiera yo tengo claro que pasó. Bueno, eso sí lo sé y mentiría si dijera que no fue bonito y muy placentero. Quizá se debió a las ganas que los dos nos teníamos, pero no recuerdo, ni tan siquiera con David, que un beso me produjera tantos sentimientos juntos. Parece que por fin sé de lo que hablan los libros de romance cuando hacen referencia a las mariposas en el estómago, aunque lo mío era un animal bastante más grande y fuerte. Y sigue ahí dentro, y se asoma cada vez que Leo me escribe un mensaje. Que es lo que hemos hecho estos últimos días.

No hemos podido coincidir, aunque cada vez que Lidia y yo salimos y pasamos por delante del taller, echo un vistazo a ver si lo veo. Siempre con las burlas de mi amiga de fondo. Ella cree que me estoy enamorando del vecino. Es verdad que me paso el día ilusionada por la llegada de algún mensaje, llamada o un intercambio de miradas, cosa que solo ha sucedido una vez, pero de ahí al amor… Nos conocemos hace apenas unas semanas. Nadie puede enamorarse en tan poco tiempo. Todo esto se debe a la emoción de algo nuevo y diferente a lo que estoy acostumbrada.

Suspiro mientras pierdo la mirada por la ventanilla del coche que conduce Felipe. Ha venido a buscarnos para dejarnos a ambas en sus respectivos lugares de trabajo. Es hora de volver y así, no levantar sospechas. Ayer estuve dándole vueltas a como plantearle a mi padre que me gustaría trabajar en casa por las tardes. Espero conseguirlo, porque, si no, no tengo ni idea de cómo vamos a organizarnos. Según el traumatólogo, todavía le quedan entre tres y cuatro semanas de reposo al abuelo. Menos mal que podemos contar con Elena. Es un ángel caído del cielo aparte de una mujer maravillosa y él está encantado con su atención. Se entienden a la perfección. Elena ha conseguido metérselo en el bolsillo desde el primer día, que le hizo unas lentejas como Dios manda, según palabras textuales del abuelo. Él pide y Elena le concede. Tengo que charlar con ella a ver si puede echarme un cable para convencer a ese gruñón de poner a la venta el piso y llevármelo conmigo. Es una petición egoísta, pero ya no sé qué más hacer. Se niega a hablar del tema, enfurruñándose igual que un niño pequeño. Otro suspiro sale de mi cuerpo sin permiso.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? Llevas medio camino suspirando —se queja Lidia que se encuentra sentada a mi lado.

—Tengo mil cosas con las que batallar y, de momento, ninguna está saliendo bien.

—Lo que te pasa, es que pretendes dominar el mundo y no hay nadie que sea capaz de semejante hazaña. Baja de ese pedestal en el que te has subido, Ro. Eres humana y es imposible llegar a todo. —Utiliza un tono demasiado brusco. Está enfadada, pero no sé el motivo. La miro y elevo las cejas, reprochándole su actitud—. Se ha apoderado de mí el presentimiento de que

hoy será un día de mierda, así que tengo derecho a cabrearme, ¿no?

—Por supuesto, solo faltaría. No te preocupes, soy tu amiga y estoy aquí para aguantar tu mal humor —ironizo. Veo a Felipe sonreír a través del retrovisor y ahora la que suspira es Lidia.

—Necesito follar —lloriquea mi amiga. Yo pongo los ojos en blanco y el chófer tose sorprendido por dicha sinceridad.

—Dudo que el sexo arregle tus problemas, Lidia.

—Seguro que no, pero por lo menos libero endorfinas. Es mejor eso que fumarme un porro. Lo primero no creo que mi padre lo note.

No puedo evitar lanzar una carcajada por el comentario que acaba de soltar mi amiga. Felipe debe de estar alucinando con la boquita de Lidia. Le echo un vistazo y, en esta ocasión, no sonríe. Tiene la mirada centrada en la pelirroja y su rictus es serio. Menos mal que estamos parados en un semáforo o nos estamparíamos. El sonido de un claxon devuelve la atención al chófer. Su actitud es rara, pero no pienso preguntar nada y menos delante de los dos.

—Creo que estás exagerando un poco —digo para relajar el ambiente.

Me consta que el padre de Lidia es un hombre muy recto y severo. Por mucho que mi amiga se esfuerza, él nunca está satisfecho. Ella es una gran abogada y lo ha demostrado con creces, aunque no duda en quitarle méritos y avergonzarla delante de los otros miembros del bufete. Lidia no se merece algo así y, a pesar de que parece que siempre bromea, la penitencia va por dentro y sale a la luz con sus múltiples inseguridades. Ojalá algún día consiga alejarse de las garras de su progenitor y tener una vida tranquila.

—Sabes que no es así. Para ti es fácil porque tienes un padre maravilloso y muy guapo, por cierto. —Su voz suena rota, aunque intenta recomponerse de nuevo con la broma. Felipe frena de manera brusca y puedo ver cómo se miran a través del retrovisor.

—Casi nos desnucas —me quejo a la vez que apoyo las manos en el respaldo del asiento.

—Lo siento. Iba despistado.

No le doy más importancia una vez reinicia la marcha. Los cinco minutos restantes del trayecto hasta el estudio, permanecemos callados, solo envueltos por el sonido de la música ambiente. Primero me dejarán a mí y después, Felipe llevará a Lidia.

Me despido de mi amiga con un beso y le deseo un buen día, a pesar de sus pésimos augurios. Felipe me pide que lo avise cuando tenga que venir a buscarme. Acepto su demanda. No estoy tan loca como para volver a ese barrio sola. Veo desaparecer el coche oscuro calle abajo y decido que es hora de empezar mi jornada laboral.

Saludo con una sonrisa a todas las personas con las que me cruzo, sin embargo, no tardo en perderla al tropezarme de frente con David. Va vestido con su habitual traje oscuro, la camisa blanca y una corbata roja con el nudo perfecto. El verlo tan impecable, no puedo evitar compararlo con Leo, que, sin yo quererlo, aparece en mi cabeza. No tienen nada que ver, son dos hombres totalmente opuestos, tanto en el físico como de carácter.

—Bienvenida —me saluda David, acercándose a mí para darme un beso en la boca.

Los reflejos me acompañan y giro la cabeza a tiempo de que sus labios encuentren mi mejilla. Al separarse, me tropiezo con su ceño fruncido. ¿Qué narices le pasa? Mantener las distancias en el estudio era una de las condiciones inflexibles para nuestra relación. Además, ni siquiera se ha preocupado por mí en estos días de ausencia. Solo recibí un mail para preguntarme por qué no iba a trabajar. Le conté la misma mentira que al resto, que me había cogido unos días de vacaciones. Parece que se lo creyó, porque no he vuelto a saber más de él. ¿Lo he echado de

menos? Nada, cero. Está claro de que eso es una señal luminosa que anuncia que esta relación, o lo que tuviéramos, no va a ninguna parte.

—Gracias. Veo que por aquí todo sigue como siempre.

—Lo que funciona bien no es necesario cambiarlo. Esperaba que vinieras más descansada, pero tu cara dice todo lo contrario. —Sus palabras me hacen elevar una ceja. Menudo descarado. ¿Qué narices le vi yo a este hombre?—. Parece que no te han sentado demasiado bien las vacaciones.

A punto estoy de sacar mi lado vulgar y mandarlo a la mierda, sin embargo, el momento queda interrumpido cuando veo a mi padre acercándose a nosotros. Su semblante es serio. Lo conozco y algo le preocupa. ¿Se habrá enterado de que vivo con el abuelo? Noto como afloran los nervios porque eso sea posible. Estoy tan pendiente de mi progenitor, que tardo en reaccionar cuando David me coge de la mano. El gesto no le pasa desapercibido a papá que centra la vista en la unión de nuestros dedos. Me giro y fulmino con la mirada a este hombre que está a mi lado con una enorme sonrisa, como si su actuación fuera algo normal.

—Buenos días, hija. ¿Puedes venir a mi oficina? Tenemos que revisar varios proyectos —pregunta ignorando a mi acompañante mientras yo intento zafarme de su agarre. Lo voy a matar con mis propias manos.

—Claro. Dejo el bolso y la chaqueta y ahora me acerco.

—Buenos días, señor Scott —lo saluda David demasiado efusivo para mi gusto. Mi padre solo asiente con la cabeza, se gira y regresa a su despacho.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —le reprocho una vez consigo soltarme.

—Llevamos varios meses saliendo. Ya va siendo hora de que la gente lo sepa, ¿no?

—Tú y yo no somos pareja, David. Solo nos vemos para pasarlo bien y, últimamente, ni eso. Que no se te ocurra volver a tocarme sin mi permiso.

No le doy opción a réplica y lo dejo ahí plantado mientras me dirijo hacia mi despacho. Estoy enfadada, muy enfadada con él. Al final, Lidia tenía razón y este hombre es un auténtico imbécil. Dejo mis pertenencias con más fuerza de la recomendada y ese gesto provoca que el perchero se balancee con peligro. Apoyo las manos en la mesa y cierro los ojos un segundo mientras intento tranquilizarme. No puedo ir así de inquieta a ver a mi padre. ¿Qué le está pasando a mi vida?

Suelto el aire y rodeo la mesa para encender el ordenador y centrarme en lo importante. Saco el móvil del bolsillo y reviso que no haya recibido nada urgente. Me muerdo el labio inferior y el corazón se me acelera al ver que tengo un mensaje de Leo. No debería hacer esperar a mi padre, pero por su semblante, sé que no va a ser una charla cómoda, así que prefiero abrir antes el mensaje.

Leo

No sabía si escribirte, no quiero molestar.

Solo lo hago para desearte un buen día de trabajo.

Espero que la vuelta no sea complicada.

Por cierto, estabas preciosa esta mañana.

Sí, te he espiado desde la ventana y no pediré perdón por ello.

Sonrío como una tonta al leer sus palabras. Tiene el increíble poder de levantarme el ánimo con un simple mensaje. ¿Quién me iba a decir que alguien como Leo Medina sería capaz de

conseguir que me ilusionara de nuevo? Y no, no es amor. Por lo menos, todavía. Nuestras vidas son tan diferentes que tengo miedo de avanzar y encontrarme con un muro que nos sea imposible saltar. No quiero pensar en ello, pero a veces es complicado. Me prometí vivir el presente, y eso debo hacer. Paso a paso.

Decido contestarle después de charlar con mi padre. Lleva un rato esperándome y, aunque es un hombre paciente y comprensivo, no quiero enfadarlo. Recorro la distancia que me separa de su despacho y le sonrío a Marcelo. Es otra de las personas importantes e imprescindibles en la vida de Alfred Scott. Le lleva la agenda y consigue que papá no se olvide de nada. No frena mi avance, así que sé que está solo y puedo entrar.

Lo primero que me recibe al abrir la puerta es el olor de mi padre. Hace muchos años que lleva ese mismo perfume y lo reconocería en cualquier lugar. Levanta la mirada del ordenador y sus ojos claros, tan parecidos a los míos, se centran en mí un segundo. Se quita las gafas que utiliza para leer y mirar las pantallas y apoya su espalda en la silla ergonómica. Su rostro se ha suavizado, aunque sigue tenso.

—¿Qué tal han ido las vacaciones? —pregunta una vez ocupo mi lugar enfrente de él.

—Bien. Necesitaba desconectar.

—Y parece que lo has conseguido. Hasta te has olvidado de que tienes una familia. Einar estaba muy ansioso por verte el fin de semana.

—Creí que os ibais a la playa, así que aproveché para hacer unos cambios en el piso y estuve muy liada —miento.

—Al final decidimos quedarnos.

Sus ojos se entrecierran mientras responde, analizándome con atención. Odio tener que inventarme una excusa tan tonta. Sonrío, intentando parecer despreocupada. No tengo claro que se vaya a creer el engaño. Espero que no le dé por ir a mi hogar a comprobar si lo que le digo es verdad.

—Si hubieras avisado, le habría dicho a Felipe que te ayudara.

—Eran pequeñas cosas, pero ya sabes cómo es esto. Empiezas por cambiar unos libros y acabas rodeada de cajas y adornos. Cuéntame, ¿qué tal por aquí? —pregunto para hablar de otro tema. Si seguimos con este, notará que algo no va como tiene que ir.

—Bien. Tenemos dos proyectos nuevos. Son grandes e importantes. Me gustaría que lideraras uno de ellos.

—Claro, sin problema.

—Pero antes, necesito que me aclares un asunto que lleva unos días pululando por el estudio. —Escondo las manos debajo de mis piernas e incluso tengo la sensación de que me encojo un poco ante esa mirada tan profunda que no deja de observarme—. ¿Qué hay entre David y tú?

—¿Qué? —respondo sorprendida con la pregunta. Pensaba que me iba a nombrar al abuelo, no a mi compañero.

—Ese muchacho dice que sois novios. Va por la oficina presumiendo de vuestra relación. ¿Qué hay de cierto en eso?

—Maldito idiota —me quejo. Vuelvo a estar enfadada. Cuando lo pille…—. No le hagas ni caso, papá. No es cierto que seamos pareja. Es verdad que hemos tenido nuestros momentos de intimidad, pero nada más.

—Me alivia escuchar eso. Es un buen empleado, sin embargo, como hombre, deja mucho

que desear.

Sonrío al ver que mi padre coincide con Lidia en su opinión sobre David. No tengo ni idea de en qué estaba pensando cuando decidí acostarme con semejante personaje.

—Hablaré con él para que desmienta lo que ha dicho y recordarle que a este estudio se viene a trabajar.

—Será lo mejor. No me gustaría tener que echarlo. Al final debo darle la razón a Marcelo, como siempre. Él está convencido que todo era invención de David. Me dijo que una persona con tus cualidades no podría tener una relación seria con un hombre como él.

—A Marcelo no se le escapa nada. Creí que las cosas entre David y yo estaban claras, pero veo que no es así.

—Yo solo quiero que seas feliz, cariño. Sea con quién sea.

—Y lo soy, papá, aunque todavía no haya nadie importante en mi vida. A lo mejor no lo hay nunca y eso no me hará infeliz. Sé lo afortunada que soy y no pienso desperdiciar esa dicha.

—Está bien. No puedo decir nada ante tan acertada decisión, aunque no pierdo la esperanza de poder disfrutar con un nieto o una nieta antes de morirme.

—No sé si eso será posible —le indico mientras me levanto, rodeo la mesa y me siento en su regazo. Igual que cuando era una niña—. Lo que sí sé es que yo te voy a disfrutar mucho, mucho tiempo.

—Eso espero, pequeña.

Beso su mejilla y me acurruco contra su cuerpo. Cierro los ojos y aspiro ese familiar aroma que me transmite calma y seguridad. Tengo que buscar una solución con el abuelo de manera inmediata, porque no me gusta nada mentirle a mi padre. Nunca lo he hecho. Bueno, alguna que otra mentirijilla en mi adolescencia, pero de temas sin importancia. No quiero seguir así y menos que este hombre tan maravilloso, sufra por mi culpa si se entera de lo que sucede en ese barrio y lo peligroso que es. Debo enfrentarme al abuelo y hacerlo lo antes posible.

Capítulo 22

Leonardo

Faltan diez minutos para las tres de la tarde, mi hora de entrada al taller. Tengo un juego de llaves, por si surgiera algún imprevisto, pero siempre espero a que llegue el jefe. Mientras aguardo, reviso las redes sociales para enterarme de lo que sucede en el mundo. Apenas tengo tiempo de mirar la televisión y a veces, me invade la sensación de estar desconectado. No interactúo, solo echo un vistazo. Entiendo que haya muchas personas que viven gracias a las redes, sin embargo, no es mi caso. Solo abrí un perfil en el que colgué la foto de una de mis motos preferidas. Una edición limitada que tuvimos hace unos años en el taller.

De fondo me acompañan las risas de Alan y su tropa, que también se encuentran en el exterior. En este caso, al otro lado de la calle, fumando tabaco e incluso algún porro. El olor es inconfundible. Intento ignorarlos, aunque es imposible hacerlo debido a lo escandalosos que son. Me dan ganas de ir hasta allí e increparlos. Sobre todo, cada vez que pasa alguna mujer por la acera de enfrente y la llenan de palabrería grosera y fuera de lugar, además de gestos de lo más obscenos. Ojalá cayera una bomba, ahora mismo, en ese grupo y acabara con todos ellos de una vez. Sería una muerte demasiado placentera, pero a nosotros nos aliviaría mucho no tener que verlos más.

Por el rabillo del ojo, percibo acercarse un coche que conozco bien. Deberían de dejar de venir a este barrio con vehículos tan lujosos. Sé que ahí dentro va una preciosa morena que me tiene cautivado. Sobre todo, desde que pude besar sus labios y tenerla entre mis brazos. Hablamos poco, pero todos los días. Son pequeñas dosis de vitaminas, justo lo que necesito para empezar bien la jornada y no decaer hasta que finaliza. No voy a negar que me muero de ganas de volver a tocarla, volver a sentir esa emoción o esa cantidad de sentimientos que solo consigo experimentar con Rocío. ¿Por qué con ella? Eso es un misterio sin resolver.

El vehículo se para cerca del portal, lo que también significa que lo hace a una distancia demasiado corta de la pandilla de Alan. No dudo en cruzar la carretera para recibir a Rocío y supongo que a Lidia. Me sitúo al lado de la puerta trasera que da a la acera mientras no pierdo de vista a esa panda de alborotadores. El conductor sale del coche. Felipe, creo que se llama. Levanta la mirada y me ve. Hace un ademán con la cabeza, que interpreto es un saludo, pero no avanza, confiado de que yo cuidaré a las chicas. Y no se equivoca. Le devuelvo el gesto a la vez que abro la puerta trasera. La cabeza de Rocío asoma y me recibe con una increíble sonrisa que me deja eclipsado por un momento. Mis labios se estiran, enseñándole la ilusión que me hace su presencia, sin embargo, mi rostro se vuelve serio al oír de nuevo las risas y los cuchicheos del Pantera y su gente.

Conozco demasiado bien a Alan como para saber que, si tiene el mínimo indicio de intuir que esta chica me interesa, aunque solo sea un poco, se lance a ella sin ningún tipo de miramientos. Ya lo hizo con Raquel. Casi siempre consigue lo que quiere, aunque no utilice las mejores formas para lograrlo. No sé qué sería capaz de hacerle si me entero de que pone sus ojos

oscuros en Rocío. Ya no digo si intenta ir más allá. Solo de pensarlo, una mala leche y una agonía se apodera de todo mi cuerpo, que se tensa de inmediato.

Rocío sale del vehículo y algo cambia en ella cuando se da cuenta de quién nos mira sin disimulo y con una sonrisa burlona en el rostro. Soy consciente de cómo repasa a Rocío de arriba abajo con lujuria. Lo hace adrede, porque una vez finaliza el chequeo, su mirada se tropieza con la mía y su gesto sarcástico se acentúa más si cabe. Intento mantenerme impasible y no hacer ninguna expresión que pueda delatar en lo importante que se ha convertido esta mujer para mí.

—Gracias por traerme, Felipe.

—Cualquier cosa ya sabes que solo tienes que llamarme. Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré. Además, estoy muy bien acompañada.

—No te confíes. Con esta gentuza hay que ir con pies de plomo —responde el chófer sin miramientos.

Su tono de voz ha sido tan elevado, que varios compinches de Alan se incorporan y dan unos pasos en dirección a Felipe. Siempre buscan pelea, les encanta el jaleo y, este hombre se lo ha puesto en bandeja. Mi instinto de protección me pone en alerta y no dudo en situarme delante de Rocío, protegiéndola con mi cuerpo.

—¿Qué cojones has dicho? —interroga uno de ellos, envalentonado.

—Os he llamado gentuza —responde Felipe sin perder su porte sereno.

Me preparo por si alguno se lanza a por él, aunque mi prioridad es la chica que me tiene sujeto por el jersey. Debe estar cansada de tantas broncas y disputas. Estoy convencido de que en su barrio esto nunca sucede. Allí la gente tiene dinero, educación y son civilizados.

—Si fueras un tío inteligente, te largarías de aquí cagando leches, si no quieres quedarte sin coche. Es un buen trasto y las piezas están muy cotizadas —replica el pandillero acercándose unos pasos más a Felipe.

—¿Qué tal si me lo pides con educación? Un «por favor», ¿quizás?

Si no fuera por el momento tan tenso que estamos presenciando y que la presión que ejerce Rocío contra mi prenda me demuestra que está asustada, me echaría a reír por los cojones que tiene este tío.

Todo pasa demasiado rápido y cuando nos damos cuenta, el secuaz de Alan se encuentra en el suelo, lloriqueando y con la nariz reventada. Sus manos se llenan de sangre con rapidez mientras aúlla de dolor. El resto de los valientes, al ver lo sucedido, dan un paso atrás y ni siquiera intentan ayudar a su colega. Alan se mantiene imperturbable, observando el panorama como si la pelea no fuera con él.

—¿Queréis que llame a la policía para poner una denuncia? —pregunta Felipe señalando al afectado. Me asombra su frialdad y lo sereno que se mantiene.

—No será necesario —interviene Alan—. El Sandro es un bocazas y a veces no sabe lo que dice.

—Eso imaginaba.

Felipe abre la puerta del conductor y antes de subirse, nos guiña un ojo. El agarre de la morena se afloja y no duda en situarse a mi lado. Observamos cómo el vehículo da marcha atrás, para no atropellar a Sandro que sigue retorciéndose en el asfalto. Una vez desaparece de nuestra visión, cojo a Rocío de la mano y me acerco hasta el portal sin quitar la mirada de Alan, que sigue nuestros movimientos. Está tenso, enfadado y no tengo ninguna duda de que su mala leche la va a pagar el Sandro. Lo ignoro y desaparecemos dentro del edificio.

—¿Estás bien? —le pregunto a Rocío cuando nos paramos delante del ascensor y esperamos a que llegue.

—Creo que sí. —Fuerza una sonrisa—. Felipe es un hombre muy preparado, pero me he asustado al ver que varios de ellos se incorporaban.

—Parecen muy valientes porque van en grupo. Cada uno por solitario dan risa —comento con el propósito de relajar un poco el ambiente.

Su gesto se suaviza y no dudo en acercar mis dedos para colocarle un mechón de su oscuro pelo detrás de la oreja. Nuestras miradas se encuentran y la tensión se apodera de nosotros. Es increíble la energía que siempre nos rodea cuando estamos juntos. Es poderosa y electrizante. El sonido de la llegada del ascensor nos devuelve a la realidad de un plumazo. Abro la puerta y le doy paso. No me gustan estos cubículos tan pequeños, prefiero las escaleras, pero en este edificio es mejor no arriesgar.

Una vez los dos en el interior, presiono el botón del cuarto piso y tan pronto el elevador se pone en movimiento, doy un paso al frente, enmarco su rostro con mis manos y cuando me mira, el brillo de sus ojos me anima a continuar.

—Necesito besarte —le indico con la respiración acelerada.

—¿A qué esperas? —me reta—. Solo te quedan dos pisos.

Era lo que precisaba para proceder. Estampo mis labios contra los suyos, que me reciben gustosos. Sus brazos no tardan en rodearme el cuello y nos dejamos llevar por la pasión. Igual que sucedió en el taller. Una de mis manos desciende por su costado y acaba en el trasero. A punto estoy de presionar el botón de parada y que este beso no finalice nunca. Esta mujer es pura atracción. Cuando la tengo cerca se apoderan de mí miles de nuevas sensaciones nunca experimentadas. Siempre he sido un hombre práctico. Nada de relaciones, sobre todo desde que sucedió lo de Raquel. A ella le abrí el corazón y no tuvo problemas en zapatearlo sin miramientos. Lo más importante es mi familia y el trabajo. Una vez te involucras demasiado, todo se trastoca. «Sexo, solo necesitas sexo con ella», me reprocha esa vocecita molesta que, últimamente, se apodera demasiado a menudo de mi cabeza.

El ascensor nos informa que ha llegado a su destino con un pitido fastidioso. Apoyo la frente en la suya mientras intentamos normalizar nuestras respiraciones aceleradas por el momento. Doy un paso atrás y una preciosa sonrisa me recibe. Rocío tiene las mejillas sonrosadas y ahora, algún mechón más cae por su rostro, libres del agarre de la goma. Le devuelvo el gesto mientras me paso los dedos por el pelo. Salimos al rellano y me guardo las manos en los bolsillos para que no se note demasiado la protuberancia de mi miembro excitado. Quizás debería ir de visita al *pub* y desahogarme con Diana. El problema es que pensar en esa idea no me emociona como sí lo hacía unas semanas atrás. Estoy acabado.

Cuando Rocío abre la puerta del piso, no tardamos en oír las voces y las risas de don Ramón y de mi madre. Parece que mi progenitora está bastante contenta con el nuevo trabajo. Es una mujer con una paciencia increíble, empática y con un corazón enorme. Es muy difícil que alguien no esté feliz a su lado. Me encantaría que no tuviera que trabajar tanto y que pudiera dedicar sus días a esas aficiones, como tejer, la repostería o la lectura, que tan abandonadas tiene por falta de tiempo.

—Buenas tardes —saluda Rocío una vez alcanzamos la cocina—. Ya veo que estáis tan entretenidos que no nos habéis oído ni llegar.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué hora es? —pregunta mi madre. Sonrío al ver que se levanta acelerada y busca un reloj mientras intenta sacarse el delantal.

—Son las tres y diez.

—Menudo susto. Creí que iba tarde a mi próximo trabajo. Hijo, ¿no tendrías que estar en el taller? —interroga cuando se da cuenta de mi presencia.

—Ahora voy. Me he encontrado con Rocío y la he acompañado.

—Has hecho bien, cariño —responde dándome unas palmaditas en la mano. Va acelerada, igual que siempre—. Preciosa, tienes algo para comer en el microondas y también la cena en el horno. Solo es calentar un poco y listo. Mañana más.

—Gracias por todo, Elena. Menuda suerte tenemos con usted , aunque sabe que preparar la cena no es una de sus responsabilidades, ¿verdad?

—Lo sé, pero no me cuesta nada y Ramón precisa comer bien para curarse lo antes posible.

—No le hagas caso a mi nieta. Tú, cocina, que esta juventud me mata de hambre. Cuando cobre la pensión, ya te daré unos euros para compensar las molestias.

—El dinero siempre es bienvenido, Ramón. —El anciano realiza un gesto con la cabeza, haciéndome saber que conoce el problema que tiene mi padre.

—Nos vemos mañana. Vámonos, hijo. A ver si Pancho se va a enfadar por llegar tarde.

—Tranquila, cuando le explique el motivo lo entenderá.

Mi madre recoge sus cosas mientras me despido de don Ramón y también de Rocío. Veo que se muerde el labio inferior y a mí me entran todos los males. Tengo que hacer un enorme ejercicio de contención para no lanzarme a ella y devorarle esa boca que me lleva al pecado. Rocío es consciente del poder que tiene sobre mí, pero me consuela saber, que el que yo ejerzo en ella es bastante similar. Así que estamos empate.

Intento ignorar todo mi deseo mientras el ascensor desciende y mamá habla y habla a mi lado. Tengo la mente en otro lugar, en concreto, unos pisos más arriba, así que solo oigo el murmullo de su voz, no obstante, no tengo ni idea de qué me cuenta. Hasta que un manotazo en el estómago me hace regresar de golpe al ascensor.

—¿A ti qué narices te pasa? Parece que estás en otro planeta. —Si ella supiera—. ¿Te encuentras bien? Tienes las mejillas sonrojadas. No tendrás fiebre.

Eleva la mano y hace ese gesto tan materno de colocármela en la frente para valorar mi calentura. No puedo decirle que estos calores son provocados por las imágenes que proyecta mi mente de una morena con ojos de gata que acabo de dejar en el cuarto piso.

—Solo tengo calor, mamá. No te preocupes —le pido cogiendo su mano y dándole un beso en los nudillos. Me observa con los ojos entrecerrados, analizándome para asegurarse de que le digo la verdad. Sonrío.

—Está bien. Anda, ve a trabajar y no abuses de la confianza de Pancho —me pide una vez llegamos a la calle.

Observo que ya no hay rastro ni de Alan ni tampoco de ningún miembro de su pandilla. Aunque sí quedan restos de la sangre de Sandro en el asfalto. Una vez cruzamos la carretera, le doy un beso en la sien a mi madre y cada uno coge su dirección. Pancho ya ha abierto el taller y apresuro el paso mientras me saco el teléfono del bolsillo y tecleo con rapidez un mensaje:

Leo

Quiero una cita contigo.

Los dos solos.

Lejos de este barrio.

Antes de atravesar la puerta del taller, obtengo su respuesta:

Rocío

Trato hecho.

Me organizo para no dejar solo al abuelo y te informo.

Tengo el lugar perfecto.

Pancho me recibe con los brazos cruzados y una ceja elevada. Niega con la cabeza al ver mi sonrisa y darse cuenta de la cara de bobo que se me ha puesto. Voy a tener una cita, la primera en no sé cuánto tiempo. Me muero de ganas de que llegue el día.

Capítulo 23

Rocío

La semana está siendo muy complicada. Demasiada faena y, al estar solo por las mañanas en el estudio —sí, a mi progenitor no le ha importado que trabaje las tardes desde casa. Siempre que los proyectos se lleven al día. Tengo un padre maravilloso y yo soy una hija horrible por ocultarle tantas cosas—, voy un poco retrasada en algunos temas.

Han entrado tres proyectos nuevos y dos de ellos, han solicitado, expresamente, que sea yo quien realice los planos. Haber ganado el premio ha sido muy positivo para mi carrera y, sobre todo, para ASF. El problema es que ahora tengo mi vida patas arriba y me cuesta gestionar el cuidado del abuelo, la familia y haber conocido a un hombre como Leo, con el trabajo.

Dos días han pasado desde que me pidió una cita y aún no hemos quedado. Me muero de ganas y me consta que a él le sucede lo mismo, pero no he sido capaz de organizarme. No he logrado recurrir a Lidia para que se quede con el abuelo porque ha salido de viaje. En principio, regresa hoy, viernes. Así que, con un poco de suerte, mañana sería un buen día para realizar esa cita tan ansiada. No veo el momento de volver a besarlo, de que esas manos grandes recorran mi cuerpo y consigan erizarme la piel. Quizás sea muy descarado, pero he pensado llevarlo a mi piso. Allí nadie nos molestará y podremos dar rienda suelta a nuestra pasión y liberar esa energía que nos envuelve cada vez que estamos juntos.

Cojo el expediente del edificio que me toca revisar y me abanico para aliviar el calor que se ha apoderado de mí al pensar en Leo y yo solos, en mi piso, con la cantidad de lugares en los que podríamos… La puerta de mi despacho se abre y da paso a una de las personas que más quiero en este mundo. Me regala una sonrisa que empequeñecen un poco sus ojos azules tan parecidos a los míos.

—¿Cómo va todo, cariño?

—Bien, papá. Muy liada. No entiendo por qué hay que hacer tantos cambios en el proyecto de Sánchez. Ese hombre va a acabar con toda mi cordura. Nada le parece correcto. Quizás sería mejor que trataras tú con él —le pido poniéndole cara de pena. Por norma, siempre funciona.

—Lo haría con gusto, pero fue él quien solicitó que llevaras tú su remodelación.

—Pues no entiendo por qué, si no está conforme con ninguna de mis propuestas —lloriqueo. Hay clientes con los que practicas el autocontrol.

—Tómatelo con calma, cielo. Ya sabes cómo es. Ladra, pero no muerde. Además, Sánchez no tiene prisa. Así que lo vamos a dejar de lado unos días. Necesito que te centres en el bloque de pisos y oficinas que se va a construir en la zona sur. Es un cliente nuevo, pero importante. Tiene varios solares en los que quiere edificar y, si este proyecto sale como esperamos, nos dará el resto de las construcciones.

—Está bien, me pondré de inmediato con esa tarea.

—Cualquier cosa, ya sabes dónde estoy. Por cierto, ¿le pasa algo a tu coche? Estos días no

lo he visto en el *parking*. —Intento mantenerme tranquila para que no sospeche el motivo real, por el que mi vehículo, lleva unas semanas sin moverse.

—No le sucede nada, pero tengo tanto trabajo, que prefiero que Felipe me recoja y así puedo contestar correos mientras me desplazo. —Asiente con la cabeza y no da la sensación de que sospeche de mi excusa.

—Deberías aprender a delegar, Ro. Si precisas más personal, solo tienes que decírmelo, ¿vale?

—De momento no, está controlado. Vamos un poco pillados porque han llegado varios proyectos a la vez, y ya sabes que todo es urgente.

—Bueno, tómatelo con calma. Que no me entere de que trabajas el fin de semana, ¿me oyes?

—¡Ay, papá! Me parece que no eres el más indicado para pedirme algo así. —Chasquea la lengua y sonríe de medio lado al verse descubierto. Él es el primero que le dedica un rato al trabajo tanto el sábado como el domingo.

—Está bien, pero no te olvides de disfrutar, que la vida pasa muy rápido.

—Lo tengo presente. Gracias, papá.

—¿Cómo sigue tu abuelo? Hace días que quería preguntarte.

Mi cuerpo se tensa al oír la pregunta. Es un detalle que se acuerde de él, a pesar de que su trato no es el mejor. No es que se lleven mal, solo que intentan mantener las distancias para evitar batallas verbales. No quiero mentirle más a mi padre, así que opto por una verdad a medias.

—Está mejor, recuperándose de la fisura en la pierna. Tiene que estar unas semanas sin apoyarla, así que ya puedes imaginarte como se encuentran sus ánimos.

—Madre mía. Compadezco a la persona que lo tenga que aguantar.

—Papá, no seas malo —le reprocho mientras él se ríe—. Hemos tenido la suerte de conseguir que una vecina se quede a su cuidado y la verdad es que se llevan bastante bien. Lo quise traer conmigo al piso, pero ya sabes cómo es.

—Se negó.

—Rotundamente.

—Muy propio de él. Tiene un orgullo enorme y en ocasiones lo obnubila, volviéndolo un hombre egoísta.

—No creo que lo haga con maldad.

—Supongo que no. Y menos eso de llamarme Alfredo —bromea mi padre y me uno a su risa.

—Esta tarde me pasaré a verlo. ¿Le doy recuerdos de tu parte?

—Dáselos, aunque solo sea para cabrearlo. Sé que le quieres mucho, pero no deberías pasearte por ese barrio. No es un lugar seguro, cielo. —Si él supiera…—. Puedo acompañarte, si quieres.

—No será necesario —le respondo con demasiada rapidez. Mi padre eleva una ceja mientras yo utilizo la sonrisa más dulce que tengo—. Avisaré a Felipe para que venga conmigo, no te preocupes.

—Me parece una buena idea. Te dejo trabajar. Cuando tengas claro el proyecto nuevo me avisas y le damos un repaso. No es para meterte presión, pero el cliente vendrá el miércoles a

echarle un vistazo al boceto.

—¿En serio? —me quejo a la vez que mi padre se encoge de hombros—. Eres un tramposo, te has guardado la información peliaguda para el final.

—Te quiero, cariño —responde mientras abandona mi despacho. Resoplo. Ya me puedo poner las pilas.



Noto la mirada de Felipe por el retrovisor. Está preocupado por mí. Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento y cierro los ojos para controlar el intenso dolor que se ha apoderado de mi sien.

—¿Crees que mi padre sospecha algo? —le consulto sin abrir los ojos.

—Puedes ser. Es un hombre inteligente, pero a mí no me ha comentado nada.

—Me ha preguntado por mi coche y también por el abuelo. No me gusta mentirle.

—Pues no lo hagas.

—Muy gracioso —refunfuño abriendo el ojo derecho y mirándolo por el espejo. Sonríe—. Si se entera de todo lo que ha sucedido estos días y del riesgo que corremos, me encierra en una torre de por vida.

—Eres una exagerada. Sé que no soy nadie para darte consejos, pero deberías sacar a tu abuelo de ese puñetero barrio.

—¿Te crees qué no lo intento? Es la batalla de cada mañana. A veces me dan ganas de darle con un bastón en la cabeza a ver si reacciona.

—Ese lugar hace aflorar tu lado macarra, Rocío. Con lo dulce que tú eres…

—¿Verdad? ¡Ay, madre mía! Me estoy echando a perder.

—También eres un poquito dramática de más.

—Eso se me ha pegado de Lidia. Hablando de mi amiga, no sé nada de ella. Quedó de enviarme un mensaje para informarme de su hora de llegada, pero no hay duda de que se ha olvidado de mí.

—Su vuelo está previsto que aterrice sobre las ocho de la tarde —murmura, como si estuviera avergonzado de tener esa información.

—Vaya, veo que a ti sí que te ha escrito.

—Necesita a alguien que la lleve al piso de don Ramón —se excusa Felipe.

—¿Se puede saber que os traéis vosotros dos? —indago. Se llevan bien, pero esas confianzas…

—Seguro que nada de lo que imagina esa cabeza privilegiada que tienes.

—Lidia es maravillosa, pero una persona muy herida, aunque lo sabe disimular muy bien. No quiero que nadie le haga daño. Y eso te incluye a ti. Es muy enamoradiza, y…

—No vayas por ahí, Rocío. Solo somos amigos y tengo muy claro dónde está mi lugar —responde con un tono brusco. No le ha sentado bien mi insinuación.

—Lo siento. Solo quería asegurarme de cómo estaban las cosas. Yo jamás te juzgaría si tú y ella…

—Eso no va a suceder —me corta—. Puedes estar tranquila.

No tengo yo tan claro que eso sea así, por lo menos por parte de Lidia. Sin embargo, me abstengo de decírselo a Felipe. El resto del viaje lo hacemos en silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos. Hasta que llegamos al barrio. Observo sus calles y la cantidad de locales que se encuentran vacíos. Pintadas en las paredes y dejadez en algunos rincones. No niego que hace años pudiera ser un lugar bonito para vivir, pero ahora da pena. La gente ha huido. Unos por miedo y los otros debido a la ruina de sus negocios por culpa de la falta de clientes. Pancho es uno de los pocos que resiste y eso me lleva a pensar que tanto él como Leo son unos grandes mecánicos. Si aquí tienen clientes, ¿qué no harían en un lugar más seguro?

Cuando el coche frena delante del portal, aprovecho para echar un vistazo al interior del taller, con la esperanza de ver a Leo. Quizás podría ir a saludarlo.

—Y tú, ¿qué te traes con el mecánico? —pregunta Felipe antes de salir del vehículo.

—Si quieres que te diga la verdad, no tengo ni idea. Me gusta, es un hombre guapo y sexi. Y, aunque al principio me pareció bastante borde, a medida que hemos hablado y lo he conocido un poco mejor, me he dado cuenta de que es atento, divertido, luchador y tenaz. Me siento cómoda con su compañía y consigue hacerme reír. Algo que no sucede tan a menudo como me gustaría.

Justo en ese momento, igual que si lo hubiera llamado con el pensamiento, Leo se asoma a la puerta y fija la mirada en el coche. Lleva su habitual camiseta sin mangas, llena de manchas negras, igual que una parte de su hombro derecho. Se limpia las manos en un trapo y ese gesto provoca que los bíceps se acentúen. El pantalón azul de trabajo le cuelga de manera sexi de las caderas. Me mojo los labios sin importarme que Felipe pueda verme babear. Hay la confianza suficiente.

—Por la forma en la que te mira, aun sin verte por culpa de los cristales tintados, me da la sensación de que tú también le caes bastante bien.

—Me ha pedido una cita, así que…

—Vaya, el tío no pierde el tiempo.

Pongo los ojos en blanco debido al tono protector empleado por Felipe. En el fondo sé que me quiere como si fuera una hermana y se preocupa por mí, de la misma manera que yo por él.

—¿Me acompañas a casa? —le pido ignorando su comentario.

—Por supuesto.

Abro la puerta, salgo del vehículo y espero a Felipe en la acera. Todo eso lo hago sin apenas perder de vista al hombre que no deja de observarme desde el otro lado de la carretera. Puedo ver su sonrisa y casi percibir las ganas que tiene de cruzar para venir a saludarme. No lo hace, porque se debe a su trabajo y es un hombre responsable. No dudo en guiñarle un ojo antes de situarme al lado de Felipe y dirigirnos hacia el edificio donde vive el abuelo.

Mientras subimos en el ascensor, el móvil me advierte de que he recibido un mensaje. No tengo ninguna duda de quién me lo envía. Sonrío al ver su nombre en la pantalla.

Leo

Te recuerdo que me debes una cita.

Nunca he tenido que suplicar.

Si es preciso lo haré.

Le contesto mientras mi labio inferior desaparece entre mis dientes. Oigo resoplar a Felipe, pero lo ignoro. Tengo cosas más importantes que hacer.

Rocío

He tenido una semana de locos.

Ya queda menos.

Aunque la idea de oírte suplicar no me desagrada.

Me responde con un emoticono del diablo y no dudo en soltar una carcajada. Me encantan estos juegos. Saber que sus ganas son proporcionales a las mías, y que me desea tanto como yo a él es un aliciente maravilloso. Espero que esta magia no se rompa cuando tengamos la ocasión de dar rienda suelta a nuestra pasión.

—Estás más enganchada de lo que me imaginaba —me reprocha Felipe cuando llegamos a la cuarta planta.

—Solo es un juego. No voy a caer rendida a sus pies ni nada por el estilo.

Ni siquiera sé si se lo digo a Felipe o lo hago para convencerme a mí misma de que eso no debe suceder. Enamorarme de Leo no es una opción. Lo nuestro es imposible por muchas cosas. Lo principal es que somos de mundos diferentes. Ni mejores ni peores, solo distintos, y eso suele salir bien únicamente en las películas románticas.

Capítulo 24

Leonardo

Me considero un tío práctico, de los que le da la importancia justa a la apariencia y prima la comodidad por encima de todo. Nunca me he puesto un traje y solo tengo dos pantalones en los que su tela no sea tejana y dudo que a estas alturas me sirvan. Así que no soy capaz de entender por qué narices le estoy dando tantas vueltas a mi *look*.

Sí, tengo una cita, pero tampoco es la primera vez que eso ocurre. Entonces, ¿por qué ya he descartado varias camisas, camisetas y otros tantos pantalones? Tengo la sensación de que hoy nada me sienta bien. Voy a volverme loco.

La puerta de la habitación se abre de golpe para dar paso a mi hermano. Al verme, se frena y eleva las cejas al darse cuenta del desorden y el caos que reina en la estancia y, en esta ocasión, y sin que sirva de precedente, la culpa es mía y no de él.

—¿Te vas a mudar?

—Sí, a una mansión de lujo, con mayordomo y un Ferrari —respondo irónico.

—¡No me jodas! Yo podría cuidarte el jardín —continúa con la broma mientras le echa un vistazo a una camisa que descansa encima de su cama.

—¿Tú? Pero si no tienes ni idea de plantas ni flores.

—Tampoco debe ser tan difícil. Soy un tío resolutivo y aprendo rápido. Oye, esta camisa mola un montón.

Niego con la cabeza mientras veo cómo se prueba la prenda. No tengo muy claro que sea mía. No suelo tener ropa con tanto colorido y tampoco con esas flores tan grandes. Esta camisa es perfecta para caminar por las playas de Hawái, pero no es adecuada para usar en la ciudad, especialmente aquí, donde no hay playa.

—Puedes quedártela. No sé qué hacía en mi lado del armario.

—Genial. Me encanta —responde con entusiasmo.

Aunque lo veo venir, apenas dispongo de tiempo para reaccionar y, cuando quiero hacerlo, ya es demasiado tarde. Nico me ha enganchado por el cuello y se dedica a llenarme de besos. En el pelo, la frente, la oreja… Peleo con mis brazos hasta que consigo deshacerme de la intrusión y su cuerpo cae encima de su cama. Se ríe a carcajadas el muy capullo. Sabe que odio que haga eso.

—¿Puedes dejar de hacer el imbécil? —me quejo, malhumorado.

Nuestro forcejeo llama la atención de Paula, que no tarda en personarse en la habitación. Su gesto, al ver el estado de la estancia, es similar a la de Nico.

—¿Qué ha pasado aquí? —indaga, curiosa.

—Leo se muda. Va a vivir en una mansión de lujo —responde mi hermano sin perder la sonrisa.

—¿Tiene piscina? —Pongo los ojos en blanco y me giro hacia el armario, ignorándolos.

—Seguro que sí. Esas casonas siempre la tienen —continúa Nico.

—¿No tenéis nada mejor que hacer?

—Yo no —dice Paula sentándose al lado de nuestro hermano.

—Mi intención era tumbarme en la cama hasta que den las once, que he quedado —resoplo, dando por imposible la charla.

—Esa camisa te sienta muy bien —opina mi hermana.

Es de un color azul pálido que contrasta a la perfección con mis tejanos oscuros. Es la más nueva que tengo y la que he decidido llevar a mi cita.

—¿Tú crees? —pregunto indeciso.

—Sí, estás muy guapo. Bueno, un poco despeinado por aquí —apunta señalándose la parte izquierda de su cabeza. Me doy la vuelta hacia el espejo y recoloco mi pelo, fuera de lugar, por culpa de Nico—. Has quedado con una chica, ¿verdad?

—Pues claro. Y yo sé con quién.

—Dímelo, porfa —le pide Paula con las manos juntas en forma de súplica.

Los ignoro de nuevo. Faltan menos de diez minutos para recoger a una preciosa morena y no quiero llegar tarde.

—¿En serio? —chilla mi hermana, ilusionada, una vez Nico le ha susurrado el nombre al oído.

—Solo es una cena. Me la debía por ayudarla con el grifo —miento para cortar cualquier idea romántica que la cabecita de mi hermana se pueda imaginar. No pienso decirles que me muero de ganas de tenerla entre mis brazos, de pasar tiempo con ella a solas y dejarnos llevar por la pasión que sentimos—. Entonces, ¿voy bien así?

Paula asiente, emocionada, y Nico hace una mueca y mueve la mano indicándome que más o menos. No me interesa lo más mínimo su opinión. Tenemos gustos muy dispares en todos los aspectos. Así que nada de lo que me diga me ayudará.

—¿A dónde vais? —indaga mi hermana.

—No tengo ni idea. Ella invita, ella escoge.

—Rocío me cae muy bien y, además, es muy guapa, ¿verdad?

—Lo es —confieso—, pero también es una chica que no pertenece a este barrio, solo está de paso y es muy distinta a nosotros. Así que no se te ocurra imaginar cosas que no son.

Mis hermanos se miran, cómplices y sonríen, tirando por tierra mis aclaraciones. A punto estoy de replicar, pero no lo hago. De nada serviría. Busco el bote de perfume, uno sencillo, de los que tanto se asemejan a las grandes marcas, aunque mucho más económico. Me guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, cojo la chaqueta y ya me encuentro listo para irme. Estoy nervioso, mucho, demasiado, algo absurdo y muy raro en mí. Solo es una cita, una cena, una charla con una mujer bonita. No es la primera vez que sucede. «Pero esta te gusta de verdad. No puedes negar la atracción que sientes por ella ni ignorar toda la energía que se genera a vuestro alrededor cada vez que estáis juntos. Además, has sido tú, de manera desesperada, el que le ha pedido la cita», me reprocha esa voz molesta apoderándose de mi cabeza de nuevo.

—Me voy, que llego tarde —anuncio.

—¿Y vas a dejar así la habitación? —me recrimina Nico.

—No hay problema, ¿verdad? Tú ya vives así todos los días.

—Pero es mi orden dentro del desorden. Tu lado parece una pocilga. Me niego a dormir con tu ropa desperdigada por todas partes.

—Bienvenido a mi mundo —manifiesto antes de salir de la estancia.

—¡Leo, esto no es justo! —chilla, pero no le hago caso. Como siempre sucede con él cuando le pido que arregle su lado.

Me acerco a la cocina para despedirme de mi madre. Mi padre hace mucho tiempo que pasa de nosotros y le importa más bien poco si entramos o salimos. Lo valioso para él es que trabajemos a fin de traer dinero a casa y que se lo pueda fulminar en los juegos de azar. A decir verdad, su actitud ya me va bien. No me apetece tener que interactuar con él, porque siempre discutimos y me pone de muy mal humor.

—Mamá, me voy —la aviso antes de entrar en la cocina. Me sorprende encontrarme allí a mi progenitor. Actúo como si no estuviera.

—Pásalo bien, cariño. Ten cuidado con la moto.

—¿A dónde se supone que vas? —pregunta mi padre con su tono de reproche habitual.

—He quedado con una amiga —respondo conciso. No quiero hablar con él más de lo necesario.

—Va a salir con Rocío, la nieta de Ramón. Ella le prometió una cena para compensar el arreglo que le hizo Leo del grifo.

—¿Ahora te vendes por una cena? ¿Cómo pretendes triunfar en la vida si cambias tu trabajo por una comida? Deberías poner una tarifa y cobrar unos extras por las horas de más que has echado. Está visto que eres igual de tonto que tu madre.

Noto como el calor nace en mis pies y va recorriéndome el cuerpo a medida que las palabras de mi padre resuenan en la estancia. Que me reproche cosas a mí me importa una mierda, pero que menosprecie a mi madre…, eso sí que no lo tolero. Si no fuera por ella, él sería un muerto de hambre.

—No eres la persona más indicada para hablar. Además, ¿qué sabes tú si le he cobrado o no? A ti lo único que te interesa es tener dinero y gastártelo en las timbas o las tragaperras. Estoy harto de trabajar para pagar tus deudas, así que, a partir de ahora, no verás un euro de mi dinero. Se acabó lo de ser tonto —le recrimino acercándome a él unos pasos.

Jamás se me ocurriría pegarle, aunque en ocasiones no me falten las ganas de zarandearlo para que reaccione de una vez y se dé cuenta del daño que le hace a la familia. Por culpa de su adicción, mi madre y yo apenas tenemos vida. Entiendo que es una enfermedad, sin embargo, lo que no puedo comprender, es que no haga un esfuerzo por curarse, por ponerle remedio a esa afición extrema en la que está metido.

Le mantengo la mirada y nos retamos en silencio. Siento una pena tremenda al darme cuenta en que se ha convertido en una persona oscura, perdida y desorientada. Un pellizco de culpa aflora al ver, en el fondo de sus ojos, un rastro de tristeza. A menudo me planteo si hemos hecho todo lo posible para que él no cayera en ese mundo de la ludopatía. Es tan complicado lidiar con una persona adicta…

—Cariño, será mejor que te vayas o llegarás tarde —me pide mi madre situándose al lado de los dos. Su mano se posa en mi brazo y cuando desvío los ojos para mirarla, me recibe un brillo en los suyos que me encoge el corazón.

—Tienes razón. —Reculo, alejándome de mi padre y acercándome a ella. Le doy un beso en la sien—. Te quiero.

—Y yo a ti. Vete, anda, y disfruta de la noche. Si sale algún imprevisto y no puedes venir a dormir, avísame. —Me guiña un ojo y sonríe, intentando ocultar su tristeza. Le devuelvo la sonrisa, aunque la mía me sale algo forzada.

Abandono la cocina sin mirar atrás. Me paro en la entrada, cojo los dos cascos, salgo del piso y bajo las escaleras a la carrera. Tengo una opresión en el pecho que me impide respirar con normalidad. Así que, cuando llego a la calle, miro al cielo y cojo aire con brusquedad. Los pulmones se llenan de oxígeno y me concentro en serenarme. No voy a permitir que este encontronazo con mi progenitor consiga estropearme la cita.

Cruzo el doble carril de asfalto que separa mi piso del que ocupa estos días Rocío junto a su abuelo y me adentro en el portal. Espero no tropezarme con más inconvenientes en lo que queda de día. Ya he tenido suficiente por hoy. Cojo el ascensor y, por suerte, llego a mi destino sin problemas. Presiono el timbre y no tardo en oír unos pasos que se acercan a la puerta. Oculto las manos en los bolsillos, inquieto e ilusionado a la vez. Al otro lado de la madera, me da la bienvenida una pelirroja con el pelo recogido en un moño desordenado y un pijama corto lleno de pequeñas flores. Su sonrisa ilumina el rellano.

—¡Hola, vecino! Llegas tarde —me reprocha señalándose su muñeca desnuda. Me observo la mía para mirar la hora y elevo una ceja, sorprendido.

—Solo han pasado dos minutos.

—Pues eso, que llegas tarde —insiste. Lidia no lo sabe, claro, pero no ha escogido el mejor día para hacer bromas—. ¿Quieres entrar?

No respondo, aunque doy varios pasos y me adentro en la vivienda. En caso de que mi cita no esté lista, quizás podría ir a saludar a don Ramón.

—¿Le falta mucho a Rocío?

—Ya casi está preparada. —Estoy a punto de decirle que, la que no cumple con el horario es su amiga, pero prefiero callarme, porque la pelirroja no tiene pelos en la lengua y la batalla puede acabar mal.

—Mientras, voy a ir a saludar al señor Ramón —indico.

—Se ha dormido, será mejor que no lo molestes.

—Está bien —cedo.

El silencio se apodera del pequeño espacio que ocupamos. Cambio el peso de un pie al otro e intento evitar la mirada verde y escrutadora de Lidia. Está acentuando mucho más mis nervios y no sé cómo actuar. Parece que me esté analizando o enviándome algún maleficio. Da un poco de miedo.

—¿Te ocurre algo? —le pregunto, inquieto.

—A mí, no, nada. Aunque puede que a ti si te pase algo si me entero de que lastimas a mi amiga. Tengo contactos, mucho más chungos que el Pantera. Irán a por ti y te cortarán los huevos —amenaza mientras mueve la mano como si llevara un cuchillo. Esta tía está pirada.

—Lidia, no somos adolescentes. Lo que pase entre tu amiga y yo es asunto nuestro. Los dos sabemos lo que queremos. No voy a acosarla ni hacer nada que ella no desee, si es lo que te preocupa.

—Lo que me inquieta es que le rom…

—¡Ya estoy lista! —nos interrumpe Rocío, dejando a medias la intranquilidad de Lidia.

Me quedo con las ganas de saber qué quería decirme la pelirroja, pero no tardo en perder el interés, ya que me eclipsan unos increíbles ojos azules. Esta vez se los ha maquillado, marcando

así mucho más su mirada. Lleva el pelo suelto y se lo aparta de la cara, colocándose varios mechones del lado izquierdo detrás de la oreja. Muy a mi pesar, tuve que pedirle que no se pusiera falda ni vestido, pues yo solo dispongo de la moto para desplazarme. Me ha hecho caso y va enfundada en unos pantalones que se ciñen de manera increíble a su cuerpo. En la parte de arriba un jersey en color coral, más largo por detrás que por delante. Está preciosa, sexi, una puta locura para mi cerebro.

—Vaya, estás increíble —le dice la pelirroja.

—Lidia tiene razón. Estás muy guapa.

—Muchas gracias —responde con las mejillas sonrojadas—. Cuando quieras nos vamos. Cualquier cosa me avisas al móvil.

Su amiga afirma con la cabeza y le da un beso en la mejilla. Una vez se separan, le hago un gesto con la mano para que pase delante. Abre la puerta y salimos al rellano. Presiono el botón del ascensor y entonces oímos que cierran. Eso no significa que Lidia no observe a través de la mirilla. Nos metemos en este trasto que tan poco me gusta y, un segundo después de que las puertas se cierren, busco la boca de Rocío y uno nuestros labios. Es un beso suave, tranquilo, un contacto que necesitaba para sentirme mejor, reiniciar mi mente y convencerme de que será una gran noche.

Capítulo 25

Rocío

Su lengua busca la mía con una calma que me aturulla. Me ha pillado desprevenida. Aguardaba este beso, lo deseaba de la misma manera que él, sin embargo, esperaba que fuera más desesperado y no tan tierno. Es diferente a todos los que nos hemos dado, como si estuviera buscando serenidad y templanza. Algo le preocupa y espero que no sea algún comentario que le haya hecho Lidia. A veces, puede ser un poco bocazas. Menos mal que llegué a tiempo y no acabó la frase. No creo que el objetivo de Leo sea romperme el corazón ni siquiera que eso sea posible. Para hacerme daño, tendría que sentir algo más profundo que la atracción por él, ¿no? Por fortuna, mi conciencia está tan centrada en los labios y la lengua de este hombretón, que ni se asoma para dar su opinión.

Cuando las puertas del ascensor se abren anunciando nuestra llegada a la calle, Leo abandona mi boca y da un paso atrás. He echado de menos sus caricias, porque tiene las manos ocupadas por culpa de los cascos de la moto, pero sus ojos oscuros siguen centrados en mí. Le regalo una sonrisa para que, esa pequeña inquietud que veo en ellos se disipe. Quiero que sepa que todo está bien entre nosotros. Es curioso que, aunque hace poco tiempo que nos conocemos, somos capaces de leernos a través de la mirada. Es algo que solo me ocurre con Lidia, pero es que ella y yo hace muchos años que somos amigas.

—¿A dónde vas a llevarme? —pregunta una vez salimos del edificio.

—Es una sorpresa. Solo espero no haberme excedido.

—Mientras tu idea no sea alguno de esos restaurantes en los que se come poco y se paga mucho... Mi economía no me permite demasiados lujos y mi estómago no está para tonterías.

—Punto número uno; nada de lugares caros y, punto número dos; de los gastos me encargo yo. Como compensación por todo lo que has hecho por el abuelo y por mí.

—No estoy muy conforme con el segundo punto.

—Pues mala suerte. Hoy es una noche para nosotros y las reglas las pongo yo —le informo a la vez que le guiño un ojo. Me gustaría que se relajara y dejara de preocuparse por todo durante un rato.

—Bueno, está bien. ¿Tenemos tiempo para un paseo? Me gustaría llevarte a un lugar especial.

—Claro, no hay un horario definido, así que podemos ir a dónde tú quieras —explico mientras recorremos varias calles hasta llegar a su motocicleta. Según él, no se fía de dejarla en el barrio y no me extraña.

Se para delante de una bonita moto color rojo. Tiene pinta de ser antigua, sin embargo, se ve en perfecto estado y eso que yo no entiendo nada de ningún tipo de vehículo. Es más, hoy va a ser la primera vez que me suba a una moto. Leo debe notar la incertidumbre en mi rostro, porque cuando cojo el casco que me ofrece, no hace amago de soltarlo y entorna los ojos al mirarme.

—Nunca te has montado en una moto —afirma. Me muerdo el labio inferior, avergonzada y niego con la cabeza. Espero que eso no sea un impedimento—. Iremos despacio. Solo debes acompañar mis movimientos y dejarte llevar.

—Eso puedo hacerlo.

Sus labios se estiran en una sonrisa de aprobación. Le gusta mi respuesta y decide soltar el casco. Me lo pongo y me ayuda a abrocharlo. Él se coloca el suyo, sube en la motocicleta y sigo sus instrucciones para sentarme detrás. Anclo mis brazos alrededor de su cintura. No pienso soltarlo.

Una vez arranca y se incorpora en la carretera, dejo escapar un grito absurdo que lo hace reír. Lo sé porque su abdomen se mueve. Cumple con la promesa de ir despacio y, aunque pensaba cerrar los ojos para controlar el miedo, no lo hago y disfruto del paseo. Se desplaza por las calles del centro hasta que toma un desvío. Poco a poco vamos dejando atrás el bullicio de la ciudad. Apoyo mi cabeza en su espalda y me relajo. La presión de mis brazos ya no es tan agresiva y una sonrisa de felicidad se extiende por mi cara. Ya se está poniendo el sol y, a medida que vamos subiendo, el paisaje se vuelve más bonito. No sé a dónde me lleva, pero no tengo duda de que me va a gustar.

—Ya casi estamos llegando —informa por encima del ruido de la moto.

Contra todo pronóstico, estoy apenada porque este paseo llegue a su fin. Podría ir aquí sentada, con el cuerpo de Leo delante de mí, muchas horas más. Me emociona saber que todavía queda el descenso, aunque será diferente, porque lo haremos de noche y el panorama cambiará.

Sabía de la existencia de este lugar, sin embargo, jamás me había tomado la molestia de venir. Cuando centras toda la energía en la profesión de tus sueños, al final, poco tiempo libre queda. Y disfrutar de estas pequeñas cosas se traspasa a un tercer o cuarto plano.

Nos bajamos de la moto, me retiro el casco y Leo hace lo mismo. Guarda el suyo en el asiento y de allí saca una prenda de cuadros. Parece una manta. Me libera del casco, colocándoselo en el antebrazo. Sacudo la melena mientras observo a mi alrededor con curiosidad. Estamos en medio de la nada, rodeados de árboles, vegetación y animales. No los veo, pero los oigo. Grillos y pajarillos rompen el silencio del lugar. Mi acompañante me ofrece la mano libre y la uno a la mía. No tengo ni idea de hacia dónde debo ir, así que me dejo guiar. Confío en Leo, casi ciegamente.

—Este lugar es mi zona de confort. Siempre vengo aquí cuando estoy sobrepasado de la rutina y los problemas me bloquean. Por desgracia, últimamente, lo hago más veces de las que me gustaría.

—Es un paraje increíble, Leo. El silencio es…, no tengo palabras. ¿Sueles traer a tus conquistas aquí para impresionarlas?

—No soy un hombre de conquistas ni tampoco de relaciones. Sexo libre y sin compromiso. Así que nunca he tenido la necesidad de traer a nadie.

—Vaya, ¿y por qué yo? —Se para un momento y nuestras miradas conectan, provocando ese habitual cosquilleo en mi barriga. Trago saliva, quizás me he excedido.

—Te pareces mucho a mí, ¿sabes? —Elevo las cejas, sorprendida, pero lo dejo seguir—. Solemos anteponer al resto del mundo antes que a nosotros. Preferimos la felicidad de la familia a la nuestra propia. Nos olvidamos, demasiado a menudo, que para ayudar a los demás, primero tenemos que estar bien nosotros. En mi caso no es así, ¿y en el tuyo?

Vuelve a reiniciar la marcha sin esperar respuesta. Me deja meditando sus palabras. Tiene

razón, maldita sea. El trabajo, papá, Sara, Einar, el abuelo incluso a Lidia los priorizo por encima de mí. Pero eso no está mal, ¿no? Ay, estoy hecha un lío.

—Ya hemos llegado.

La voz de Leo me saca de mis pensamientos. Me coloco delante de él y abro mucho los ojos ante la estampa que recibo. Se ve gran parte de la ciudad y, desde aquí arriba, da la sensación de que dominas el mundo. El sol ya se empieza a poner y pronto será de noche. Sonrío al imaginarme la multitud de luces que envolverán la urbe. Todo un espectáculo.

—Leo, esto es una maravilla —le comento emocionada. Él no ha dejado de mirarme, observando en silencio mi reacción.

—Desde aquí arriba me siento poderoso —confiesa—. El aire es puro y puedo dialogar conmigo mismo sin interrupciones. No tengo que darle explicaciones a nadie y, por un rato, me olvido de todos los problemas.

—Eso está muy bien, lo malo, es que después hay que regresar a la realidad.

—Sí, pero lo hago con la mente clara y despejada —me explica mientras extiende la manta —. Si no tuviera estos momentos de calma, estaría loco, al borde de realizar alguna tontería.

—Gracias por compartir tu rincón secreto conmigo.

—No es nada. Solo espero que a ti también te ayude.

Estoy a punto de recriminarle que apenas me conoce y no sabe qué sucede en mi vida, no obstante, no lo hago. Puede que tenga algo de razón, solo un poco, aunque la suficiente para hacerme entender, que no pierdo nada por intentar relajarme.

Lo que está claro es que, mi manera de vivir no se asemeja a la suya. No ha sido un camino de rosas, pero nunca me ha faltado de nada. La posición social de mi familia es buena, lo que ha ayudado, y mucho, a que yo pudiera estudiar una carrera, vivir en un barrio tranquilo y en una gran casa. Tener mi propio piso, el móvil de última generación y un vestidor lleno de ropa, de la que hay alguna que sigue con la etiqueta.

Leo lucha cada día por ayudar a su familia económicamente. Su madre trabaja muchas horas con el objetivo de que la comida no falte. Viven en un piso pequeño para los cinco, no ha podido estudiar, porque se puso a trabajar muy joven y su prioridad no es, ni de lejos, tener mucha ropa en el armario. Nada de lujos, sí de problemas. Y, lo peor de todo, viven en un barrio en el que siempre estás en tensión por culpa del Pantera y sus secuaces.

Mi cita se sienta y palmea un lugar a su lado para que yo haga lo mismo. Obedezco. El ambiente es agradable, a pesar de la altura y de que se hace de noche. Apoyo los antebrazos en la manta, elevo el rostro y cierro los ojos, dejándome envolver por la suave brisa y el aire limpio.

—¿Cuéntame algo de ti que nadie sepa? —le pido mirándolo. Me apetece conocer más a fondo a este hombre que me acompaña. Antes de contestar, se coloca en la misma posición que yo.

—No tengo secretos, pero poca gente sabe que me gusta mucho dibujar.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—Mi ignorancia asocia que ser mecánico es una profesión brusca, fuerte. Para dibujar hay que tener delicadeza.

—Poseo las dos cosas —replica haciéndose el ofendido.

—Eres todo un partidazo, Leo. Tanto arreglas una moto, como un grifo, dibujas, sabes cocinar. Las mujeres se te deben rifar.

—Nada comparado con un premio en arquitectura —responde obviando mi comentario.

—¿Cómo sabes eso? No me digas que me has estado investigando.

—Por supuesto. Te he traído aquí arriba, dónde nadie puede oírnos si chillamos. —Y eso hace, provocando que dé un salto debido al susto y a continuación una carcajada nerviosa—. Tendría que asegurarme de que no eras una asesina o una mujer que estuviera obsesionada con los mecánicos de motocicletas. Valoro mi vida, aunque no sea muy interesante.

—¿Eso pensaste la primera vez que me viste? Esta tía tiene pinta de ser peligrosa —contesto con voz tenebrosa.

—Algo así, sí. —No puedo reprimir darle un manotazo de reproche. Antes de tocarlo, retiene mi mano y tira de ella. Leo acaba tumbado y yo encima de su pecho. Me acomodo. Aquí se está de lujo.

—La verdad es que don Ramón se siente tan orgulloso de su nieta que lo va pregonando con ilusión. Se lo contó a mi madre y ella a nosotros. Enhorabuena por ese premio. No tengo ni idea de arquitectura, pero estoy convencido de que es importante.

—Lo es. Además, he desbancado a mi padre, en la persona más joven que lo ha ganado —le cuento con satisfacción—. Han sido unos meses complicados de mucho trabajo y días de querer mandarlo todo al carajo, pero ha valido la pena.

—Me lo imagino. Y ahora te toca a ti contestar, ¿algún secreto inconfesable? —Levanto la cabeza y apoyo la barbilla en la mano, que tengo en su pecho, a fin de poder mirarlo. Me sonríe —. Yo te he abierto mi corazón.

Menudo descarado. Entrecierro los ojos, para que sepa que, contarme que tiene una afición, no significa que se haya abierto en canal. No sé qué explicarle, soy una mujer sencilla. Pienso, pero sus dedos se pasean por mi cuello y el tacto provoca que la piel se me erice y no sea capaz de concentrarme como es debido.

—¿Y bien? —insiste.

—Es una tontería —indico para que no se haga muchas ilusiones—. Me encantaría hacer un crucero, pero me da miedo el mar abierto. Así que es un sueño complicado de cumplir. Solo lo sabe mi padre, Lidia y ahora tú. Es un secreto importante, así que espero que respetes la confianza que te ofrezco.

—Me has dado carnaza para ir a los programas de la televisión cuando te hagas famosa.

Abro mucho la boca, haciéndome la ofendida por el comentario. Debe pagar por su desfachatez. Con un movimiento rápido me coloco a horcajadas encima de él y llevo mis dedos a sus sobacos y al pecho. Me sorprende que, alguien tan grandote y serio como Leonardo Medina se retuerza debido a las cosquillas. Aprovecho la superioridad. Y aplico mi venganza, aunque la satisfacción me dura poco porque, cuando me despisto un segundo, Leo asume el control tumbándome en la manta y colocándose en la misma posición que ocupaba yo hace un momento, pero a la inversa.

—¿Ese era otro de tus secretos? —le pregunto, resollando, mientras intento recuperar la normalidad de mi respiración.

—Pues sí. ¿Qué voy a hacer ahora contigo, Rocío Scott?

—Siempre puedes sobornarme o secuestrarme y pedir un rescate —susurro.

El rostro de Leo está tan cerca del mío, que observo, sin problema, cómo se dilatan sus pupilas. Me mira con atención, buscando si hay algún tipo de incomodidad en mis gestos. No va a encontrar nada que nos sea deseo y ganas de que vuelva a besarme. Me da igual si lo realiza de

manera pasional, como sucedió en el taller o más pausada, como hace un rato en el ascensor. Solo quiero volver a sentir su boca en la mía para notar ese burbujeo en el estómago y el ardor por todo mi cuerpo. Ya no hay duda de que este hombre es un auténtico peligro para mi cordura.

Capítulo 26

Leonardo

La observo desde arriba. Una posición de poder que me permite dominar la situación, aunque estoy convencido de que su cuerpo no opondrá ningún tipo de resistencia. Tiene las pupilas dilatadas y su respiración acelerada. Sonríe, gesto que provoca que mis ganas de ella se acentúen de manera considerable.

—No sé qué me pasa contigo —le confieso.

—¿Qué te parece si lo averiguamos juntos?

Su frase es la señal que esperaba para dejar de reprimir mis ganas de ella. Sé que este no es el lugar indicado para desatar mi locura, pero me sirve para empezar por sus labios. Uno nuestras bocas en un beso profundo. Mi lengua no pide permiso y busca la suya, que no tarda en dejarse querer. Intento controlar mis manos o después no seré capaz de parar. Rocío se entrega a mí, demostrándome así que sus ganas están equiparadas a las mías. No sé si esto que hacemos es correcto, aunque una parte de mi cerebro no para de recordarse que solo es deseo y pasión. Sin embargo, hay una especie de alerta que no me permite bajar la guardia. He besado a unas cuantas mujeres y nunca he tenido esta sensación que me comprime el esternón e impide que mi cabeza razone con la cordura necesaria. Mis pensamientos me llevan a bajar el ritmo y hacer que el beso pierda intensidad hasta que rompo nuestro contacto.

—¿Qué sucede? —pregunta Rocío, que es una mujer inteligente y se da cuenta de qué algo me inquieta.

—Debemos parar, porque este es un lugar público y nos puede ver cualquiera. Si continúo, no sé si después podré controlarme. —Le doy un beso casto y salgo de encima de su cuerpo, poniendo distancia. Parece que mi respuesta la convence. Decirle la verdad me dejaría demasiado expuesto.

—¿Sueles venir aquí a menudo? —indaga. Un buen cambio de tema para romper el momento incómodo que se había instalado entre nosotros.

—Más de lo que me gustaría. No hay duda de que es un lugar precioso, sin embargo, a mí me sirve para evadirme de los problemas, así que, si vengo mucho, es porque las cosas no van bien. ¿Cómo sueles distraerte de aquello que te inquieta?

—Voy a casa de mi padre. —Me giro y la miro sorprendido. Rocío se ríe—. Hablar con él me reconforta, y estar con mi hermano también, pero lo que más me gusta es sentarme en un cenador que hay en el jardín. En primavera y verano se rodea de flores, en otoño se llena de hojas caídas de los árboles que lo invaden y en invierno, papá instala un calentador y ponen varias mantas. Además, Sara ha colocado unas pequeñas luces en el techo y, cuando oscurece, da la sensación de estar en medio de un cielo abierto, cubierto de estrellas o rodeada de luciérnagas.

—Por lo que dices, debe ser un lugar perfecto para escabullirse un rato de la realidad.

—Lo es. Ahora no me iría mal pasarme por allí y estar unas cuantas horas. El tema del

abuelo me tiene bastante preocupada.

—Acabará entrando en razón. Ya lo verás.

—Eso espero —responde a la vez que suelta un suspiro.

—¿Quién es Sara?

—La mujer de mi padre. Es maravillosa. Algo cotilla y efusiva, pero tiene un gran corazón. Al principio tuve mis dudas, porque encajar en una familia rota no es sencillo. Sin embargo, fue capaz de hacerse un hueco y no solo en el corazón de mi padre, sino también en el mío. Nunca intentó ocupar el lugar de mi madre y le estoy muy agradecida por eso.

—Siento mucho tu pérdida.

—Gracias. Fue muy duro continuar sin su presencia. Yo todavía era una niña y me hacía demasiada falta. No entendía por qué le tocó marcharse a ella si era una mujer buena. Así que me rebelé contra el mundo, incluido mi padre. Al que no le fue sencillo batallar con mi enfado y mi rabia.

—Viéndote ahora, nadie diría que fuiste una niña mala —la provoco.

—No hice nada ilegal, si es lo que piensas —asegura rodeándose las rodillas con los brazos y apoyando la mejilla en una de ellas—. Solo gruñía, contestaba de malas maneras y no le hacía caso a mi padre. Aún no entiendo que me siga queriendo tanto, después de todo lo que le hice sufrir.

—Porque en el fondo eres buena. No debe ser sencillo perder a una madre siendo tan joven. Yo no sé qué haría si me faltara la mía. Solo de pensar que puedo perderla…

—No la conozco lo suficiente, pero Elena desprende energía y un amor incondicional por las personas a las que quiere. Si el abuelo fuera más joven, estoy convencida de que no dudaría en tirarle los tejos. Menudo es.

—Mamá es puro corazón y no se merece tener que luchar tanto por nosotros. Apenas tiene vida. Desde que mi padre sufrió el accidente, Lo único que hace es trabajar.

Mi tono de voz deja claro lo mal que llevo que mi progenitora se pase el día deslomándose para sacar adelante a la familia. Es un tema que me afecta mucho y del que no suelo hablar con nadie. ¿Por qué se lo cuento a Rocío? Porque ella, con su dulzura, me da pie a abrirle mi corazón. Cuando estoy cerca de esta mujer, actúo de forma rara. Para empezar, jamás he traído a ninguna otra persona a este sitio, mi lugar secreto. Tampoco suelo hablar de mi vida privada con el sexo femenino. Con ellas hay un solo objetivo y se llama follar, por lo mismo, nunca he pedido una cita. No hay duda de que, a pesar de que mi mente intenta engañarse, mi interés por Rocío va más allá de un polvo. Y la simple idea me da un miedo de cojones. Apenas tenemos algo en común. Su vida no se parece en nada a la mía. Ella está muy por encima, no solo a nivel económico, también es inteligente y una persona destacada en su profesión. ¿Qué podría ofrecerle yo?

—¿Qué le pasó a tu padre? —pregunta comedida mientras sus dedos juguetean con los míos en un gesto de apoyo moral.

—Por un problema con los materiales, uno de los muros de la obra en la que trabajaba cedió aprisionándole el brazo. Dentro de lo que cabe, tuvo suerte, porque solo fue un miembro. Si lo hubiera pillado entero, ahora no estaría entre nosotros —explico con la mirada fija en las luces que iluminan la ciudad. Ya ha anochecido. Sus dedos no han dejado de acariciarme y ese contacto me da el coraje para seguir—. A veces pienso que habría sido mejor si se hubiese muerto en el accidente. Sé que mis palabras son duras, pero no te imaginas el sufrimiento que

nos genera que esté en casa, vagando como un alma en pena, compadeciéndose por su mala suerte y gastándose el dinero que no tenemos en partidas de cartas o las máquinas tragaperras.

—Vaya, no sé qué decirte.

Giro la cabeza y, a pesar de la poca visibilidad, aún consigo ver el precioso color azul de sus ojos. Le brillan de emoción y eso hace que mi corazón bombee con más fuerza. Necesito salir de aquí, cortar este momento tan íntimo que se ha creado entre nosotros.

—Ha empezado a refrescar. Será mejor que nos marchemos —indico rompiendo el contacto de nuestros dedos y poniéndome en pie.

—Sí, claro. —Rocío me imita.

Enciendo la linterna del móvil para iluminar el camino de vuelta a la moto. Lo hacemos en silencio. Se ha instalado cierta incomodidad entre nosotros y sé que es culpa mía, pero no puedo evitarlo. Me he expuesto demasiado.

Nos colocamos los cascos, subimos a la moto y ponemos rumbo de nuevo al bullicio de la ciudad. Durante el trayecto, mi cabeza no deja de valorar lo que ha sucedido en la colina. En un momento de flaqueza, a punto estoy de dar por concluida la dichosa cita y volver cada uno a su casa. No lo hago. La rabia me lo impide y llego a la conclusión de que nadie tiene que condicionar mi vida, ni siquiera mis padres. Debo disfrutarla y pensar en mí, aunque solo sea una noche cada cierto tiempo. Y esta será una de ellas.

—¿A dónde vamos? —le pregunto por encima del ruido de la moto.

—¿Sabes ir a la plaza central?

—Sí, claro.

—Pues dirígete hacia allí.

Obedezco mientras serpenteo entre los vehículos que se mueven por las carreteras. Me apunto felicitar a Rocío, porque para ser la primera vez que se sube a una moto, lo ha hecho francamente bien. Su agarre es tenso, pero sin una presión excesiva y se ha adaptado a la perfección a mis movimientos. No hay duda de que es una chica lista y aprende rápido.

Me da instrucciones y callejeo siguiendo sus órdenes hasta que llegamos delante de un *parking* privado. Rocío se mueve detrás de mí y la puerta se abre con un sonido metálico.

—La plaza quince —señala.

Entro con cautela y busco con la mirada el número indicado. Me detengo frente a un coche negro, elegante y caro. Rocío se baja y una vez se quita el casco, me dice que la puedo dejar justo delante del vehículo.

—No es por nada, pero me estás dando un poco de miedo. ¿Debería avisar a mi familia de dónde estoy para que encuentren mi cadáver por si decides asesinarme?

—Ya sé que esperabas un restaurante, no obstante, he pensado que estaríamos más tranquilos en mi piso. Nada de gente ni interrupciones, aunque si es muy atrevido… —se excusa en una actitud de lo más sensual. Maldita mujer.

—Está bien así —aseguro.

Me matan las ganas de desnudarla, de saborear su cuerpo, palmo a palmo y no pienso perder la oportunidad de hacerlo posible. Ella está tan interesada como yo o no me hubiera invitado a su casa, ¿verdad?

Cuando Rocío abre la puerta de su piso, a punto estoy de soltar un silbido y eso que solamente he visto la entrada. Un pasillo con las paredes color marfil, un perchero que debe de ser de diseño y costar un quintal y un pequeño mueble donde deja las llaves y el bolso.

—Ven, te voy a hacer un *tour* por la vivienda —propone cogiéndome de la mano.

A medida que nos adentramos, más miedo me da pisar ese suelo limpio y brillante. En el salón todo tiene un sentido y está en el lugar indicado. Parece uno de esos pisos de muestra, los que te enseñan cuando te interesa comprar uno de los que todavía no están terminados. Priman los tonos claros y monótonos. No hay nada que desentone o resalte aparte de la enorme televisión. Trago saliva y me mantengo rígido. Miedo me da tropezarme con alguna de las cosas que adornan la estancia y tener que vender un riñón para pagarla.

—Mira, esto es lo que más me gusta del piso —comenta, entusiasmada mientras me arrastra hacia un ventanal. Abre la puerta y se asoma al exterior, donde nos recibe una increíble terraza.

—Vaya, es más grande que mi habitación —digo con un tono de voz burlón. Nuestras miradas se encuentran y la ilusión ha desaparecido de su rostro dando paso a un rastro de tristeza.

Me estoy comportando como un auténtico capullo y no se lo merece, sin embargo, tengo la sensación de que me ha traído para restregarme por la cara todo lo que tiene y de lo que yo carezco. Seguro que no es así y solo se trata de esa inseguridad que arrastro desde hace tantos años, pero…

—Voy a mirar si me han dejado la comida —apunta. Esta vez no me coge de la mano ni me pide que la siga. Mierda.

—Rocío… —No hace caso a mi llamada, así que no dudo en perseguirla. La alcanzo una vez entra en la cocina. Cojo su brazo y la hago frenar—. Lo siento, ¿vale?

—Mira, a lo mejor esto es un error. Quizás no debería haberte traído. Pensé…, bueno da igual. Si tan incómodo estás, puedes irte cuando desees.

—No quiero irme —susurro muy cerca de su oído—. Las personas con las que interactúo no tienen pisos tan impresionantes. Me ha pillado por sorpresa.

—Llevo mucho tiempo trabajando duro, Leo. Me he ganado esta posición social. No voy a disculparme por tener dinero y vivir bien.

—Lo entiendo y lamento mi actitud de mierda. Prometo comportarme —aseguro mientras la elevo por la cintura y la siento en la isla que adorna la gran cocina—. ¿Me perdonas?

—Tendrás que esforzarte más para ganarte mi perdón —me advierte haciendo un mohín gracioso con los labios.

Mi miembro brinca en el interior del pantalón, emocionado. Los brazos de Rocío se enroscan en mi cuello y yo intento controlar las ganas de besar esa boca tan perfecta. Avanzo la cabeza, para cumplir mi deseo, pero Rocío tira la suya hacia atrás, evitando que nuestros labios se junten. Entorno los ojos, haciéndome el ofendido por el desplante.

—Si no me dejas, será complicado redimirme.

—¿Cuál es tu plan, Leonardo Medina?

Joder. Todo mi cuerpo se enciende al oír mi nombre completo con ese tono tan sugerente que ha empleado. Está jugando conmigo, y yo también sé hacerlo. Veremos quién gana la partida.

—Primero, te voy a comer esa bonita y provocadora boca que tienes. Buscaré tu lengua y no pararé hasta que me supliques que lo haga. Besaré tu cuello, la clavícula y uno de esos pechos que tan bien encajan en mis manos. Te despojaré de la ropa para ver cómo se te erizan los pezones con mi contacto. Disfrutaré mordiéndolos, lamiéndolos, besándolos… ¿Quieres que siga?

—Casi prefiero que actúes —responde acompañando sus palabras con un gemido que

resuena en mi interior, provocándome cosquillas en el estómago, a la vez que acelera mi corazón ya desbocado.

Me lanzo a su boca y ejecuto mis pasos tal y como se los he narrado. Sus manos se unen a la fiesta con las mías y los dos acabamos con el torso desnudo. Tiene la piel tersa y suave. Es perfecta, tal y como imaginaba. La beso con ansia mientras enmarco su cara y mis pulgares acarician sus mejillas. Me separo y busco su mirada. El azul intenso de sus ojos casi ha desaparecido por culpa de la dilatación de su pupila, pero sigue estando ahí y me produce la misma sensación de siempre. Uno mi frente a la suya, para intentar calmar mi respiración antes de que me dé un ataque al corazón. Aquí, en mitad de una enorme cocina, con los dos medios desnudos, me doy cuenta de que estoy perdiendo la cabeza por esta mujer. Que ella no es un simple polvo y ya. Será complicado salir de este lío, porque mis ganas de Rocío chocan con su mundo y el mío. Estoy bien jodido.

Capítulo 27

Rocío

Mis dedos se aferran a las sábanas y elevo las caderas, dejándome llevar por el maravilloso orgasmo que se apodera de mi cuerpo. Gimo y balbuceo su nombre mientras él entra y sale de mi interior buscando su propio placer. No tarda en conseguirlo y un gruñido animal resuena en las paredes del dormitorio. Hunde la cara en mi cuello y me encojo al notar las cosquillas. Se incorpora en los codos y me mira desde arriba. Sus ojos oscuros brillan y una bonita sonrisa tira de sus labios, aflojándome todos los huesos. Fantástica manera de empezar el día.

—Así que tienes cosquillas en el cuello —afirma mientras sus dedos juegan con varios mechones de mi pelo.

—Me has pillado con la guardia baja.

—Entonces, si vuelvo a acercar mi nariz aquí…

Encojo los hombros y me río a la vez que mis manos se sitúan en sus costados en busca de ese punto en el que podré tener el control. Se retuerce y consigo que se mueva hacia un lado, para no chafarme. Me encaramo a su cuerpo y lo miro desde arriba. Sitúa uno de sus brazos detrás de la cabeza, en una posición de lo más chulesca. Con la mano libre, busca un mechón de mi pelo y lo aparta de mi cara. Su dedo índice me recorre la mejilla, se pasea por la boca y baja hasta la mandíbula. Cierro los ojos al notar que continúa su camino y roza mi pecho consiguiendo que la piel se me erice y mis pezones se dejan ver sin ningún tipo de pudor.

—Eres preciosa, joder —dice con la voz ronca.

Sus palabras provocan que abra los ojos y nuestras miradas impactan. La respiración se me altera y la intimidad que se crea entre nosotros empieza a darme un poco de miedo. El motivo es simple; podría querer mucho más de este hombre, a pesar de todo lo que nos separa. ¿Habría alguna forma de complementar nuestros mundos? Leo nota mi inquietud y baja la mano descansándola en mi muslo.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta comedido. Sé que él no desea irse y me conmueve que esté dispuesto a hacerlo si yo se lo pido. ¿Quiero que se marche? Un no rotundo.

—Yo estoy bien aquí contigo, pero si tú quieres…

Niega con la cabeza a la vez que se incorpora conmigo encima y apoya su espalda en el cabecero de la cama. Esta posición es mucho más íntima, ya que nuestros sexos están en contacto, igual que los pechos. Rodeo sus caderas con mis piernas y mis brazos cobran vida propia para situarse en su cuello. Nuestros cuerpos se activan de nuevo, a pesar de que hemos estado parte de la noche descubriéndonos, gozando, llevándonos al límite. Apenas he dormido unas tres horas, sin embargo, no tengo sueño, solo ansias de tocarlo y seguir explorando estos sentimientos que se me agolpan en el estómago cada vez que sus manos repasan mi cuerpo o sus labios me saborean.

—No sé qué me pasa contigo, que no soy capaz de saciarme de ti. Me has pervertido, nena.

Desde que te conozco, solo pienso en desnudarte e introducirme en tu cuerpo. Me encanta notar como tiemblas cuando te corres. —Sus labios buscan los míos y nos dejamos llevar de nuevo.

Las caricias me abrasan la piel y los sentimientos bloquean mi alma. Estoy perdida. ¿Qué voy a hacer cuando esta euforia termine? Bloqueo estos pensamientos tan negativos y me vuelco en transmitirle a través de las caricias lo que no soy capaz de decirle con palabras.

El roce de su miembro, duro como una piedra, en mi clítoris me vuelve loca. Roto la cadera con lentitud y lo oigo sisear. Sus dientes capturan uno de mis pezones y ahora soy yo la que gimo de placer. Leo alarga la mano y coge un nuevo preservativo de la mesita. Me retiro un poco para que se lo coloque. Nuestras miradas siguen enlazadas y un beso profundo me avisa de que ya está preparado. No pierdo el tiempo, oriento su polla y me dejo caer hasta que me llena por completo. Los dos jadeamos, sobrepasados y nos movemos con calma. Un sexo tranquilo, profundo, repleto de… cariño. Un polvo diferente a todos los anteriores, ni mejor ni peor. La lentitud me mata e intento acelerar el movimiento, aunque las manos de Leo me frenan.

—Si te mueves más rápido, será el fin. Y no quiero acabar antes que tú —advierte.

—Estoy a punto. Así que deja que me mueva a mi antojo —refunfuño. Sus labios se curvan con malicia.

—Entonces lo haremos juntos. ¿Estás preparada? —Asiento con la cabeza y jadeo al notar que su pulgar se mueve en mi clítoris.

—¡Dios mío!

No me da tiempo a informar de la llegada del placer, pero Leo percibe el temblor de mi cuerpo y se libera conmigo. Nunca había tenido tanto sexo en tan pocas horas. No tengo muy claro que sea bueno, no obstante, me siento fantástica. Dejo que mi cuerpo caiga hacia delante y mi compañero de cama me envuelve con sus brazos. Tenemos las respiraciones alteradas, los ojos brillantes y el semblante relajado.

Sería magnífico quedarse así un ratito más, sin embargo, nuestro momento de dicha se ve interrumpido por la entrada de alguien en mi piso. Es domingo, así que la señora que mantiene la vivienda limpia no puede ser. ¿Entonces? Levanto la cabeza del hombro de Leo y los dos nos miramos, sorprendidos.

—¿Y si todavía está dormida? —pregunta la voz infantil de mi hermano.

—Mierda —gruño y salto de la cama con tanta rapidez, que a punto estoy de caerme de bruces por culpa de la sábana asesina.

—Primero vamos a preparar el café y el chocolate y después la despertamos, ¿vale? —le responde su madre.

—¿Quiénes son? —susurra Leo, preocupado.

—Sara y mi hermano —indico mientras le lanzo el calzoncillo y él lo coge al vuelo—. Vamos, vístete, no quiero que nos pillen en pelotas.

—Pero…

—Mira, será mejor que no salgas. Si te ven, tendré que dar explicaciones y la verdad es que no me apetece. —Doy varios saltitos a la vez que me pongo unas mallas y mi camiseta preferida, que ha tenido mejores momentos—. Intentaré que se vayan lo antes posible.

Abandono la habitación sin dejarlo contestar. Cierro la puerta a mi espalda y me apoyo en ella para intentar recuperar el aliento. Esto no me puede pasar a mí. Sara y Einar rara vez vienen al piso o, si lo hacen, avisan antes de entrar. ¿Qué ha sucedido en esta ocasión? ¿Estará también mi padre? Me imagino que no, porque no he oído su voz.

Me acerco hasta la cocina y entro fingiendo un bostezo. Los dos visitantes me observan y después intercambian una mirada entre ellos. Quizás he sobreactuado un poco.

—Buenos días. ¿Qué hacéis aquí tan pronto? Y ¿por qué no habéis avisado? —pregunto aparentando indiferencia.

—Casi son las once y mamá te ha enviado un mensaje —responde el sabiondo de mi hermano. Mierda.

—Estuve trabajando hasta muy tarde y como no tenía nada que hacer, pues he dormido un poco más —miento—. Lo siento, no he visto el mensaje.

Einar se acerca a mí y me abraza por la cintura. Le doy un beso en el pelo y sonrío una vez se separa.

—Mamá va a hacer chocolate y hemos traído churros rellenos de crema. Como a ti te gustan.

—¿Estás bien? —pregunta Sara—. Pareces algo acalorada y tienes ojeras.

Me llevo las manos a la cara, para ocultar el rubor de mis mejillas. Debería haberme mirado en el espejo antes de salir. Le sonrío de manera tímida intentando no parecer culpable.

—Mucho trabajo, ya sabes. Conseguir un premio tiene sus cosas positivas, pero también negativas.

—Hablaré con tu padre. No es normal que le dediques tantas horas a tu profesión. Eres joven, Ro. Deberías poder disfrutar más de la vida. Salir con tus amigos, tener citas… —Me guiña un ojo de forma pícara, gesto que me hace sonreír.

—Muchas gracias por preocuparte, Sara. Solo debo organizarme mejor. Eso es todo. No le digas nada a papá, porque después me trata como si fuera a romperme.

—Está bien, pero estaré pendiente de ti. Si veo que te excedes, no dudaré en interceder.

—Mami, voy al baño, que tengo pis —informa Einar dando saltitos. Me tenso un poco al pensar en mi hermano moviéndose por el piso. En otras circunstancias no me importaría.

—Ves al baño del pasillo, el de mi habitación está averiado —suelto para evitar que acabe husmeando donde no debe.

—Vale.

—¿Qué le ha pasado?

—Se ha atascado —respondo con rapidez. Sara pone cara de asco y se gira para remover el chocolate una vez apaga el fuego.

No pierdo la vista de la puerta de la cocina mientras pongo la mesa para el desayuno. ¿Qué narices estará haciendo mi hermano y por qué tarda tanto en mear? Espero que me haya hecho caso y no se meta donde no debe. Mis pulsaciones empiezan a alterarse por culpa de su tardanza. A ver si aparece, cuanto antes desayunemos, antes se marcharán. Esta situación es de lo más surrealista. Eso me pasa por traer hombres al piso, aunque la verdad es que es la primera vez que lo hago. Menuda suerte que tengo.

—¡Mami! —chilla Einar alarmado. Las dos nos ponemos en alerta—. Hay un hombre en la habitación.

—¡Ay, Dios mío! —brama Sara, asustada mientras sale de la cocina en busca de su hijo.

—Tranquila, es un amigo —comento detrás de ella, pero está tan preocupada que no me hace ni caso. Es más, cuando recorre el pasillo, coge una estatua de bronce, que decora una de las esquinas, a modo de arma.

—¡Suelta a mi hijo o lo pagarás muy caro! —Accede al cuarto sosteniendo el objeto en alto.

Llego justo detrás de ella y la escena es de lo más cómica. Leo está de pie, cerca de la cama, con los brazos levantados a modo de rendición. Einar se encuentra al lado de la puerta. Sus manos reposan en las caderas y tiene cara de enfado. Debería estar asustado, pero mi hermano es así de valiente.

—Creo que hay un malentendido —interviene Leo con precaución—. Díselo, Rocío. No soy ningún ladrón y tampoco he venido a retener a nadie.

—Vamos, Sara. Deberías bajar la estatua. Leo es un amigo mío.

Mi madrastra echa un vistazo a la habitación y casi puedo ver cómo sus circuitos neuronales trabajan. Su mirada pasa de la cama deshecha, a la ropa esparcida por el suelo o varios envoltorios de preservativos que descansan en la mesita. Menos mal que a Leo le ha dado tiempo a vestirse, aunque le faltan los calcetines.

—¡Oh, vaya! —balbucea Sara. Coloco una de las manos en el brazo para que baje la estatua y no opone resistencia.

—¿Habéis dormido juntos? —pregunta Einar muy oportunamente.

—No, claro que no —informo. Le pido disculpas a Leo con la mirada mientras él apoya la respuesta negando con la cabeza. Es una mentira a medias, porque dormir, lo que se dice dormir, lo hemos hecho poco.

—Está descalzo —señala mi hermano.

Le doy un leve codazo a Sara para que reaccione, porque se ha quedado boba con la mirada fija en Leo. Ahora necesito que se encargue de su hijo. El niño no es tonto y como pregunte por los envoltorios, a ver qué narices le contesto. Suerte que hemos ido desechando los condones usados o están envueltos en varios pañuelos, bien camuflados.

—Siento mucho la interrupción y la amenaza. Si Rocío me lo hubiese dicho, nos ahorraríamos el mal trago —reclama mi madrastra una vez recobra la lucidez—. Bueno, será mejor que nos vayamos.

—Pero si todavía no hemos desayunado —refunfuña Einar a la vez que cruza los brazos en el pecho, enfadado.

—No tenéis que marcharos. Soy yo el que no debería estar aquí. Acabo de vestirme y me voy, tengo cosas que hacer.

Sara se gira y me mira con cara de pocos amigos. Me muerdo el interior de la mejilla, sintiéndome culpable, aunque solo lo justo. Ellos no deberían entrar en mi piso sin permiso, así que, no soy la única responsable de que se haya generado esta situación.

—Vamos a acabar de preparar el desayuno, cielo.

Cuando los dos se marchan de la habitación, cerrando la puerta a su espalda, suelto el aire que contenían mis pulmones. Leo se deja caer en la cama, aliviando su cuerpo de la tensión del momento. Espero que no se haya enfadado conmigo por lo sucedido. Aunque ahora, visto de manera relajada, ha sido un instante de lo más cómico. Llevo mi mano derecha a la boca a fin de disimular la sonrisa que pugna por aparecer. Leo eleva la cabeza y entrecierra los ojos al darse cuenta de mi contención.

—Ni se te ocurra reírte —me suelta. Y es el pistoletazo de salida para que deje de reprimirme y una carcajada retumbe en las paredes de la habitación—. A mí no me hace ni puñetera gracia.

—Lo siento. —Mis disculpas salen entre las risas, y ahora es él quien intenta dominarse. A

pesar de que se hace el enfadado, no dudo en sentarme en su regazo y rodear su cuello con mis brazos—. Han aparecido por sorpresa. He intentado controlar la situación, pero se me ha ido de las manos.

—Menos mal que ya estaba vestido. Me muero si tu hermano me llega a pillar en calzoncillos.

—Está acostumbrado a vagar por el piso. Tenía pis, no podía retenerlo. Es una pena que la cita no haya acabado de la mejor manera.

—A pesar de este contratiempo, ha sido espectacular.

Cada vez es más difícil desviar mi mirada de la suya. Me tiene absorbida. Ha conseguido removerme muchos sentimientos que estaban dormidos o que ni siquiera sabía que podía sentir. Acerco mis labios a los suyos y nos dejamos llevar por un beso tranquilo, de esos que saben a despedida, aunque también a nos vemos otro día o a, tengo más ganas de ti.

—¿Quieres quedarte a desayunar? —le pregunto una vez separamos nuestras bocas.

—Muchas gracias, pero creo que por hoy he tenido las dosis suficientes de emociones. Nos vemos otro día, ¿vale?

—Me encantaría.

Termina la charla con un beso casto en los labios y me levanto para que pueda acabar de vestirse. Observo sus movimientos y me doy cuenta de que no quiero que se vaya, de que no me importaría pasar con Leo todo el domingo. Esto no debería suceder, pero ¿a ver quién narices le pone freno ahora?

Capítulo 28

Leonardo

Una vez subido a la moto y después del bochorno que acabo de pasar en el piso de Rocío, decido ir a dar un paseo con el objetivo de centrar mis ideas. No sé si estoy preparado para el interrogatorio que me espera en casa por parte de mis hermanos o mi madre. Solo hay que ver las respuestas obscenas que recibí de Nico al decirle que no iría a dormir. Un simple aviso para que no estuvieran preocupados, se convirtió en palabras alentadoras de un cavernícola que mejor no comentar.

Dejando a un lado al payaso de mi hermano, lo que más me inquieta ahora es cómo gestionar todo lo que ha sucedido durante esta noche con Rocío. No tengo palabras para clasificarlo. Siempre he disfrutado del sexo, sería absurdo decir lo contrario, sin embargo, con esta morena de ojos color del zafiro, ha sido de otra dimensión. Daba igual que folláramos de manera salvaje o más calmada, las sensaciones son las mismas: una enajenación completa. Y lo peor de todo, es que no he conseguido saciarme de ella. Me siento un auténtico iluso, porque pensaba que una vez que hubiera gozado de su cuerpo, este cosquilleo en el estómago y el deseo que sentía por Rocío, se evaporarían sin más. Con otras mujeres ha sucedido así, ¿qué cambia ahora?

«Estás jodido, Leonardo Medina», susurra esa voz molesta de mi cabeza. La odio, porque siempre tiene razón y en esta ocasión no iba a ser menos. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que Rocío Scott me importa de una manera profunda. Quizás no esté enamorado. Ni siquiera sé lo qué se siente al estarlo, nunca me ha pasado antes, pero esta presión en el pecho cada vez que pienso en ella —que suele ser demasiado habitual—, me demuestra que no es un rollo pasajero. O por lo menos, no me gustaría que así fuera.

Debo ser sincero conmigo mismo y, por mucho que me duela admitirlo, he puesto los ojos en una mujer que no es para mí. Quizás no debería olvidarme de eso. Puedo pasarlo bien con ella mientras no se canse de mí, sin embargo, tendría que hacer algo con mi corazón. Quizás blindarlo para que no sienta más de lo estrictamente necesario y acabe roto, cuando Rocío se dé cuenta de que no estoy a su altura. Soy un mecánico de motos, con una vida complicada y una posición social muy lejos de la suya. Tengo que asumirlo y no dejarme llevar por las cosas bonitas que me invaden cuando estoy con ella.

Ojeo el reloj de la muñeca mientras espero a que el semáforo se ponga verde y decido que ya es hora de volver a casa. No tengo por qué contestar a todas las preguntas que me haga mi familia, solo a las que a mí me dé la gana o puede que a ninguna. Son unos cotillas y a mi edad, no pienso dar explicaciones. Si hasta ahora no lo he hecho, ¿por qué cambiar mi modo de actuación?

Aparco la moto varias calles más allá del barrio y avanzo por la acera con paso tranquilo. Me encuentro bien; no, qué va, me encuentro cojonudamente. Lo demuestra la sonrisa que no abandona mi cara al recordar el paseo de mis manos por el cuerpo de Rocío, mi nombre en su

boca al correrse o nuestras charlas profundas en mi lugar secreto. Incluso, la pillada de su hermano y su madrastra. Visto ahora, en frío, no puedo negar que es de lo más cómica. Aunque en ese momento, casi me muero de la vergüenza.

Al girar en la esquina de una calle colindante al barrio, mis pasos se frenan y cambio de semblante por uno de incredulidad primero y rabia después. Reconocería el coche hortera de Alan en cualquier lugar, pero eso no es lo que llama mi atención, sino quien lo acompaña, aparte de sus secuaces. Entrecierro los ojos al ver a mi hermano gesticular, negar con la cabeza en varias ocasiones mientras Alan le habla y su banda se ríe por algún comentario del cabecilla. Nico parece más pequeño por momentos. No es el mismo joven divertido y dicharachero de siempre. ¿Qué coño hace con esta tropa?

Me escondo entre unos coches sin dejar de observar la escena. No quiero interceder a menos que sea imprescindible. Ahora solo charlan, aunque no veo demasiado cómodo a mi hermano. Es muy alocado, sí, sin embargo, él no se metería con esa gentuza, algo pasa y, sin duda, está fuera del control de Nico. Voy a averiguar qué es, así tenga que enfrentarme a Alan de nuevo.

Hablan dos minutos más hasta que mi hermano coge algo que le ofrece uno de los secuaces y que no puedo identificar, se lo mete en el bolsillo y la reunión se disipa con rapidez. Salgo de mi escondite con un cabreo de cojones. Rodeo varios edificios con el propósito de no tener que tropezarme con esa gentuza, volverme loco y reventarlos a golpes. El resultado no sería positivo para mí. Decido seguir a mi lado coherente, el que me dice que, solo, no puedo hacer nada si quiero ponerle remedio a esta lacra. Saco el teléfono de mi bolsillo, busco el contacto y llamo. Descuelga al tercer tono. Me saluda con una respiración agitada y por un instante, temo haberlo interrumpido en una situación íntima.

—¿Te pillo en un mal momento?

—Acabas de joderme mi rutina de ejercicio.

—Mierda, pensé que estabas…, bueno, ya sabes. —Martín suelta una carcajada al otro lado de la línea.

—¡Uy, ojalá! No logro recordar la ocasión más reciente en la que tuve sexo, colega. No sé qué cojones pasa últimamente que los malos no dejan de hacer de las suyas y apenas tengo tiempo de socializar. Pero me imagino que no me has llamado con el propósito de escuchar mis penurias. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Aquel día en la escalera me dijiste que podía llamarte para cualquier cosa y más si está relacionada con el Pantera.

—Y ese ofrecimiento sigue en pie. ¿Ha pasado algo?

—Creo que intenta involucrar a mi hermano.

—Un «creo» no me sirve, Leo. Tienes que estar seguro.

—Los he visto hablando. Alan le ha dado algo a Nico y este se lo ha guardado en el bolsillo —le explico. Al decirlo en voz alta, me doy cuenta de lo peligroso que suenan mis palabras y de que mi hermano se puede meter en un gran problema por culpa de ese capullo.

—Está bien. Si es así, debemos andarnos con pies de plomo. Me imagino que utilizará a Nico para alguno de sus trapicheos. Lo poco que traté con él la última vez, no me dio la impresión de ser un tío que recurriera al Pantera.

—Es que no lo haría. Conozco a mi hermano y nunca se metería en esa banda ni siquiera por el dinero fácil. Lo tienen que estar amenazando con algo que desconozco.

—Pues ahí está tu tarea, Leo. Debes hablar con Nico y descubrir qué sucede. ¿Crees que podrás?

—Por supuesto, así tenga que torturarlo —indico con demasiado ímpetu.

—Bueno, espero que no sea necesario llegar a esos extremos —responde Martín riéndose —. Lo importante es que no te vuelvas a meter en líos por culpa del Pantera. Ese tío tiene mucha influencia en casi todas las esferas. Puede buscarte un problema, y no es lo que queremos.

—Tendré cuidado.

—Fantástico. Y ahora, voy a seguir con mis ejercicios. A ver si me pongo cañón y consigo alguna cita que me proporcione una maravillosa noche de sexo. Tan pronto tengas novedades, llámame y lo hablamos.

—Está bien. Te deseo mucho éxito con el propósito.

—Si consigo deshacerme de esa sequía, te puedo telefonear para informarte de cómo me ha ido.

—Prefiero que no. Tus intimidades me interesan cero.

Cuelgo la llamada con su risa de fondo. No conozco mucho a Martín, pero es de esas personas que caen bien con poco esfuerzo. Me salvó de una paliza que podría haber tenido unas feas consecuencias. Parece un buen policía y, lo fundamental, es que no es un vendido y puedo confiar en él. O por lo menos, eso espero. El día que me rescató, supe que su unidad lleva tiempo detrás del Pantera, así que lo conoce a la perfección, y no solo a él, también a su entorno. No sé si fue coincidencia o una jugada del destino, fuera lo que fuese, doy gracias por ello.

Regreso a casa sin ningún contratiempo y suelto el aire, aliviado. Si llego a encontrarme con Alan, es posible que no hubiera sido capaz de controlar mi cabreo. Ha incumplido nuestro acuerdo. Yo no me metía en sus mierdas, y él no tocaba a mi familia. «¿No es posible que lo hayas quebrantado tú primero?», indica mi conciencia. Así es, sin embargo, no podía permitir que le hiciera daño a una persona inocente. Volvería a hacerlo una y mil veces si fuera necesario.

—Buenos días, cariño —dice mi madre desde la cocina al oírme entrar. Me asomo y le devuelvo el saludo—. Vaya, ¿y esa cara? Parece que no ha ido demasiado bien la cita.

—Ha sido una buena cita e iba todo de maravilla hasta que he llegado al barrio. Este lugar cada día se vuelve un poco más oscuro.

—¿Has tenido algún problema con Alan de nuevo? —indaga con un deje inquieto en la voz.

—No, ni siquiera lo he visto —miento. Lo último que quiero es que ella se tenga que preocupar más de lo necesario—. Es el ambiente tenso que se respira. Una vez doblas la esquina, tanto mi cuerpo como mi mente se ponen en tensión. Esto no es vida.

—Lo sé, cielo. No sabes la de veces que he rezado para que tuviéramos un golpe de suerte y pudiéramos alejarnos de aquí. Empezar en otro sitio más seguro y tranquilo. Estoy convencida de que incluso tu padre cambiaría. Me siento impotente por no poder daros una vida mejor, pero ya no sé qué más hacer, Leo —confiesa con las lágrimas recorriéndole las mejillas.

Doy unos pasos para acercarme a ella y abrazarla. Es una mujer fuerte, no obstante, todos nos desmoronamos cuando el vaso se encuentra demasiado lleno. Maldigo una y mil veces que nuestra vida sea de esta manera y odio ver cómo mi madre se derrumba entre mis brazos. Nadie lucha y trabaja más que ella. Es injusto que encima no pueda vivir en paz. Decido darle un halo de esperanza y exteriorizar todo lo que mi cabeza ha estado tramando durante los últimos días. No se lo he contado a nadie, y ahora es el mejor momento para hacerlo.

—Mamá —la llamo separándola de mi cuerpo. Enmarco ese rostro dulce que empieza a

marcarse de arrugas y la obligo a mirarme—. He estado pensando y voy a proponerle a Pancho que montemos un taller a medias en otro lugar. Él no tiene hijos y, cuando decida jubilarse, tendrá que cerrar. Si encontramos un espacio más seguro, lejos de este barrio y vamos a medias, a la larga y si todo va bien, podré comprarle su parte y quedarme yo con el negocio. ¿Qué opinas?

—Me parece una gran idea y no me gustaría hundirte la ilusión, pero ¿de dónde sacarás el dinero para pagar tu parte?

—Tengo unos ahorros a los que, por suerte, papá no tiene acceso. No es gran cosa, aunque puede que me den para empezar o, por lo menos, para intentarlo.

—Sabes que siempre tendrás mi apoyo, hijo. Aunque de momento solo sea psicológico. He tenido mucha suerte de encontrar este trabajo cuidando a don Ramón y espero que la cosa mejore. Rocío es una chica muy generosa y me paga más de lo estipulado, aunque yo haya insistido en que no es necesario. Le he pedido si me podía dar una parte en efectivo, y así guardarlo en un lugar seguro —susurra para que solo yo la oiga.

—Debes tener cuidado, ya sabes que papá se entera de todo. Me gusta verte así de entusiasmada. Hacía tiempo que no te veía tan contenta en un trabajo —le confieso. Me sonríe y su mirada adquiere un brillo especial que nada tiene que ver con las lágrimas de antes. Quiero con locura a esta mujer.

—Me lo paso bien. Don Ramón se aburre y siempre tiene cosas que contarme. Parece muy gruñón, pero si lo sabes llevar, es un gran hombre.

—Y eso tú lo haces genial.

—Lo intento. Y ahora, ¿me vas a contar qué tal te ha ido con Rocío?

—Solo te voy a decir que ha sido una buena cita —le respondo dándole un beso en la frente y girándome para abandonar la cocina.

—Ay, hijo. Cómo te cuesta hablar de tus cosas —se queja con tono de reproche.

—Porque son eso, mías. Solo hemos cenado y pasado un rato agradable. Puedes estar tranquila que, si algún día hay algo más importante con una mujer, serás la primera en saberlo. —Sonríe orgullosa y mi pecho se llena de dicha—. ¿Dónde están el resto de los miembros de esta maravillosa familia?

—Paula en su habitación, estudiando. La semana que viene tiene exámenes. Tu padre ha salido a pasear. —Reprimo un gesto de incredulidad ante el paradero de mi progenitor—. Y Nico hace unos minutos que ha entrado, solo lo he oído saludar, y ha desaparecido. Me parece que le pasa algo. ¿Podrías hablar con él?

—Claro, pero no te preocupes. Ya sabes cómo es. Seguro que se trata de alguna de sus tonterías.

—Eso espero.

Me dirijo hacia la habitación que comparto con mi hermano y lo encuentro tumbado en la cama, con los ojos cerrados y los auriculares en los oídos. Le doy un toque en el pie, me mira y realiza un gesto con la cabeza a modo de saludo. Ni siquiera hace amago de quitarse esos trastos de las orejas para conversar conmigo. Tampoco hay burlas y el cachondeo que me esperaba por no venir a dormir.

Le doy su espacio mientras recojo algunas de las prendas que todavía adornan el colchón después del despliegue de moda realizado ayer para mi cita. Cuando acabo, Nico sigue en la misma posición. No voy a consentir que se encierre en su jaula de cristal. Él no es así. Mi

hermano es el alma de esta casa. La alegría y el buen rollo, aunque en más de una ocasión preferiría que se mantuviera calladito. Le doy un golpe en los cascos para que me preste atención.

—¿Qué cojones haces? —se queja malhumorado.

—Tocándote los huevos. Algo que tú realizas muy a menudo. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada que a ti te importe.

—¿Te has metido en algún lío? —Noto cómo su cuerpo se tensa al verse descubierto, pero intenta disimular, contraatacando.

—Qué pasa, ¿que ahora no puede uno tener un mal día? Tú siempre eres un borde de mierda y yo no pienso que te has metido en líos. Pero claro, Leonardo Medina es perfecto, un puto superhéroe que nunca se equivoca, ¿verdad? —responde ofendido a la vez que se levanta y me enfrenta. Su cuerpo desprende agresividad, pero sé que es debido a la impotencia—. Baja de tu pedestal, hermanito. Los demás también podemos ser buenas personas.

Me da un empujón que me sienta en la cama. Nunca me ha contestado ni se ha enfrentado a mí de esa manera. ¿Qué cojones sabrá Alan de Nico para tenerlo tan pillado por los huevos?

Capítulo 29

Rocío

Desbloqueo la tableta y le echo un vistazo a mi agenda para saber qué me deparará el día de hoy. Frunzo los morros al ver que tengo tres reuniones programadas. Menos mal que no hay ninguna a primera hora, porque después del intenso fin de semana ni tiempo he tenido de revisar los proyectos.

Sonrío al pensar que ha sido por una buena causa. Mi cita fue espectacular. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien en todos los sentidos. Se me pone la piel de gallina solo de pensar en los labios de Leo recorriendo mi cuerpo. Noto que el rubor se apodera de mi rostro y elevo la mirada para comprobar que ni Felipe ni Lidia se han dado cuenta de lo que me afectan los recuerdos. Nuestro chófer está serio, más de lo habitual y apenas nos ha dirigido la palabra. Mi amiga se ha quedado dormida y no ha tenido tiempo a maquillarse, así que hace malabarismos para adecentarse en el coche con el minúsculo espejo y el vaivén del vehículo. Menos mal que tiene experiencia en esta ardua tarea.

Ayer, al llegar a casa, no me libré de un interrogatorio por parte de Lidia. Intenté ser lo más discreta que pude, aunque con ella es bastante complicado. Entiendo que tenga la fama de ser una abogada implacable. No entré en detalles demasiado íntimos, pero tenía tantas ganas de expresar en voz alta todo lo que sentí, que aproveché la ocasión para desahogarme con ella. Según Lidia, estoy coladita por el vecino. No creo que sea para tanto, pero no puedo negar que con Leo todo es diferente.

El problema es que no ha estado demasiado comunicativo desde que se marchó de mi piso. No sé si es porque se asustó con la visita de Sara y Einar o el motivo de su silencio es que la cita no le pareció tan maravillosa como a mí. Me cuesta controlar las ganas de enviarle un mensaje o llamarlo para que me cuente a qué se debe esta falta de conversación por su parte.

Un frenazo me hace regresar de mis pensamientos. Oigo un gruñido a mi derecha y sé que mi amiga no tardará en estallar. Hoy parece que se ha levantado con el pie izquierdo y no se encuentra de muy buen humor. Bloqueo la pantalla mientras la miro de reojo. Su rostro está enrojecido. Baja los brazos de manera lenta. En una mano tiene el espejo, en la otra el rímel. La bomba estallará en tres, dos, uno…

—Joder, Felipe. ¿Eres imbécil o qué cojones te pasa? —le increpa. Abro los ojos ante sus formas tan groseras. La adoro, pero estas no son maneras de responderle.

—¡Lidia! Córtate un poco, ¿quieres? Felipe no controla lo que hacen el resto de los conductores.

—Señorita O’Connor. Si no le gusta como conduzco, siempre puede ir andando o maquillarse en casa, antes de salir, igual que lo hacen el resto de las mujeres de este planeta.

—¡Felipe! —le reprocho ahora a mi chófer. ¿Qué narices les pasa a estos?—. No sé qué sucede aquí, pero esto no son maneras, por parte de ninguno de los dos. Sois adultos, leñe.

—Para el coche —pide mi amiga.

—Aquí no puedo hacerlo —responde Felipe con la mandíbula apretada.

—Para el coche o me lanzo en marcha.

—Por el amor de Dios, Lidia. Solo ha sido un frenazo, no puedes tomártelo tan a la tremenda.

La pelirroja tiene la mirada fija en el retrovisor y sus preciosos ojos verdes echan chispas. Está muy enfadada. La conozco lo suficiente para saber que su cabreo no tiene que ver con el frenazo. No hay duda de que estos dos se traen algo. Solo hace falta ver de qué manera se desafían a través de la mirada. Por suerte, Felipe es más tranquilo y menos impulsivo que Lidia, porque si no, ardería Troya.

El chófer da un volantazo y frena en una zona de carga y descarga. La reta a través del espejo, dándole una oportunidad para que recapacite. Sin embargo, eso no sucede.

—Abre la puerta —exige mi amiga remarcando cada palabra.

Felipe cede, desbloquea el cierre y ella no se lo piensa. Lanza el cosmético y el espejo en el bolso, coge el asa y abandona el vehículo sin mirar atrás.

—Lidia, cielo, vuelve al coche, anda —le pido bajando la ventanilla—. Todavía estás muy lejos del despacho.

—No te preocupes por mí, cogeré un taxi. Después hablamos.

—Pero…

El hombre enfadado que se encuentra detrás del volante ni siquiera me da la opción de responder. Acelera, provocando que las ruedas derrapen y se incorpora al tráfico de manera tan imprudente, que varios bocinazos lo increpan. A punto estoy yo también de reclamarle su actitud y bajarme del vehículo, no obstante, consigo controlarme. El silencio nos acompaña durante un trayecto, pero estoy tan enfadada con los dos, que la mala leche empieza a fermentar en mi estómago. Necesito exteriorizar o explotaré.

—¿Me vas a decir qué es lo que sucede? —le pido con un tono severo.

—Nada importante.

—¡En serio, Felipe! Os conozco a los dos a la perfección y sé que algo ha pasado. Sois mayorcitos para hacer con vuestras vidas lo que os dé la gana, pero me habéis metido a mí en el medio y no pienso pasarlo por alto.

—Es algo que solo nos concierne a ella y a mí.

—Perfecto, pues arreglarlo, porque esta situación es incómoda de narices. No me gusta veros sufrir. Sois mis amigos.

—Yo solo soy el empleado de tu padre —remarca una vez llegamos a mi destino.

—¿De verdad piensas eso? —le pregunto mirándolo a través del retrovisor. No contesta y su silencio me rompe el corazón—. Está bien, pues a partir de ahora tendré claro tu rol. Gracias por traerme, Felipe.

Bajo del coche con las lágrimas en los ojos y un tremendo nudo en el estómago. Está claro que acaba de sacrificar nuestra relación fraternal para alejarse de Lidia y eso solo significa que la cosa es seria. Por el bien de todos, espero que recapaciten y actúen como las personas civilizadas que son.



El día empezó mal y a medida que pasan las horas, va a peor. Le envié varios mensajes a Lidia que ni siquiera se ha molestado en contestar. Lo mismo sucede con Leo, aunque él sí que me ha puesto una absurda excusa para que deje de escribirle: «Estoy muy liado. Hablamos por la noche». Esas fueron las palabras que acabaron de hundir mi mañana.

Me siento agotada, disgustada, triste y estresada. ¿Se puede pedir más? Por supuesto que sí. Aquí va mi siguiente emoción, la rabia. Esta me la proporciona el hombre que se ha apostado en el marco de la puerta de mi despacho con una actitud prepotente del que se cree superior.

—¿Puedo hacer algo por ti, David?

—Uy, me parece que no, muñeca. —Lo miro con una mueca de disgusto y una ceja elevada.

Está dolido, porque después de su último numerito, le pedí a mi padre que lo cambiara de equipo. No lo quiero cerca. Me disgusta trabajar con una persona como él y me niego a que el mal ambiente afecte al resto de mi gente.

—Entonces, ¿no se supone que tendrías que estar trabajando en vez de perder el tiempo ahí parado, mirándome?

—Estos días me he dado cuenta de una cosa.

—Ilumíname.

—Desde que te codeas con la gente pobre, te has vuelto más vulgar, Rocío. —Mi cuerpo se tensa al escuchar sus palabras. Un escalofrío me recorre de arriba abajo, cuando muestra una sonrisa burlona y malvada.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes, preciosa. —Odio que utilice esos apelativos conmigo.

Sin deshacerse de su macabro semblante, se adentra en el despacho y cierra la puerta a su espalda. Se acerca a mí con pasos lentos y una mirada encendida. Repaso la mesa para ver a que me puedo aferrar si intenta algo que no debe. David se da cuenta de lo que pretendo y suelta una carcajada tan malévola que me pone la piel de gallina, pero no de placer, sino de miedo.

—Tranquila, muñeca, que no voy a tocarte. Me ofende que pienses así de mí. —No tengo palabras, no sé lo que quiere, así que me mantengo en alerta—. ¿Cómo sigue tu abuelito? Me he enterado de que llevas unos días viviendo con él.

—No creo que eso sea problema tuyo, David. Si no quieres nada más, sal de mi despacho, tengo que trabajar y tú deberías hacer lo mismo.

—O si no, ¿qué? ¿Vas a ir a chivarte a papá de nuevo? Venga, hazlo —pide alargando un brazo hacia la puerta en un gesto de invitación—, después iré yo a contarle que su querida y dulce niñita se pasea por un barrio lleno de maleantes, poniendo en riesgo su vida. ¿Cómo crees que se lo tomará?

—Ni se te ocurra meterte en mis asuntos. Ya no formas parte de ellos. Asúmelo de una vez y déjame en paz.

Intento controlar el temblor de mis manos debido al descubrimiento de una cara de David que no conocía. Se acerca a la mesa, apoya las palmas en la madera y se inclina hacia adelante para quedar muy cerca de mi rostro.

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas, muñeca —dice chasqueando la lengua—. Hemos

disfrutado mucho juntos, ¿por qué cortar la relación?

—Tú y yo no teníamos nada serio —murmuro entre dientes.

—No me digas eso que me rompes el corazón.

Emplea un tono de voz tan burlón y cínico, que empiezo a asustarme por lo que pueda hacerme. «Siempre tienes la opción de chillar y vendrán a rescatarte», me advierte mi conciencia. Saberlo no me alivia demasiado. David posee mucha información personal mía. En cualquier despiste podría intentar agredirme, forzarme… Él no es así. Engreído y prepotente, sí, pero jamás me haría daño. O eso quiero creer.

—Vete de mi despacho o chillo.

—Hazlo, venga, a ver si así viene papaíto y le contamos que su niña vive en un barrio lleno de mugre y de bandas peligrosas. ¿Qué crees que diría? ¿Lo probamos?

—¡No! —le pido en un tono demasiado elevado—. ¿Qué quieres de mí, David?

—Favor por favor. Yo me callo el secretito y tú hablas con tu padre para que me ponga a dirigir uno de los equipos. Llevo demasiado tiempo haciéndole la pelota al gran Scott y follándome a su hija sin conseguir ningún resultado que me favorezca.

—Eres un ser despreciable.

—No tienes ni idea de lo cabrón que puedo ser, cuando alguien me hace enfadar —gruñe. Me pilla desprevenida y clava sus dedos en mis mejillas, provocándome un dolor punzante—. Habla con tu padre, Rocío. Te aseguro que no quieres verme cabreado.

Me suelta y nos retamos con la mirada durante unos segundos. La suya oscura, la mía brillante por culpa de las lágrimas que pugnan por salir. No le respondo. Ahora mismo solo me saldrían groserías y lo último que quiero es provocarlo y que haga alguna tontería. Creía conocer a este hombre, pero no es así en absoluto.

Me guiña un ojo, se da media vuelta y desaparece de mi despacho como si no hubiera sucedido nada. Me tapo la boca para no hacer ruido mientras suelto un sollozo. Me duelen las mejillas por culpa de la presión de sus dedos, sin embargo, eso no es lo que más me lastima. Tengo el alma rota. Hoy es un día de mierda. Echo de menos a Lidia y me muero de ganas de llamar a Felipe para que le rompa las piernas a David, pero no voy a hacerlo, porque me ha dejado bien claro que es un empleado y no mi amigo. Ni siquiera puedo recurrir a Leo y desahogarme con él. ¿Y qué decir de mi padre? Tendría que darle demasiadas explicaciones y lo último que quiero es decepcionarlo, cosa que sucedería. Hacía mucho tiempo, en concreto, desde que murió mi madre, que no me sentía tan sola. Ahora mismo, me gustaría meterme en la cama, taparme con el edredón y llorar tres días seguidos. Y solo estamos a lunes.

Capítulo 30

Leonardo

Noto los ojos vigilantes de Pancho clavados en el cogote. Llevo una mañana de mierda. Me he pillado un dedo con una cadena, se me ha caído el recipiente del aceite, embadurnando gran parte de mi puesto de trabajo. He tenido que emplear casi una hora en limpiarlo bien. Tiempo productivo tirado a la basura. Se me han extraviado un par de tornillos que, en realidad, no se perdieron y tampoco tenían patas, el problema es solo mío, por no tener la cabeza donde toca.

Maldigo en voz baja al no ser capaz de acoplar el faro de la moto en el lugar que le corresponde. Ni algo tan sencillo puedo ejecutar con soltura. Maldita sea. La culpa la tiene Nico. Odio que me oculte cosas y que no me deje ayudarlo. Ayer insistí en varias ocasiones, pero lo único que obtuve fueron gruñidos, portazos y ausencias prolongadas. Hasta se negó a salir a correr conmigo, como solemos hacer los fines de semana.

—Trae aquí, muchacho —me pide Pancho quitándome la pieza de las manos sin darme opción a réplica, aunque tampoco se la daría. Bastante la he liado ya—. La estás poniendo al revés. ¿Se puede saber qué te pasa hoy? ¿Tan mal te fue la cita con la nieta de Ramón?

—No es por ella. Bueno, un poco también —confieso.

—¿Entonces?

—Creo que mi hermano se ha metido en un lío o está próximo a hacerlo. Quiero ayudarlo, pero no me deja. Se ha cerrado en banda. Asegura que no le pasa nada cuando yo sé que no es así.

—¿Y no puede ser que tú estés equivocado?

—Estoy seguro. Lo vi, Pancho. Hablaba con Alan y su tribu a dos calles de aquí. Ese capullo le dio algo que Nico se guardó en el bolsillo. Me parece que lo están obligando a ejecutar alguno de sus trapicheos. Mi hermano nunca se metería con ellos. Lo sabes.

—Es posible que lo hayan amenazado —medita mi jefe.

—Eso mismo pienso yo, pero ¿con qué? Eso es lo que trato de averiguar, sin embargo, la colaboración de Nico es nula.

—¿Por qué no le dices que lo viste? Si lo pones entre la espada y la pared, a lo mejor te lo cuenta —me aconseja.

—Era mi última opción, pero creo que tendré que utilizarla —le respondo preocupado—. Me inquieta que Nico tire por el suelo su reputación por culpa de Alan. Además, nuestra madre no se merece un disgusto así.

—Quedan diez minutos para acabar la jornada. ¿Qué te parece si cerramos y nos vamos a tomar una cerveza? Está claro que nos la merecemos.

—Tú mandas, jefe.

—Mis cojones. Solo lo hago cuando a ti te interesa —se queja mientras se dirige hacia el

cuartito para cambiarnos.

Por primera vez en varias horas, una sonrisa sincera asoma a mi rostro. Sé que este rato de charla con Pancho me irá bien.

Una vez adecentados, con nuestras pertenencias y el taller cerrado, nos trasladamos una calle para ir al bar que solemos frecuentar. Nos sentamos en una mesa libre y sin pedirlos, aparecen delante de nosotros unos botellines de cerveza fresquita. Hasta que no efectúo el primer trago, no me doy cuenta de lo que necesitaba parar un momento. El lugar no está muy concurrido, así que podemos hablar sin tener que lanzarnos chillidos.

No tengo ni idea de qué manera retomar la charla. No quiero parecer un paranoico, así que me mantengo callado a la espera de que Pancho inicie de nuevo la conversación. Bastantes preocupaciones tiene el hombre para que yo lo acribille con las mías. Oigo su voz mientras navego con mis reflexiones.

—¿No me vas a explicar nada de tu cita? —pregunta con una pícara sonrisa. Agradezco su cambio de tema, aunque este también sea peliagudo.

—Lo pasé bien. Rocío es una gran mujer y es cómodo hablar con ella. Fuimos a dar un paseo, cenamos en su piso y pasé la noche allí.

—Por lo que dices, la cita salió redonda.

—Sí, bueno. Todo fue bien hasta que, por la mañana, apareció su madrastra y su hermano por sorpresa y nos pillaron juntos.

—¿Y eso es malo?

—Supongo que no, pero no te imaginas lo incómodo que fue. Apenas nos conocemos. Además, nuestros mundos son muy diferentes. Tendrías que ver el lujo que hay en ese piso. Su habitación hace tres de la que yo comparto con Nico. No hay nada fuera de lugar, incluso los jarrones o esos cuadros que nadie entiende y valen un dineral, parecen colocados de manera estratégica.

—El dinero no hace a las personas, muchacho. La chica es agradable y educada a la par que bonita. Y, por lo que me cuentan tus ojos cuando la nombras, sé que te gusta mucho. Si te soy sincero, no veo dónde está el problema.

—Claro que me gusta —confieso por primera vez en voz alta. Es una tontería ocultárselo a Pancho—. Hasta un ciego podría ver lo guapa que es, pero además de su físico, tiene otras virtudes que la hacen perfecta. Demasiado para un hombre como yo. Es muy complicado estar a su altura. ¿Qué puedo ofrecerle a una persona que lo tiene todo?

—¿Sabes qué pienso? —pregunta. Niego con la cabeza—. Que esas tonterías solo las ves tú, Leo. Eres un hombre honrado, luchador y con un gran corazón. Cualquier mujer sería muy afortunada de tenerte como pareja. No puedes menospreciarte de esa manera. Me extrañaría que la muchacha pensara lo mismo que tú.

—Quizás no, pero ¿qué pasará cuando mi padre vuelva a meternos en un lío? ¿Crees que una persona tan importante como el reconocido arquitecto Alfred Scott va a permitir que su hija esté cerca de un tío pobre igual que yo? Eso no sucederá nunca, así que prefiero mantener un poco las distancias con ella. Si de algo estoy convencido, es de que Rocío podría ser la única con el poder de romperme el corazón. Por ahora está seguro y haré todo lo necesario para que continúe de esa forma.

—Te conozco desde hace muchos años, Leo. Eres como un hijo para mí, y lo que más me duele, es ver que vives con el freno puesto. Y así, nunca vas a ser feliz. Déjate llevar. Que pase

lo que tenga que pasar, pero disfruta del proceso. No te reprimas o acabarás como yo. Más solo que la una.

Trago saliva. Su confesión me ha generado un nudo en el estómago. Siempre pensé que Pancho no tenía pareja porque así lo había decidido y nunca me dio la sensación de que le afectara tanto la soledad.

—¿Alguna vez te has enamorado de verdad?

—Solo una y tuve suficiente.

—¿Por qué razón no estáis juntos?

—Fui un cobarde. Me dio miedo declararme. Yo también pensé que era poco para ella y la perdí. Por eso sé de lo que te hablo, muchacho. No cometas el mismo error que yo. Por lo menos, inténtalo. Si Rocío no es la adecuada, estarás destrozado, pero habrás sido valiente.

—Lo pensaré. Gracias por escucharme.

—Somos amigos —responde recuperando su amable sonrisa.

—Así es. Brindemos por ello.

Los botellines chocan y acabamos con el contenido de estos. Pancho llama al camarero y dueño del bar y le pide otra ronda. Nos mantenemos en silencio hasta que las nuevas consumiciones aparecen en la mesa.

—Lo que me faltaba —gruñe el dueño con la mirada fija en la puerta de entrada. Por ella aparecen Alan y cuatro miembros más de su pandilla—. No quiero líos, chicos.

—Solo venimos a tomar algo, igual que el resto de los vecinos. ¿Verdad? —dice Alan sin quitarme la mirada de encima. Intento mantener la calma e ignorarlo. Pancho se da cuenta de mi incomodidad e inicia una nueva charla.

—¿No tienes nada más que contarme? —pregunta. Frunzo el ceño al no saber de qué habla —. Esta mañana me he encontrado con Elena y me ha dicho que tenías algo importante que explicarme.

—Mi madre es una bocazas —me quejo. No quería contarle mis planes a Pancho hasta que tuviera la idea algo más desarrollada.

—Ahora no puedes dejarme con las ganas.

—Está bien, pero no te hagas demasiadas ilusiones. —Pancho hace un gesto con la mano para que siga con mi explicación—. Quiero largarme de este barrio y sacar de aquí a mi familia. Tengo unos ahorros y había pensado en buscar un local en otro lugar para montar un taller y hacernos socios. Sé que la vida está cara, aunque quizás, los dos juntos, podamos asumir mejor los gastos. ¿Qué te parece?

—Joder, es una gran idea, Leo —afirma mi jefe ilusionado. Me abraza de forma efusiva, gesto que llama la atención del resto de consumidores del bar, incluido Alan.

—Pancho, qué contento te has puesto. ¿Por qué no compartes esa felicidad con nosotros?

—Son temas privados y no tengo por qué dar explicaciones. Y menos a ti.

—Te estás convirtiendo en un viejo gruñón, Panchito. No te sienta nada bien pasar tantas horas al lado de tu pupilo. Se te está pegando la amargura.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Alan? —intervengo lleno de ira. Espero con ansias el día en el que pueda perderlo de vista.

Se mete las manos en el bolsillo y da varios pasos hasta situarse justo al lado de la mesa que ocupamos. El dueño del lugar sale de detrás de la barra y también se aproxima. Todo el mundo

conoce a Alan. Muchos le tienen miedo, aunque por varias razones. Una pelea en el bar supone una pérdida económica que no es fácil de sostener.

—No puedo irme hasta que tu hermano cumpla con los encargos que le he pedido.

Nuestras miradas se encuentran. La suya es burlona, me provoca, le encanta hacerlo. La mía está llena de rabia e impotencia por tener que aguantar tantas gilipolleces y no poder vivir tranquilo.

—Te dije que dejaras a mi familia en paz.

—¿Y qué pasará si no lo hago? Me has desafiado metiéndote en mis asuntos y ahora te tengo pillado por los huevos. Primero acabaré con tu hermano, después con la zorra de tu madre y dejaré el plato fuerte para el final. La tierna y dulce Paulita. —Me levanto de la silla y lo engancho por la solapa. Tan pronto como lo toco, cuatro armas de fuego se sitúan enfrente de mí.

—Venga chicos, esto no es necesario —pide el dueño del bar.

—Si te metes con mi gente, acabaré contigo, hijo de puta —le aseguro con la mandíbula apretada y sin soltar el agarre, a pesar de las amenazas que siguen apuntándome.

—Leo, muchacho. No vale la pena. Será mejor que lo sueltes y nos vamos —me pide Pancho con su mano en mi antebrazo para que lo libere.

Lo hago por mi familia, aunque no sea lo que me apetece. Si me dejara llevar por las ganas, ahora mismo lo lincharía a puñetazos hasta desfigurar esa sonrisa sarcástica y triunfante que no desaparece de su rostro.

Salgo del local sin mirar atrás. Sé que Pancho me sigue, porque oigo sus pasos ante el silencio que embarga el bar debido a nuestra pelea. Recorro la calle a ritmo ligero, aunque sin correr. Mi jefe me llama en varias ocasiones, pero lo ignoro. Le cuesta seguir mis zancadas. Soy más alto y joven que él. Entro en el portal de casa y subo los peldaños de dos en dos. Llego al piso con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Si Nico está en la vivienda, como imagino, va a tener que explicarme qué sucede con el cabrón de Alan. Sigo sin creerme que mi hermano se haya acercado a él por voluntad propia.

Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta con tanta fuerza que rebota y casi me golpeo con ella. Debería calmarme, hablar así de enfadado con Nico no va a traer nada bueno. No obstante, ahora es el momento y si se encuentra aquí, no va a poder evitarme. Esta vez, no.

—¡Nico! —chillo.

—Leo, ¿qué pasa? —pregunta mi madre asomándose con un trapo de cocina en la mano. Su mirada se mueve hacia la persona que se encuentra detrás, que no es otro que Pancho.

—¿Está Nico en casa?

—Sí, hace un momento se encontraba en la ducha.

Dejo atrás la cocina y me adentro por el pasillo. Oigo a Pancho y a mi madre hablar, me imagino que mi jefe le estará explicando lo que ha sucedido. Paula también se asoma, pero al verme tan alterado ni siquiera se molesta en preguntar. Cuando estoy a punto de llegar al baño, la puerta se abre y de ahí sale Nico con una toalla enrollada en la cintura. Lo cojo de los hombros y lo estampo contra la pared. En su rostro puedo observar la sorpresa, pero también la resignación de quien sabe que no tiene salida.

—Quiero que me digas qué te traes con Alan, Nico. ¿Con qué cojones te está amenazando para que trabajes para él?

Mi hermano agacha la cabeza y rompe a llorar como un niño pequeño. No me esperaba una reacción así por su parte y me quedo sin saber qué hacer. Hasta que él apoya la cabeza en mi

pecho y no dudo en abrazarlo con la intención de que sepa que siempre estaré aquí para él. Suceda lo que suceda.

Capítulo 31

Rocío

Los oigo reír y como sus bocas se mueven mientras, uno de los chicos de mi equipo, les explica las dudas que les puedan surgir relacionadas con el proyecto. Tenía que ser yo la que ocupara ese puesto, es mi responsabilidad, no obstante, después de lo que ha sucedido hoy con David, acabaría estropeando la reunión.

Son la siete y media de la tarde, estoy agotada, tanto de forma física como emocional y deseando que esto se acabe de una vez para regresar a casa. No tengo ni idea de qué manera voy a volver al piso del abuelo. Supongo que no me quedará otra que coger un taxi y rezar para no encontrarme con el Pantera. Sería una manera horrible de cerrar el día.

Al ver que me habían puesto tantas reuniones por la tarde, tuve que llamar a Elena y pedirle el favor de que se ocupara del abuelo. Menos mal que hoy tenía disponibilidad y me ha podido sustituir hasta que ha llegado Lidia. Mi amiga me envió un mensaje para informarme de que el chófer de su padre la acercaría al barrio, pero que no podía ser antes de las cinco de la tarde. Con un poco de suerte, al abuelo solo le faltarán dos semanas para que le quiten el yeso y pueda empezar a moverse, al menos así podrá ir al baño y no será tan dependiente. A ver si así le mejora el carácter, porque está insoportable.

—Señorita Scott —oigo que me reclama una voz a mi derecha. Cuando levanto la cabeza de mi bloc de notas, todos me miran expectantes. Parece que me he perdido algo de la reunión.

—Sí, perdón. ¿Me decía?

—Que las dudas han quedado resueltas y, a excepción de esos tres cambios que queremos realizar en la fachada, el resto nos parece correcto.

—Fantástico, pues nos ponemos a ello y cuando realicemos las modificaciones les enviaremos el proyecto de nuevo. Si no hay nada más, podemos dar la reunión por finalizada.

Nos levantamos y me despido de los tres propietarios del edificio que estamos diseñando. Una de las compañeras los acompaña hasta la salida y el resto recogemos el papeleo, la maqueta y el proyector para dejar la sala limpia.

—Tomás, muchas gracias por hacerte cargo de la reunión.

—De nada, jefa. Ha sido un placer y somos un equipo. Hoy por ti y mañana por mí.

—Te dejo a ti las modificaciones. Seguro que las tienes más claras que yo.

—Sin problema. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo que ha sido un día algo complicado —le explico sin entrar en detalles mientras abandonamos la sala.

Los pocos ánimos que me quedaban caen en picado al ver a David hablando con mi padre en medio de la estancia común. Papá lo escucha serio y con los brazos cruzados en el pecho, mientras que la posición de David es más distendida. Tiene una de sus manos guardada en el bolsillo y con la otra gesticula, añadiéndole énfasis a su explicación. Espero que no le esté

contando nada o soy capaz de matarlo con mis propias manos. Mi padre hace un gesto con la cabeza para que me acerque y a punto estoy de poner morros, igual que una niña pequeña, para evitar hacerlo. Voy con tiento y los nervios comiéndome el estómago, porque no sé qué me voy a encontrar. Me relajo un poco al analizar el semblante de mi padre. Lo conozco y si estuviera enfadado, lo sabría. Por supuesto que sí.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunta mi progenitor una vez me acerco a ellos.

—Bien. Solo hay que hacer unas pequeñas modificaciones en la fachada. Si no necesitas nada más, me voy a ir a casa. Estoy muy cansada.

—Claro. Nos vemos mañana. Acuérdate que dentro de dos semanas es la fiesta del estudio.

—Cómo olvidarme, papá. Treinta años no se cumplen todos los días. —Le sonrío de manera sincera.

Cada día que pasa, me duele más mentirle. Debería contárselo. Es un hombre comprensivo y, aunque al principio puede que ponga el grito en el cielo, estoy convencida de que acabará entendiendo, que mi amor por el abuelo me lleve a tener que vivir en un lugar como ese barrio. Además, terminaría con la amenaza de este impresentable que me mira igual que si fuera su caramelo favorito.

—Tendrías que hablar con Sara. Creo que ha organizado un fin de semana de compras. Está convencida de que necesita consejo y, al parecer, no le sirve el mío —dice encogiéndose de hombros.

—Después la llamo. Os dejo que continuéis con vuestra charla.

—¿Qué tal sigue tu abuelo? —Esta pregunta sale de la boca de David y todo mi cuerpo se tensa, aunque ya les esté dando la espalda.

—Mejor, gracias por preocuparte.

—Menuda desgracia. Ya no puede pasear uno tranquilo por la calle —insiste.

—Por suerte, no todos los barrios son iguales. El problema es que Ramón es un hombre de convicciones firmes y es difícil hacerlo cambiar de opinión. Debería vender ese piso y comprarse uno en otro lugar más tranquilo. De esa manera, su nieta también podría ir a visitarlo más a menudo. No me gusta nada que Rocío se acerque a ese sitio.

La mirada socarrona de David me pone los pelos de punta. Sabía que estaba muy lejos de ser perfecto, pero jamás imaginé que pudiera ser tan mala persona. Me encantaría lanzarle un puñetazo en esa cara de engreído.

—Tienes razón, Alfred. Es mejor que Rocío no se acerque mucho por allí, no vaya a ser que ocurra una desgracia. Dios no lo quiera —comenta a la vez que pone esa cara de no haber roto un plato. Lo odio.

—Ella ya sabe que no debe ir allí sin compañía, ¿verdad?

—Claro. Soy mayorcita y sé a dónde puedo y no puedo ir. Y ahora, si me disculpáis, me voy a descansar. Mañana será otro día.

No espero a que me respondan. Lo único que me interesa es perder de vista a David. ¿En qué estaría pensando cuando me fijé en él? Gruño y dejo mis cosas en la mesa con demasiada fuerza. Me siento en la silla y apoyo la cabeza en el respaldo. Cierro los ojos un segundo con el fin de ordenar mis ideas. Hay muchos frentes abiertos en mi vida, todos han venido de golpe y no sé cómo gestionarlos ni por dónde empezar.

Estoy preocupada por Lidia y decepcionada con Felipe. De Leo no sé nada desde esta mañana y ni siquiera responde a mis mensajes. La presión de David me mata y la idea de

decepcionar a mi padre me retuerce el estómago. Si a todo eso le añadimos la preocupación por el abuelo y la inquietud de que esté cerca del Pantera, la mezcla se convierte en un cóctel explosivo. ¿En qué momento se ha complicado tanto mi vida?

Unos toques en la puerta me devuelven al despacho de nuevo. Limpio las lágrimas que han resbalado por mi rostro con disimulo, si es David o mi padre, no quiero que me vean llorar. Me sorprende encontrarme a Felipe. Tiene las manos metidas en los bolsillos de su pantalón del traje y la expresión de su rostro me dice que viene en son de paz. Me coloco una máscara de indiferencia. No soy rencorosa, pero su reacción me ha hecho daño y tengo mi orgullo, qué leches.

—¿Qué quieres, Felipe? No es un buen momento.

—¿Qué te sucede? —pregunta a la vez que da dos pasos al interior del despacho.

—Nada que le importe al chófer de mi padre. —Una pequeña mueca de dolor aparece en su rostro. Sé que mis palabras le han herido. Solo le devuelvo el pelotazo que me dio hace un rato.

—Lo siento, ¿vale? Me calenté y dije cosas que no quería decir. Mi cabreo nada tiene que ver contigo. Sabes que te aprecio mucho, Rocío. Reconozco que me he pasado de frenada.

—Me has hecho daño, Felipe. Desconozco lo qué ha ocurrido entre Lidia y tú, pero me duele estar en el medio. Te lo advertí, te dije que tuvieras cuidado con ella.

—Das por hecho que ha sido culpa mía.

—No se trata de buscar culpables. Os habéis lastimado el uno al otro y me habéis involucrado a mí también. De corazón, espero que arregléis lo que sea que os ha pasado. No es agradable ver sufrir a la gente que aprecias.

—Ojalá pudiera prometerte que todo saldrá bien.

—Dime una cosa. ¿La quieres?

—No lo sé.

—Entonces, aléjate de ella, Felipe.

Su semblante se entristece mientras asiente con la cabeza, indicándome que seguirá mi consejo. Hace años que lo conozco, pero es un hombre tan hermético, que no sabría decir si, en realidad, le interesa mi amiga o solo ha sido un lío pasajero. Porque, si algo tengo claro, es que han tenido contacto íntimo y no una única vez. A la que sí conozco a la perfección es a Lidia, y sé que Felipe le interesa más allá del sexo. Ella no me lo ha confesado, pero esa reacción tan agresiva, no es normal en mi amiga. Solo sale a flote cuando hieren su orgullo y le tocan ese corazón tan lleno de vida que tiene. Ojalá solo sea uno de sus caprichos pasajeros.

—¿Por qué llorabas? Y no me digas que no lo hacías, te conozco mejor de lo que piensas. —Reprimo una sonrisa. Ahí está el Felipe de siempre.

—Si me llevas a casa del abuelo te lo cuento en el coche.

—Ese era el segundo objetivo de mi visita. Así que cuando la dama quiera, nos vamos.

Recojo mis pertenencias en un abrir y cerrar de ojos. Necesito llegar a casa e intentar relajarme. Abandonamos el edificio y ponemos rumbo al barrio maldito. Felipe no deja de mirarme por el retrovisor. Está a la espera de que le explique a qué se debían mis lágrimas. Necesito contárselo a alguien y Felipe es una buena opción.

—David me está amenazando —suelto sin miramientos.

—Qué cojones… Ese tío es un imbécil. Te juro que cuando lo vea, pienso partirle las piernas —refunfuña.

—No vale la pena ensuciarse las manos con una persona de su calaña —indico restándole importancia. Lo último que quiero es que Felipe se meta en un lío por mi culpa.

—¿Qué es lo que desea?

—Dirigir un equipo. No sé cómo, pero se ha enterado de que vivo con el abuelo. Me ha pedido que hable con papá y lo convenza para que le asigne un equipo o le contará mi secreto.

—Maldito cabronazo. Quizás ha llegado el momento de que se lo digas tú. Al principio se cabreará y es posible que me quede sin empleo, pero después lo entenderá. Sería una buena opción para joderle los planes a ese poco hombre.

—Yo he llegado a la misma conclusión. Me niego a que una persona como David tenga tanto poder ni en el estudio ni en mi vida.

—Ese payaso tendría que saber que nadie se mete con Rocío Scott.

Una enorme sonrisa ilumina mi rostro. Necesitaba esta dosis de positividad y realidad. Los pensamientos negativos han relegado a un segundo puesto esa fortaleza que me caracteriza. No me rindo con facilidad, soy una mujer luchadora, que sabe lo que quiere y no para hasta conseguirlo. Si David se cree que puede amilanarme con sus amenazas, va listo.

—Gracias, Felipe. —Asiente con la cabeza, pero no me contesta ni siquiera me mira. Sé que se ha emocionado. A pesar de ser un hombre maduro y con esa apariencia de perdonavidas, tiene su corazoncito y a mí no puede engañarme.

Estacionamos dos calles antes para que el vehículo no corra ningún riesgo. Felipe me acompaña hasta la puerta del piso, sin embargo, cuando lo invito a pasar, se niega. Sabe que Lidia está dentro y prefiere que las aguas se calmen un poco. Me despido de él con un beso en la mejilla y entro en la vivienda mucho más animada.

En el salón me encuentro al abuelo y a mi amiga de charla delante del televisor. Se ríen de algo que dice el presentador.

—Menos mal que has llegado —me recrimina el abuelo en su onda.

—Ha sido un día duro y demasiado largo —digo para que entienda que no me apetece empezar una batalla. Algo habitual en él—. ¿Qué tal ha ido el vuestro?

—Ninguna novedad en el frente —responde Lidia. Me sonríe, pero la expresión no refleja alegría. Tiene los ojos color esmeralda brillantes, lleva las gafas puestas y sus ojeras se hacen más visibles detrás de los cristales.

—Yo había pensado en irme de viaje a las Maldivas, pero resulta que no puedo caminar y he tenido que pasarme el día de la cama a la silla de ruedas. Claramente, ha sido una jornada excepcional. —Pongo los ojos en blanco ante su sarcasmo.

—No se preocupe, don Ramón. Cuando esté recuperado, usted y yo nos iremos a las Maldivas. Que buena falta nos hace.

—Te tomo la palabra, muchacha. Y ahora, necesito ir al baño. Haz algo por tu viejo abuelo.

Resoplo, cansada de sus pullas. Lo quiero con locura, pero hay veces que me gustaría mandarlo a paseo. Con cariño, eso sí. Arrastro la silla hasta acercarla al aseo. Lo ayudo a ponerse de pie, porque no hay manera de que mee sentado, sería indigno para él y me pide que me gire mientras orina a pata coja.

Elena ha dejado lentejas preparadas para cenar. Es una mujer fantástica. No creo que hoy estuviera dispuesta a aguantar alguna queja más del abuelo por la comida. Lo dejamos cenando en el salón mientras ve el programa y arrastro a Lidia hasta la cocina con el propósito de estar solas.

—Y bien, ¿me vas a explicar qué ha pasado con Felipe?

—Nada importante —responde y se gira a fin de evadir mi mirada.

—No te creo. Perdiste los papeles en el coche y tú no eres así. A no ser…

—Solo es un tío más —me corta—. Nos hemos acostado varias veces. Me gusta el sexo con él, no es un niñato y sabe lo que hace, pero ya está.

—Entonces, ¿a qué se debe esa reacción?

—Me dejó tirada por otra mujer y me dolió. —Sus ojos se humedecen, un gesto que me demuestra que, para Lidia, no solo ha sido sexo como quiere aparentar.

—¿Estás segura? Nunca lo hubiera dicho de Felipe.

—Lo vi con mis propios ojos, Ro. Quedamos para cenar, algo informal, como amigos. Me llamó y me dijo que le había salido un imprevisto y debía cancelar la cita. Yo ya estaba en el exterior del lugar acordado y no tenía ganas de volver a casa tan pronto, así que me senté en un banco, enfrente del restaurante. Diez minutos después, apareció con una mujer rubia, muy guapa. El muy desgraciado aprovechó la reserva para pasarlo bien con otra.

—Lidia, cariño. —Me acerco a ella y la abrazo mientras las lágrimas se derraman por sus mejillas, acentuando así las pecas que adornan su bonita cara.

—Me voy a hacer lesbiana. Los hombres son un asco.

Su comentario provoca que el rostro de Leo regrese a mi mente. Me encantaría rectificar a mi amiga, y quizás no sea toda la culpa de los hombres y sí de los sentimientos, pero algo de razón tiene. Después de la noche que pasamos y de haberle abierto mi corazón, sigo sin saber nada de él. Pues sí, tanto los hombres como los sentimientos son un asco.

Capítulo 32

Leonardo

Observo a mi hermano que se encuentra sentado en la cama, con las manos entrelazadas, acodado en las rodillas y cabizbajo. Necesita su tiempo y yo no tengo ninguna prisa. Quiero ayudarlo y solo podré hacerlo si es sincero conmigo. No ha sido fácil ver cómo se desmoronaba. Es muy raro ver llorar a Nico, ni siquiera recuerdo la última vez que lo hizo. Sea lo que sea lo que le preocupa, lo superaremos juntos. Siempre ha sido así. Somos una familia.

Nuestra madre nos ha dado el espacio necesario. Sabe que Nico se abrirá más conmigo que con ella, así que se ha quedado, junto a Paula, en la cocina, acabando de preparar la cena. Pancho hace un rato que se ha retirado. Sé que puedo contar con su apoyo, pero ahora ya no podía hacer nada más aquí. Y mi padre, bueno, él andará fundiéndose el dinero de la familia en alguna timba. Ese problema ya lo resolveremos cuando llegue el momento.

Me siento en mi cama, quedando uno enfrente del otro. Alargo la mano y le doy una palmada cariñosa en el muslo. Mi hermano eleva la mirada y sus ojos rojos conectan con los míos. Se ha vestido con ropa cómoda y su apariencia es la de un niño perdido. Su pelo largo hasta la barbilla ya no cae por su rostro, como ha sucedido al salir de la ducha. Ahora lo lleva con su coleta habitual, dejando a la vista, esos ojos color chocolate tan parecidos a los míos.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta con la voz rota.

—Me he encontrado con Alan en el bar.

—Maldito, cabrón. Te juro que yo no quería involucrarme con ellos —se excusa de manera precipitada.

—Lo sé, Nico. Eres mi hermano, te conozco y tengo claro que nunca te meterías con ellos de forma voluntaria. ¿Con qué te están amenazando?

—No es como me gustaría que te enteraras, pero ya no hay remedio, así que aquí va. Soy gay. —Nico permanece callado durante un rato, a la espera de mi reacción. La verdad es que me sorprende, pero tampoco es nada malo.

—Entonces, todas las bromas sobre las mujeres eran una pantomima.

—Sí. Quería contártelo, aunque nunca encontraba el momento. Me daba miedo tu reacción.

—Yo no tengo la mentalidad de papá —replico. Me da rabia que piense así de mí.

—Lo sé. Y la verdad, es que lo que opine él, me da exactamente igual. Mi temor era defraudaros.

—Nico, tu condición sexual no me importa y seguro que a mamá y a Paula tampoco. Lo único que queremos es que seas feliz. Da igual con quién te acuestes.

—No te imaginas el peso que me has quitado de encima —murmura con la voz rota.

Está claro que, confesar su secreto, le ha producido un gran alivio. Ojalá lo hubiera hecho antes. Coloco la mano en la parte de atrás de su cuello y lo arrastro hacia delante para fundirnos

en un abrazo. Los dos lo necesitamos. No sé el tiempo que estamos en esa íntima posición. Al separarnos, Nico se limpia las lágrimas, pero no tengo dudas de que estas son de alivio.

—Entiendo que Alan y su tropa se han enterado —remarco para seguir con la charla. Asiente con la cabeza.

—Suelo ser muy discreto e intento alejarme de esta zona cuando salgo con mis amigos o tengo alguna cita, si se da el caso. Supongo que me siguieron. Llevo semanas viéndome con un tío, nada serio, aunque hemos quedado para cenar. Nos dimos algunos besos y tienen fotos de esos momentos. Alan me dijo que, si no hacía lo que me pedía, iba a empapelar todo el barrio con esas imágenes para que los vecinos y mi familia pudieran ver lo maricón que soy. Me asusté. Sabes de lo que es capaz. —Al escuchar la narración de mi hermano, aprieto la mandíbula con tanta fuerza, que es muy posible que alguno de mis dientes se hagan añicos. Me levanto, incapaz de seguir sentado.

—¿Qué te ha pedido?

—Tengo que mover varios coches a unas naves del polígono del norte.

—Seguro que no es tan simple, Nico. Deben llevar drogas o alguna otra cosa que te pueda comprometer si te pillan. Tienes que dejar de hacerlo. Estoy seguro de que él mismo llamará a la policía para que revisen el vehículo. ¿Sabes qué pasaría si eso ocurre? Puedes acabar en la cárcel.

—¿Y qué otra opción se supone que me queda? Si cumple su amenaza, no tendré más remedio que largarme del barrio.

—Pues a lo mejor es una buena alternativa —le indico mientras mi hermano niega con la cabeza.

—Lo último que quiero es alejarme de vosotros.

—Si lo tuviera aquí delante, sería capaz de matarlo con mis propias manos. Hasta ahora me he mantenido al margen porque no se metía con vosotros, aunque la rabia me comía por dentro al ver todo lo que hace. Sin embargo, ha cruzado la línea y si quiere batalla, la tendrá —le comento a Nico a la vez que paseo de un lado al otro de la habitación.

—No tienes que meterte en líos por mi culpa, Leo. Me dijo que solo serían tres entregas.

—Las suficientes para joderte la vida.

—Ahora ya no puedo dar marcha atrás. Prefiero ir a la cárcel que acabar lisiado o muerto a manos del Pantera y su gente.

Oír esas palabras me enrabian todavía más. Alan nos tiene pillados y no será tan sencillo deshacernos de su amenaza, no obstante, no pienso darme por vencido con tanta rapidez.

—¿Te acuerdas de Martín?

—¿El poli que nos acompañó a Paula y a mí a casa?

—El mismo. Hablé con él para decirle que Alan te había metido en problemas. —Nico eleva una ceja en un gesto de interrogación—. Te vi hablar con ellos y supe que algo pasaba.

—Por eso has estado tan pesado estos días.

—Esperaba que confiaras en mí y me lo contaras sin tener que amenazarte. Sin embargo, Alan sabe cómo tocarme los huevos y sacarme de quicio, así que no me ha quedado más remedio que apretarte las tuercas.

—¿Y crees que el poli podrá ayudarnos?

—Podemos intentarlo. Martín me pidió que hablara contigo para saber en qué te habías metido. Una vez tuviéramos esa información, se podría analizar la manera de proceder.

—¿Pues a qué estamos esperando? —me pregunta mi hermano con un tono de voz más animado.

Cojo el teléfono de encima de la mesita y lo desbloqueo. Lo primero en lo que me fijo es que tengo un nuevo mensaje de Rocío. La he ignorado durante todo el día y sé que me estoy comportando como un auténtico cabrón con ella. Soy de esas personas que necesita enfrentarse a los problemas de uno en uno, y ahora es el turno de Nico. Eso no significa que no me muera de ganas de verla y besarla. Daría cualquier cosa por poder estar con ella ahora mismo y dejar que me abrace. Necesito ese abrazo, joder. Si no se me hace muy tarde, después igual me paso a verla y a disculparme. La dejo sin leer y busco el contacto de Martín. Descuelga al tercer tono.

—Dime que tienes buenas noticias —responde sin saludar.

—Sí, las tengo, aunque no sé si son buenas. ¿Puedes acercarte a nuestro piso?

—Claro. Dame veinte minutos y me tienes ahí.

—Gracias.

—Ya me las darás cuando pillemos a ese tío.

La llamada se corta y no puedo evitar sonreír. Martín es un hombre de lo más peculiar.

—Ahora viene —informo a Nico para que respire o se pondrá morado de retener el oxígeno. Se pasa las manos por la cara y suelta un gruñido—. Mientras lo esperamos, sería un buen momento para contarle tu secreto a mamá y Paula.

—No estoy seguro de que sea una idea acertada. ¿Y si mamá no lo entiende? Me da terror defraudarla.

—Eres su hijo y te quiere. Tengo la certeza de que siempre te apoyará, aunque no sabrás cómo reaccionará hasta que le eches huevos y hables con ella.

—Vale, pero necesito que me acompañes.

—No pienso irme a ningún sitio.

Abandonamos la habitación para ir en busca de las mujeres. Las dos están en la cocina, con cara de preocupación e inquietud. Mi mirada se tropieza con la de nuestra progenitora y le sonrío con el objetivo de que se tranquilice.

—Nico, cariño. —Se levanta de la silla y lo abraza con ternura—. Dime que estás bien.

—Lo estoy.

—Decidme qué sucede, porque sufriré un ataque al corazón de un momento a otro.

—Ven, siéntate, tengo algo que contaros.

—¡Ay, no me asustes! No estarás enfermo, ¿verdad? —La vena dramática de madre hace aparición de inmediato.

—Qué va. Tengo una salud de hierro.

—Menos mal. Entonces, ¿qué quieres decirnos?

Mi hermano me mira con ojos de cervatillo asustado. Sé que no es un paso sencillo. Por desgracia y aunque la sociedad ha evolucionado, la condición sexual de mi hermano sigue sin verse bien. Así que entiendo que tenga miedo de contárselo a nuestra madre, que encima, es de una generación en la que cuesta asimilar que el amor es solo eso, ni más ni menos. Nico no dejará de ser el mismo por enamorarse de otro hombre y no seguir los supuestos cánones que tanto nos han inculcado. Estoy convencido de que ella lo entenderá y apoyará a su hijo. El problema vendrá cuando se entere nuestro padre, no tengo tan claro que su reacción sea positiva.

—Soy gay, me gustan los chicos —confiesa al fin.

—Jolín, ¿tanto rollo para eso? —cuestiona Paula—. Pensé que era algo de gravedad.

Reprimo una carcajada ante la reacción de nuestra hermana. Ella es joven e inteligente. Estaba claro que no se iba a sorprender. A lo mejor ya había sospechado alguna cosa. Las mujeres tienen ese sexto sentido especial del que nosotros carecemos por completo. Yo no lo vi venir ni me lo esperaba, pero tampoco ha supuesto un drama. Como ya le he dicho a él, lo importante es que sea feliz. Con su intimidad, que haga lo que quiera.

—Mamá, ¿no dices nada? —pregunta mi hermano con el rostro blanco igual que una hoja de papel.

—Bueno, yo…

—Perdóname. Siento mucho si te he decepcionado, pero es absurdo que siga ocultándolo. —El tono de su voz se ha vuelto desesperado y compungido. Contengo la respiración a la espera de que mi madre reaccione.

—No seas tonto, cariño, y ni se te ocurra pedirme perdón. —Mi corazón recupera su latido habitual y una sonrisa de alivio aparece en mis labios. Mamá envuelve la cara de Nico con sus manos para que la mire a los ojos—. Te quiero con locura. A los tres os amo con todo mi corazón. Sé que tenéis un alma bonita y limpia, que sois personas maravillosas. Estoy muy orgullosa de los tres y me da igual si te gustan los hombres o las mujeres. Es tu vida, hijo. Mi único deseo es veros felices y gozando de cada momento. Que vuestro camino esté lleno de tranquilidad y amor. Parece fácil, pero no lo es. Así que ni se te ocurra bajar la cabeza ante nadie debido a tu condición.

Nico se lanza, de manera literal, al cuerpo de nuestra madre y se abraza a ella mientras llora igual que un niño pequeño. Mamá nos hace un gesto con la mano y nos unimos a ellos. Estos instantes son los que te dan las fuerzas para enfrentarte a todo.

El sonido del timbre interrumpe nuestro momento íntimo. El tiempo corre sin darnos cuenta y, los veinte minutos que informó Martín que tardaría, han pasado. Detrás de la puerta me encuentro con su sonrisa. Va vestido de una manera similar a la del otro día; con un tejano oscuro combinado con una sudadera color azul eléctrico. Su cabello, que recuerda al tono arenoso de la playa, está despeinado, aunque de forma cuidadosamente ordenada. Es más o menos igual de alto y atlético que yo. Alarga la mano y se la estrecho. Le doy paso y lo dirijo hasta la cocina.

—Mamá, te presento a Martín, un amigo. Ella es Elena, mi madre.

—Encantada. ¿Quieres tomar algo?

—No gracias, es muy amable.

—A Nico y a Paula ya los conoces. —Mi hermano lo saluda con un apretón de mano y la enana le sonríe, tímida. Parece que hicieron buenas migas—. Tenemos que explicarle unas cosas a Martín.

—Es sobre Alan, ¿verdad? Seguro que se ha enterado de lo tuyo. Si te está amenazando…

—Ya sabes cómo es, pero no te preocupes, que no me voy a dejar intimidar —le responde Nico, restándole importancia al comentario.

—Está bien. —Entorno los ojos, analizando su reacción. La conozco y es capaz de encararse a él.

—Es peligroso, mamá. Prométeme que no te acercarás a ese cabrón y lo vas a evitar.

—Lo prometo si vosotros hacéis lo mismo. —Los dos asentimos con la cabeza. Tengo la sensación de que ninguno va a cumplir su promesa.

Nos encerramos en la habitación de nuevo y le explicamos todo lo sucedido a Martín. Nos escucha con atención y no hace ningún gesto de sorpresa ante la revelación de Nico. Espero que, con su colaboración, podamos organizar un plan para pillar a Alan y sacar a mi hermano en el lío que se ha metido sin querer. No será una tarea sencilla, pero ¿quién dijo miedo?

Capítulo 33

Rocío

Me muerdo el interior de la mejilla al leer la declaración de amor del protagonista masculino de la novela que tengo entre las manos. Debería estar durmiendo, es más, estoy agotada, pero no he sido capaz de cerrar los ojos. La solución: continuar con la historia de amor que descansaba en mi mesita. Qué bonito sería experimentar algo tan especial. Han sufrido mucho durante las páginas, sin embargo, ahora que estoy casi al final, la vida les ha compensado. Una pena que sea ficción.

Suspiro y contengo un grito emocionado cuando se arrodilla y le propone matrimonio. Suerte que existe la literatura y me ayuda a desconectar en días tan locos como este. La charla con Lidia ha acabado de rematar la jornada. Me duele ver a mi amiga tan triste y no saber de qué manera ayudarla. Los temas del corazón son muy complicados. Ojalá todo fuera tan sencillo como en las novelas.

Solo me quedan tres capítulos para acabar el libro, después, toca dormir o mañana no seré capaz de afrontar la jornada. Cuando llegue al estudio, hablaré con Marcelo para buscar un hueco en la agenda de mi padre. Sé que lo mejor es confesarle mi estancia con el abuelo en un lugar más íntimo, pero me quedo sin tiempo. Si David se va de la lengua, será peor. Ni siquiera sé cómo contárselo para minimizar los daños. Sacudo la cabeza con la intención de centrarme en la historia de nuevo. Mañana será otro día.

La entrada de un mensaje en mi móvil vuelve a interrumpir mi lectura. Son las once y media de la noche. ¿Quién puede enviarme algo a estas horas? Espero que no sea David con sus intimidaciones o le pediré a Felipe que tenga un encuentro con él en el baño y le deje claro que no puede amenazar a una Scott. Me sale una sonrisa al darme cuenta de que eso ha sonado muy agresivo. Parece que este barrio me está afectando más de lo que deseo.

Coloco el marcapáginas al ver que el remitente es Leo. Vaya, a buenas horas se acuerda de mí. Espero que tenga una excusa convincente para ignorarme de esta manera tan cruel durante todo el día. Entiendo que nuestra cita no fue lo mismo para él que para mí, sin embargo, no imaginé que reaccionaría igual que un adolescente irresponsable.

Leo

¿Estás dormida?

Valoro si contestarle o, por el contrario, dejarlo sufrir de la misma manera que él ha hecho conmigo. Sabe que lo he leído, pero tengo derecho de estar enfadada con él e ignorarlo. Los tres puntos salen en la pantalla, conforme sigue escribiendo, y hace que me mantenga a la espera.

Leo

Sé que no son horas de molestarte.

Y que te debo una explicación.

Me gustaría dártela en persona.

Está claro que yo también deseo escuchar esa explicación, aunque acabe de fulminar mi corazón, será mejor que el silencio.

Rocío

¿Qué pasa si ahora soy yo la que no quiere hablar contigo?

Leo

Entiendo que estés enfadada.

Me he portado como un capullo.

Rocío

¿Tan mal te pareció nuestra cita?

Creí que habíamos disfrutado del sexo.

Leo

Te aseguro que mi silencio nada tiene que ver contigo.

Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

Y no solo hablo de sexo.

Vaya, y ahora qué se supone que le digo yo. Me siento un poco estúpida al darme cuenta de que asumí que todo giraba en torno a mí. Me quejo de David, pero menuda engreída que estoy hecha.

Rocío

¿Qué tal si quedamos mañana y hablamos?

Me pillas en la cama, preparada para dormir.

Leo

¿Y si me abres la puerta?

Me encantaría verte en pijama.

Abro mucho los ojos ante su comentario. ¿De verdad se encuentra aquí? Me destapo y camino descalza hasta la entrada. Echo un vistazo por la mirilla y ahí está. Un calor me recorre todo el cuerpo cuando eleva la mirada del teléfono y parece atravesar la puerta con esos maravillosos ojos color del chocolate con leche. Sigo enfadada con él, pero no puedo dejarlo ahí afuera después de tomarse la molestia de venir. «Sí, claro. Como si hubiera recorrido trescientos kilómetros a pie. Está aquí al lado, bonita. Confiesa que, en realidad, te mueres de ganas de verlo y besarlo». Espanto a ese diablillo que siempre se cuela en mi cabeza cuando menos lo espero y giro la llave para darle paso.

Mi corazón late con rapidez ante su presencia. Lleva un pantalón tejano que cuelga de sus caderas y una camiseta negra que se ciñe a su torso. No le hace falta nada más para destacar. Es muy guapo, tanto, que no sé si voy a ser capaz de controlar mi cordura. Me regala una sonrisa ladeada que consigue erizarme la piel. Parece cansado. Es posible que su día también haya sido un desastre.

Le hago un gesto con la mano para que pase y, aunque intento no hacer ruido, mi sigilo no es suficiente. Mi amiga se asoma por el pasillo con el propósito de comprobar qué sucede. Al vernos, pone los ojos en blanco. En nuestra charla, le expliqué que Leo me había ignorado, gesto

que apoyó su idea de que los hombres son los culpables de todo. Lo que omití, fue la amenaza de David. Sé que sería capaz de ir a buscarlo y arañarle la cara sin piedad. Tampoco tenía ganas de escuchar un «te lo dije». No hay necesidad de alborotar más el avispero. Mañana se lo contaré a mi padre y David será historia.

—Está feo follar para reconciliarse —suelta sin inmutarse.

—¡Lidia! —le reclamo. Noto el calor subir a mis mejillas—. Solo vamos a charlar.

—Sí, claro. Bueno, sea como sea, sed discretos y no hagáis mucho ruido. Necesito descansar, que mañana tengo un juicio importante.

La seguimos con la mirada mientras desaparece con un vaso de agua en la mano. Avanzo por el pasillo para dirigirme a mi habitación. No hace falta que mire hacia atrás, sé que Leo me sigue. Extiendo la mano en una invitación a entrar y cierro la puerta una vez estamos los dos en el interior. Al girarme, tropiezo con su pecho. Doy un paso atrás y quedo acorralada entre Leo y la pared. No soy capaz de controlar mi cuerpo, que reacciona por voluntad propia. Mis pezones se erizan y es imposible disimular su excitación con la fina tela de la camisola que utilizo para dormir. Noto sus dedos en mi barbilla y cómo la presión provoca que eleve la cabeza. Me esperan sus ojos, dilatados y brillantes. Cuando su mirada se centra en mis labios, contengo un gemido. No era consciente de las ganas que tengo de que me bese. Su pulgar acaricia mi mejilla y ese simple gesto consigue derrumbar el muro que había elevado debido a mi enfado.

—No te imaginas lo que te he echado de menos y las ganas que tengo de besarte —susurra con sus labios muy pegados a los míos, pero sin tocarlos. Ha venido dispuesto a acabar conmigo.

—Has pasado de mí durante todo el día —le reprocho sin moverme.

—Lo sé y lo siento. Tenía un asunto familiar que resolver.

—¿Si estás aquí es porque lo has solucionado?

—Todavía no, pero estoy en proceso.

—Así que es posible que mañana vuelvas a ignorarme —afirmo con la respiración alterada.

—Eso no volverá a suceder. Te lo prometo. Ahora, me encantaría besarte, porque estoy empezando a perder la cordura. Es un puto suplicio tenerte tan cerca y no poder tocarte.

—¿Qué te lo impide?

—La pregunta correcta es «quién». No quiero dar otro paso en falso contigo. Estás enfadada, y con razón. Antes de empezar algo que no voy a poder parar, debo asegurarme de que me has perdonado.

—Tu respuesta ha sido un poco vaga y apenas nos conocemos. ¿Cómo sé que no me mientes? —Finjo indiferencia y confío en que mi estrategia no falle.

—Sabes que no lo hago, igual que yo sé que eres la mujer más especial con la que me he cruzado. Jamás he tenido una conexión tan intensa con alguien que no sea de mi familia, Rocío. Quizás mis aspiraciones contigo sean demasiado altas, pero me gustaría seguir viéndote. Me refiero a cuando ya no estés en el barrio.

—Quieres más.

—Mucho más.

—Pues vamos a empezar por algo tan sencillo como besarnos. ¿Qué te parece?

—Me encanta.

Es complicado saciar las ganas con un simple beso, así que nuestros movimientos cogen velocidad y nos comemos el uno al otro. Sus manos recorren mi cuerpo, las mías se deshacen de

su camiseta a fin de poder tocarlo. Tiene la piel caliente y suave. Paseo mis dedos por el poco vello que adorna su pecho mientras rodeo su cintura con mis piernas. La camisola se me enrosca en las caderas y Leo se apresura a quitármela para quedarme solo con las bragas. Su miembro se clava en mi sexo, arrancándome un gemido que acalla con sus labios. No hay duda de que esto va a ser rápido.

Leo se mueve y acabamos los dos tumbados en la cama. Su boca desciende por mi mandíbula, para recorrerme el cuello y bajar a una de mis clavículas. Me retuerzo de placer cuando siento los besos y la humedad de su boca. Sigue el descenso, imparable, hasta que alcanza uno de mis pezones erectos. Pasea la lengua alrededor y sus dientes no dudan en morderlo sin piedad. Estoy a punto de correrme y apenas me ha tocado. Cuando se cansa de martirizarme con la atención a mis pechos, sigue bajando mientras deja un reguero de besos por mi cuerpo.

—Dime que tienes un preservativo —pide a la vez que mima mi ombligo. Eleva la cabeza ante mi silencio y lo recibo con cara de circunstancia.

—Jamás imaginé que tendría sexo con un hombre en casa de mi abuelo —me excuso. Lo oigo reír. Un sonido ronco que me hace estremecer. Me tapo la cara, avergonzada.

—Oye, está bien, no hay problema. Yo tengo dos en la cartera, pero la he dejado en casa. Otro día será. Quizás en nuestra próxima cita —dice trepando por mi cuerpo y situándose a mi lado.

—Me sorprende que quieras repetir después de la visita inesperada de Sara y mi hermano.

—Bueno, la verdad es que fue un momento algo incómodo. ¿Tuviste algún problema con ellos después de irme? —se interesa mientras sus dedos se pasean por mis pechos.

—Nada que no supiera manejar. Me hicieron un interrogatorio en toda regla. Eres el primer hombre que ven en mi piso. Hace tiempo que no tengo una relación seria, aunque sí una estabilidad sexual con un compañero de trabajo. No fue nada importante y sí un error en toda regla. Era cómodo cuando el tiempo libre escasea. A excepción de él, el resto ha sido casual o sin compromiso. En esos casos siempre es mejor buscar lugares neutrales.

—Chica lista —responde. Jadeo al volver a sentir sus dientes en mi pezón. Espero que no se vaya sin ponerle remedio a mis ganas de correrme.

—¿Qué hay de ti? ¿Alguna relación estable?

—Estuve saliendo unos meses con Raquel, la chica que ahora está con Alan. Creí que sería algo importante, pero al final, parece que no tuvo suficiente conmigo.

Me coloco de lado y apoyo la cabeza en la mano para verlo mejor. Tiene el semblante serio y el miedo se apodera de mi pecho al pensar que quizás siga sintiendo algo fuerte por ella. Leo debe darse cuenta de mi inquietud, porque me sonríe y coloca unos mechones del pelo detrás de mi oreja.

—Lo siento. Sin duda, esa mujer está ciega. Eres mucho más guapo y sexi que Alan —aseguro.

Uno mis labios a los suyos. Leo no desperdicia la ocasión para buscar mi lengua y disfrutar del contacto. Se separa y deja un casto beso antes de continuar con la charla:

—Es agua pasada y lo tengo más que superado. Al principio me dio mucha rabia, supongo que a nadie le gusta que le hieran el orgullo. Varios días después, me di cuenta de que no estaba tan enamorado como pensaba —responde encogiéndose de hombros.

—Ella se lo pierde y yo lo disfruto —digo con un tono de voz provocador mientras mis

dedos se pasean por su torso y desaparecen en el interior del pantalón, que todavía lleva puesto. Palpo su duro miembro por encima del calzoncillo. Jadea.

—Si tocas ahí, vas a tener que acabar lo que empieces.

—Será un placer.

Me deshago de su ropa y el contacto con su polla caliente me pone mucho más cachonda, si eso es posible. La envuelvo en mi mano y la muevo cambiando de ritmo. Pierdo la coordinación cuando uno de sus dedos se introduce en mi interior, hundiéndose en la humedad de mi sexo. No tarda en añadir un segundo dedo, acompasamos el ritmo y acallamos nuestros gemidos en la boca del otro. Hasta que los cuerpos se tensan, entrelazamos las miradas y nos dejamos ir en un orgasmo conjunto. Jamás he sentido algo tan profundo e íntimo. Ya no tengo dudas. Leonardo Medina acaba de quedarse con un trozo de mi corazón. Espero que no lo machaque.

Capítulo 34

Leonardo

Sabía que Rocío iba a trastocar mi mundo y, que una vez pudiera tenerla cerca, ya no habría marcha atrás. Ahora, necesito el roce de sus manos y el sabor de esos labios carnosos. Cuando no está cerca, echo de menos la intensidad de su mirada gatuna. Una puta locura. A pesar del problema de mi hermano con Alan, Rocío siempre está en mi cabeza, pero ella se merece toda mi atención. Soy de la vieja escuela y prefiero verla, tocarla y explicarle las cosas en persona.

Un teléfono no puede sustituir a estos momentos juntos. Ya no recordaba lo maravillosa que es la sensación de tener a una mujer entre mis brazos y no para follármela. Acaricio su pelo con mis dedos y le dejo un beso en la frente. Su cara reposa en mi hombro y su mano me rodea el torso. Ojalá pudiera quedarme así para siempre, sin problemas, solo disfrutando de nuestra compañía. Sin embargo, hay que regresar a la realidad y afrontar los obstáculos.

—Es tarde, debería irme —indico girándome para quedar uno frente al otro.

—Quédate un poquito más —me pide a la vez que hunde su rostro en mi cuello. Me encojo debido a las cosquillas.

—No seas mala. —Se separa y me sonríe. La beso. Imposible resistirme a su boca.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora? ¿Vas a volver a ignorarme? Porque ya te digo que no pienso perdonarte de nuevo.

—Contesté a tu mensaje, así que, técnicamente, no pasé de ti. Soy un tío limitado y tengo que afrontar los problemas de uno en uno.

—Vaya, así que ahora soy un problema —responde haciéndose la ofendida. Intenta zafarse de mi abrazo, no obstante, mis movimientos son más rápidos y consigo situarme encima de ella.

—Lo eres, pero no en el mal sentido. Jamás creí que te pudieras cruzar en mi camino y consiguieras despertar mi dormido corazón. Somos muy distintos, de mundos opuestos. Así que sí, para mí, sí que es un inconveniente que hayas aparecido en mi vida.

—A mí no me parece tan malo que seamos diferentes —susurra mientras sus dedos se pasean por mi mandíbula.

—Eres una arquitecta premiada, con una vida cómoda que se codea con gente importante. Y no es un reproche, Rocío —le aclaro cuando frunce los labios en un gesto de dolor—. Solo quiero que seas consciente de que hay muchas cosas que nos separan. Soy un simple mecánico, con un padre ludópata que nos complica la existencia día sí y día también. Además, vivo en un barrio conflictivo en el que gobierna un capullo que me la tiene jurada y busca cualquier punto débil para hacerme sufrir.

—Todo eso puede cambiar.

—No es tan sencillo —digo a la vez que me tumbo boca arriba, resignado. Decirlo en voz alta lo hace mucho más real y complicado.

Rocío no tarda en buscar mi cuerpo y nos abrazamos de nuevo. El silencio se apodera de la

habitación y nos permite perdernos en nuestros pensamientos. Tendría que irme y tomar distancia con esta mujer, pero no puedo y tampoco quiero.

—Debería haber una manera de acabar con el Pantera.

—Seguro que la hay, aunque él también juega sus cartas. Tiene muchos contactos de gente importante que le cubre las espaldas. Lo que no sabe, es que ha tocado hueso conmigo. Puedo ser muy bueno, aunque también el peor de los rivales. Nadie se mete con mi familia, así que ahora pagará las consecuencias.

—¿Qué ha pasado? —pregunta sentándose en la cama, alarmada por mi resentimiento.

—Está molesto conmigo por defender a tu abuelo y estropear sus planes. Un tiempo atrás sellamos un pacto, por los años que hace que nos conocemos. Él dejaba en paz a mi gente y yo no me metía en sus sucios negocios. He respetado sus trapicheos, pero no puedo permitir que les haga daño a personas inocentes para conseguir sus propósitos. Ahora está ofendido y ha metido a Nico en sus mierdas. Me ha amenazado con fastidiar a toda mi familia y eso no lo pienso tolerar.

—Madre mía, ese hombre está muy mal de la cabeza. Tienes que denunciarlo, hablar con la policía. Es capaz de hacer cualquier locura, Leo.

—Lo sé, por eso voy con pies de plomo. No quiero que nos vea juntos, Rocío. Si sospecha que hay algo entre nosotros, hará todo lo posible para hacerme daño. Y si te toca, lo mato.

—No digas eso, por favor. Disimularemos, nos veremos fuera del barrio o en otra ciudad si hace falta.

Me coloco en la misma posición que ella, le acaricio la mejilla y sonrío, enternecido por sus palabras. Aquí está de nuevo esa diferencia abismal que hay entre nosotros. Ella piensa en recorrer el país para poder estar juntos y yo apenas me muevo para no gastar demasiado en combustible.

—¿Y si hablas con Martín? Él te ayudó el otro día y me dijo que conocía las artimañas del Pantera —propone con una ilusión infantil en su voz.

—Ya lo he hecho. Ha estado en casa, hablando con mi hermano y conmigo. No será sencillo, pero confío en que podamos desenmascarar a Alan antes de que envíe a Nico a la cárcel.

—¿Tan grave es?

—Se enteró de que mi hermano guardaba un secreto y aprovechó para obligarlo a realizar unos trabajos o lo desvelaba. Tiene que entregar varios coches en diferentes puntos de la ciudad. Ya te puedes imaginar lo que contienen. Estoy convencido de que, en alguno de esos trayectos, aparecerá una patrulla de la policía y mi hermano acabará con su culo en la cárcel.

—Pensaba que esas cosas solo sucedían en las películas —responde con ingenuidad.

—Te sorprendería la de veces que la realidad supera la ficción, sobre todo en lugares como este.

—¿Qué tal está Nico?

—Un poco agobiado por la situación. La forma de ser de Martín, tan serena y confiada, ha conseguido tranquilizarlo.

—Es un buen amigo.

—Ni siquiera sé cómo le voy a pagar todo lo que está haciendo por nosotros. Solo espero que su plan salga bien.

—Confiemos que así sea.

—No quiero marcharme, de verdad que no, pero el reloj marca la una y media de la

madrugada y los dos necesitamos descansar —le indico muy a mi pesar.

—¿Volverás mañana?

—Alan tiene ojos en todo el barrio. Si me ven entrando al edificio tan a menudo, sospechará. Es un tío listo y no le costará deducir a que se deben mis visitas. Lo último que quiero es ponerte en riesgo —le explico a la vez que tiro de ella y la siento en mi regazo.

—¿Entonces? No deseo pasarme toda la semana sin verte.

—Algo se nos ocurrirá. No te preocupes. Lamento informarte que ahora no te vas a librar de mí con facilidad.

—Ni yo quiero que lo hagas. Me gustas mucho, Leo. Y, aunque no hace tanto que nos conocemos, me consta que eres un hombre increíble, íntegro y con un gran corazón. Sé que no será fácil y que piensas que nos separan muchas cosas. Es un hecho que nuestros mundos son diferentes, pero no tiene por qué ser un obstáculo.

—¿Qué crees que dirá tu padre si algún día me conoce? Seguro que él quiere que salgas con alguien que esté a tu altura…

—Frena, Leo —me pide tapándome la boca con su mano—. Lo que dices ni siquiera tiene sentido. No conoces a mi familia para saber lo que opinará mi padre. Él se enamoró de una mujer que tenía un nivel económico medio y trabajaba de secretaria en un bufete de abogados. Es verdad que es un hombre prestigioso y con un gran poder adquisitivo, pero nadie le ha regalado nada y sabe lo que cuesta ganarse la vida. Te aseguro que lo que mi padre quiere es que sea feliz y le da igual si mi pareja es asiático, rico, corredor de maratones o de mí mismo sexo. Ya te has ganado al abuelo, que es el más complicado. Así que, yo que tú, no me preocuparía demasiado por la opinión de mi padre. Además, te recuerdo que soy mayorcita y vivo mi vida, así que la que decide a quien quiero a mi lado soy yo.

—¿Y me has escogido a mí? —pregunto con un tono meloso a la vez que busco sus labios. La beso con pasión. No sé cuándo podré volver a hacerlo.

—Tengo debilidad por los mecánicos gruñones, a los que les cuesta sonreír y no acaban de creerse que son maravillosos.

—Mi autoestima está un poco perjudicada.

—Trabajaremos en ella. Puedo decirte cada día lo increíble que eres hasta que te lo creas. También puedo contarte cuánto me gustan tus ojos o esta mandíbula tan masculina —dice paseando sus dedos por ella—. Lo bien que me sientan tus besos y cuánto me fascinan estas manos grandes y fuertes.

Coloca su palma contra la mía y sonrío al ver lo pequeñita que es. Nuestras miradas se encuentran y nos quedamos un rato cautivados. Si yo tuviera que explicarle todo lo que me gusta de ella, estaríamos aquí encerrados varios días. Me da miedo expresar lo que me hace sentir, porque es una sensación tan intensa, que ni siquiera sabría cómo definirla. Sería capaz de cualquier cosa por ella, hasta de dejar mis prejuicios atrás e intentar una relación seria. Me enfrentaría al mundo si hiciera falta y esta forma de actuar me da miedo, mucho miedo. No me salen las palabras, así que hago lo que mejor se me da. Beso sus labios de manera delicada, intentando transmitir en este gesto cuánto me gusta.

No sé el tiempo que pasamos así, enredando nuestras lenguas. Esta paz que siento provoca que el cansancio del día haga su aparición. Es muy probable que, si en unos minutos no me voy a casa, caiga redondo. Me separo de Rocío, aunque antes rozo mi nariz con la suya. Sonríe y el brillo de sus ojos azules me fulmina.

—Debo irme o no seré capaz de llegar a casa.

—Está bien.

Me siento en la punta de la cama para colocarme las zapatillas y al elevar la mirada, la encuentro pensativa, mordiéndose el labio inferior con saña. Algo le preocupa.

—Rocío, ¿qué pasa? —Eleva la vista y me mira con duda en los ojos.

—Quería pedirte una cosa.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Hay otro grifo que pierde? —Sé que consigo mi propósito de relajar el ambiente cuando me da un manotazo juguetón en el brazo.

—De momento todo está en orden. Verás, dentro de dos semanas, es el aniversario del estudio de mi padre. Cumple treinta años y habrá una fiesta para celebrarlo. Me gustaría que fueras mi acompañante.

—¿Yo? —Rocío eleva una ceja, dejándome claro que la pregunta sobraba. No es una excusa a mi gilipollez, solo me ha cogido desprevenido.

—No hace falta que me contestes ahora mismo, hay tiempo y puedes pensártelo. Sin presión.

Suelto el aire que retenían mis pulmones al saber que cuento con unos cuantos días para analizar si es una buena idea que Rocío vaya a esa fiesta con alguien como yo. Ni siquiera tengo ropa elegante que ponerme. ¡Oh, joder! Qué puñetero lío. Siento su mirada cauta y, como no quiero que se inquiete, le sonrío para que no note mi preocupación.

—Está bien. Me lo pensaré y te daré una respuesta lo antes posible.

Asiente con la cabeza. No sé si es lo que esperaba escuchar, porque su semblante no me indica nada. Me levanto y ella me imita. Salimos de la habitación y recorremos el pasillo lo más sigilosos posible. Antes de abrir la puerta, la agarro de la cadera y la acerco a mí, buscando de nuevo sus labios. Creo que nunca conseguiré saciarme de ella. Me dice adiós con la mano mientras espero el ascensor. Cierra la puerta una vez estoy dentro. Observo mi reflejo en el espejo del aparato. Tengo una sonrisa tonta, me brillan los ojos y me siento tan eufórico, que el cansancio ha desaparecido por arte de magia. No me importaría que, esto que está naciendo entre nosotros, fuera para toda la vida. «Joder, Leonardo, ¿desde cuándo te has vuelto tan romántico?».

Capítulo 35

Rocío

Mi padre se ha ido de viaje, motivo por el cual, todavía no he podido sincerarme con él. La parte positiva es que también está lejos de David y eso me tranquiliza un poco. Al que debo controlar, es a la fiera de Felipe. Si por él fuera, ya le habría partido las piernas a David, pero no quiero que tenga problemas con él y pueda llegar a perjudicarlo. Me ha costado lo suyo convencerlo de que no vale la pena y que ese malnacido caerá por su propio peso. Llevo unas semanas rodeada de villanos y solo espero que, los buenos, o sea Leo y yo, podamos vencerlos y tener nuestro final feliz. De momento nos llevan ventaja y la sensación de impotencia es horrorosa.

No he vuelto a ver a Leo desde el lunes. Bueno, verlo sí, aunque de lejos, igual que si fuéramos dos extraños. Odio que la gente tenga tanto poder sobre mi vida, no obstante, no puedo obviar que el Pantera es muy peligroso y debemos tener cuidado. Solo hay que ver en el lío que ha metido a Nico. Espero que Martín los pueda ayudar. Es una buena familia en el lugar equivocado. Elena es una mujer maravillosa, que trata al abuelo igual que si fuera su padre. Lo mima y lo consiente, y él se deja querer. No he vuelto a tocar el tema del piso, porque bastantes frentes abiertos tengo ahora mismo. Además, enfadarlo no es una buena idea, se cerrará más en la concha y después sí que será imposible convencerlo. Al final me voy a convertir en una experta en paciencia.

Deslizo el carmín por mis labios, me echo un poco de perfume y ya estoy lista para batallar el día. Menos mal que es viernes, aunque tengo la agenda llena de reuniones debido a la ausencia de papá. Le envío un mensaje a Felipe, necesito saber dónde se encuentra. Me indica que llega en cinco minutos. Me dirijo a la habitación del abuelo para despedirme. Como ya es habitual, lo encuentro de charla con Elena. Cuando está con ella, no parece un viejo gruñón, ni siquiera eleva el tono de voz. Tengo que enterarme del secreto de esta mujer.

—Me voy —anuncio. Elena me sonríe mientras le coloca una almohada al abuelo en la espalda para que esté más cómodo—. No sé a qué hora llegaré esta tarde. Me espera un día complicado.

—Alfredo te hace trabajar demasiado. —Pongo los ojos en blanco ante la queja del abuelo.

—Papá se encuentra de viaje y alguien debe atender el estudio.

—Su nieta tiene razón, Ramón. Al final, la empresa será de Rocío, ¿verdad? —Asiento con la cabeza y le agradezco el apoyo con una sonrisa—. No te preocupes, cielo. Esta tarde la tengo libre, así que me quedaré con tu abuelo. Veremos la novela, que hoy emiten un capítulo interesante.

—¿En serio? Pero si tú me dijiste que no veías esas cosas —le reprocho conteniendo la risa que amenaza con salir.

—Paparruchas. —Esa es su palabra favorita para dar por zanjada una conversación incómoda. Niego con la cabeza y comparto una mirada cómplice con la madre de Leo.

—Muchas gracias, Elena. Cualquier cosa ya sabes que me puedes localizar en el móvil.

—Tranquila, Ramón y yo vamos a estar la mar de bien, ¿verdad? —Al abuelo le cambia el semblante cuando la mira. Menudo pájaro.

El timbre anuncia que Felipe ya ha llegado. Así que me acerco a mi gruñón preferido y dejo un beso en su mejilla. Se hace el remolón, pero sé que le gustan mis arrumacos. Me despido de ellos y acelero el paso hacia el pasillo, observo por la mirilla y al ver a Felipe, le abro con una sonrisa. Él me la devuelve, sin embargo, centra la mirada en el interior. Busca a alguien y yo sé a quién.

—No se encuentra. Esta noche también ha dormido en su piso —le digo.

Ahora que contamos con Elena, nuestras vidas se han normalizado un poco y mi amiga lleva algunos días aprovechando esa calma para dormir en su casa. Además, está con un caso complicado y la tranquilidad de su hogar le ayuda a concentrarse mejor.

—Yo, no…

—Ya. ¿Nos vamos? —Felipe asiente con la cabeza y su atisbo de sonrisa me indica que agradece que no insista con el tema.

Durante el trayecto, le pregunto qué tal están por casa. Me explica que Sara está de los nervios con la planificación de la fiesta de aniversario. Han contratado a una empresa de organización de eventos, pero ella es una mujer que no le gusta dejar nada al azar, así que me la puedo imaginar detrás de la organizadora, con su tableta y dando toda clase de instrucciones. La debe tener loca.

—Tendrías que ver la enorme lista de invitados. Es una auténtica locura.

—Es un aniversario importante —señalo.

—Lo sé, créeme. No obstante, sería igual de relevante con la mitad de los asistentes.

Comparto la opinión de Felipe. Algo más íntimo no le restaría categoría al evento. Sin embargo, ni él ni yo tenemos voz en este tema, así que debemos adaptarnos.

—A papá le hace mucha ilusión una fiesta por todo lo alto. Es el jefe y no pienso llevarle la contraria —afirmo, encogiéndome de hombros.

—¿Ya le has dicho que irás con un acompañante?

—No, porque Leo todavía no me ha dado una respuesta.

Desde el accidente del abuelo, paso mucho más tiempo con Felipe y se ha convertido en uno de mis confidentes. Sé que puedo confiar ciegamente en él y que me dará los mejores consejos. Por eso le conté mi encuentro con Leo y que había empezado a sentir algo especial por este mecánico serio, familiar y con la confianza en sí mismo por los suelos. Obvié nuestros momentos íntimos y también todo lo relacionado con el Pantera. Felipe pondría el grito en el cielo y no dudaría en buscar la manera de sacarme del barrio.

—¿Sigues pensando qué es una buena idea? Te aseguro que entiendo sus temores. Un evento de los Scott puede intimidar al más valiente.

—Nos pintas como si fuéramos unos ogros —me quejo.

—Sabes que yo solo tengo palabras buenas para vosotros, pero debes entender que ese muchacho vive al día y, cuando pasas los meses apurado, cuesta asimilar que el resto pueda tener tanto.

Dedico parte de la mañana a pensar en las palabras de Felipe. Ha creado un recelo en mí que no soy capaz de quitarme de encima. A lo mejor me he pasado pidiéndole a Leo que me acompañara a un evento tan exclusivo. No quiero que esté incómodo, pero sí que vea cómo es mi

mundo. Ahora entiendo mucho mejor sus dudas hacia nuestra relación y esa revelación me deja bastante desanimada. Qué difíciles son los sentimientos.



Marcelo asoma la cabeza en mi despacho para anunciarme que los clientes ya han llegado y que se encuentran instalados en la sala de reuniones. Estos días me he dado cuenta, de primera mano, el gran trabajo que hace este hombre. Mi padre tenía razón cada vez que lo elogiaba. No sé qué hubiera sido de mí sin él.

Me aseguro de que llevo todo lo necesario para el repaso del proyecto. Me recoloco la falda y abrocho mi americana con el objetivo de dar una imagen seria y responsable. No todo el mundo tolera que las reuniones las dirija una mujer tan joven como yo, sin embargo, con el tiempo, he aprendido a que esa falta de respeto me resbale. Soy buena en mi trabajo y si no quieren que yo guie sus diseños, ellos se lo pierden.

El señor Wilson es un hombre elegante, de una edad cercana a los sesenta años, pero que se conserva muy bien. Se nota que ha aprovechado su fortuna para realizarse algunos retoques, aunque son sutiles. Sé que a él no le molesta que lo atienda yo en vez de mi padre, porque soy una chica joven y «muy bella», tal y como dejó claro en una reunión anterior. No me ha faltado al respeto en ningún momento, sin embargo, me incomoda su mirada lujuriosa cada vez que me levanto para explicar alguna modificación que se proyecta.

—Me gustan los cambios, Rocío. Creo que se adaptan muy bien a lo que estábamos buscando. Ahora falta que lo revise mi socio.

—Pensé que este proyecto era solo suyo. Hubiéramos adelantado si estuviera aquí con usted —le reclamo. No me agrada perder el tiempo ni tener que repetir varias veces lo que se ha cambiado.

—No te preocupes, preciosa. Le haré llegar toda la información y te daremos una respuesta esta noche, en una cena. ¿Qué te parece?

Una auténtica mierda, eso es lo que me parece, aunque no lo expreso en voz alta, claro. Lo que menos me apetece un viernes por la noche es tener que pasar tiempo con un baboso como este y su socio. Sin embargo, Wilson es un muy buen cliente y no podemos permitirnos perderlo, así que no queda más remedio que ceder.

—Bien. Mi padre y yo estaremos encantados de cenar con ustedes. —Percibo su mueca de disgusto al nombrarle a mi progenitor.

Sé que llega esta tarde y debería asegurarme de que no le importará acompañarme, pero ni loca pienso ir a esa cena sola. Papá conoce muy bien a los tipos como Wilson, así que, por muy cansado que esté, no se opondrá a venir.

—Fantástico —responde mi cliente con una enorme y falsa sonrisa—. Te enviaré un mensaje con la hora y la ubicación. Ponte guapa, bonita, esta noche vamos a firmar un contrato importante.

Asqueroso, eso es lo que pienso, aunque mi rostro muestra satisfacción y felicidad. Con el paso del tiempo, he conseguido crearme una capa de indiferencia y falsedad que asustaría a la actriz más consagrada. Así que he aprendido a tratar con personajes como este señor. Solo hay que decirles lo que ellos quieren escuchar, y eso se me da bien.

Una vez despido a Wilson, cojo mi móvil y le envío un mensaje a Lidia. Necesito su ayuda con el abuelo. Espero que la cena no se alargue demasiado, aun así, no se puede quedar solo tanto rato. A ver si me contesta rápido para buscar más opciones si fuera necesario.

Mi padre aparece por la oficina sobre las cuatro de la tarde. Tiene cara de estar agotado y sé que no le hace mucha gracia tener que cenar con los clientes y de manera tan precipitada. Su idea era quedarse en casa con Sara y Einar, pues hace unos días que no los ve, sin embargo, cede a mi súplica. Sí, le he rogado que no me deje sola con Wilson. Lo abracé con ilusión antes de que se fuera para asearse y cambiarse de ropa.

La mala noticia es que Lidia no podía quedarse con el abuelo. Felipe se ofreció a hacer de niñero, pero papá no quería conducir y había requerido sus servicios. El mundo se me iluminó cuando el nombre de Leo apareció en la pantalla de mi teléfono con una llamada entrante.

—Hola, guapetón. —Su risa ronca se oyó al otro lado de la línea—. ¿De qué te ríes?

—Tu saludo ha sonado algo… raro.

—Es verdad —confieso dejándome caer en mi cómoda silla de despacho—. Estoy estresada. Necesito un baño de espuma y burbujas.

—¿Cabemos los dos en esa bañera? —Gimo ante esa perspectiva. Sería fantástico.

—Por supuesto, y no te imaginas lo que me gustaría compartirla contigo, pero siento informarte que hoy no será posible. Me ha salido una cena de trabajo.

—Vaya, tenía la esperanza de que nos pudiéramos ver un rato. Necesito mi dosis de besos y abrazos. —Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, intentando digerir lo que me voy a perder.

—No me digas eso —lloriqueo—. Yo también tengo muchas ganas de verte. Ojalá pudiera cancelar la cita, pero es un cliente importante para el estudio. ¿Qué te parece si nos vemos mañana en mi piso? Prometo que no habrá sorpresas.

—Te lo compro, aunque tendrás que compensarme.

—Por eso no hay problema. Tengo muchas ideas para hacerlo. —Oigo cómo se le acelera la respiración y sonrío. Me encanta tener el poder de excitarlo, aunque eso conlleve un efecto búmeran. Aprieto las piernas solo de pensar en todo lo que podremos hacer mañana.

—Estoy deseando que eso suceda. ¿Me avisarás cuando llegues al piso de don Ramón? Supongo que te traerá Felipe.

—Sí, tranquilo. Hablando del abuelo. ¿Sabes si tu madre podría quedarse con él hasta que yo llegue? No tardaré mucho. A Lidia también le ha salido un compromiso y no sé a quién más recurrir.

—Iré yo —se ofrece.

—¿Me harías ese favor?

—Claro que sí. Ramón me cae bien y así podré verte cuando llegues.

—Y yo que pensaba que lo hacías por mí…

—Es todo por interés, pequeña. —Me río.

—Gracias, Leo.

—No me las des. Es un placer. Nos vemos después, ¿vale?

—Por supuesto.

Que Leo me espere en casa del abuelo es un aliciente para afrontar la cena con positividad. No creo que se alargue demasiado y si es así, me excusaré con un fuerte dolor de cabeza.

Felipe y papá pasan a buscarme por el piso. Aquí tengo la mayoría de la ropa elegante. Aunque no le haya hecho caso a la sugerencia de Wilson de ese «ponte guapa, bonita», que todos sabemos qué quería insinuar, sé que debo dar una imagen adecuada. Así que opto por un mono entero, en color azul marino y con un escote en pico que se ciñe en mi cintura y se amplía en las piernas. Los tacones no pueden faltar. Sencilla, pero elegante.

Llegamos diez minutos antes de la hora al restaurante acordado. La reserva está a nombre del señor Wilson. Cuando alcanzamos la mesa, él ya nos espera allí. Se encuentra solo, su socio todavía no ha llegado. Vuelvo a notar esa mirada lujuriosa sobre mí y doy gracias al cielo por venir acompañada de mi padre. Nos sentamos enfrente y hablamos de temas banales mientras nos sirven algo de beber y esperamos al miembro que falta.

—Aquí está —comenta Wilson con alivio en la voz. Pasan cinco minutos de la hora acordada.

Mi padre y yo nos encontramos de espalda a la entrada, así que nos levantamos, siguiendo los gestos de nuestro cliente. Me planto mi mejor sonrisa y, al girarme, el suelo se tambalea bajo mis pies.

—Te estábamos esperando. Estos son Alfred y Rocío Scott, los propietarios del estudio de arquitectura que lleva nuestros proyectos. Él es Alan Domínguez.

No parece el mismo, a no ser por la cantidad de tatuajes que adorna gran parte de su cuerpo. Lleva un traje de calidad y hecho a medida, aunque sin corbata. Su sonrisa al verme me produce un escalofrío que sacude todo mi cuerpo. No tengo ninguna duda de que él sabía con quién se iba a reunir, pero ¿qué narices hace aquí el Pantera?

Capítulo 36

Leonardo

No soy muy amante del cine clásico y menos si tiene que ver con indios y vaqueros, pero don Ramón es el que manda. Así que, después de cenar una deliciosa carne al horno que ha cocinado mi madre, nos hemos sentado en el salón y al cambiar de canal, descubrimos una vieja gloria. La mirada del anciano se ha iluminado al ver las plumas, los sombreros del oeste y las pistolas que amenazaban a los malos.

—Seguro que nunca has visto una película de este género —afirma Ramón sin apartar la mirada del televisor.

—La verdad es que no. Prefiero emplear mi tiempo en otras cosas más productivas.

—¿Cómo por ejemplo? —indaga desviando la vista del aparato.

—Me gusta plasmar en el papel lo que veo —informo mientras le enseño mi cuaderno y el lápiz.

—¿Y se te da bien?

—Pues no lo sé, pero yo disfruto mucho haciéndolo. Dibujar me relaja.

—Enséñame algún dibujo, muchacho —exige.

Si fuera otra persona, me tomaría a mal su petición, pero sé que este hombre no tiene maldad. Así que cedo. Intento buscar un boceto de algún paisaje. No quiero que vea la lámina que está sin acabar con el retrato de su nieta. Me moriría de la vergüenza. Le enseño uno que contiene las maravillosas vistas que se aprecian en mi lugar secreto. Es en blanco y negro, aun así, se valora lo especial que es ese rincón.

—Córcholis, hijo. Eres un artista. —Su alago hace que el pecho se me hinche y me anime a enseñarle alguna lámina más.

—¿Conoce a esta mujer?

—Claro, es Elena, tu madre. Es impresionante —asegura acercándose el cuaderno a los ojos para apreciar mejor el dibujo—. Deberías olvidarte de las motos y dedicarte a esto.

—Es muy difícil vivir del arte, don Ramón. Y mi profesión también me apasiona, así que no puedo quejarme.

La emoción de que le gusten mis bocetos provoca que baje la guardia y, cuando me doy cuenta, el anciano ya está revisando todas las páginas. Lo hace con tanta rapidez, que ni tiempo me da a reaccionar y tratar de quitarle el cuaderno. Hasta que se para en una de las hojas y no tengo duda de a quién pertenece ese retrato sin acabar.

—Esta es mi nieta —manifiesta sin dejar de mirar la imagen.

—Lo es. Todavía tengo que terminarlo —murmuro, notando como el calor trepa por mis mejillas.

No porque la musa sea Rocío, si no, por su pose. Aunque esté sin finalizar, se ve de forma

clara que está tumbada en una cama. El pelo se apodera de gran parte de la almohada. Tiene los ojos abiertos, porque observa a alguien; a mí. En este boceto no se puede apreciar el brillo de su mirada, sin embargo, en la foto que le hice, sí queda reflejado. Sonríe. Una tímida sonrisa que podría volver loco a cualquiera. Ni siquiera se hace una idea de lo bonita y especial que es. Está desnuda, aunque su brazo tapa los pezones. Fue el último día que estuvimos juntos, que recurrimos a las manualidades porque no disponíamos de preservativos.

Ramón no es tonto y repasa el dibujo con cautela. A mí me encantaría poder chasquear los dedos y desaparecer por culpa del bochorno que estoy pasando. Espero que no se enfade conmigo y acabe echándome de su casa por tener algo tan íntimo de su nieta en mi cuaderno y también en el teléfono, aunque esto último él no lo sabe.

—Espero que este retrato sea para ti y no lo vayas a exponer en algún lugar donde lo vea todo el mundo. —Trago saliva antes de contestar.

—No voy a mostrar nada de este cuaderno, puede estar tranquilo.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Dibujar?

—Mi nieta, bobo.

Don Ramón despega la vista del papel y la centra en mí. Nuestras miradas se tropiezan y sé que es absurdo e innecesario engañar a este hombre.

—Es una mujer extraordinaria y muy bonita. Lo raro sería que no me gustara.

—¿Y ya le has regalado flores y le has pedido que sea tu novia? —Sonrío al escuchar su pregunta. Sin duda es de la vieja escuela.

—Ojalá fuera tan sencillo como antaño.

—Pues yo no le veo la complicación —afirma encogiéndose de hombros—. Qué puede pasar, ¿que te dé calabazas? Aunque no creo que eso suceda. Conozco a mi nieta y sé cuándo está enamorada.

Mi corazón se acelera al escuchar la rotundidad de las palabras del anciano. No tengo dudas de que Rocío siente una fuerte atracción por mí. Ella misma me ha dicho que le gusto, pero de ahí a estar enamorada…

—Hay muchos obstáculos que nos separan. Y ni tan siquiera tengo claro que lo nuestro se pueda llamar amor. Solo lo pasamos bien juntos, en la intimidad, ya sabe.

—No seas descarado, muchacho —me reprocha dándome un castañazo con el cuaderno en el brazo.

—Lo siento —me disculpo avergonzado.

—Hoy en día la juventud tenéis demasiada libertad, por eso no sabéis cuándo os habla el corazón. Todo es sexo rápido y frío. En mis tiempos mozos, debíamos ir con mucho cuidado, porque si deshonrabas a la mujer y te pillaban, estabas obligado a casarte con ella. Y si te negabas, te cortaban los huevos. —Su gesto con los dedos en forma de tijera consigue que me encoja en el sofá.

—No sería para tanto.

—Como te lo digo. En aquella época no se andaban con tonterías. Recuerdo el caso de Lisandro. Todos los jóvenes de su cuadrilla aseguraban que ya habían mojado el churro. Solo quedaban él y otros dos más, así que las burlas estaban a la orden del día. Harto de las habladurías sobre su hombría, se hizo el bravucón con su vecina, que no era muy agraciada la pobre, y una tarde consiguió su objetivo. Después ya no le hacían falta sus atenciones y se

propuso ignorarla. Ella se había enamorado y, con el corazón roto, le explicó lo sucedido a su madre. Esta, enfadada por la humillación, se lo contó al marido y, una noche, tres encapuchados, pillaron al Lisandro, se lo llevaron a un callejón y le seccionaron uno de sus testículos.

—Menos mal que las cosas han cambiado o, la mayoría de los hombres de mi generación e incluso anterior, estaríamos castrados.

—Por eso solíamos escoger bien a la mujer adecuada antes de arriesgarnos a perder nuestra virilidad.

—Yo me casaría con su nieta si fuera necesario, don Ramón. —El anciano suelta una carcajada debido al horror que transmite mi voz. Lo que él no sabe, es que lo digo sinceramente y no solo por temor a quedarme sin mis preciadas pelotas.

Ese pensamiento hace que mi corazón se salte un latido ante dicho descubrimiento. ¡Joder, estoy loco por esa mujer! Y lo peor, es que no sé si esto tan fuerte que siento es bueno o malo.

—Me alegra mucho tu disposición, chico. Si eso sucediera en algún momento, que sepas que sería el hombre más dichoso de la tierra o del cielo, depende de dónde me pille —dice guiñándome un ojo.

El ambiente se ha enfriado un poco debido a su comentario, porque, bueno, don Ramón ya tiene una edad y, por ley de vida, no le queda mucho en este mundo. Es un tema complicado y doloroso, así que nos mantenemos en silencio durante unos minutos. Centro la mirada en un pequeño cuadro que hay situado al lado del televisor. Contiene una foto del anciano con una bonita mujer, más o menos de su edad. Entiendo que es su esposa, esa que tanto extraña. Me apunto sacarle una foto a la instantánea para hacer un dibujo de la pareja y regalárselo a don Ramón.

—¿Alguna vez tuvo miedo? —Gira la cabeza y me observa con el ceño fruncido, señal de que no entiende lo que quiero saber—. Cuando conoció a la que sería su mujer. ¿Alguna vez tuvo miedo de no estar a la altura?

—Muchas veces y más a menudo de lo que me gustaría —responde dirigiendo la vista al marco con la foto—. Ella era perfecta. Una mujer muy avanzada a su tiempo. Tenía un increíble sentido del humor, un corazón enorme y una inteligencia prodigiosa. Era tenaz, luchadora…, yo siempre le decía que había nacido en la época equivocada y ella me respondía que era la correcta, porque estábamos destinados a estar juntos. Aún hoy en día no acabo de entender qué vio en un hombre como yo. Tengo la conciencia tranquila, porque hice todo lo posible para que fuera feliz. Y me consta que lo fue, aunque su tiempo a mi lado me supo a poco y la echo de menos cada día. Dolores era el centro de mi vida y, desde el primer instante en que la vi, tuve miedo. Primero de no conseguirla, después de no poder retenerla a mi lado y muchas veces por si se daba cuenta de que yo no merecía la pena. Al final, parece que algo hice bien. De lo único que me arrepiento, es de no haber empujado esos temores a un lado para disfrutar más de nuestros momentos juntos.

—Era una mujer muy guapa —digo con la voz rota y el corazón encogido por su confesión.

—Sí. —Sonríe con anhelo—. Rocío se parece mucho a ella. No solo por su físico, también en la forma de ser. Así que sé cómo te sientes, muchacho, y te voy a dar un consejo. Vive cada instante igual que si fuera el último. No te guardes tus sentimientos ni te dejes llevar por ideas y preocupaciones absurdas. Es normal que sus grandes cualidades y el poder adquisitivo que tiene te abrumen, pero tú puedes aportar muchas cosas positivas a la relación. De eso no te quepa ninguna duda. Jamás te avergüences de quién eres, Leo. Nadie es mejor o peor por su nivel económico. Lo que cuenta es lo que llevamos aquí dentro —asegura señalándose el pecho a la altura del corazón—, y el tuyo es enorme. Así que no dudes en sincerarte, primero contigo

mismo y después con mi nieta. Si de verdad sientes algo por Rocío, lucha por ella. Te aseguro que el esfuerzo valdrá la pena.

—Gracias, don Ramón.

—No me las des, muchacho. El que tiene el trabajo más complicado eres tú. Así que ponte las pilas. Y ahora, te agradeceré si me llevas hasta la cama, ya es demasiado tarde para mí.

Obedezco sin responder, porque sobran las palabras y es el momento de demostrar con actos, que soy capaz de enfrentarme a mis miedos. Hacemos una parada en el baño y le ayudo a acomodarse. Le deseo buenas noches y me dirijo al salón de vuelta. Es temprano y decido empezar un nuevo dibujo. Depende de a qué hora regrese Rocío, hasta es posible que me dé tiempo a terminarlo.

Me acompaña el murmullo de las voces que salen de la televisión. La película se ha acabado y ahora hay un programa de debate, aunque no tengo ni idea del tema que tratan y tampoco me importa. Deslizo el lápiz por el papel mientras centro la mirada en la foto de Ramón y Dolores. Es verdad que la mujer tiene bastante parecido con Rocío. Rasgos dulces, sonrisa sincera, los ojos almendrados, aunque los de Dolores son oscuros, y una belleza elegante y discreta.

Las palabras de don Ramón se incrustan en mi cerebro y se pasean a sus anchas a la vez que los trazos van cogiendo forma. Es posible que sea una auténtica locura, pero le voy a hacer caso al anciano y no perder el tiempo. Cuando Rocío regrese, le voy a confesar mis sentimientos. Le diré que no sé cómo ha sucedido y que entiendo que puede ser muy precipitado, pero que me he enamorado. Sí, Leonardo Medina ha perdido la cabeza por una preciosa mujer. Espero que Ramón no se equivoque con su predicción y su nieta me corresponda, porque si no, estoy bien jodido.

Capítulo 37

Rocío

Me remuevo en la silla inquieta por tener que compartir cena con una persona como el Pantera. El ambiente se ha enrarecido y noto que mi padre tampoco está muy cómodo. Sé que no se debería juzgar a las personas por su apariencia, sin embargo, en el caso del Pantera, se nota a leguas de que no es un hombre de fiar. Papá también se ha dado cuenta. La tensión de su cuerpo lo demuestra.

—Bueno, ya que estamos todos, podemos pedir que nos traigan los entrantes —informa Wilson con una sonrisa. Creo que es el único que no nota el malestar que se ha instalado en la mesa.

—Claro que sí. Aquí se debe comer de muerte —interviene el Pantera a la vez que eleva una mano para llamar la atención del camarero—. Me podrías traer una cervecita fresca. El vino, aunque sea caro, no me sienta bien.

El camarero asiente con la cabeza. Ni siquiera le extraña la petición. Me imagino que estarán acostumbrados a que la gente realice demandas de lo más curiosas para un lugar tan refinado como este.

Alan no deja de mirarme de esa manera tan provocadora, del que se siente vencedor. Intento evitar el contacto visual, quiero que esta pesadilla acabe lo antes posible y, a poder ser, sin contratiempos innecesarios. Tuve que hacerme la tonta cuando nos saludó y dijo que le sonaba mi cara. No me cabe ninguna duda de que lo hizo adrede, solo para incomodarme. Negué todas las posibles opciones que proponía ese miserable y con cada una de ellas me ponía más nerviosa. Notó mi inquietud, por eso no dejaba de insistir. Mi padre me miró, interrogándome, por si eso de conocer a un personaje como ese fuera posible. Negué con la cabeza y me encogí de hombros, restándole importancia.

—Ya me ha dicho mi socio que sois los mejores arquitectos del país —interviene el Pantera después de darle un largo trago a su cerveza.

—No sé si los mejores, pero sí llevamos muchos años diseñando edificios —responde mi padre. Quien no lo conozca, pensaría que está tranquilo y sereno. Es un gran profesional, no obstante, yo sé que no se encuentra cómodo en compañía de Alan.

—Casi treinta años —dice Wilson más eufórico de lo necesario—. Pronto será el aniversario del estudio. Seguro que estás preparando una gran fiesta.

—Así es, aunque de ese tipo de eventos se encarga mi esposa. Ella tiene más paciencia y gusto para decorar que yo.

—A las mujeres les encanta organizar celebraciones. Solo hay que darles una tarjeta de la que puedan gastar y así las tenemos entretenidas y contentas. —Su risa burlona retumba en mis oídos.

El comentario machista de Wilson provoca que mi estómago se revuelva y tenga que

contener una arcada. Demasiada tensión. Desplazo la silla y me excuso para ir al baño. Una vez dentro, apoyo las manos en la encimera e intento controlar la respiración y no acabar desmayada. Quiero irme al piso del abuelo y acurrucarme en el regazo de Leo, igual que si fuera una niña pequeña pidiendo protección. Él no dudaría en envolverme con sus fuertes brazos y protegerme de todas las inquietudes en las que me encuentro.

Está claro que no podemos aceptar el proyecto, aunque perderlo sea perjudicial para el estudio. Involucrarnos con este tipo de calaña, a la larga, será un gran problema. Mañana hablaré con mi padre y le contaré todo. Primero lo del abuelo y entonces podré explicarle de qué conozco al Pantera y los motivos por los que debemos cancelar el contrato. Eso haré y papá lo entenderá. Bueno, quizás se enfade un poco al principio, pero es un hombre cabal y entrará en razón.

Me observo en el espejo y compruebo, con asombro, que mi mirada es firme y decidida. No debo bajar la cabeza ni dejarme amedrentar por nadie. Soy una Scott, leches. Aprovecho para utilizar uno de los cubículos y liberar la vejiga antes de regresar a esa pesadilla de reunión. Quizás debería inventarme una jaqueca o la llegada de la menstruación, estas excusas siempre funcionan. Con ese convencimiento, cojo el pomo de la puerta del aseo, la abro y cuando intento avanzar, un empujón provoca que retroceda, devolviéndome al interior de la estancia.

—¿Se puede saber qué haces? —le reclamo a Alan una vez invade el baño de mujeres. Me retiene contra la pared por el cuello con una de sus manos, con la otra, aguanta la puerta con el propósito de que nadie nos interrumpa.

—Vengo a asegurarme de que estamos en la misma onda, preciosa.

—Vete a la mierda —gruño. Sé que debería medir mis palabras cuando sus dedos presionan el cuello con más fuerza, impidiendo que el aire llegue con comodidad.

—Pero bueno, esas no son maneras para una señorita pija y forrada de pasta cómo tú. ¿Dónde han quedado las formas? ¿Qué diría tu padre si te oyera tratando así a un cliente?

—No pienso consentir que tengas nada que ver con el estudio —musito todo lo que me permite la presión de su agarre.

—Claro que lo harás. Trabajaremos juntos y me ayudarás a ganar mucho dinero. Porque si no lo haces, ¿sabes qué pasará? —masculla demasiado cerca de mi cara y aflojando un poco sus dedos—. Que esta vez me encargaré personalmente de tu abuelito y ni Leo ni nadie podrá impedírmelo.

Su amenaza consigue que las lágrimas asomen a mi rostro y desciendan por las mejillas sin control. Reflejan una mezcla de todos los sentimientos que me invaden. Rabia, dolor, tristeza e impotencia por no poder plantarle cara a este hombre tan cruel. Sé que no habla por hablar y que es capaz de cumplir su amenaza sin miramientos, así que no me queda otra que ceder.

—Está bien —susurro.

—¿Cómo dices? No te he oído.

—Que está bien. Haré lo que quieras, pero deja a mi abuelo tranquilo. Es un hombre mayor y nada tiene que ver con nuestro negocio.

—Así me gusta. ¿Ves cómo podemos entendernos, preciosa? Veo que eres una mujer inteligente. —A punto estoy de poner los ojos en blanco por la ironía de sus palabras. No es que sea lista, es que no me ha quedado más remedio que ceder—. Y ahora, te limpiarás esa bonita cara que tienes y saldrás ahí afuera, sonreirás, firmaremos el contrato y todos felices.

Tengo ganas de chillar, de decirle que se puede ir a la mierda y que no haré nada de lo que me pide, pero la imagen de mi abuelo desinfla toda mi rabia. Me moriría si le pasa algo por mi

culpa. No podría superarlo nunca, así que me suelto del agarre y me acerco al lavamanos para borrar todo rastro de tristeza de mi rostro. Alan sigue observándome con esa mirada devoradora. Igual que si él fuera un león y yo una pequeña gacela.

—Ya puedes marcharte —le pido con furia. Quizás tenga que obedecerlo, no obstante, eso no significa que lo haga ilusionada.

—Está claro que el cabrón de Leo tiene buen gusto para las mujeres.

—No sé de qué hablas —replico haciéndome la inocente y manteniendo el semblante serio, en un intento de que no me delaten los nervios.

—Es absurdo que te hagas la tonta. Sé que estáis liados y que él pierde el culo por ti. Yo también lo perdería. Eres un auténtico caramelito. Ya le quité una novia, podría hacer lo mismo contigo —dice a la vez que se muerde el labio inferior en un gesto de lujuria. Me estremezco solo de pensar que este hombre pueda tocarme o besarme.

—Será mejor que te vayas. Estoy tardando demasiado y si mi padre viene a buscarme…

—Tienes razón. Te espero en la mesa.

Me guiña un ojo y desaparece por la puerta. Suelto todo el aire que retenían mis pulmones y me muerdo los nudillos con rabia mientras que lanzo un chillido ahogado. Consigo, a medias, que el nudo que se ha instalado en mi estómago desde que he visto al Pantera, se afloje, aliviando un poco ese dolor intenso. Arreglo el desastre que ha provocado el maquillaje en mi rostro y cuando estoy a punto de acabar, la puerta se abre dejando entrar a una mujer. Me sonríe y doy gracias de que no lo haya hecho antes.

Mis pasos firmes me acercan a la mesa. Sin duda, estoy interpretando el papel de mi vida. Me siento en la silla y recibo la mirada escrutadora de mi padre. Le sonrío, pero evito sus ojos para que no pueda descubrir la tristeza en los míos. Picoteo sin muchas ganas la lubina que me han puesto delante, sin preguntar si me gustaba o no, mientras los hombres hablan de números y fechas. Wilson y Alan acaparan la cena y solo intervengo cuando me lo piden directamente. Papá está con la mosca en la oreja y sé que tiene las mismas ganas que yo de que la reunión se acabe.

—Todo ha quedado claro —dice Wilson con una palmada al aire que atrae las miradas de varios comensales. Este hombre ya es vulgar y desagradable, y parece que el alcohol acentúa esos defectos—. Mañana os enviaremos el contrato firmado y en dos o tres semanas ya podemos empezar a excavar.

—Los permisos no llegarán tan rápido —aclaro para que se baje de la nube.

—Mi hija tiene razón, Wilson. Cuenta que, con un poco de suerte, los tendremos dentro de un mes.

—Seguro que, hablando con las personas adecuadas, el papeleo se puede adelantar, ¿verdad?

Fulmino a Alan con la mirada, porque nosotros no somos unos matones como él ni vamos amenazando a la gente para que haga lo que queremos, saltándose la ley o las normas.

—En nuestro estudio, todos los proyectos siguen su orden. Nunca pedimos favores ni lo vamos a hacer ahora. Si no estáis conformes con nuestra forma de trabajar, siempre podéis escoger otro estudio de arquitectura —aclara mi padre. La hija orgullosa de mi interior se levanta y le aplaude por ser capaz de poner al Pantera en su lugar.

—No hay tanta prisa, Alfred. Podemos esperar sin problema. ¿Verdad, Alan?

—Por supuesto. Solo era una idea. —La mirada oscura del Pantera brilla de rabia por no conseguir su propósito.

—Ya que todo está claro, con vuestro permiso me retiro. Ha sido un día intenso y necesito descansar —les indico poniéndome en pie.

—Te acompaño —añade mi padre—. Vengo de un viaje y tengo ganas de volver a casa.

—Una pena que no podamos continuar con la noche en otro lugar —dice Wilson.

Cojo el bolso y la chaqueta fina que me he traído por si refrescaba. Alargo la mano y saludo primero al más viejo y después sigo con Alan. Ni siquiera me planteo acercarme para darle dos besos a ninguno de los dos. Cuando estoy a punto de romper el contacto, me retiene y entrecierra los ojos, como si estuviera valorando una idea que le ha surgido.

—Ya sé de qué te conozco.

Estoy segura de que mi rostro ha perdido el color de golpe. Balbuceo, porque no me esperaba la reacción y no tengo palabras. Mi padre se gira y centra la vista en el hombre tatuado que está a punto de meterme en un jodido lío. Niego con la cabeza de manera sutil, pero al ver esa sonrisa lobuna, sé que no me voy a poder librar de su venganza.

—Tú vives en el barrio de la Azucena, con tu abuelo Ramón. ¿A que sí? Allí te he visto.

—¿Cómo? —murmura mi padre. Casi puedo ver los engranajes de su cabeza funcionar mientras ata cabos.

—Tengo un familiar que reside en el mismo edificio que el señor Ramón y me dijo que su nieta vivía con él porque el pobre había sufrido un accidente —aclara, como si fuera necesario. Maldito cabrón—. Por cierto, ¿qué tal está?

Los tres me miran, esperando mi respuesta. Me suelto del agarre y fuerzo la garganta, sin embargo, no soy capaz de emitir ningún sonido. Noto la fría mirada de mi padre al entender que le he engañado durante todas estas semanas.

—Ya se encuentra mejor. Recuperándose con lentitud. ¿Verdad, Rocío? —asiento con la cabeza y me invaden unas tremendas ganas de llorar.

—Pues me alegro de que esté mejor.

—Gracias por preguntar. Y ahora, si nos disculpáis. Nos vamos.

Mi padre ni siquiera me mira cuando inicia la marcha para saber si lo sigo. Cuando paso por delante de Alan, se acerca un poco más a mí y me susurra:

—Con el Pantera no se juega, preciosa. Tenlo claro para la próxima vez.

Huyo del restaurante, aunque intento controlar mis pasos y no ponerme a correr. Cuando llego al coche, Felipe me mira y arruga el entrecejo. Papá ya está dentro y no parece muy contento. Me subo y me siento a su lado. Una vez cierro la puerta y Felipe ocupa su lugar, la voz atronadora de mi padre consigue ponerme los pelos de punta:

—Rocío, dime que ese hombre no dice la verdad.

—Yo…, quería contártelo, pero te has ido de viaje y…

—¿En qué estabas pensando?

—El abuelo no podía quedarse solo y no quería abandonar el piso, así que Lidia y yo decidimos pasar unos días con él para ayudarlo.

—Creí que eras una mujer madura y responsable, sin embargo, veo que me equivoqué. Me has decepcionado.

—Lo siento, papá —respondo con las lágrimas asomando en mis ojos.

—Sabías que ese barrio es muy peligroso y no solo te has puesto tú en riesgo, también a tu amiga. Os podría haber pasado algo.

—Yo me aseguré de llevarlas y recogerlas cada día —interviene Felipe. Mi padre le lanza una mirada furiosa a través del retrovisor.

—Cojonudo. Estoy rodeado de personas ingratas y desleales.

—Felipe solo hizo lo que yo le pedí —lo excuso. No es justo que tenga problemas con papá por mi culpa.

—Eso no lo exime de su error. Me lo tenía que haber contado. Yo debía saber que mi hija podía estar en peligro, joder.

—Lo siento —digo de nuevo.

—Deja de disculparte. Ahora mismo vamos a ir al piso de tu abuelo y me va a tener que escuchar ese viejo gruñón.

Ninguno de los tres dice nada más mientras Felipe conduce dirección al barrio del abuelo. Me tiembla todo el cuerpo y me duele en el alma que mi padre se sienta desilusionado conmigo. Nunca me chilló así. Entiendo su enfado. Era yo la que le tendría que haber explicado la situación. Ahora ya no hay marcha atrás. Solo espero que la sangre no llegue al río con el abuelo y que, en unos días, papá vuelva a ser el de siempre y me regale esa sonrisa tan cariñosa que envuelve mi corazón.

Capítulo 38

Leonardo

El sonido de las llaves en la cerradura me despierta de un duermevela. Todavía tengo el lápiz en la mano y el cuaderno entre las piernas. El retrato está casi terminado. Solo le faltan algunos retoques y ya estará listo para entregárselo a don Ramón.

Me pongo en pie cuando oigo los pasos por el pasillo y sonrío al ver aparecer a Rocío, aunque el gesto desaparece al fijarme sus preciosos ojos enrojecidos y el rostro húmedo por culpa de las lágrimas. No dudo en acercarme a ella, aunque mis pasos se frenan al ver que no ha llegado sola y, que su acompañante, no es Felipe. El hombre de unos sesenta años y de aspecto impecable, eleva una ceja al verme. Sus ojos escrutadores, de un azul intenso muy parecidos a los de Rocío, me indican su parentesco. No entiendo qué hace su padre aquí y a estas horas.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto acercándome a ella y enmarcando su cara.

—Sí, no te preocupes. —Como si fuera tan fácil—. Leo, él es mi padre, Alfred.

—Un placer conocerlo —indico ofreciéndole la mano.

—Papá, Leo es un vecino del barrio y el que salvó al abuelo el día de la paliza. —Me duele que en esta presentación se omita, como mínimo, que somos amigos.

—Gracias, muchacho —responde estrechándome la mano.

—¿Tan mal ha ido la reunión? —indago. Por mucho que Rocío me diga que está bien, se nota que ha sucedido algo entre ellos que la tiene preocupada y triste.

—Ha sido un desastre, pero muy esclarecedora —comenta Alfred con un tono de voz duro. No me pasa desapercibido que Rocío baja la cabeza, apenada—. Supongo que Ramón está dormido.

—Así es. Hace un buen rato que descansa.

—Entonces volveremos mañana para hablar con él. Ahora será mejor que nos marchemos.

—Yo me quedo aquí. —Rocío levanta la mirada y enfrenta a su padre—. No puedo ni quiero dejarlo solo.

—Hija, no estires más de la cuerda.

—El abuelo necesita ayuda para levantarse y moverse. Leo me ha hecho el favor de cuidarlo con el propósito de que pudiera asistir a la dichosa reunión, pero él es responsabilidad mía. Así que, aunque te moleste, me voy a quedar a dormir aquí. Tal y como he hecho las últimas semanas.

—Este lugar no es para ti, hija.

Un dolor agudo me parte el pecho por la mitad al escuchar las palabras de Alfred. No debería extrañarme que piense de esa manera. Es verdad que Rocío no pertenece a este barrio y si no fuera por lo que le sucedió a Ramón, no nos habríamos conocido.

—Créeme que siempre he sabido el riesgo que existe en este sitio, pero he estado rodeada

de gente maravillosa que me ha cuidado mucho. —Se gira, me mira y sonríe—. Nunca me he puesto en peligro, papá. Tanto Felipe como Leo me han acompañado las veces que salía a la calle y me han protegido en todo momento. Soy consciente de que debí habértelo contado.

—Así es. Pensaba que teníamos confianza y me siento defraudado.

—¿Hubieras permitido que me quedara?

—Por supuesto que no, pero habríamos buscado una solución.

—Intenté que el abuelo entrara en razón, pero…

—Ese viejo gruñón se va a enterar mañana cuando lo pille.

—Papá…

—Ni papá ni leches. Siempre hizo lo que le dio la gana sin plantearse siquiera si su decisión afectaba a las personas que lo queríamos. Tu madre vivía inquieta por tener que dejarlo solo y a ti te ha arrastrado a un lugar inseguro y peligroso. Le tengo mucho respeto, pero hasta aquí hemos llegado. No pienso tolerar que siga poniéndote en riesgo.

Recorro el escaso espacio que me separa de Rocío y envuelvo sus hombros, dándole mi apoyo al ver que se derrumba ante las palabras de su padre. Entiendo la inquietud de Alfred, así como también la cabezonería de Ramón y el cariño por su abuelo de Rocío. La verdad es que no es una situación sencilla de gestionar.

—Es tarde. Quizás deberían dejar esta charla para mañana, cuando hayan descansado y puedan analizar las cosas con más calma —señalo a riesgo de meterme dónde no me llaman. Si algo tengo claro, es que no me gusta nada ver a Rocío tan triste.

—Tienes razón, muchacho —apoya Alfred, dirigiéndome una mirada amistosa—. Me voy, aunque no lo hago tranquilo.

—No se preocupe, me quedaré con ella. Yo la cuidaré. —Rocío se apoya en mi costado y su padre asiente con la cabeza.

—Mañana temprano vendré a hablar con Ramón. Cualquier cosa me llamáis.

Lo vemos desaparecer por el pasillo y oímos como la puerta se abre y se cierra. Justo en ese momento, Rocío acaba de derrumbarse y esconde la cara en mi pecho mientras solloza igual que una niña pequeña. Envuelvo su cuerpo entre mis brazos y dejo que se desahogue el tiempo que sea necesario.

Me muero de ganas por saber qué narices ha pasado en esa cena para que haya acabado de esta manera. ¿Qué pudo haber sido lo que hizo que Alfred descubriera que su hija residía aquí con su abuelo?

—Ven, vamos a sentarnos —le pido separándome y guiándola hacia el sofá. Me siento y coloco a Rocío en mi regazo. Se deja querer y a mí me encanta—. ¿Estás un poco más tranquila?

—Sí. Gracias por quedarte conmigo.

—Lo iba a hacer igualmente. Aunque mi cabeza se imaginaba otro desenlace. —Levanta la mirada y me sonríe. Sus labios acaban en mi cuello, en un beso suave e inocente, que me pone la piel de gallina.

—¿Quieres hablar de lo que ha sucedido?

—Ha sido un horror, Leo. Tienes que prometerme que mantendrás la calma cuando te lo explique y no harás ninguna tontería. —Mi entrecejo se frunce al no entender qué tengo que ver yo con su reunión de trabajo—. ¿Me lo prometes?

—Sí, claro, pero no comprendo qué pinto yo y por qué debería enfadarme. A no ser que

alguien te haya forzado o puesto la mano encima. ¿Es eso?

—No, nada que ver.

—Pues explícamelo, porque estoy perdido.

—Teníamos una reunión con un cliente e íbamos a conocer a su socio.

—Eso me lo has contado.

—El socio llegó tarde y cuando se presentó, casi me muero. Era Alan, el Pantera.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, Leo. Apareció con un traje hecho a medida y haciéndose el importante. Hizo ver que no me conocía, aunque dijo que mi cara le sonaba.

—Maldito, cabrón. Cuando lo pille…

—Me has prometido que te controlarías —me reclama incorporándose para abandonar mi regazo. No se lo permito—. No pienso contarte nada más.

—Sabes que odio a ese tío, pero no me tomaré la justicia por mi mano, si eso es lo que te preocupa. Hablaremos con Martín y le contaremos esta nueva faceta de Alan. Cuanta más información posean, más sencillo será pillarlo.

El cuerpo de Rocío se relaja al escuchar mis palabras. Lo que no puedo decirle, es que dudo que sea capaz de contenerme si me encuentro a ese malnacido por la calle.

—Creo que es una buena idea que hablemos con Martín. Tuve miedo, Leo. Ese hombre es peligroso y no tiene escrúpulos.

—¿Te amenazó? —le pregunto con la mandíbula tensa.

—Me pilló a solas en el baño —susurra.

—Lo mato, te juro que lo mato.

—Escúchame —me pide sentándose a horcajadas y colocando sus manos a ambos lados de mi rostro para que le preste atención—. No me hizo nada, te lo juro. Le planté cara, le dije que no iba a permitir que la empresa de mi familia estuviera vinculada con un hombre como él. Me advirtió que, si rompía el contrato, se iba a encargar él, personalmente, del abuelo y que esta vez no fallaría.

—No volverá a hacerle daño, puedes estar tranquila. —No sé hasta qué punto es bueno que le asegure algo que no está bajo mi control, con tanta rotundidad. Solo deseo tranquilizarla—. Voy a enviarle un mensaje a Martín. A ver si todavía está despierto.

Rocío se inclina conmigo para que pueda recuperar mi móvil de la mesita baja del salón y se me acurruca en el torso mientras escribo. Es posible que se quedase dormida en menos de un minuto, si no fuera por el sonido de una llamada entrante.

—Es muy tarde, Leo. Espero que sea importante de verdad —se queja Martín desde el otro lado de la línea.

—Lo es. Pongo el altavoz. Rocío tiene algo que explicarte.

Ni siquiera levanta la cabeza mientras vuelve a relatar todo lo que me ha contado a mí hace unos minutos. La diferencia es que Martín le pide que le aclare unas cuantas dudas para disponer de más información. Le pregunta el nombre completo del otro hombre, de qué va el proyecto que quieren hacer o si ha notado algo sospechoso en alguno de los dos durante la cena.

—Estaban muy tranquilos —responde Rocío—. El señor Wilson es un hombre peculiar y bastante desagradable. Estoy acostumbrada a ese tipo de personajes y, aunque no lo conozco demasiado, diría que no tiene ni idea de los negocios del Pantera. Este se ha pasado toda la cena

retándome con la mirada, con esa forma chulesca que tiene él de hacerlo.

—Vale. Dejadme realizar unas llamadas. Tan pronto sepa algo, os informo.

—Martín, ¿cómo va lo de mi hermano? —le pregunto, inquieto, mientras quito el altavoz. Hace días que no me cuenta nada e intento mantener la calma, pero es complicado. Nico podría ir a la cárcel por culpa de un cabrón como Alan.

—Estamos organizándolo. Es un dispositivo complejo. De momento se encuentra parado, nadie le ha dado instrucciones para un próximo trabajo.

—¿Crees que sospechan algo?

—Espero que no. Yo he sido muy discreto, aunque nunca se sabe. Es muy raro que realicen operaciones de manera seguida. Suelen dejar de margen unas semanas. Nico ya está avisado. Tan pronto lo contacten, me llamará y nos pondremos en marcha. Solo queda esperar y tener paciencia.

—No es sencillo.

—Lo sé, pero no podemos desesperar. Cualquier cosa te voy informando.

—Muchas gracias. No sé de qué manera voy a pagarte lo que estás haciendo.

—Cuando pillemos a ese cabrón me invitas a una cena. Y nada de comida rápida. Quiero una mariscada, colega.

—Ahorraré para que eso sea posible, no te quepa duda.

—Oye, Leo.

—Dime.

—No te metas en líos, ¿vale? Ese canalla buscará la manera de sacarte de quicio. No caigas en su juego.

—Lo intentaré.

Nos despedimos con la promesa de estar en contacto para cualquier actualización o información necesaria. Dejo el aparato a mi lado y reposo la cabeza en el sillón.

—Ro, será mejor que nos vayamos a dormir.

No obtengo respuesta. Me inclino y compruebo que sus ojos ya están cerrados y tiene la respiración relajada. Le retiro un mechón rebelde del rostro y paseo mis dedos por su bonita cara con cuidado de no despertarla. Es preciosa, joder. ¿Quién iba a decir que me volvería loco por una mujer cómo ella? Pues, sí. Que estoy enamorado de Rocío Scott ya no es ningún secreto.

Capítulo 39

Rocío

Me despierto sobresaltada de nuevo, igual que ha sucedido gran parte de la noche. He tenido sueños raros. Me perseguían dragones que conseguían capturarme y me encerraban en una mazmorra para que viera de qué manera torturaban al abuelo. La parte buena, si es que existe alguna, ha sido encontrarme con Leo a mi lado. Ha estado pendiente de mí y he conseguido calmarme entre sus brazos. Sin embargo, ahora no sucede, porque el lugar del colchón que él ocupaba se encuentra vacío.

La claridad que entra a través de las gordas cortinas demuestra que ya ha amanecido, pero que no debe de ser muy tarde. Busco el teléfono en la mesita y, al iluminarse, la pantalla me muestra las siete y media. Aunque sea fin de semana, es hora de levantarse. No quiero que llegue mi padre y me pille en la cama.

Voy siguiendo el olor a café y el ruido de platos o vasos hasta que alcanzo la puerta de la cocina. Leo está de espaldas mientras remueve algo que no veo, por culpa de su cuerpo, en la sartén. Tiene la cabeza inclinada porque sujeta el móvil entre su oreja y su hombro. Un hombre multitareas, qué interesante. Habla bajito. No quiero curiosear, pero tampoco interrumpir la charla.

—Mamá, no te preocupes. Aparecerá, ya lo sabes. Habrá tenido una noche de racha y, como no tiene freno, se lo estará puliendo de nuevo. —Suena poco convencido. No oigo lo que le responde Elena al otro lado de la línea, aunque Leo deja caer los hombros en una actitud de rendición—. Si prefieres esperarlo, por mí no hay problema. Aquí está todo controlado. Ellos siguen durmiendo y yo estoy preparando el desayuno. —Otro silencio—. Yo también te quiero.

Deposita el móvil en la encimera en un gesto de cabreo y, cuando se gira con el objetivo de dejar lo que sea que está preparando en un plato, me pilla de pie, en la puerta, igual que una vil cotilla.

—Lo siento, no quería escuchar la conversación.

—No pasa nada. Está preocupada porque mi padre no ha llegado a casa.

—¿Y si le ha sucedido algo?

—Cómo me gustaría que esto no hubiera pasado antes. El problema es que, cuando regresa, suele hacerlo con alguna deuda más. Y eso, supone que mi madre y yo tengamos que buscar empleos ocasionales para pagarla.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Claro que sí. Acercándote a mí y dándome un beso de buenos días.

—Eso soy capaz de hacerlo —le indico recortando la distancia.

Enrosco los brazos en su cuello y Leo me levanta sin ningún esfuerzo. Rodeo sus caderas y busco esos labios perfectos que tanto me gustan. Nos fundimos en un beso dulce en el que los dos volcamos nuestros ánimos, buscando el apoyo que precisamos. Camina unos pasos sin

interrumpir el contacto y me sienta en la encimera. No sé lo que dura el beso, pero a mí me sabe a poco cuando se separa. Esos ojos marrones como el chocolate deshecho me observan con curiosidad a la vez que sus dedos colocan varios mechones de mi pelo despeinado detrás de las orejas.

—¿Estás bien? —Sé que me lo dice por la noche tan agitada que he pasado.

—Sí, solo algo cansada. Gracias por quedarte a mi lado y velar mis sueños.

—Lo he hecho encantado y no me importaría repetirlo las veces que hagan falta.

Sonrío, feliz de tenerlo a mi lado. Enmarco su cara con las manos y le regalo un beso apretujado y firme. A pesar del miedo, de aguantar al cabezota del abuelo y del enfado de papá, estar en este barrio no está siendo del todo malo. Si no hubiese venido, no tendría la oportunidad de conocer a este hombre que ha conquistado mi corazón. No sé qué sucederá de aquí en adelante, pero voy a intentar que lo nuestro funcione.

El momento feliz se ve truncado por el ruido del timbre. Dejo caer mi cabeza en su pecho y suelto un sonido lastimoso. Es muy temprano para tener que enfrentarme al cabreo de mi padre y sus reproches.

—Será mejor que abra antes de que tire la puerta abajo —indico a la vez que Leo se separa dejándome espacio para saltar.

Compruebo por la mirilla que es mi padre y no una visita indeseada. Suelto todo el aire, resignada y me preparo para la batalla.

—Buenos días, papá —saludo—. Felipe

—Tus ojeras no dicen lo mismo —responde mi padre. Pongo los ojos en blanco y me aparto para que entren—. ¿Ya se ha despertado tu abuelo?

—Todavía no. Es un hombre mayor, enfermo y que no tiene que ir a trabajar. No hay ningún motivo para que esté despierto a las ocho de la mañana.

No deseo pelearme con él, de verdad que no, el problema es que ha venido con el cuchillo afilado y preparado para la batalla. Pasa por delante de mí sin contestarme y se dirige hacia el salón. Felipe está a mi lado, manteniéndose, como siempre, en un segundo plano.

—Me alegro de verte. Pensé que te habría despedido.

—Está enfadado y apenas me habla, pero en el fondo sabe que hice lo correcto. Viene guerrero, así que prepárate —anuncia.

—Va a ser un día muy duro.

—Eso me temo.

—¿Quieres un café? Leo está en la cocina. Ha preparado el desayuno, aunque no hemos tenido tiempo de disfrutarlo.

—¿Así que ya estáis en esa fase?

—No sé de qué me hablas —contesto haciéndome la tonta mientras recorremos el pasillo.

—Ya sé que no te importa mi opinión, pero quiero que sepas que ese tío es bueno para ti. Ojalá podáis quereros para siempre.

Trago saliva a fin de digerir sus palabras. Los ojos se me llenan de lágrimas y parpadeo con rapidez con el propósito de retenerlas. Felipe es como mi hermano mayor y, contar con su apoyo, es muy especial. Lo abrazo, gesto que lo pilla desprevenido, y tarda en reaccionar una vez mis brazos rodean su cintura.

—Espero que algún día encuentres tu mitad y seas muy feliz —digo sin romper nuestro

contacto.

—Creo que te estás poniendo demasiado intensa, Rocío —suelta a fin de acabar con el momento íntimo.

—Antes deberás descongelar ese frío corazón tuyo —me quejo.

Me sorprende encontrar a mi padre y Leo hablando en la cocina. No parecen incómodos, así que me relajo. Les comento que voy a despertar al abuelo y dejo a los tres machos tomando café.

Cuando entro en la habitación, el abuelo me mira de reojo, con un semblante serio. Su actitud me demuestra que sabe que Alfredo, como él lo llama, está aquí y eso no es bueno. Le regalo una sonrisa lastimosa a fin de excusar lo que se avecina.

—No es tu culpa, niña —dice retirando la colcha para sentarse en la cama—. Ayer escuché todo lo que dijo. Nunca entenderá lo que estas paredes significan para mí.

—Nadie te está pidiendo que vendas el piso. Solo que pases tu recuperación en un sitio más seguro. Hasta que el peligro desaparezca.

—¿Y si eso no sucede nunca? Me niego a morirme lejos de mis recuerdos.

—No digas eso, abuelo —le pido a la vez que me arrodillo a su lado, cojo su mano arrugada y busco su mirada—. Todavía tengo que disfrutarte muchos años más.

—Llévame al baño, cariño, y acabemos de una vez con esta tortura.

Le doy un beso en la mano y obedezco su petición. No vuelve a abrir la boca hasta que llegamos al salón. Papá y él se retan con la mirada.

—Qué milagro que vengas a verme, Alfredo. —Empezamos mal.

—¿Te ha dicho Rocío cuál es el motivo de mi visita?

—No ha hecho falta. Te esperaba hace días, con la edad te has vuelto más lento.

—Has puesto en peligro a mi hija, Ramón —le reprocha mi padre en un tono brusco.

—Yo no la he obligado a nada. Ella está aquí por voluntad propia.

—Siempre has sido un egoísta. Lo fuiste con Pilar y ahora sigues el mismo patrón con Rocío. Estás tan ofuscado en tus sentimientos que ni siquiera te das cuenta de lo que tu nieta sufre. No es sencillo, sin embargo, hay veces que es necesario dejar de mirarse el ombligo, Ramón. Si crees que voy a permitir que mi hija siga aquí, en este barrio tan peligroso, es que no me conoces.

El corazón se me encoge al ver cómo el abuelo baja la cabeza, dolido por las palabras de papá. No le quito razón a mi progenitor, pero me rompe el alma que eso provoque el sufrimiento de un hombre mayor. Limpio con rabia varias lágrimas que recorren mis mejillas. No es justo que tengamos que vivir esta situación por culpa de un grupo de maleantes que se creen los dueños del mundo. Ni siquiera soy consciente de la presencia de Leo hasta que sus dedos se entrelazan con los míos. Me tranquiliza tenerlo a mi lado.

—Puedes llevártela, no os necesito aquí. —No tengo duda de que habla su rabia, sin embargo, eso no significa que su ataque duela menos—. Elena vendrá a cuidarme, como ha hecho estas semanas. En unos días, me quitarán esta porquería y ya podré valerme solo, igual que he hecho hasta ahora.

—Porque tú quisiste. Pilar te pidió, te suplicó, que vinieras a vivir con nosotros. Ni eso pudiste concederle.

—Papá, ya basta —le imploro al ver que el abuelo se lleva la mano al pecho. Me agacho a su lado—. ¿Estás bien? —Asiente con la cabeza—. Sé que ninguno de los que estamos aquí

entiende lo que este hogar significa para ti, pero ahora necesito que nos alejemos durante una temporada.

El abuelo eleva la mirada y nuestros ojos se tropiezan, entrelazándose por un instante en el que intento transmitirle lo que no sé cómo decirle en palabras. No puedo contarle que se encuentra en riesgo, en realidad todos lo estamos. Alan es un hombre muy peligroso y no estoy dispuesta a permitirle que se salga con la suya. Cuando mi padre se entere de quién es, romperá cualquier vínculo con él y, entonces, intentará cumplir su amenaza.

—Vale —cede mi viejito gruñón y recibo la noticia con un enorme alivio—, pero tengo condiciones.

—Lo que necesites —apoyo con una sonrisa.

—Que conste que esto lo hago por ti, para que tu padre no diga que carezco de corazón. —Los dos miramos a papá que se mantiene serio, aunque sus ojos han cambiado. En el fondo, no tengo dudas de que le tiene aprecio al abuelo.

—Gracias —digo abrazándome a su cuello.

—No tan rápido, muchacha. Quiero que Elena siga ayudándome. Me gusta su compañía y sé que necesita el dinero.

—Diga la verdad, don Ramón. Lo hace por lo bien que cocina mi madre.

—Eso también, no lo voy a negar. —El ambiente cambia dando paso a las sonrisas—. Además, le dejaré la llave a Leo y quiero que mantengan mi piso limpio y en orden para cuando regrese.

—Puede estar tranquilo, que esa tarea queda bajo mi responsabilidad.

—Eres un gran hombre. A ver si te decides a pedirle a mi nieta que sea tu novia antes de que me muera.

Leo enrojece y se lleva una mano a la nuca sin saber qué responder. Su mirada tropieza con la de papá y este eleva una ceja, interrogando a ese hombre fuerte y valiente que ahora parece un niño pillado en falta. Está tan nervioso, que ni siquiera le salen las palabras. Contengo una carcajada por miedo a que se sienta ofendido y se enfade conmigo. Mi familia no hace más que ponerlo en aprietos al pobre.

—Si no tienes más cosas que reprocharme —pide el abuelo mirando a mi padre—, me iré a mi habitación, a descansar, que es muy temprano para un sábado.

No tengo dudas de que está haciendo un gran esfuerzo y que es injusto que deba marcharse de este rincón que guarda tantos buenos recuerdos para él. Es por seguridad. Solo espero que pueda regresar antes de abandonar este mundo.

Capítulo 40

Leonardo

El silencio ha regresado al piso de don Ramón. Felipe y el padre de Rocío se han ido con el propósito cumplido, nosotros estamos desayunando y el abuelo se ha encerrado en su habitación. Me parece que está tan triste como yo. A los dos nos duele que se tengan que ir del barrio. Entiendo que es por precaución y que estarán mejor cuanto más lejos de aquí. Lo que sucede, es que ahora me toca asimilar que Rocío volverá a su ambiente, a su piso de lujo y, es posible que se dé cuenta de que no me echa tanto de menos y que solo era un capricho. «No puedes ser tan pesimista, colega», este es mi sentido común, que a veces le gusta ponerse de mi lado.

—Cinco euros por tus pensamientos —dice Rocío llevándose el tenedor a la boca.

—Te aseguro que no lo valen.

—Eso lo debería valorar yo, ¿no crees? —Eleva una ceja y me mira con ese brillo en sus preciosos ojos, que provoca que acabe cediendo.

—¿Qué va a pasar ahora con nosotros?

—¿A qué te refieres? Creí que sentíamos algo el uno por el otro.

—Así es. Estoy loco por ti, nena. No te imaginas las ganas que tengo de pedirte que seas mi novia. —Noto que el calor aterriza en mis mejillas mientras Rocío se emociona. No quería hacerla llorar, joder.

—Y yo de decirte que sí, acepto.

—Don Ramón estará muy orgulloso de mí.

—Estoy segura de que así será, pero entonces, ¿a qué vienen tus dudas? —pregunta a la vez que se sitúa entre mis piernas. Rodeo su cintura con mis manos.

—Soy un tío inseguro —confieso, restándole importancia con un movimiento de mis hombros.

—¿En serio?

—Todavía no entiendo qué hace una tía como tú, aquí, a mi lado y aceptando ser mi novia. ¿Qué puedo aportarte, Rocío? Estoy lleno de deudas por culpa de un padre ludópata, no tengo estudios y soy un simple mecánico. Me parece que son cosas para tener en cuenta. ¿No crees?

—O sea que, si fuera al revés, ¿no te hubieras fijado en mí?

—Claro que sí. No me gustas por tu dinero ni tus premios —protesto.

—Entonces, ¿por qué me tendría que importar a mí que tengas deudas o que arregles motos?

«Y ahora, ¿qué vas a contestar a eso, machote?», me reprocho a mí mismo. Bajo la mirada, avergonzado. Parezco un adolescente con su primer amor. Bueno, la verdad es que no soy adolescente, pero tengo claro que esta morena, sí es mi primer amor.

—Te quiero, Leo. Por ser como eres, por ese enorme corazón que late en tu pecho y por la

manera en la que amas a tu gente. El resto solo tiene la importancia que queramos darle.

—¿Eso significa que podré ir a visitarte en ese barrio pijo en el que vives?

—Debes ir a visitarme. Es una orden, soldado.

—Veré qué puedo hacer…

Rocío no duda en propinarme un pellizco en el brazo que me hace gemir de dolor. La retengo por las manos y tiro de ella para que se acerque mucho más a mí. Necesito besarla. Uno mis labios a los suyos y nos dejamos llevar por los sentimientos. Es un contacto dulce, aunque nuestras lenguas se busquen desesperadas. En ese gesto, volcamos las almas, nos prometemos que todo irá bien y que vamos a intentarlo, porque sí, estamos enamorados.

—Entonces, ¿serás mi acompañante en la fiesta?

—Si tú así lo deseas, allí estaré. —Me sonríe en un gesto lleno de felicidad. Se acerca a mí y vuelve a buscar mis labios.

El sonido de la puerta principal al abrirse y cerrarse interrumpe el nuevo beso, aunque ni Rocío se separa ni yo se lo permitiría. Sé que es mi madre y no me importa que se entere de lo que sucede entre nosotros. Es más, estoy convencido de que se alegrará. Los pasos se acercan. No viene sola, seguro que Paula la acompaña.

—Tranquila, mamá. No llores más. —Mi cuerpo se tensa al oír las palabras de mi hermana. ¿Qué cojones pasa?

Cuando entran en la cocina y veo el estado de mi madre, el estómago me da un vuelco y el corazón se me acelera tanto que temo que huya de mi pecho. Rocío también se pone en alerta y se separa para darme mi espacio. Me pongo en pie y mi mirada se encuentra con la de Paula. Tiene los ojos rojos y las mejillas húmedas debido al llanto. Su rostro expresa una angustia que no le he visto nunca antes y eso provoca que me ponga en alerta. Lo peor viene cuando puedo ver la cara de mi madre en su totalidad. Tiene el pómulo izquierdo rojo, aunque ya empieza a adquirir un tono amoratado. Además, la hinchazón es visible y no lleva a dudas de que ha recibido un golpe. Es muy posible que hoy acabe con mi trasero en la cárcel. Voy a cargarme a la persona que le haya hecho esto a mi madre.

—Dios mío, Elena. ¿Qué te ha pasado?

Ella no deja de sollozar, en un llanto desgarrador que me parte el alma, mientras Paula la acerca a un taburete para que se siente. Rocío da unos pasos hacia la nevera, saca una bolsa del congelador, la envuelve con un trapo y se la tiende.

—¿Mamá? —gruño. Ella me mira y niega con la cabeza—. Me voy a enterar y prefiero que sea por ti.

—Ha sido sin querer.

—Mis cojones —grito.

—Leo, tu madre necesita tu apoyo, no que te pongas en plan cavernícola.

—Alguien le ha pegado.

—Ha sido sin querer —repite a la vez que tapa su pómulo con el paquete frío.

—Explícame qué ha pasado y seré yo el que valorará si fue intencionado o no.

Mi madre no es capaz de hablar ni tampoco de sostenerme la mirada. Empiezo a perder la poca cordura que tengo. Soy un hombre pacífico, pero cuando se trata de la gente a la que quiero, me puedo convertir en el peor matón del universo.

—Estábamos en la cocina, desayunando, tan tranquilas…

—Paula, cariño…

—No, mamá. Leo tiene que saberlo. Mira cómo estás, no quiero volver a verte así —le dice mi hermana, llorando. Rocío rodea sus hombros, dándole consuelo. Es lo que debería hacer yo, pero mi cuerpo irradia tanta tensión, que no puedo moverme.

—Continúa, por favor —le pido.

—Entonces entró papá. Nunca lo había visto así. Parecía un loco. Unas veces gritaba, otras, lloraba. Mamá intentó calmarlo y le preguntó qué le pasaba. Lo único que dijo es que necesitaba dinero, que el premio estaba a punto de salir y que debía ganarlo.

—Le comenté que todo lo que tenía se lo había llevado él —continúa mi madre—. Estaba bebido y desesperado. Me empujó y dijo que no era tonto y que sabía dónde escondía los ahorros. Que éramos una familia y que también le pertenecían. Se agachó debajo del fregadero. No sé cómo supo que lo guardaba ahí.

—Joder, mamá. Te he dicho mil veces que ingresaras todo en el banco y dejaras lo mínimo en casa —le reprocho.

—Lo sé y lo iba a llevar el lunes.

—¿Cuánto había?

—Cerca de dos mil euros. —Mi mandíbula se contrae con tanta fuerza que es posible que me salte alguna muela. Quizás no parece mucho dinero, pero para nosotros supone una fortuna.

—¿Con qué te ha pegado?

—No ha sido una agresión, Leo. Ya te lo he dicho. Intenté impedirle que se llevara los ahorros, forcejeamos un poco y, al removerse, me dio con el hombro. —Miro a Paula para confirmar la versión y ella asiente con la cabeza—. Se disculpó antes de irse. No quería hacerme daño, cariño. Está enfermo.

—Me repatea las entrañas que todavía lo defiendas. Lo único que ha hecho, ha sido jodernos la vida, de manera constante y sin miramientos. Pero esta es la última, ¿me oyes? No pienso consentir que siga hundiéndonos. Si quiere regresar a casa, será rehabilitado. Así tenga que trabajar dieciocho horas todos los días para pagarle una clínica.

—Hablaremos con él. Seguro que entra en razón —comenta mi madre con esperanza.

Sé que lo quiere, es el padre de sus hijos y ella sabe, tan bien como yo, que no siempre fue así. Sin embargo, hace un tiempo que ha entrado en un bucle de destrucción y al final acabará arrastrándonos a nosotros. Y es algo que no voy a permitir. Paula se merece cumplir sus sueños. Todavía es una niña y no debería vivir estos episodios en casa. Menos mal que mi hermano me avisó que se quedaba a dormir con un amigo. No tengo ninguna duda de que ahora se encontraría en comisaría si hubiera estado en el piso. Y mi madre, ella no tiene por qué vivir con temor ni angustia. Esta vez no ha sido intencionado, pero ¿quién me dice que no pueda llegar a serlo en un futuro? Si eso sucede, sería mi sentencia, porque no dudaría en devolverle el golpe, y multiplicado por mil. Es feo tomarme la justicia por mi cuenta, pero no tengo dinero para abogados.

—Necesito irme un rato —les indico.

—Por favor, cariño, no vayas a hacer ninguna tontería —me pide mi madre acercándose a mí con una súplica en el rostro.

—Tranquila. No pienso perder mi tiempo buscándolo. Cuando regrese a casa, hablaremos y deberá tomar una decisión. —Aproximo mis labios a su cabello y le doy un beso cariñoso. Paula se acerca a nosotros para unirse al abrazo. Rocío clava sus ojos en los míos y me mira con pesar

—. ¿Puedes quedarte con ellas?

—Claro. ¿Estarás bien?

—Sí. Me urge salir de aquí y despejar la cabeza.

Mis chicas se separan con pesar. No sé si hago lo correcto dejándolas solas, pero si no me relajo, cometeré alguna locura.

Con dos pasos me aproximo a Rocío. Alargo la mano y le acaricio la mejilla. Sabe a dónde voy, conoce mi lugar secreto. Lo que no sabe, es que ella se ha convertido en mi sitio seguro, donde quiero quedarme para siempre. Beso sus labios y abandono la cocina sin mirar atrás. Es posible que, si me giro, vea una bonita sonrisa en el rostro de mi madre y mi hermana a pesar de lo ocurrido.

Voy a casa a coger la mochila y el casco. Recorro las dos calles que me llevarán a mi moto y atravieso la ciudad con la calma que aparento, pero de la que carezco. Cuando llego a la cima del monte, suspiro, aliviado por no ver ningún vehículo que demuestre alguna presencia más humana. En este caso ni cojo la manta. Me planto en el claro que me enseña la magnitud de la ciudad. Cierro los ojos y chillo con todas mis fuerzas. Varios pájaros emprenden el vuelo, asustados. La liberación no es completa, pero sienta de maravilla expulsar toda la mierda que se acumula en el cerebro. Me acomodo en una piedra saliente, saco el cuaderno y el lápiz, y me dejo llevar por los sentimientos. No será un dibujo bonito, aunque sí cumplirá con su propósito. Que no es otro que ayudarme a ahuyentar a esos fantasmas que intentan apoderase de mi alma y provocan que mis pensamientos e ideas se vuelvan oscuros. Es una batalla más que he vencido. Espero que no falten muchas para ganar la guerra.

Capítulo 41

Rocío

Ha sido muy difícil para el abuelo abandonar su piso, aunque solo sea por una temporada. Es mayor y tiene miedo de no poder volver. Por orgullo, contuvo las lágrimas al despedirse de Pancho, que se pasó por el piso, o de Leo cuando le entregó la llave para que se asegure de que nadie lo ocupa.

Papá le consiguió una vivienda de alquiler en una zona tranquila, a unos diez minutos en transporte público del barrio, para que Elena no tenga problemas en ir y venir. Es mucho más amplio y luminoso que el suyo y de una construcción reciente. Es perfecto, aunque él le haya puesto mil y una pegas. Por comodidad de todos, se ha contratado a una enfermera que pasará con él las tardes y algunas noches. El resto, nos coordinaremos entre Elena y yo. Esa medida tampoco ha sido del agrado del abuelo. Según él, la cuidadora se parece a la arpía de no sé qué telenovela. Lo peor, es que lo dijo delante de ella, sin pelos en la lengua, tal y como es don Ramón García. Llevamos unos días con esta nueva dinámica y ya he recibido varias llamadas de la mujer, quejándose de la actitud del abuelo. Esperemos que en la revisión de la semana que viene, le quiten el yeso y pueda ser más independiente o acabará volviéndonos locos a todos.

Por mi parte, voy a decir algo que nunca imaginé que diría: sentí pena de dejar el barrio. A ver, es verdad que no echo de menos al Pantera ni su banda, tampoco el temor de no poder salir sola, sin embargo, me gustaba asomarme a la ventana y ver la habitación de los Medina o el taller de Pancho. Mientras estaba allí, veía a Leo casi todos los días, aunque fuera en la distancia. He recuperado la comodidad de mi hogar, pero extraño su cercanía. En mi pecho se ha instalado un desasosiego y una tristeza que me cuesta gestionar.

Desde que estoy aquí, solo he hablado con Leo por teléfono. Andrés Medina sigue sin aparecer, como si se lo hubiera tragado la tierra. Así que la familia está preocupada, entre ellos, mi chico. Todavía no saben si se ha ido por propia voluntad o se encuentra retenido debido a sus deudas de juego. Martín los ha ayudado a seguirle la pista desde la noche que salió de casa y regresó a quitarle los ahorros a Elena. No está siendo sencillo. Cuando detectaron la adicción de Andrés y antes de que se complicara más, tomó una decisión. Por propia voluntad, se inscribió en la lista de prohibición para la entrada a salones de juegos o casinos. Así que cualquier lugar, ya sea físico u online donde requiera identificación, no debería poder entrar. Sin embargo, y como sucede con cualquier adicción, siempre hay un mundo paralelo. Lugares clandestinos en los que accede cualquiera, aunque no tengas dinero, como es el caso de Andrés. Siempre puedes pedir préstamos, que te entregarán sin ningún inconveniente, a un tipo de interés desorbitado y con el riesgo de, si no pagas, un miembro de tu familia lo hará. Si no se da el caso, atente a las consecuencias. Y, al parecer, esas mafias son casi más peligrosas que el Pantera. Entonces, como es de imaginar, la gente es muy reacia a dar algún tipo de información.

El tema de su padre tiene a Leo muy cabizbajo y desanimado. Prefiere no hablar del asunto, pero Elena le contó al abuelo, entre lágrimas, que los habían amenazado para que pagaran la

nueva deuda generada por su marido. Me duele que Leo no confíe en mí y tenga que enterarme de estas cosas a través de otra persona. Se supone que estamos juntos, que somos una pareja, aunque algo atípica por las circunstancias. Lo único que me ha explicado es que su familia necesita dinero y que trabajará varios días a la semana de camarero en turnos de cenas. Ese es uno de los motivos por los que no ha tenido tiempo de venir a verme.

Es desgarrador ver cuánto sufre y sentirme impotente al no poder hacer nada para ayudarlo. En una de nuestras charlas, le propuse, con buena intención, que podía prestarle el dinero que necesitaran y que ya me lo devolvería con calma y no le sentó nada bien mi ofrecimiento. Desde entonces, evitamos hablar de temas económicos. Lo que sí he hecho, ha sido subirle el sueldo a Elena con la excusa del desplazamiento. Sé que el abuelo también le da unos euros a escondidas o no le acepta el cambio de alguna compra. «Es para la hucha de Paula», le dice.

Voy tan centrada en mis pensamientos, que a penas me doy cuenta del camino hasta el estudio. He recuperado mi vehículo y ya no preciso los servicios de Felipe. El otro día me comentó que ahora se aburría. Me encuentro envuelta en tantos frentes, que no he tenido la oportunidad de preguntarle si ha logrado conversar con Lidia o si lo suyo, tuvieran lo que tuviesen, se ha roto para siempre.

Con ella tampoco charlo demasiado y si le nombro a Felipe, cambia de tema con rapidez. Mi amiga está en Bélgica, revisando un caso importante y apenas tiene tiempo libre. Es un nuevo desafío de su padre, que le da los temas más raros y complicados de defender para ponerla a prueba. Estoy convencida de que podría negarse, pero su orgullo no se lo permite. Es una lucha de titanes.

Aparco el coche en mi plaza asignada, cojo mis pertenencias del asiento del copiloto y subo en el ascensor con la mente en lo que me espera durante las dos próximas horas. El ambiente en el estudio está tenso. Todos saben que hemos cancelado el proyecto de Wilson. Después de lo sucedido en la cena, no me quedó más remedio que explicarle a mi padre quién era Alan, lo que había hecho y de qué manera me amenazó en el baño del restaurante. Al principio, sopesamos la idea de continuar con el contrato por el temor a que ese malnacido cumpliera con su intimidación. Sin embargo, una vez que el abuelo cedió a abandonar el barrio, papá se negó a poner en riesgo el estudio de arquitectura que tanto le costó levantar. Wilson no se tomó muy bien la noticia y ha rescindido todos los compromisos que tenía con nosotros. Eso supone un gran palo para la empresa y la preocupación se nota en los pasillos.

Saludo al personal que me voy encontrando con mi sonrisa habitual, hasta que llego a la mesa de Marcelo. Tiene el ceño fruncido mientras aporrea el teclado con rapidez. Es posible que, si sigue así, las piezas de las letras acaben saltando por los aires.

—Parece que hoy no es un buen día —digo a modo de saludo.

—Lo era, hasta que me he tropezado con un mequetrefe con ínfulas de grandeza.

—Apostaría cien euros a que sé quién es.

—No hace falta que apuestes, preciosa. Guárdate el dinero para una sesión con el psicólogo, porque la vas a necesitar. Está esperándote en tu despacho.

—¿En serio?

—Lo que oyes. Espero que, en un futuro, sepas escoger mejor con quién te acuestas.

—Me engañó el envoltorio —me excuso encogiéndome de hombros.

—Pues ánimo y que tengas suerte. Si necesitas ayuda, avísame. Estaré encantado de llamar a seguridad para que lo manden a la calle de una patada en el culo.

Vaya, sabía que David no era santo de devoción de Marcelo, pero en estas palabras hay mucho resentimiento. Lleno los pulmones de aire para darme fuerzas y recorro la distancia que me separa de mi despacho a paso lento e igual que si fuera al matadero. Me entran escalofríos solo de pensar en que debo aguantar las tonterías de este hombre a horas tan tempranas. Si por lo menos pudiera tomarme un segundo café…

—¿Se puede saber qué haces en mi despacho? —le reprocho al entrar. Me lo encuentro mirando por la ventana y con las manos en los bolsillos del pantalón de pinzas.

—Buenos días para ti también. Te sienta genial el color rojo. —Pongo los ojos en blanco. Es irónico que, cuando estábamos liados, ni se dignara a echarme un puñetero piropo y ahora opine qué color me queda bien.

Voy hasta la mesa y enciendo el ordenador. Me siento en la silla y echo un vistazo a mi agenda. Ignorándolo. En un cuarto de hora tengo una reunión, así que le queda poco tiempo para molestarme. Sé a qué ha venido. Pensó que su chantaje iba a resolverse con más rapidez y que ya sería jefe de equipo. No es así y tampoco sucederá en un futuro próximo. Aunque aparente tranquilidad con esa pose de triunfador y despreocupado, yo sé que está nervioso. Me muerdo una sonrisa al pensar en que, dentro de un rato, lo estará más. Todavía no sabe que papá ya conoce mi secreto y que se ha quedado sin armas para presionarme. Estos últimos días no nos hemos visto y, como soy una buena persona y él trabaja bien, no le he comentado nada a mi padre de lo sucedido. Si se entera de su juego sucio, estoy convencida de que se va derechito al paro.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunto mientras muevo papeles por la mesa. Algo innecesario, pero me otorga un aire interesante.

—Tu padre todavía no me ha dicho nada de mi nuevo puesto. Quizás debería hablar con él y contarle dónde vive su hija.

—David, no voy a ceder más a tus chantajes. Si quieres decírselo, adelante. Asumiré las consecuencias. Estoy harta de que las personas crean que pueden hacer conmigo lo que quieran solo porque soy la hija de Alfred Scott.

—Finges desinterés, pero te conozco y sé que no soportas decepcionarlo. No tengo dudas de que el hombre se va a entristecer mucho cuando sepa que le estás engañando.

—Es mi padre y me quiere, así que acabará perdonándome al darse cuenta de que le oculté la información para que no sufriera.

—No juegues conmigo, Rocío —grita a la vez que da una palmada en la mesa. Su agresividad me hace retroceder en la silla y ponerme en alerta—. Voy a ser jefe de equipo. Ya sea por las buenas o por las malas.

—Con esa actitud no conseguirás nada —le advierto.

Debería haberme callado y no enfurecerlo más. Este David es desconocido para mí. Es verdad que era un engreído y egocéntrico, pero jamás me chilló ni dio señales de que pudiera ser agresivo. Es más, en el sexo, hasta era bastante soso en la cama. Cuando intento reaccionar, ya me encuentro atrapada. Ha arrastrado la silla, que ha impactado contra la pared y su cuerpo me impide levantarme. Tiene ambas manos situadas en los reposabrazos. Inclina el torso, quedando así demasiado cerca de mi rostro.

—Se me ha acabado la paciencia. Ahora mismo irás al despacho de tu padre y lo convencerás para que me ascienda. ¿Queda claro? —Asiento con la cabeza. Estoy asustada y la solución es seguirle la corriente.

Me suelta con lentitud y se recoloca los puños de la camisa mientras me regala una sonrisa de satisfacción. Este hombre está como una cabra. Doy pasitos con la silla para acercarme al teléfono y saber si mi padre ha llegado. Cuando estoy a punto de cogerlo, papá entra con un gesto serio y su tableta en la mano.

—Rocío, ¿estás preparada para la reunión? —Su pregunta va perdiendo ritmo al ver a David en el despacho y mi rostro en tensión.

—Sí, estoy lista —le comunico. Me levanto y rodeo la mesa para situarme delante de mi progenitor—. Antes de irnos me gustaría hablar contigo de David.

Mi padre lo mira y él muestra una amplia sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—¿Sucede algo?

—La verdad es que lo he estado pensando y creo que es un buen momento para… —Mantengo la emoción mientras mi compañero ensancha su pecho en señal de poder y orgullo. Estoy deseando ver su cara cuando acabe la frase.

—¿Para qué? —insiste mi padre. No le gusta llegar tarde a las citas y este imprevisto lo está retrasando.

—Para echarlo a la calle.

—¿Qué mierda? —Papá lo mira y frunce el ceño ante la agresividad de la voz.

—Sabes que necesito un motivo.

—Me amenazó.

—¿Cómo? —gruñe mi padre.

Le explico con pelos y señales el soborno de David mientras él aprieta los puños e intenta interrumpir mi charla negando las acusaciones. Está rabioso y supone un peligro. Estoy convencida de que, si pudiera, ahora mismo me mataría con sus propias manos.

—Creo que este tipo de personas no son buenas para el estudio. Me parece un motivo más que contundente —finalizo.

Me alarmo cuando veo que da varios pasos en mi dirección y me encojo un poco por temor a que me alcance. Eso no sucede, porque papá se pone en medio, protegiéndome con su cuerpo.

—Si le tocas un pelo a mi hija, no solo te echaré del estudio, también me encargaré de que jamás ejerzas la profesión y tengas que acabar huyendo del país. Así que piensa bien lo que haces. —Se retan con la mirada hasta que David da un paso atrás—. Marcelo, llama a seguridad, por favor.

—Ya están aquí, jefe.

Dos hombres gigantes con un uniforme azul entran en el despacho y se sitúan al lado de David, que no deja de mirarme con odio.

—Acompañarlo a recoger sus cosas y que se largue de la empresa. En unos días recibirás la liquidación.

No protesta, lo único que hace es quejarse de que puede moverse solo cuando uno de los hombres de seguridad le pone una mano en el hombro. Nos asomamos para verlo marchar, pero cuando pasa por delante de Marcelo, este le sonríe antes de decirle:

—Te lo dije, guapete. Este maricón iba a verte caer. —Me tapo la boca para no soltar una carcajada mientras papá niega con la cabeza.

—Creo que ahora mismo es el que más está disfrutando. Siempre ha sido muy despectivo con su condición sexual.

—Hace tiempo que debería estar en la calle —murmuro.

—¡Ay, hija! No me das más que problemas —se queja y con razón—. Venga, vamos, que llegamos tarde a la reunión.

Sara me ha dicho que sigue dolido y enfadado conmigo, aunque poco a poco se le pasará. Ojalá que así sea. Adoro a mi padre y espero no darle más disgustos. No se los merece.

Capítulo 42

Leonardo

Giro la llave y el rugido del motor resuena en las paredes del taller. Es un sonido mágico. Al menos para mí y también para Pancho, que aparece en mi lugar de trabajo con una gran sonrisa. Acelero a fin de asegurarme de que todo está correcto y la dejo en ralentí.

—Cuando era joven tuve una de estas. Las chicas estaban ansiosas por montarse y disfrutar de un paseo. Menudos tiempos aquellos.

—Podrías comprarte otra y probar suerte.

—Muy gracioso. Ahora, a mi edad, ni con la moto tendría éxito. —Linda se acerca a nosotros y mi jefe se agacha a cogerla—. Suerte que te tengo a ti, ¿verdad, preciosa? Y no te cambiaría por nada en el mundo.

Pongo los ojos en blanco mientras Linda besuquea su rostro y mueve la cola, feliz con el cariño que recibe de su dueño. Sin duda hacen una gran pareja. Pancho se ríe cuando la lengua de la pequeña perra alcanza el cristal de sus gafas. Es un sonido bonito que, por desgracia, no suelo escuchar tan a menudo como me gustaría.

Han pasado varios días desde la desaparición de mi padre y seguimos sin novedades. Las últimas noticias es que estuvo casi toda la noche jugando al póquer en un antro clandestino, donde le fue bien en varias mangas. No supo frenar a tiempo, como siempre suele suceder, y empezó a perderlo todo. Cuando ya no disponía de dinero para apostar, lo echaron y fue el momento en el que apareció en casa y se llevó los ahorros. Al parecer, no volvió al lugar y ahí se le pierde la pista. Estamos bastante desanimados, porque él nunca ha faltado tanto tiempo en casa. Mamá dice que se debió asustar cuando le dio el golpe y que le da vergüenza regresar. Ni Nico ni yo somos tan optimistas. Lo que encontramos fue una nota deslizada bajo la puerta que nos avisaba de que Andrés Medina debía veinte mil euros a uno de los prestamistas. Disponemos de tres meses para realizar la devolución. Lo conseguiremos, igual que hacemos siempre, porque no me quiero imaginar qué sucedería si no fuera así.

—¿Hoy también trabajas? —pregunta mi jefe dejando a Linda en el suelo para limpiarse las gafas.

—No, el local cierra por descanso semanal.

—Ojalá pudiera pagarte más y que no tuvieras que hacer horas extras. El ritmo que llevas es inhumano, muchacho.

—Es temporal, hasta que pague la deuda. —Esquivo sus ojos, porque sé que me voy a encontrar con una mirada apenada.

Pancho no solo se está portando como un gran jefe, también como un maravilloso amigo. Y no únicamente conmigo. Cada tarde, al cerrar, me acompaña hasta casa a visitar a mi madre y a Paula, por si necesitan alguna cosa. Muchas veces mamá lo invita a cenar y les hace compañía mientras yo debo ir a trabajar al restaurante. Hoy los planes son distintos. Me reuniré con Rocío

después de varios días sin vernos en persona, solo a través de la pantalla. Pienso aprovechar cada momento con ella, porque no tengo ni idea de cuándo nos volveremos a ver. En realidad, sí que lo sé, el día de la fiesta de aniversario, eso si decido asistir. Mis ánimos están por los suelos y no creo que me sienta muy cómodo en medio de tanta gente importante. Además, no sé ni que ponerme para un evento así.

—Como la moto ya está acabada, ¿qué te parece si te marchas a casa y te preparas para esa cita que tienes?

—Mi jornada laboral finaliza en cuarenta minutos.

—Lo sé, pero tu jefe te da permiso para que te vayas antes. Así que espabila, que el tiempo es oro.

—Pero…

—Ni pero ni pera. Lo que queda por hacer aquí ya lo acabo yo y mañana será otro día. Vete, ponte guapo y disfruta de tus horas libres. Que falta te hacen.

—Gracias, Pancho. —Le doy un apretón en el hombro y mientras me dirijo a por mis pertenencias me llama. No me giro, solo freno mis pasos.

—Sabes que eres como un hijo para mí y me duele verte tan cabizbajo. No sé cómo animarte. Ojalá tuviera la certeza de que tu padre aparecerá, aunque después de tantos días…

—Eres de gran ayuda para mí y mi familia. Que estés ahí, ya es más que suficiente —le respondo por encima del hombro.

No hace falta que le conteste al comentario sobre la ausencia de mi padre. A estas alturas, la mayoría de nosotros piensa lo mismo, pero esa pequeña esperanza de que regrese siempre está ahí. Nunca había hecho algo parecido y es casi improbable que se haya ido por propia voluntad, porque, debido a su discapacidad en el brazo, ni siquiera puede trabajar para sobrevivir.

Sacudo la cabeza con el propósito de intentar alejar este tema, aunque sea durante un rato. Me despido de Pancho y Linda y salgo del taller con unas ganas tremendas de reunirme con Rocío. Mientras me dirijo al piso con el objetivo de asearme y cambiarme, le envío un mensaje para decirle que llegaré un poco antes.

Al levantar la cabeza de la pantalla, mi mirada se encuentra con la de Alan. Está apoyado en el capó de uno de los excéntricos coches que adornan la calle y que pertenecen a su taller. Aguanto su sonrisa burlona y también que alargue el brazo, su mano simule una pistola y la mueva igual que si me disparase. Me dan ganas de cruzar la calle y lanzarme a su cuerpo para darle la paliza de su vida. Sin embargo, aprieto los puños, la mandíbula y dejo que mis pensamientos naveguen por lugares y personas que me aportan la serenidad necesaria para ignorarlo. Sin duda, es más importante mi cita con Rocío que enfrentarme a pirados como Alan.

Mientras subo las escaleras que llevan a mi piso, me felicito a mí mismo por el autocontrol. En el rellano ya huele a comida. Seguro que mamá se encuentra preparando la cena. Es pronto, pero hoy tiene que ir a limpiar unas oficinas y así ya deja todo listo para Paula y Nico.

Abro la puerta con ilusión, que se desvanece cuando oigo las palabras de mi madre:

—Andrés, ¿eres tú? —pregunta a la vez que abandona la cocina, con un deje de esperanza en la voz.

—No, mamá. Soy Leo. Pancho me permitió irme más temprano. —El optimismo desaparece de su rostro y da la sensación de que se desinfla y se encoge debido a la decepción.

—Qué bien, cariño. Me alegro mucho.

Regresa de nuevo a la cocina y yo dejo escapar un suspiro resignado. Espero que este

sufrimiento acabe pronto y encontremos a mi padre. Ya sea vivo o muerto. Porque la angustia que genera no saber nada de él, está acabando con la familia.



Paseo mis dedos por el rostro de Rocío, repasando las cejas, el puente de esa nariz perfecta, sus pómulos o esos labios que me vuelven loco, la mandíbula… Estar aquí con ella es justo lo que necesitaba para olvidarme de los problemas que me envuelven y centrarnos solo en nosotros.

—¿En qué piensas? —pregunta mientras entrelaza nuestras manos.

—Que me quedaría aquí para siempre. Contigo, en esta cama y así, desnudos.

—Acabarías cansándote de mí —dice repartiendo besos por mi pecho. Su roce me eriza la piel y manda señales a mi miembro, que empieza a cobrar vida de nuevo.

—Eso no va a suceder nunca. Solo tienes que ver a mi amigo cómo se emociona cada vez que me tocas. —Los dos bajamos la mirada hacia mi polla, que brinca entusiasmada.

—Creo que puedo solucionar eso.

—Joder —gruño mientras desciende con la boca y va dejando besos por mi cuerpo. Me sale un siseo cuando su mano rodea mi sexo—. Si sigues así, lo vas a arreglar demasiado pronto.

—Tenemos toda la noche. Ahora solo déjate llevar.

No discuto, porque la sensación es excesivamente buena. Cierro los ojos y me concentro en el cosquilleo de su lengua por mi glande. Una mano acompaña el movimiento y la otra busca mis testículos que se encogen deseosos de más. Tengo la respiración alterada, el corazón me palpita con fuerza y el placer arrasa mi cuerpo. Jadeo palabras entrecortadas, me muerdo el labio para intentar alargar el momento. Me cuesta un mundo controlar mis ganas de correrme. No quiero hacerlo sin contemplarla, así que me apoyo en los codos y gozo de la manera en la que mi polla desaparece dentro de su boca o cómo asoma la lengua para lamerla igual que si fuera un helado. Levanta la vista y me observa a través de las pestañas. Esa mirada, golosa y provocadora, es la que consigue que mi cuerpo se tense y chille su nombre cuando el orgasmo aparece sin control. Me vacío en su boca y acabo tumbado sin fuerzas para sostenerme en los codos.

—Es posible que, sobreponerme, me cueste algo más de tiempo, nena —le informo con la respiración agitada. Oigo su risa y noto que trepa por mi cuerpo—. O quizás no precise tanto.

Abro los ojos y me encuentro con esos zafiros brillantes y una enorme sonrisa. Las mariposas de mi estómago ya se han convertido en murciélagos y están a un paso de ser águilas reales. Amo tanto a esta preciosa mujer, que no sé si algún día encontraré las palabras para expresárselo.

—De momento, mi trabajo ha concluido. Ahora debe puntuar su grado de satisfacción y dejar una reseña. —Chilla cuando me giro y consigo colocarme encima de ella.

—Estoy gratamente satisfecho con el servicio. Así que le voy a dar cinco estrellas y, además, la voy a premiar con un increíble orgasmo. Cortesía de la casa —digo continuando con la broma.

—Me encanta recibir premios —responde y sus palabras se pierden en un jadeo cuando le muerdo un pezón y mi dedo se pasea por su clítoris.

—Pues prepárese, señorita. Porque se va a correr en mi boca y después me la voy a follar fuerte.

—Sí, por favor.

Vuelco todo mi ser en mimar su cuerpo, saborear su sexo y conseguir que explote en mi boca. Tiembla, sus ojos brillan y tiene los labios hinchados por culpa de mis besos. Demasiada tentación. Me sitúo entre sus piernas y la penetro sin contemplaciones. Ni siquiera me he parado a colocarme protección. Conectamos las miradas y me mantengo quieto, saboreando el momento de estar dentro de ella sin ninguna barrera.

—Sigue —me pide—. Tomo pastillas.

Es lo que necesitaba oír para entrar y salir de su interior como si se me fuera la vida. Sus gemidos se unen a los míos hasta que alcanzamos la cima. Me tumbo a su lado para no chafarla, se acurruca en mi costado y nos dejamos llevar por esa sensación de bienestar que te queda cuando has tenido un fantástico sexo.

Me despierta el zumbido de un teléfono. Rocío se mueve y gruñe. Alargo la mano para comprobar si es el mío. Desde que mi padre desapareció, no suelo apagarlo por las noches. El nombre de Martín se refleja en la pantalla. Son las tres de la madrugada. No pueden ser buenas noticias.

—Dame un momento —digo al descolgar. Me muevo con tiento de no despertar a Rocío, me coloco el calzoncillo y salgo de la habitación para atender la llamada—. Martín, ¿qué pasa?

—Lamento molestar a estas horas, pero me acaban de informar que han encontrado a tu padre en un motel de carretera, en la salida de la ciudad.

—¿Y? —pregunto con un nudo en la garganta. Busco una silla del salón y me dejo caer, porque me tiemblan las piernas.

—Lo siento, tío. Está muerto. Han desvalijado la habitación y tiene varias puñaladas en el cuerpo.

—Mierda —murmuro.

—¿Estás en casa? ¿Quieres que vaya hasta allí?

—No. Estoy en el piso de Rocío.

—Cualquier cosa que precises solo tienes que llamarme, ¿vale?

—Sí, gracias.

Hablo igual que si fuera un robot. Mi mente se ha colapsado y percibo una molestia aguda en el pecho. Es tan intensa, que bien podría ser un ataque al corazón. Pero no. Es el dolor; ardiente, profundo, punzante… Me inclino hacia delante y un sollozo escapa de mi boca. Las lágrimas colapsan mis ojos y me dejo llevar por la tristeza. Ni siquiera sé si he colgado la llamada. Qué más da.

Estoy tan concentrado en mi pena, que no me doy cuenta de que Rocío ha entrado en el salón, se ha acercado a mí, y ahora sus manos se apoyan en mi cabeza. Le rodeo las caderas y descanso mi rostro en su vientre.

—Está muerto —susurro entre el desconsuelo.

—Cariño, cuánto lo siento.

La vida te puede cambiar en un segundo. Tan pronto estás en la cima, como en el lodo. Todo es efímero, todo menos el dolor. Ese es jodido. Se incrusta en cada poro de tu piel y consigue que tu cuerpo y tu mente colapsen. Ahora viene la peor parte. ¿Cómo narices se lo voy a contar a mi madre?

Capítulo 43

Rocío

El sacerdote da un pequeño sermón para despedir a Andrés Medina. Apenas dura media hora, por deseo expreso de la familia. Ninguno de los tres hijos se ha separado de Elena. Es la que peor lleva el desastroso desenlace. Desde que Leo y yo le dimos la noticia, la mujer se ha sumido en una profunda tristeza. Fue desgarrador oír su llanto y la desesperación mientras negaba que eso pudiera ser verdad. Quería a su marido, a pesar de todo lo que la hizo sufrir. Ella también recuerda que fue un buen hombre y un gran padre que se vio sobrepasado por la desgracia y no encontró otra manera de superar su tristeza.

Me duele en el corazón ver el dolor en cada uno de ellos. Aunque yo era mucho más pequeña, sé lo que se siente al perder a alguien tan importante. Mi madre murió por culpa de una enfermedad y en el caso de Andrés, la enfermedad lo arrastró hasta la muerte. Lo peor es que va a ser complicado descubrir quién fue el causante de las puñaladas.

Retiro mis lágrimas con un pañuelo mientras la música de un órgano resuena en las paredes de la iglesia. La mano de Martín, que se ha sentado a mi lado, aprieta la mía con cariño. Lo miro y le hago una mueca que pretendía ser una sonrisa. Me devuelve el gesto. A mi otro lado se encuentra Pancho y junto a él, mi abuelo con su silla de ruedas. Cuando se enteró de la desgracia, me dijo que no me hablaría nunca más si no lo llevaba al entierro. El lugar se ha llenado de personas, entre ellos muchos vecinos del barrio. El temor principal era que Alan tuviera el descaro de aparecer por la iglesia. Aunque no hay sospechas de que él o su gente puedan ser los culpables del asesinato, la tensión entre Leo, Nico y Alan podría acabar muy mal. Por suerte, no ha aparecido y respiramos con tranquilidad cuando el cura dice eso de «podéis ir en paz».

Continúo en mi lugar mientras la multitud se acerca a la familia para darles el pésame. Se agradece el cariño de la gente, sin embargo, lo que uno desea, en momentos así, es acabar con la ceremonia, que tu ser querido sea enterrado e irte a tu casa para encerrarte en la habitación y dejarte arrastrar por la tristeza.

Acompañamos al féretro hasta el exterior y vamos ocupando los vehículos para dirigirnos al cementerio. En este caso, solo iremos las personas más cercanas. Felipe, que nos esperaba afuera, se aproxima a los Medina para darles sus condolencias y después me ayuda a meter al abuelo en el coche. El silencio ha reinado en el interior durante el viaje, que apenas dura quince minutos.

Llegamos un poco antes que la funeraria y que los Medina, así que los esperamos en la entrada. Leo se baja del vehículo mientras, Nico ayuda a su madre y Paula se abraza a su hermano mayor. Me acerco a ellos y acaricio el rostro lleno de lágrimas de la pequeña de la familia.

—¿Estás bien? —le pregunto a Leo. Entiendo que la idea es un poco irracional; después de todo, es imposible que alguien se sienta bien en un funeral y menos de un padre, pero solo quiero que sepa que cuenta conmigo.

—Lo estaré cuando todo esto acabe. —Se acerca más a mí y me da un beso suave en los labios. Alarga la mano y entrelazamos nuestros dedos.

Aguardamos en silencio, solo roto por los sollozos de Elena, mientras colocan la caja en el hueco. Está arropada por sus hijos y, aunque le costará, tiene tres razones muy importantes para seguir adelante. Cuando finalizan con las tareas, se acercan a depositar unas flores. Me aproximo a Elena arrastrando la silla de ruedas del abuelo, y ella sonríe de manera débil al vernos. No lleva maquillaje y es una mujer muy bella, pero hoy parece que ha envejecido cinco años de golpe. Sus ojos rojos debido al llanto siguen guardando esa dulzura tan característica de ella. Se agacha un poco y el abuelo le coge la mano.

—Es muy duro, hija, pero toca continuar el camino.

—Qué remedio, don Ramón. Usted lo sabe bien. Me gustaría que en el futuro me dé algún consejo para poder sobrellevarlo.

—Te voy a hacer un espóiler de esos que dicen los jóvenes. —Elena sonríe ahora más abiertamente—. Nunca se supera, solo que, con el tiempo, el dolor disminuye y es más llevadero. Eres muy joven y bonita. Has amado una vez, podrás hacerlo alguna más.

—Abuelo —gruño bajito por su indiscreción. La pobre acaba de enterrar al marido y él ya le habla de volverse a enamorar—. Discúlpalo, empieza a chochear.

Me mira enfadado, como si yo tuviera la culpa de todo y él fuera un santo. Madre mía, menuda paciencia con este hombre.

—No pasa nada, cielo. Don Ramón nunca me ofende, porque sé que me quiere y desea lo mejor para mí.

—Ves, ella sí que aprecia mis consejos. Deberías aplicarte el cuento, que eres mi nieta, narices.

—Vamos, señor Ramón, es hora de volver a casa —le dice Felipe, que coge mi relevo empujando la silla de ruedas—. ¿Quiere que hagamos una carrera?

—Ni se te ocurra, muchacho del demonio. —Felipe se ríe y el abuelo continúa despotricando.

Nos hemos quedado las últimas y Elena entrelaza nuestros brazos. Realizamos pasos lentos, cada una perdida en sus propios pensamientos. Hasta que ella rompe el silencio:

—Me ha dicho Leo que estáis juntos, como pareja, me refiero.

—Así es. Ha sido algo que ninguno de los dos esperábamos, pero surgió el amor y queremos aprovecharlo.

—Leo te quiere mucho, aunque tiene miedo de que tu mundo no lo acepte tal y como es.

—Lo sé, sin embargo, solo debe estar seguro de mi amor por él. Es un hombre maravilloso, con unos grandes valores. Lo que el resto piense, a mí no me importa y él debería hacer lo mismo —le aseguro parándonos en el camino—. Las únicas opiniones que me interesan son las de mi familia. Al abuelo hace tiempo que se lo metió en el bolsillo. Con mi padre no he podido hablar del tema. Sigue distante conmigo por ocultarle que vivía con ese gruñón, pero estoy convencida de que lo querrá mucho cuando lo conozca. Y la mujer de mi padre y mi hermano lo aceptarán sin ningún problema. Al final, lo importante es que yo sea feliz, y lo soy, tanto, que me da pavor.

—Mi Leo se hace el fuerte, a pesar de ser muy sensible. Es un hombre increíble, aunque él piense que no. Así que te voy a pedir un favor.

—Claro, lo que desees.

—Recuérdaselo a menudo, para que nunca se olvide de lo especial que es.

Asiento con la cabeza, porque no me quedan palabras. Es una tarea fácil y que pienso cumplirla cada día de mi vida.



Ha llegado el día de la fiesta del treinta aniversario de ASF Arquitectura. Ya está todo listo para la gran noche. Sara lleva buena parte del día de arriba abajo y con el teléfono enganchado a la oreja. Está de los nervios.

El que no los pierde es mi padre, que se ha encerrado en el despacho que tiene en casa y ni siquiera le hemos visto el pelo. A Einar tampoco lo he notado preocupado, lo único que le inquieta es tener que llevar corbata. Según él, «esas cosas, son el mal», aunque poco ha podido protestar, después de que su madre lo amenazara con tirarle a la basura sus libros preferidos.

Yo también he sucumbido a las exigencias de Sara. Me pidió que viniera a su casa para arreglarnos juntas y que trajera a Lidia, que llegó ayer de su viaje, después de ganar el caso, contra todo pronóstico. Estoy muy orgullosa de ella. Y aquí nos encontramos las tres, rodeadas de personal para que nos pongan más guapas si cabe.

—Pensé que este color no era tan oscuro —se queja Sara mirándose las uñas recién pintadas —. ¿Creéis que me quedará bien con el vestido?

—¿Con cuál de ellos? —le pregunta Lidia mientras le aplican maquillaje en los párpados—. Porque hace media hora, todavía no tenías claro el que querías ponerte.

—El de color azul, ¿no? Aunque el verde también es precioso —responde haciendo un puchero.

—Estarás guapísima con cualquiera de los dos —le digo enseñándole una de mis sonrisas ensayadas.

Son las que me acompañan durante esta última semana. Han sido unos días complicados. La muerte del padre de Leo es aún reciente y él continúa perdido. Se ha encerrado en su caparazón y, aunque cada vez que le pregunto cómo se encuentra, siempre me contesta que bien, yo sé que le está costando asimilarlo. Es muy pronto y necesita tiempo, pero me gustaría que confiara más en mí y pudiera hablar conmigo de cómo se siente. Ni siquiera me ha confirmado de si vendrá a la fiesta. Entendería que no fuera así, aunque no voy a negar que me haría mucha ilusión tenerlo a mi lado en un día tan importante como este.

—Y tú, ¿ya sabes cuál vas a ponerte? —indaga Sara. Yo ya estoy maquillada, así que me están peinando.

—Si me dejara guiar por los ánimos, llevaría un vestido negro, pero no voy a hacer eso, así que he optado por uno en color granate.

—¿El de las rajas en ambas piernas, escote palabra de honor y pedrería? —expone Lidia.

—Ese mismo —afirmo.

—Vas a estar impresionante. Cuando te vea el vecino se va a caer de culo.

—No tengo claro que Leo acuda a la fiesta —les informo con pesar—. La última vez que hablamos me dijo que no tenía muchas ganas de asistir a un evento cuando hace tan poco tiempo que, bueno, ya sabéis.

—¡Ay, cariño! No te pongas triste. Si no viene, tampoco significa que no te quiera. Hay que

entender su decisión y el momento tan difícil por el que pasa.

—Comprendo lo que dices, Sara. De verdad lo hago, aunque eso no disminuye la tristeza. Es un día perfecto para hacer oficial nuestra relación.

—¿Desde cuándo se precisa hacer oficial una relación? Te creía más moderna, amiga.

—Es una forma de hablar.

—Yo sé lo que quieres decir, cielo. Cuando empecé a salir con tu padre, no te imaginas lo orgullosa que me paseaba por las fiestas o las cenas a las que nos invitaban de la mano de un hombre tan apuesto. Me encantaba ver cómo las otras mujeres se morían de envidia. —Las risas invaden las paredes de la habitación de invitados donde estamos instaladas—. El problema es que todavía no te has enamorado, Lidia. Cuando eso suceda, te recordaré esta charla.

—Me parece que eso no pasará nunca, Sara. Los hombres dan muchos dolores de cabeza. Están bien para un ratito, tú ya me entiendes. Sin embargo, después, cada uno a su casa. —Miro a mi amiga, que observa en el espejo que tal ha quedado el maquillaje. Habla con tanta seguridad, que cualquiera que no la conozca como yo, pensaría que dice la verdad.

—Eso es porque todavía no has encontrado al adecuado. Mira, quizás en la fiesta esté el hombre de tu vida —dice Sara con entusiasmo.

—Lo que sí encontraré esta noche, será mi próximo polvo.

Le doy un manotazo a Lidia por la grosería que acaba de soltar mientras Sara se tapa la boca, conteniendo una risa.

Unos toques en la puerta anuncian que tenemos visita. Sara da el permiso para que entren, pues todas estamos visibles y Felipe asoma la cabeza.

—Disculpad, vengo de parte del señor para avisar que saldremos hacia el hotel en una hora.

—Gracias, Felipe, ya casi estamos listas.

No puedo evitar dividir mi mirada entre Lidia y Felipe. Ella ni se ha girado, pero lo observa por el espejo que tiene delante. Él hace lo mismo y, antes de salir y cerrar la puerta, se quedan unos segundos enganchados. Puede que nadie más se haya dado cuenta de eso, aunque yo sí. Cuando él sale, mi amiga se gira y, al encontrarse con mi mirada, elevo una ceja de manera interrogativa. Lidia aparta los ojos y me ignora. Ojalá me equivoque, pero estos dos acabarán haciéndose daño.

Capítulo 44

Leonardo

No sé por qué me he dejado convencer por Nico para ponerme este esmoquin. Supongo que con un traje normal serías suficiente, pero entonces, él apareció con la percha y me dijo que lo había alquilado, así que me supo mal negarme. Y aquí estoy, delante de la escalera del gran hotel, sin saber si entrar o dar media vuelta e irme a casa.

He llamado a Rocío en varias ocasiones, con el propósito de confirmarle mi asistencia y por si necesito algún tipo de documento o código para acceder al evento. En ninguna de ellas he obtenido respuesta y no sé qué hacer. Podría regresar al piso, pero mi madre me daría una patada en el culo y tendría que aguantar las burlas de mis hermanos. Además, hacía días que no veía a mi familia tan ilusionada. Incluso me han pedido que les envíe alguna foto del lugar. Ojalá yo me sintiera igual de entusiasmado. Tengo muchas ganas de ver a Rocío, pero no de compartir mi tiempo con decenas de personas que no conozco y con las que tampoco encajaré. Es muy posible que, con lo que valen alguno de los vestidos que he visto pasar, podría pagar dos o tres meses de alquiler.

—Cuanto más te lo pienses, peor será —dice una voz a mi espalda, poniéndome en alerta.

—Joder, Felipe, me has asustado.

—Parece mentira que seas capaz de enfrentarte al Pantera y a su pandilla, sin embargo, asistir a una fiesta de aniversario te dé miedo.

—No me da miedo, pero no sé qué tengo que hacer ni a dónde cojones debo ir. Rocío no responde a mis llamadas —me quejo.

—Apenas lleva diez minutos dentro y estará liada con los saludos y los recibimientos. Ven anda, te acompañaré hasta ella.

Subimos los escalones adornados con una alfombra roja y cruzamos las puertas giratorias para acceder a un vestíbulo espectacular. Nunca había entrado en un lugar tan elegante como este. Del techo cuelgan unas enormes lámparas de araña, el suelo es de mármol blanco con betas doradas y todo alrededor huele a dinero.

—Cierra la boca, anda. Acabarás acostumbrándote a estos lugares.

—Me extrañaría. No me quiero ni imaginar lo que habrá costado hacer la fiesta en un sitio como este.

—Sí, es mejor que no lo sepas.

—Me parece que ahora sí me está entrando el miedo. —Oigo la risa de Felipe, sin embargo, a mí no me hace ni puñetera gracia.

Sigo sus pasos sin perder de vista el entorno. Si mi familia viera esto, fliparían tanto como yo. Subimos las escaleras de caracol que nos llevan al primer piso y allí nos encontramos con una mesa con personal verificando que los asistentes estén autorizados a entrar. Felipe les enseña la acreditación que lleva enganchada a la solapa de su chaqueta y les da mi nombre. Me estiro un

poco el cuello de la camisa que está presionado con la corbata. Aquí hace demasiado calor o también puede ser el miedo a lo que se avecina, pero, sobre todo, a defraudar a Rocío. Quizás no tendría que haber venido.

El hombre de seguridad me pide que alargue la mano y me pone un sello transparente para volver a entrar sin problemas. Nos recibe una enorme sala con mesas altas en las que se puede encontrar comida, al fondo un escenario con un atril y a la derecha un quinteto de cuerdas que ameniza el ambiente. Uno de los camareros que se mueven entre la gente se acerca a nosotros y nos ofrece una copa de champán. La acepto y me la trago de golpe. Antes de que se vaya, dejo la vacía y cojo una nueva, que mantengo en la mano para beberla despacio.

—Mírala, ahí está —dice Felipe señalando con la cabeza, de manera sutil, la esquina derecha.

—Vaya —respondo embobado.

Está preciosa. Lleva un vestido largo que le llega a los pies, con un escote que envuelve sus pechos de manera sugerente. El maquillaje es bastante natural y su pelo cae hasta sus hombros, aunque algunos de sus mechones centrales están recogidos. Sonríe y parece cómoda en este ambiente. No hay duda de que se sabe desenvolver. Realiza un movimiento hacia delante que deja al descubierto una de sus largas y esbeltas piernas. Esas que tan bien rodean mi cintura cuando follamos. Mierda, no debería pensar estas cosas en un lugar como este. Trago saliva, tengo la garganta seca debido al impacto que me ha causado verla. Doy un sorbito de mi copa.

—Qué, ¿no piensas acercarte?

—Parece ocupada y no quiero molestarla.

Mi frase va muriendo porque nuestras miradas han coincidido y a Rocío le ha cambiado el semblante. Le sonrío, feliz, al notar que mi presencia le ha agradado. Les dice algo al grupo de personas que la rodean e inicia el paso para acercarse a mí. Busco a Felipe, que se encontraba a mi derecha, con el propósito de darle las gracias, pero no sé en qué momento se ha largado. Avanzo yo también mi posición y me encuentro con mi chica a medio camino.

—Vaya, estás guapísimo —me dice a la vez que pasea sus dedos por la solapa del esmoquin.

—Y tú increíble —contesto besando su mejilla—. No es por nada, pero todos nos miran.

—Es que hacemos una pareja fabulosa. ¿Te molesta? Porque si es así, nos vamos ahora mismo.

Me encantaría cargarla en mi hombre y decirle que es la mejor idea que he oído en las últimas horas mientras abandonamos la dichosa fiesta. Sin embargo, no puedo hacerlo. Sé lo importante que es este aniversario para su familia y no me queda otra que sonreír y aguantar el tirón hasta que se acabe.

—Creo que seré capaz de soportar las miradas durante un rato.

—¿Sabes una cosa?

—A ver, sorpréndeme.

—Te quiero, Leo Medina, y te informo, que voy a besarte delante de todas estas personas. ¿Podrás soportarlo?

—Haré un esfuerzo por no desmayarme.

Me sonríe y esos ojos azules, que tanto me gustan, brillan de ilusión mientras se acerca a mí y sus labios conectan con los míos. Es un beso suave y breve. Debemos moderarnos, ya que estamos en un lugar público y su padre se encuentra cerca del escenario, observándonos, como

casi toda la sala.

—Has sido muy valiente, cariño.

—¿Te sorprende?

—Para nada. Y ahora, ¿qué te parece si vamos a saludar? —propone señalando con la cabeza hacia donde se encuentra su padre y su madrastra.

—Claro.

Entrelaza su mano con la mía y recorremos toda la sala. Se para a saludar, pero sin soltar nuestro agarre. Yo me coloco una sonrisa relajada y me dejo llevar. Acabamos delante de Alfred, Sara y el pequeño Einar.

—Hola, Leo. Me alegro de que hayas podido venir —dice Sara para romper el hielo—. Lamento lo de tu padre.

—Muchas gracias. Rocío me ha contado que has organizado la fiesta. Enhorabuena, ha quedado espectacular.

—Ay, qué lindo eres. Ya verás cuando abramos las jaulas y salgan todas las palomas volando…

—¿Aquí dentro? ¿En serio? —pregunto alucinado con una idea tan estúpida. Es una sala cerrada, las palomas no…

Las carcajadas interrumpen mis pensamientos y realizo una mueca de fastidio al darme cuenta de que me está tomando el pelo.

—No le hagas caso, muchacho. Mi mujer se pone bromista cuando bebe más de una copita de champán —explica Alfred a la vez que alarga la mano y se la estrecho a modo de saludo—. Te acompaño en el sentimiento. La muerte de tu padre ha sido una desgracia. Espero que pronto cojan al culpable.

Asiento con la cabeza, porque no sé qué información maneja Alfred sobre mi familia. Nunca he hablado de eso con Rocío.

—¿De verdad te lo has creído? —interroga Einar con los ojos muy abiertos.

—Bueno, yo no…

—Cielo, ¿por qué no vas a aquella mesa y le traes a mamá una croqueta?

—¿Otra vez? —refunfuña el pequeño.

—Einar, compórtate y haz caso a tu madre —interviene Alfred. El niño resopla, pero obedece sin rechistar.

—Lo siento, no quería ponerte en un compromiso. Estoy demasiado nerviosa.

—No pasa nada —contesto con una sonrisa. Sara tiene una forma de ser algo excéntrica, pero parece una buena mujer.

—Ya te irás acostumbrando a sus locuras —comenta Rocío.

Es una frase sencilla, aunque para mí es muy importante, porque implica que va a contar conmigo en muchas otras ocasiones.

Prestamos atención al discurso de Alfred, cuyas bonitas palabras hacia Sara y Einar logran emocionarlos. Sin embargo, dedica su mayor afecto a Rocío, la heredera del estudio. La hace subir al escenario y me siento el hombre más feliz y orgulloso del mundo. Se desenvuelve a la perfección y no tengo duda de que ASF Arquitectura celebrará muchos aniversarios más de la mano de Rocío Scott.

Bailamos algunas piezas y nos reímos con las locuras de Lidia, hasta que esta desaparece

sin dejar rastro. Incluso converso con Alfred de motos. Al verlo tan serio y elegante, nadie diría que le gustan los vehículos de dos ruedas. Al final, la fiesta no ha estado tan mal.

Es casi la una de la madrugada cuando salimos del hotel. Felipe nos espera delante con el coche preparado para llevarnos a casa. Alfred y Sara se quedan a pasar la noche en una de las *suites* con las que cuenta el hotel. Y Einar se fue hace un buen rato con sus abuelos por parte de madre.

Rocío se apoya en mí y gime de alivio cuando se quita los tacones para bajar los escalones. Debe tener los pies molidos de ir subida a esos zapatos. Al llegar a la altura de Felipe, mi chica entrecierra los ojos mirándolo con atención.

—¿Sabes que llevas los botones de la camisa mal abrochados? —le indica Rocío.

—Ha sido al ir al baño.

—¿Te quitas la camisa para ir a mear? —Felipe no responde y se abotona la chaqueta. A pesar de la falta de claridad, juraría que se ha sonrojado—. Espero que te lo hayas pasado bien. Orinando, digo.

Me muerdo una sonrisa, porque no quiero cabrear a alguien como Felipe. Bastante tengo con enfrentarme a Alan y su banda. Nos metemos en el interior del coche y antes de arrancar, mi teléfono suena. Detesto que me llamen a estas horas de la madrugada, pero lo que más me jode es que vuelva a ser Martín. Descuelgo.

—No me mola nada ver tu puto nombre en la pantalla a la una y media de la madrugada.

—Lo siento, tío. Joder, me vas a odiar. —Su voz es temblorosa, como si estuviera llorando. Me tenso.

—No digas tonterías, ¿qué pasa?

—Han disparado a tu hermano. Lo están llevando al hospital.

—¿Qué cojones? Nico está en casa con mi madre. Me dijo que hoy no iba a salir.

—Te mintió. Sabía que si te lo contaba no ibas a ir a la fiesta de aniversario. Ayer, Alan se puso en contacto con él. Debía dejar un vehículo en un taller del norte. Dispuse todo. Te juro que el operativo estaba bien organizado.

—Martín —lo llamo. Ahora mismo lo que menos me importa es lo que ha sucedido. Solo quiero saber cómo está mi hermano. Sin embargo, él continúa la explicación. Parece un robot.

—Ha sido muy rápido. La patrulla los paró, eran de mi confianza. Debían revisar el vehículo y detener a Nico y al tío que lo acompañaba. Iba todo según lo acordado. No sé qué fue lo que los delató, pero el chico empezó a sospechar y comenzaron los disparos.

—¡Mierda, Martín! —chillo, para que se calle de una maldita vez. Rocío me mira preocupada y Felipe todavía no ha iniciado la marcha. Están pendientes de mis palabras—. Solo quiero saber si Nico se encuentra bien. ¿Has podido hablar con él?

—No. Cuando he llegado, ya había perdido el conocimiento. Me han dicho que estaba grave. Ha sido culpa mía, joder.

Ahora no tengo ninguna duda de que está llorando. Debería sorprenderme su actitud, pero estoy tan aturdido y asustado por lo que le pueda pasar a mi hermano, que ni siquiera le doy importancia. Es más, cuando vea a Martín, va a conocer quién es Leonardo Medina.

—¿A qué hospital se lo han llevado?

—Al del centro.

—Voy hacia allí. Y reza para que Nico se recupere. Porque si no, primero iré a por Alan y

después tú serás el siguiente.

Cuelgo la llamada sin dejarlo responder. La rabia me lleva a lanzarle puñetazos al asiento del copiloto mientras las lágrimas acuden a mis ojos y las dejo salir. Rocío y Felipe me permiten desahogarme, aunque no quiero perder más tiempo. Tengo que ver a mi hermano, saber que está bien.

—¿Me puedes llevar al hospital del centro? —pido.

—Claro. No estamos muy lejos.

—Cariño —susurra Rocío, abrazándome.

—Le han disparado, joder. No puedo perderlo a él también —le explico desmoronándome. Apoyo la cabeza en su pecho y lloro igual que un niño pequeño.

—Todo irá bien. Ya lo verás —responde con voz suave mientras acaricia mi pelo.

Ojalá tenga razón, porque si no, arderá Troya.

Capítulo 45

Rocío

Me destroza tanto verlo llorar de esta manera tan intensa y profunda. No cabe duda de que la muerte de su padre le afectó, pero estaba entero y no lo vi derramar una lágrima. Sin embargo, ahora…

Ni siquiera me atrevo a preguntar qué demonios ha sucedido para que Nico haya recibido un disparo. Me imagino que está asociado con el trabajo que el mediano de los Medina debía hacer para Alan. De lo único que estoy segura es que tiene que ver con él y que Martín está en el medio. No me gustaría estar en el pellejo de ninguno de los dos en este momento.

Llegamos al hospital en un suspiro. Debido a las horas, apenas hay tráfico. Felipe aún no ha frenado del todo, cuando Leo salta del coche. Lo llamo para que me espere, pero está tan preocupado y rabioso, que ni siquiera me oye. Corro detrás de él y lo alcanzo en la puerta de entrada de Urgencias. Allí se encuentra Martín. Pasea de arriba abajo, cabizbajo y con las manos en las caderas. Nunca lo he visto así de afectado. Cuando oye los pasos, levanta la cabeza y nos ve. Una mueca de dolor le atraviesa el rostro justo en el momento en el que su mirada coincide con la de Leo. Los tres sabemos lo que va a suceder a continuación.

Sin mediar palabra, mi chico eleva el puño y se lo suelta a Martín, que no hace el amago de defenderse y del impacto, acaba sentado en una de las sillas de plástico. No sé el motivo, pero da por hecho de que se lo merece. Leo se sacude la mano y se enfrenta a él con el cuerpo en tensión.

—Esto no se acaba aquí, me oyes. Reza para que mi hermano se ponga bien, porque si no… —Eleva la mano, aunque no acaba la agresión.

—Leo, ya está —le pido sujetándolo por el brazo.

—Es lo que llevo haciendo desde que he llegado. Si le pasa algo, yo… —susurra Martín compungido. Las lágrimas acuden a su rostro. Leo se da cuenta de que se enfrenta a un momento difícil y decide darle un respiro.

—Voy a ver si me dan noticias de su estado. —Asiento con la cabeza y decido sentarme al lado de Martín.

Apoyo una mano en su rodilla y él gira la vista para mirarme. Sus ojos están enrojecidos y el pómulo empieza a hincharse por culpa del golpe.

—¿Quieres que pida hielo?

—No hace falta, gracias. Debí negarme a que Nico hiciera el trabajo que le había pedido Alan. Pero él estaba tan convencido de que saldría bien y que podríamos encerrar a ese cabrón, que tuve que ceder. No pude resistirme al brillo de su mirada y menos al beso que me dio a continuación. No me mires así, joder —me pide huyendo al contacto de mis ojos. Parece incómodo y no tendría por qué.

—Lo siento. Solo me has sorprendido. No sabía que eras homosexual y Nico tampoco.

—Hace unos años que me di cuenta de que prefería acostarme con hombres en vez de con

mujeres. Él lo ha estado ocultando, para evitar insultos y vejaciones.

Los hilos de mi cabeza empiezan a conectar y asocian estos datos con el motivo de que Alan haya amenazado al mediano de los Medina.

—Entonces, el Pantera se enteró y aprovechó esa información personal para presionar a Nico, ¿verdad?

—Así es. Decidimos que era mejor que Alan pensase que aún tenía la sartén por el mango. Hemos pasado muchas horas juntos preparando un dispositivo para pillarlo. Una cosa llevó a la otra y nos liamos. Me he saltado mi norma de no involucrar al corazón en el trabajo y mira lo que ha sucedido —lloriquea. Lo abrazo por los hombros y le acaricio el brazo a modo de consuelo.

—Nico es joven y fuerte. Conseguirá salir de esta.

—Eso espero. He visto muchas cosas que no desearía ver nunca debido a mi profesión y jamás me han afectado tanto. Ahora mismo, tengo una presión en el pecho que apenas me deja respirar.

—Me da la sensación de que te has enamorado, amigo —le indico regalándole una sonrisa tierna cuando vuelve a mirarme a los ojos.

—Sí, eso parece, ¿verdad?

Un carraspeo nos hace elevar la vista y nos encontramos con Leo. Sé que nos ha oído, por lo menos, esta parte final de la charla, porque su mirada ya no conlleva tanta rabia. Los dos nos levantamos, ansiosos por tener noticias.

—¿Has podido verlo? —le pregunto acercándome a él.

—No —responde acompañando la negativa con la cabeza—. Está en el quirófano. La bala se ha quedado incrustada en el hígado. Tienen que sacarla, evaluar si hay más daños y evitar un sangrado interno. Está grave y no podrán decirnos nada hasta que finalice la cirugía.

—Mierda, es culpa mía. No debí dejarlo ir. —Vuelve a remarcar Martín que se desploma en la silla y esconde el rostro entre las manos.

—Sé lo cabezota e insistente que puede llegar a ser mi hermano. Lo hubiera hecho con o sin tu ayuda. Así que no te martirices. Los de la ambulancia han comentado que no hacía más que pronunciar tu nombre. O te ha cogido aprecio o sabe que te ibas a cabrear.

—Será idiota —dice Martín entre la risa y el llanto—. Es muy fácil quererlo.

—Eso también lo sé. Espero que, cuando esta pesadilla acabe y Nico se recupere, porque lo hará, lo cuides mejor que hasta ahora.

—Leo —le reprocho.

—¿Qué? Solo tenía que asegurarse de que mi hermano no fuera a la cárcel por culpa de Alan. Y mira dónde ha acabado.

—Tienes razón. No tuve la mente fría y me dejé llevar por los sentimientos. Pero te juro que, si él acepta, me esforzaré al máximo para remendar mi error y lo haré feliz. Empezando por pillar a ese cabrón y que pague por todos sus delitos.

—Sé que lo harás o no tendré problema en darte otro puñetazo.

—Al siguiente me defenderé.

Martín alarga la mano y Leo se la estrecha, arrastrándolo hacia él para fundirse en un abrazo cariñoso. Sonrío feliz por cómo se ha resuelto el malentendido. Ahora solo queda que Nico se recupere y perdamos de vista al maldito Pantera.



La operación ha sido un éxito, aunque lo más delicado aún no ha pasado. Los médicos han anunciado que el día de hoy será crucial para su mejoría. Lo han ingresado en la UCI con el objetivo de tenerlo más controlado.

Leo ha entrado unos minutos a verlo y ha salido desencajado. Se hace el fuerte y tiene la esperanza, como el resto, de que todo saldrá bien, sin embargo, el miedo no nos permite relajarnos por completo. La peor parte, sin duda, ha sido informar a Elena del estado de su hijo. La impresión de la noticia la llevó a Urgencias con una bajada de tensión. Demasiados disgustos seguidos. Ahora se encuentra allí, junto a Paula, Leo y Martín, a la espera del nuevo parte médico y de que puedan entrar a verlo, aunque sea dos minutos.

Yo he decidido coger un taxi e irme a casa a cambiarme. Todavía sigo con el elegante, pero nada cómodo, vestido de la fiesta. Necesito ponerme otra ropa. Me encantaría poder quedarme con Leo, para darle mi apoyo, pero somos muchos y prefiero cederle el lugar a Martín. Además, alguien tiene que cubrir el sitio de Elena para cuidar a mi abuelo.

Son las ocho de la mañana cuando atravieso la puerta de mi piso. Me bajo de los tacones y masajeo mis pies. Me arrastro hasta la habitación y mi cuerpo se lanza a la cama. Gimo de placer, sin embargo, me obligo a levantarme para deshacerme de la ropa y darme una ducha con agua bien caliente. Antes, marco el número de mi padre. Prometí no esconderle más información y quiero ser yo la que le dé la noticia.

—Rocío, ¿sucede algo? —pregunta, alarmado.

—Estoy bien, pero he pasado la noche en el hospital.

Voy a contarle lo que le ocurrió a Nico, aunque para hacerlo, necesito remontarme casi al inicio de la historia. Papá me escucha con atención y solo me interrumpe cuando asiente o me dice que lo entiende. Al terminar, me siento agotada y también liberada. Ya no hay más mentiras entre él y yo.

—Tendrías que habérmelo dicho antes.

—Lo sé, pero tienes que entender que es un tema delicado.

—Menos mal que hemos tomado la decisión correcta, al cancelar el proyecto con Wilson y con ese delincuente.

—Así es. Ahora solo queda que lo pillen y se pudra en la cárcel.

—Ojalá fuera tan sencillo. Esa gente sabe muy bien cómo esquivar los delitos.

—Esperemos que, en este caso, no sea así.

—¿Vas a volver al hospital?

—Ya me gustaría, pero debo ir a cuidar al abuelo. Como es lógico, Elena hoy no se moverá de allí, y no se puede quedar solo. Voy a asearme y a ponerme cómoda e iré al piso.

—¿Qué tal sigue Ramón?

—Me dijo Elena y la enfermera, que lleva unos días desanimado y de bajón. Parece que lo ha invadido la tristeza. A veces pienso que no ha sido bueno sacarlo del barrio.

—Estaba en peligro, Ro. Ese hombre te amenazó con hacerle daño. Era la mejor opción que teníamos.

—Supongo que sí.

—Bueno, a riesgo de que nos lance algo a la cabeza y nos eche del piso, cuando acabemos de desayunar, Sara y yo nos pasaremos a cuidarlo para que tú puedas ir al hospital y estar un rato con Leo.

—Gracias, papá.

—No me las des hasta saber cómo va a actuar ese viejo gruñón.

—Tienes razón —digo con una sonrisa en el rostro. Todos conocemos a Ramón García y sus arranques de ira.

Nos despedimos hasta vernos un poco más tarde. Ahora me tumbaría en mi cama y dormiría toda la mañana o me daría un largo baño de espuma, pero el deber me llama. Así que no queda otra que dejar los placeres para otro momento y enfrentarse al dragón que pretende escupir fuego, pero lo que sale son arcoíris y corazones.

Capítulo 46

Leonardo

Después de una semana y media de agonía, se puede confirmar que mi hermano está fuera de peligro. Tuvieron que operarlo una segunda vez de urgencia, pero Nico es fuerte y ha conseguido superarlo. Tendrá que tomarse las cosas con calma para recuperarse por completo. Los médicos creen que, al ser tan joven, no le quedarán secuelas físicas, pero debe cuidarse.

Ya se nota que está más recuperado, porque no hay quien lo aguante. Se encuentra dolorido y harto de estar tumbado. Aunque yo sé que lo que más le afecta es ver a Martín preocupado y bastante ausente. Algunas veces le hablas, pero él está en su mundo y ni siquiera te escucha.

Martín no ha parado de trabajar, removiendo cielo y tierra, a fin de hacer justicia y cumplir su palabra. Habló con sus superiores e incluso desmanteló al grupo de traidores que daban chivatazos y apoyo a Alan y su banda. Las cosas marchan bien, aunque irían mejor si ese cabrón apareciera. Se ha repartido su foto a todas las patrullas de policía, a los aeropuertos, estaciones de autobuses y también de trenes. Según Martín, tienen la sospecha de que va a abandonar el país. Es lo más probable. Incluso yo, sin que nadie lo supiera, he buscado por lugares en los que creí que podría moverse, pero ni rastro.

La parte positiva es que ha regresado la tranquilidad al barrio. Ya no pulula ningún miembro de la banda. Algunos han sido detenidos y otros han huido. Son igual de cobardes que su líder. El taller tiene la persiana bajada, y el edificio donde residía ese malnacido, está prácticamente vacío. Se han hecho redadas, esas que tendrían que haber realizado hace mucho tiempo atrás. Han encontrado drogas, armas y, sobre todo, demasiadas piezas de vehículos robadas. Así que ya disponen de varios cargos para que el culo de Alan acabe en la cárcel. Eso es lo que todos esperamos.

Aparco el coche de Rocío delante del portal, giro mi rostro hacia la derecha y compruebo la cara de felicidad de don Ramón. Ya le han quitado el yeso y, aunque todavía cojea un poco y se apoya en un bastón, ya se mueve con libertad y sin tener a una niñera que lo vigile, como él dice. Si a eso le sumamos que ya no hay peligro y se puede vivir en paz, pues el hombre está encantadísimo de regresar a su hogar, del que no debió salir nunca. Le guiño un ojo a Rocío, que ocupa el asiento de atrás, a través del retrovisor.

—¿Quiere que demos la vuelta y regresemos otro día? —le pregunto al ver que no se mueve.

—No digas tonterías, muchacho —refunfuña—. Es solo que se hace raro llegar aquí y ver todo cerrado y tranquilo. Pero ya es hora de dejar a un lado los sentimientos y vamos a lo importante, que es, volver a mi casa y a mis recuerdos.

Los tres bajamos del coche y mientras yo saco las maletas, Rocío y Ramón observan todo a su alrededor. Ahora hay más ambiente en la calle. Los niños salen a jugar sin miedo y las jovencitas cuchichean sentadas en los bancos sin temor a ser increpadas o tocadas sin su

consentimiento. El barrio ha recuperado su vida.

—Mira a quién tenemos aquí —dice Pancho ilusionado. Linda se acerca a mí y le acaricio las orejas—. Bienvenido de nuevo. Lo echábamos de menos.

—Y yo a vosotros —responde don Ramón, emocionado.

—¿Has visto qué cambio?

—Pues sí. Leo ya me lo había comentado, pero una cosa es saberlo y otra vivirlo. Esto ya se parece más al lugar que yo recuerdo de hace veinte años.

—Nosotros también lo hemos notado mucho en el taller. Si seguimos a este ritmo, tendremos que contratar a otro mecánico —explica Pancho.

Y así es. Hemos recuperado a clientes que no habían vuelto por culpa de la inseguridad del barrio. Los chismes corren rápido y las buenas noticias también.

—Es maravilloso —indica el anciano con entusiasmo.

—No se imagina el alivio que siento al no tener que buscar otra nave y poder seguir aquí. Bueno, lo dejo, que seguro que tiene ganas de llegar a casa.

—Muchas. Nos vemos otro día.

—Claro que sí. Cuando usted quiera.

—Vamos a ir subiendo. Te esperamos arriba —informa Rocío—. Nos vemos, Pancho.

—Adiós, bonita. —Mi jefe permanece en silencio hasta que ambos se pierden dentro del edificio—. ¿Qué tal se encuentra Nico?

—Mejor. Aunque bastante insoportable. Dice que está cansado de estar tumbado todo el día.

—Me lo imagino. Después me acercaré a verlo un rato y de paso me llevaré a Elena a tomar algo. Seguro que no ha salido de la habitación en todo el día.

—Ya sabes cómo es. Paula y ella no dejan a Nico ni un minuto a solas. Le irá bien tu compañía.

—Por cierto, ¿pudiste saldar la deuda de tu padre? —me pregunta en un murmullo.

—Dispongo de todo el dinero, pero llevo varios días intentando dar con el Tuerto, para que se lo entregue a su jefe, y no hay forma. Parece que el hecho de que la policía haya estado por el barrio ha conseguido espantar al resto de malnacidos.

—Es otra buena noticia. ¿Alguna novedad de Alan o del asesino de tu padre?

—Nada de ninguno de los dos. Martín me dijo que es casi imposible encontrar quién le propinó los navajazos a papá. No hay cámaras ni testigos, así que el caso está cerrado. Y sobre Alan, parece que se lo ha tragado la tierra.

—Maldita sabandija. Si no aparece, por lo menos que se haya largado del país y no tengamos que volver a verle la cara.

—Yo quiero que pague por lo que hizo. Por su culpa, casi matan a mi hermano. Espero que se pudra en la cárcel.

—Dios te oiga. Bueno, te dejo, que seguro que Ramón está deseando colocar sus cosas. Nos vemos el lunes.

—Claro.

El edificio es un remanso de paz. La mayoría de los pisos pertenecían a Alan y allí vivían sus secuaces. Ahora solo quedan tres habitados, contando el del abuelo de Rocío. Oigo la risa de mi chica desde el rellano. Cruzo la puerta y sonrío. Este lugar me trae malos y buenos recuerdos,

sin embargo, prefiero quedarme con estos últimos. Aquí conocí a Rocío, aquí cuidó de mí y curó mis heridas. Si no fuera por todo lo que ha sucedido, es posible que ni siquiera nos hubiéramos conocido. Así de caprichoso es el destino.



No me gusta que me ponga morritos, porque siempre caigo en sus redes y ella lo sabe. ¿Cómo voy a resistirme si me mira así, con esos ojos que parecen dos zafiros y encima desnuda? Por mucho esfuerzo que haga para negarme, nunca me funciona, porque soy débil.

—Solo serán unos días, anda —insiste—. Nos merecemos estas vacaciones, pensando únicamente en nosotros.

—No puedo dejar a mi madre sola cuidando de Nico y de Paula —resoplo.

—Esa excusa no me sirve, Leo. Pancho siempre la ayuda y tu hermano ya está en casa y tiene a Martín. Así que búscate otro pretexto. —Se levanta de la cama, enfadada y pasa por delante de mí, sin ropa, provocadora. La retengo contra la pared antes que desaparezca en el baño.

—Nunca me he alejado del barrio —confieso—. Me da miedo irme y que suceda algo malo.

Coloca sus brazos en mi cuello y sus dedos juegan con el pelo que empieza en mi nuca. La levanto, para que rodee las piernas en mis caderas. Nuestros sexos entran en contacto. Suelto un gemido que ella acalla con su boca. Sé lo que trata de hacer, pero no me importa, acabaré cediendo de igual forma.

—Alguna vez tiene que ser la primera, Leo. Quiero alejarme de la ciudad y de nuestras familias, por unos días. Los dos, solos, paseando de la mano mientras nos comemos un helado.

—Yo prefiero comerme otra cosa —indico mordisqueando uno de sus pezones.

—Podrás comer lo que quieras y a la hora que desees.

—Eso suena de maravilla —murmuro a la vez que me voy introduciendo en ella de manera lenta.

—Entonces, ¿nos vamos?

—Contigo, al fin del mundo.

Esta mujer es un vicio, una adicción que no puedo controlar. La amo, por si alguien tenía alguna duda, y me iría con ella hasta el infinito y más allá.



Tres días son los que nos vamos de viaje. No son suficientes para alejarnos demasiado, y, a decir verdad, mi economía tampoco. Suerte que tengo todo lo que había ahorrado para cubrir la deuda de mi padre. El prestamista también ha desaparecido y, por su bien, espero que no vuelva a aparecer.

Hemos acabado en la costa, estamos cansados de tanta ciudad. Hacía muchos años, desde una escapada que hicimos con el colegio, que no me bañaba en el mar ni paseaba por la arena mojada. Lo mejor es hacerlo con Rocío. Las puestas de sol y los amaneceres son increíbles.

Cuando Nico se recupere, traeré aquí a mi familia. Estoy convencido de que a Paula le encantará el lugar. Se acabó sufrir. No vamos a ser millonarios, pero sí que podremos ahorrar para darnos este tipo de caprichos.

—¿En qué piensas? —pregunta Rocío mientras saborea un helado.

—En que he dejado pasar muchas cosas y estoy decidido a aprovechar al máximo cada momento para recuperar el tiempo perdido.

—Eso suena de maravilla.

—Y tú vendrás conmigo —digo rodeando su cintura y atrayéndola hacia mí para besarla. Sabe a chocolate y pistacho—. Y nos casaremos y tendremos hijos, dos o tres.

—¿Tantos?

—Me da igual cuántos, pero practicaremos mucho.

—Empezaremos esta noche y repetiremos por la mañana —afirma siguiéndome la corriente.

—Y después nos bañaremos en el *jacuzzi* para coger fuerzas y volver a practicarlo.

—Claro. Y cuando pregunten qué nos ha parecido el pueblo, tendremos que mentir y decirles que es maravilloso, aunque solo hayamos visto la habitación del hotel.

—Ahora estamos paseando por la playa. Y siempre podemos mirar un vídeo de algunos viajeros en las redes sociales.

—Muy gracioso. —Me río a la vez que vuelvo a besarla. Esta mujer es mi puta adicción.

El sonido de mi teléfono, anunciando una llamada entrante, interrumpe nuestro momento de tranquilidad.

—Me has prometido que lo apagarías —se queja mientras lanza la tarrina del helado vacía a la basura.

—Lo siento, no me he acordado —miento.

Nunca lo desconecto, pero sí que lo dejo en silencio para que no se enfade. Estar lejos de mi familia y con Alan en paradero desconocido, me tiene inquieto.

Saco el aparato del bolsillo del pantalón corto y la pantalla se ilumina con el nombre de Martín. Joder, este tío acabará con toda mi cordura. Me da miedo descolgar, porque nunca me da buenas noticias. Espero que me dé más alegrías como cuñado.

—Es Martín —informo a Rocío.

—Cógelo, si no, estarás todo el día, imaginándote lo peor.

Obedezco y descuelgo. Me tiembla la mano y casi no me salen las palabras. Mi chica apoya la cabeza contra la mía para escuchar qué nos cuenta Martín.

—Joder, tío. Pensé que no me ibas a contestar.

—No me gusta ver tu nombre en la pantalla. Solo me das disgustos.

—Pues esta vez es una noticia de puta madre. Lo tenemos, Leo. Hemos pillado a Alan —dice con entusiasmo.

—Ay, qué bien, Martín —responde Rocío con emoción.

—¿En serio? —interrogo, precavido.

—Sí. Me llegó un chivatazo de que pensaba salir del país en avión y con un pasaporte falso. Se ha teñido el pelo y dejado crecer un bigote, pero sus tatuajes son complicados de ocultar. He tenido el placer de esposarlo y meterlo dentro del coche patrulla. Está jodido y se va a pasar mucho tiempo en la cárcel. Te prometí que lo pillaría.

—¿Estás esperando mi agradecimiento?

—Leo, no seas malo —me reprocha mi chica dándome un ligero empujón.

—No cuento con ello, pero estaría de puta madre escucharlo.

—Que conste que lo hago porque eres mi cuñado —digo y, bajando el tono de voz, murmuro—: Gracias, has hecho un buen trabajo.

—¿Podrías repetirlo? La señal se perdió por un momento y no te he escuchado.

—No tires de la cuerda, colega.

—Era broma. Te dejo para que disfrutes de la buena noticia con esa mujer que no te mereces.

—Vete a la mierda.

Oigo su risa antes de colgar. Ya vuelve a ser el mismo Martín de siempre. Todos vamos a recuperar nuestras vidas y a poder respirar tranquilos. Sin duda, esta es la mejor llamada que he recibido en muchos días.

—Tengo la sensación de que ahora empiezan de verdad nuestras vacaciones. ¿Estás contento?

—Creo que la palabra correcta es; aliviado. No me agradaba la idea de que ese desgraciado anduviera suelto y que no supiéramos su paradero.

—Bueno, pues ya puedes desconectar el teléfono. Porque a partir de este instante, vas a ser mío.

—Me encanta la idea —afirmo a la vez que presiono el botón de apagar—. ¿Será para siempre?

—Solo hasta que la muerte nos separe.

—Joder, nena. No te haces una idea de cómo te quiero.

—¿Qué te parece si me lo demuestras practicando?

—Trato hecho. Venga, no perdamos tiempo —le pido subiéndola a caballito y me lanzo a correr por el paseo con el maravilloso sonido de su risa en mi oído.

Quizás su mundo y el mío no encajen, pero todo puede funcionar si hay ganas de amar.

Epílogo

Rocío

Dos años después…

Las palabras del juez hacen vibrar mi corazón

—Yo os declaro marido y mujer. Ya puedes besar a la novia.

Leo rodea mi cintura para acercarme a él y une nuestros labios en el primer beso como recién casados.

—¡Vivan los novios! —corean los invitados mientras aplauden y la invasión de confeti inunda los maravillosos jardines de la casa rural.

Sonrío. Soy una mujer muy feliz. A pesar de todos los altibajos que hemos sufrido desde que nos conocemos, por fin, Leo y yo estamos casados. Han sido unos años complicados. Con muchas alegrías, pero también con varias desgracias.

Pancho y mi marido se hicieron socios y, desde que el barrio se limpió de mala gente, han trabajado un montón. Tanto es así, que han tenido que ampliar la plantilla y ya son cinco empleados. Por mi parte, papá cada vez me va cediendo más espacio en el estudio. Me llena de responsabilidades con el propósito de que esté preparada y no haya problemas cuando decida retirarse a disfrutar la vida con tranquilidad. Así que, en la parte laboral, no nos va tan mal.

Gracias a eso, nos hemos comprado una casa más grande, para cuando vengan los tres hijos que Leo quiere tener. Hace un año, nuestro mundo se puso patas arriba al quedarme embarazada. No era el momento, pero, una vez nos hicimos a la idea, la ilusión fue máxima. El problema es que hay ocasiones que la vida te pone a prueba y, en este caso, esta fue una de ellas. A las ocho semanas, empecé a sangrar y acabé en Urgencias, donde nos informaron que había sufrido un aborto espontáneo. Costó remontar la pérdida, pero hay que seguir y eso hicimos, juntos, apoyándonos, queriéndonos.

—Enhorabuena, cariño.

—Gracias, papá. —Paseo mis pulgares por su cara para deshacerme de esas lágrimas que recorren sus mejillas.

—Son de alegría.

—Lo sé, pero hoy no se llora ni de felicidad.

—Tu madre estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Ahora son mis ojos los que se empañan. Parpadeo con rapidez para evitar que caigan. Me acerco a su cara y le doy un beso. El nudo de la garganta no me deja hablar. Hay mucha gente querida que no puede estar hoy aquí, entre ellos mi abuelo. Lo perdimos hace un año. Murió de la manera más bonita, durmiendo, en ese piso lleno de recuerdos que era su hogar. Era un gruñón, sí, pero tenía un corazón tan grande, que no soportó el peso y dejó de funcionar. Lo echo

mucho de menos, sobre todo en días como este, en los que la familia se reúne para celebrar algo bonito. Siempre estará en nuestros corazones y, además, lo tenemos muy presente cada vez que vamos a visitar a Elena. Don Ramón García, le dejó en herencia a mi suegra, ese lugar tan especial para él. Ella lo cuidó hasta el final de sus días, se querían mucho, así que fue una gran decisión.

—Ven aquí, cuñadita. —Entre risas. Me dejo arrastrar por Nico y Martín. Nos fundimos en un abrazo de tres.

—Los siguientes sois vosotros —comento, sepultada por sus grandes cuerpos.

—Nosotros todavía somos muy jóvenes —se queja Nico—. No digas nada, pero creo que antes se casarán mamá y Pancho.

Sí, el roce hace el cariño y después de pasar tanto tiempo juntos, cuando las cosas no iban bien, Elena y Pancho se han hecho muy buenos amigos. Tanto, que ya se han marchado de vacaciones juntos en varias ocasiones. Él fue un gran apoyo para mi suegra y según los rumores que pululan por ahí, Pancho lleva años enamorado de Elena. Perdió su oportunidad cuando Andrés se cruzó en sus caminos. Así que, ahora ha llegado el momento de que la vida les compense a los dos de tanto sufrimiento.

—¿Queréis soltar a mi mujer? —les pide Leo, empujándolos para que se aparten de mí.

—Todavía no entiendo cómo te soporta —se queja Nico. Su hermano le da una colleja y él se aleja riendo.

Siempre están así. Se pican el uno al otro, pero se quieren con locura. Por suerte, a Nico no le quedó ninguna secuela de ese disparo que recibió y nos tuvo a todos en vela durante unas semanas. Martín y él hacen una gran pareja, viven juntos y se les ve felices. Quién nos iba a decir que, de una situación tan difícil, saldría una relación y vencería el amor.

Unas manos me rodean la cintura por la espalda. No necesito darme la vuelta para saber que se trata de mi hermano. Einar ya no parece ese chiquillo sabiondo de hace dos años. Ha crecido y también madurado. Sigue siendo un gran estudiante y estoy convencida de que hará cosas maravillosas en el futuro.

—No le aprietes tanto, que se le va a arrugar el vestido —le reclama Sara.

—Jo, mamá, es un abrazo. Total, el vestido va a quedar hecho un asco.

—Di que sí, pequeñajo. Nunca dejes de abrazarme.

—Vale, suéltame. Ahora ya empiezo a agobiarme —refunfuña. Ya es mayor y comienza a sentir vergüenza con las muestras excesivas de cariño.

—¡Ay, corazón! Estás radiante. Enhorabuena. Espero que seas tan feliz como yo lo soy con tu padre.

—Ojalá, Sara. Gracias por todo tu cariño. —Al separarnos, se abanica con la mano para no llorar.

Es una gran mujer. Supo cuál era su lugar, tuvo una inmensa paciencia conmigo y se ganó mi cariño. Me dio consejos cuando los necesitaba y lo más importante, ama a mi padre con locura. Espero que algún día se dé cuenta de cuanto la quiero y todo lo que le agradezco que se quedara en nuestras vidas.

Elevo la mirada y me encuentro con el rostro dulce de Elena. Está preciosa con su elegante vestido. El recogido la favorece mucho, incluso parece más joven. Viene acompañada de su inseparable Pancho.

—Mi niña —susurra. Me lanzo a sus brazos y la abrazo con todo mi cariño—. Cuídamelo,

¿vale? Yo sé que él hará lo mismo contigo. Os quedan muchos obstáculos que saltar, pero juntos podréis con todo.

Asiento con la cabeza, porque un nuevo nudo se ha instalado en mi garganta, dejándome sin habla. Son demasiadas emociones, todas bonitas, pero tan profundas, que el alma tiembla.

Recibo la felicitación de Pancho y también de la pequeña Paula, aunque ya se ha convertido en una preciosa jovencita que lleva de cabeza a sus hermanos mayores. Pronto cumplirá los dieciocho, acabará bachillerato y ha decidido hacer psicología. Dice que quiere intentar entender al ser humano. Espero que lo consiga.

Busco con la mirada a mi querida pelirroja. Me sonríe cuando nuestros ojos conectan. Alargo la mano y ella se acerca para enlazar la suya. Está impresionante y tiene a todos los solteros alborotados, y a uno en concreto. Lidia y Felipe siguen con sus idas y venidas. Yo intento no meterme, sin embargo, creo que se hacen más mal que bien. Aunque me imagino que, lo que sea que tienen, se romperá por completo dentro de varias semanas. Mi amiga se va a vivir a Londres. Dirigirá una nueva sucursal del bufete de su padre. La voy a echar mucho de menos, pero sé que necesita alejarse de la toxicidad de su progenitor y esta es una gran oportunidad para ella.

—Ahora no hay marcha atrás, amiga. Si el vecino no te cuida como te mereces, avísame que regreso y le pongo las pilas.

—Sabes que es muy bueno conmigo.

—Más le vale. Disfruta de tu día, te lo has ganado.

—Te quiero y te extrañaré un montón.

—No estamos tan lejos y podrás venir a visitarme cuando te apetezca.

Nos volvemos a abrazar. Con ella ya no he podido controlar mis lágrimas.

—Pelirroja, has hecho llorar a mi mujer —se queja Leo.

—Porque sabe lo que le espera a tu lado. —Lidia le guiña un ojo y se aleja de nosotros.

—Por fin solos. ¿Te he dicho que estás preciosa?

—Sí, unas cuantas veces, aunque me gusta oírlo.

—¿Y que me muero de ganas de quitarte este vestido?

—Eso no, pero me lo he imaginado. Vas a alucinar con lo que hay debajo.

—Joder, qué mala eres —responde riéndose—. ¿Nos vamos?

—Claro.

Mientras los invitados toman un aperitivo, Leo y yo nos acercaremos hasta el cementerio. Quiero dejarle unas flores a mi madre y al abuelo. Podría ir en otro momento, no obstante, ya que ellos no se encuentran entre nosotros, me ha parecido un bonito detalle dedicarles un ratito de nuestro enlace para visitarlos.

Antes de subir al vehículo, Felipe me abraza con cariño. Este hombre es muy importante para mí y un apoyo constante. Estrecha la mano de Leo y una vez en el coche, nos conduce hacia el camposanto.

El silencio es sobrecogedor, como siempre sucede en este lugar. Me paseo por las tumbas hasta que llego al panteón de mi familia. En una de las columnas, están enterrados el abuelo y la abuela, en la otra, mamá. Coloco varios ramos y me acerco a la que guarda los restos de don Ramón García.

—Hola, abuelo. Ojalá pudieras estar aquí, con nosotros, en este momento tan importante de

nuestras vidas. —Leo rodea mis caderas y apoyo mi cuerpo en el suyo—. Te echamos de menos, pero allí donde estés, sé que estarás contento con nuestro amor. Te mando un beso. Repártelo con tu Dolores y también con mamá. Os quiero mucho.

Es el instante perfecto de seguir con nuestro camino, de crear la familia que deseamos. Ahora no hay un mundo para él y otro para mí. Ya no existen las diferencias, solo quedan las ganas de amarnos.

Agradecimientos

Acabar este libro ha sido un viaje maravilloso y algo costoso. La cabeza no siempre está dispuesta cuando la necesitas. En este caso, no podría haberlo logrado sin el apoyo y el cariño de muchas personas de mi entorno.

En primer lugar, quiero agradecer a mi marido su paciencia, casi lo vuelvo loco. Gracias por sostenerme. A Gorka y Aroa, sois mi inspiración y alegría. Gracias por llenar mis días de luz, risas y algún que otro dolor de cabeza.

A mis padres, por su apoyo. A mi hermana, mi cuñado y mi sobrino, por estar ahí.

No puedo olvidarme de Yoli y Lore, mis riquiñas, que han estado a mi lado en los momentos de duda y su apoyo ha sido increíble. Gracias por escuchar, por aconsejar y por siempre creer en mí. A Chus, que lo que ha unido los libros no lo separe nadie. Gracias, amiga.

Este libro no sería lo que es sin la contribución de mujeres maravillosas y profesionales como Gabriela, que ha creado la portada más hermosa del mundo para Leo y Rocío. O de Sandra, que corrige mis historias con un increíble cariño. Gracias de nuevo por vuestra paciencia.

Gracias a todas aquellas personas que apoyan mi trabajo y, sobre todo, a mis lectores. Mil gracias por darle una oportunidad a mis historias. Ya sabéis que, sin vosotros, nada de esto tendría sentido. Espero que disfrutéis mucho de esta nueva novela.

Sobre la autora



Me llamo Sonia Puente, nací y vivo en el Principat d'Andorra, un pequeño país entre España y Francia, rodeado de montañas.

Soy una apasionada de la lectura, sobre todo del género romántico y erótico, pero también disfruto con una buena novela negra o la ficción histórica.

Empecé con la escritura en el 2018 con ***Mi pequeño mundo***. Actualmente tengo catorce libros publicados, un relato navideño y un thriller ***¿Estás preparada para morir?***, bajo el pseudónimo de S. Bridge.

Todos ellos los podréis encontrar en Amazon.

Me encantan los finales felices, de esos que te hacen suspirar, y perderme dentro de las historias, rodeada de música y velas aromáticas. Ninguna de las dos cosas puede faltar mientras escribo o leo.

Me fascina Nueva York, ciudad que he tenido la suerte de visitar, y estoy segura de que en otra vida viviré allí.

Si queréis saber más sobre mí, solo tenéis que buscarme en las redes.

@soniapuenteescritora Sonia Puente Duro

Descubre mis libros escaneando este código